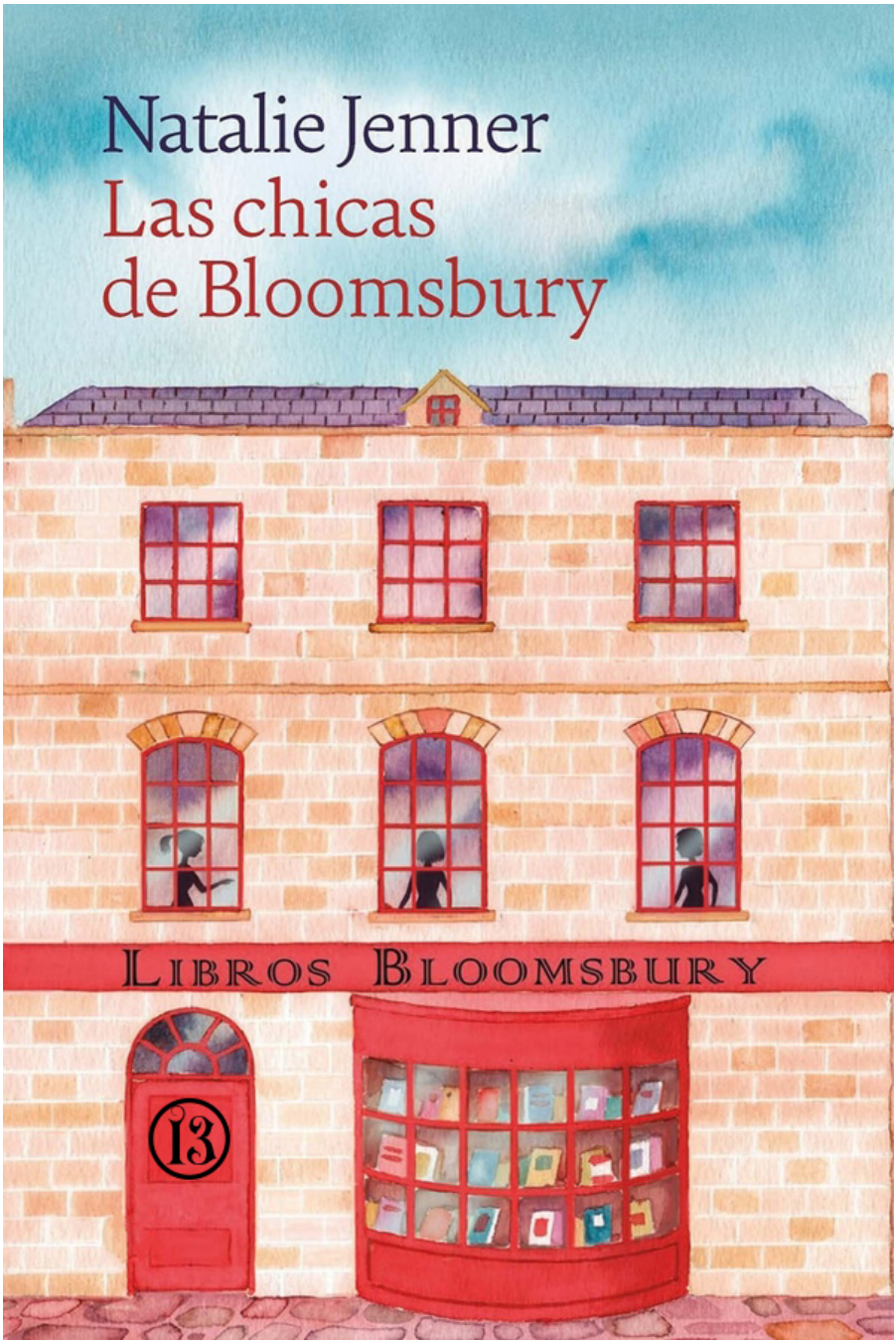


Libros Bloomsbury es una librería de lo más singular y, quizá, también algo anticuada. Apenas ha cambiado en los últimos cien años. O, dicho de otro modo: la librería sigue igual que el día en que fue inaugurada hace un siglo por un equipo eminentemente masculino,

que se ha regido siempre por cincuenta y una normas tan inamovibles como absurdas. Pero, ahora, en pleno año 1950, el mundo está cambiando, y también debe hacerlo la librería. Las pocas chicas que trabajan en ella tienen grandes planes al respecto.

Vivien, soltera tras la muerte de su prometido en la guerra, Grace, casada y con dos hijos, y Evie, una de las primeras mujeres tituladas de Cambridge, se ponen manos a la obra con la voluntad de rescatar a la librería del siglo pasado y devolverle todo el esplendor que merece. Con la ayuda de Daphne du Maurier, Samuel Beckett o Sonia Blair, la viuda de George Orwell, entre muchas otras de las grandes personalidades que se pasean por Libros Bloomsbury, Vivien, Grace y Evie harán realidad sus sueños.

Tres mujeres. Tres amigas. Tres historias llamadas a confluir en un mismo sueño: el de hacer realidad la promesa de un futuro mejor, uno más allá de las convenciones de la época. Un futuro a la altura de las heroínas de los libros que habitaban las estanterías de su amada librería.

Natalie Jenner

Las chicas de Bloomsbury

Para mi hija, la Evie original

Y

en recuerdo

de Malkit Leighl,

el mejor de los hombres.

Toda vida que merece ser vivida es difícil […]. Se consigue al vivir con audacia, y nunca aparece como la esperamos, ni en la estación que anhelábamos, ni es el resultado de cómo la hemos planeado.

KATHERINE ANNE PORTER

Esa sensación de que todos trabajaban con las mismas personas, o cerca de ellas, era algo exquisitamente londinense.

ADAM GOPNIK

Lo peor de una librería es que debe serlo todo o no ser nada.

NANCY MITFORD

Personajes

DENTRO DE LA LIBRERÍA

Evelyn Stone - Antigua sirvienta y licenciada en Cambridge.

Grace Perkins - Secretaria del gerente principal.

Herbert Dutton - Gerente principal.

Vivien Lowry - Empleada distante.

Alec Mcdonough - Director de Narrativa.

Ashwin Ramaswamy - Director de Ciencia y Naturalismo.

Frank Allen. Director de Libros Raros.

Capitán de Marina Simon Scott - Director de Historia.

FUERA DE LA LIBRERÍA

Fredrik Christenson - Vicedecano del Jesus College, Cambridge.

Lord Baskin - Dueño de Libros Bloomsbury.

Ellen Doubleday - Viuda del editor estadounidense Nelson Doubleday, sénior.

Lady Browning - Aristócrata y escritora inglesa.

Sonia Brownell Blair - Viuda de George Orwell.

Mimi Harrison - Estrella de cine.

Samuel Beckett - Dramaturgo irlandés.

Peggy Guggenheim - Heredera y coleccionista estadounidense.

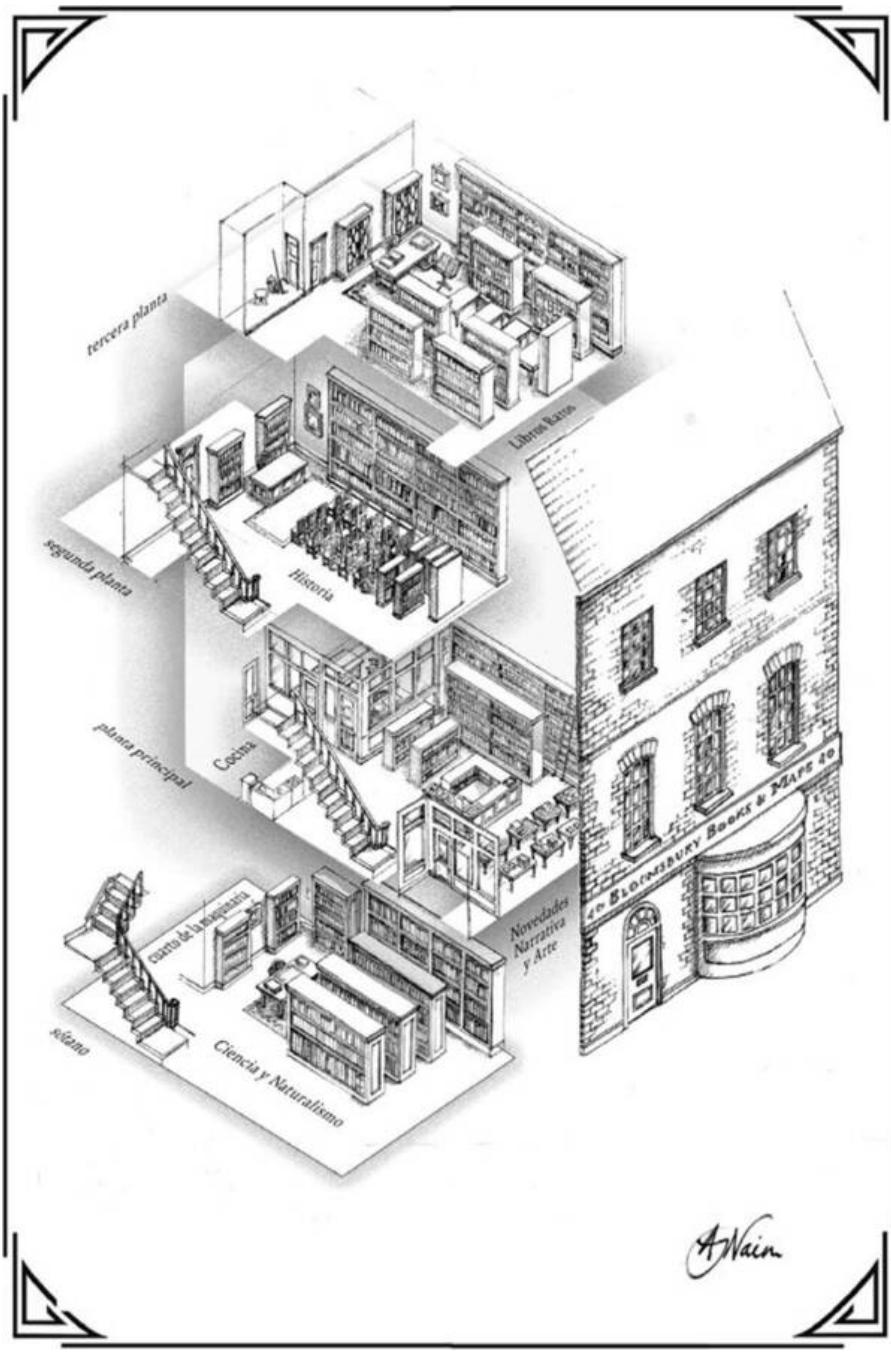
Stuart Wesley - Ayudante de investigación del vicedecano Christenson.

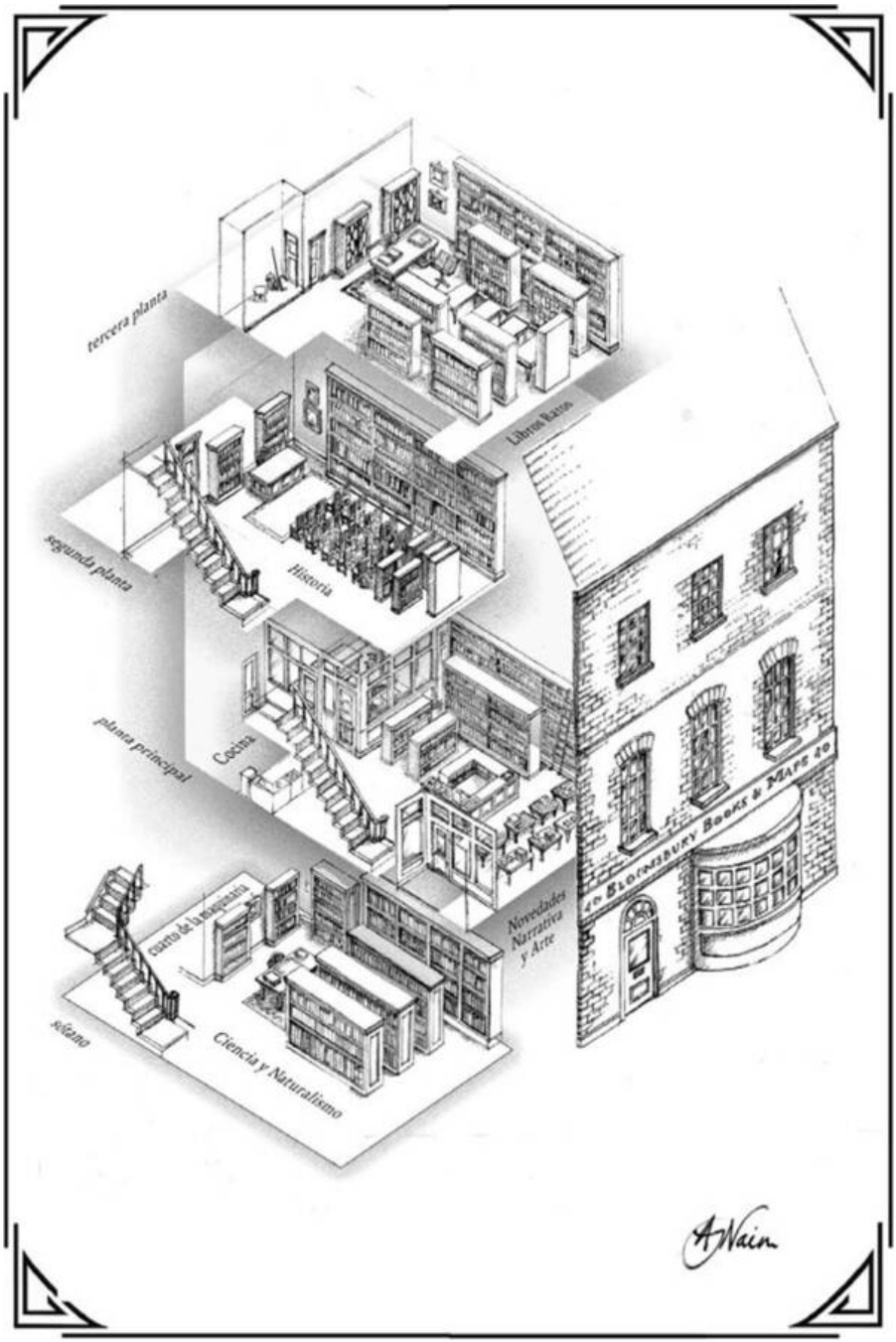
Yardley Sinclair - Director de relaciones con los museos en Sotheby's.

Elsie Maud Wakefield - Viceconservadora del herbario de Kew.

Doctor Septimus Feasby - Conservador principal de libros impresos, Museo Británico.

Robert Kinross - Vicecatedrático del Jesus College, Cambridge





Prólogo

CAMBRIDGE, INGLATERRA

19 de diciembre de 1949

Evie Stone se encontraba sola en su diminuta habitación amueblada, situada en el extremo septentrional de Castle Street, todo lo lejos de las facultades que podía vivir un alumno sin dejar de formar parte del «cuerpo estudiantil» de Cambridge. Aunque Evie ya no estudiaba: le quedaba una cantidad de tiempo imprecisa en la universidad. Los siguientes cuarenta minutos iban a decidir cuánta.

La joven entreabrió la única ventana de la estancia para que entrase el frío aire de diciembre, en el que pronto iban a resonar las campanas de la iglesia de Great St. Mary's al dar las dos, justo a cinco kilómetros de distancia. La entrevista con el catedrático Christenson la tenía al cabo de veinte minutos, exactamente lo que tardaría en llegar al Jesus College. Evie siempre cronometraba con precisión sus desplazamientos a pie.

Christenson concertaba sus citas veinte minutos después de la hora en punto, una de las muchas excentricidades por las que era famoso. En broma, los estudiantes decían que esta costumbre marcaba la hora según el meridiano de Christenson. Con o sin el tañido de las campanas de St.

Mary's, Evie podría haber adivinado qué minuto era, casi hasta qué segundo. Había llegado a dominar esta técnica cuando trabajaba de sirvienta en la Chawton Great House[1] donde, a lo largo de dos años, había

catalogado en secreto la biblioteca de la familia. Sin estar mirando el reloj, Evie había pasado varias horas todas las noches hojeando los dos mil trescientos setenta y cinco libros, página a página. Desde una distancia de medio metro, si no había obstáculos de por medio, Evie podía discernir a ojo si un volumen era de la época de Gutenberg o una copia en papel carbón, y no solo predecir cuánto le llevaría resumir el contenido sino también leerlo entero en diagonal. No le había contado a nadie que tenía este talento. Era consciente desde hacía mucho que era muy útil que la subestimasen.

Los profesores de sexo masculino que la rodeaban solo sabían de Evelyn Stone que era una integrante callada, discreta pero sorprendentemente franca del primer curso en el que se había permitido que las mujeres se licenciaran en Cambridge. Después de pasar tres años estudiando de firme en el Girton College, exclusivamente femenino, Evie había obtenido una matrícula de honor por sus desvelos, entre los que se contaba un largo ensayo sobre *Madame* de Staël, contemporánea de Austen, y se convirtió en una de las primeras graduadas en los ochocientos años de historia de la

universidad.

Christenson constituía el siguiente obstáculo.

Este necesitaba un ayudante de investigación para el inminente trimestre de Cuaresma, y Evie había presentado su candidatura antes que nadie. La joven también necesitaba el trabajo más que nadie. Desde que se había licenciado con la máxima calificación en Literatura Inglesa, había estado ayudando al vicecatedrático Kinross en su edición anotada de *La feria de las vanidades*, la novela de William Makepeace Thackeray de 1848, en la que llevaba años enfrascado. Como este proyecto al fin había concluido, la remuneración que entonces recibía Evie iba a interrumpirse el último día de 1949. Si lograba ser la nueva ayudante de investigación de Christenson, Evie podría seguir pasando un sinfín de días sola, sin supervisión, revisando metódicamente el contenido de las más de cien librerías de la universidad: una idea que le seguía resultando más estimulante que cualquier otra cosa en aquella etapa de su carrera académica.

En cuanto empezaron a sonar las campanas, Evie (que ya se había puesto su grueso abrigo de lana para el invierno) se levantó, cogió el bolso

de piel y se dirigió a la puerta. Veinte pasos presurosos para bajar a la calle; cinco minutos después pasó por delante del Castle Inn y, al cabo de otros diez, vio la curva del río Cam. Sobre él se alzaba el Puente de los Suspiros, gótico e imponente, con una tracería de piedra en las abiertas ventanas, pensada para que los estudiantes no treparan por él. Una de esas bobas actividades del campus a las que Evie no tenía la menor intención de sumarse, y a las que jamás la invitarían.

El Jesus College, el destino inmediato de Evie, estaba lleno de historia, pues se había fundado en 1496 donde antes se encontraba un convento. La hierba que pisaba Evie había crecido durante siglos, lo que indicaba que históricamente había servido de pasto. En la Segunda Guerra Mundial se habían creado unos refugios de hormigón bajo los jardines para resguardarse durante los bombardeos aéreos alemanes. Así, la universidad medieval había empezado a mostrar las cicatrices de la existencia moderna, y también sus frutos: solo unos años después, a las mujeres de Cambridge al fin se les permitió licenciarse.

Evie no iba pensando en nada de esto mientras atravesaba el recinto. Lo que hacía su mente era ir contando el crujido rítmico del césped cubierto de escarcha bajo sus botas livianas. A cada enérgico y medido

paso, su desgastado bolso de piel se mecía de forma continua y chocaba contra su cadera, con el peso de la muestra de escritura que llevaba dentro: casi cien páginas en las que analizaba la individualidad y la resistencia en las obras de De Staël y de las que Evie no podría haber esperado nada mejor, porque le habían puesto la nota más alta posible. En el bolso también había una carta de recomendación del vicecatedrático Kinross. En este último aspecto, Evie podría haber buscado a alguien mejor, pero no sabía que eso le era necesario.

Mimi Harrison había escrito a Evie ese otoño al saber que esta iba a tener que buscar trabajo. Mimi había instado a la joven a que aceptase otra carta de recomendación de su marido, que acababa de ejercer de profesor tres años en el Jesus College y que había vuelto a Harvard nada más casarse.

—Pero si solo lo he visto una vez —contestó Evie a Mimi por teléfono, en el salón de la planta baja.

—Tonterías —replicó Mimi con un tonillo indulgente—. Cuando yo llegué a Hollywood hace veinte años, lo hice con una carta del antiguo socio del bufete de mi padre, y solo lo había visto una vez más. Además, Geoffrey se muere de ganas de echarte una mano.

—Pero ¿por qué? Es que… no me conoce. —Era frecuente que a Evie le volviera a salir el acento de Chawton cuando hablaba con Mimi, cuya amistad había surgido con fuerza cuando ambas vivían en ese pueblecito agrícola.

Mimi había soltado una carcajada: siempre trataba de mantener un tono liviano con aquella joven tan seria, y contestó:

—Pero sí que me conoce a mí, y sabe que tengo buen ojo con las personas.

Aun así, Evie se había negado. Y, también aun así, Mimi le había enviado al carta, igual que hacía muchas veces con entradas para el teatro, billetes de tren y tantas otras cosas que había intentado regalarle a la joven a lo largo de los años. La generosidad de Mimi Harrison, famosa actriz de cine y de teatro, no tenía límites.

Pero tampoco los tenía el orgullo de Evie. Por eso, lo que llevaba aquel día era la carta del profesor Kinross. Este redactaba muchas de estas cartas todos los trimestres, pero la pobre Evie no lo sabía. Se había quedado de lo más satisfecha cuando el hombre le había propuesto darle una. La joven había desempeñado para él una sólida

labor de investigación en la edición anotada de *La feria de las vanidades*, y Kinross había escrito que Evie era eficiente y capaz. Aquello tenía que bastarle al catedrático Christenson.

Ya eran las 14:22 y Evie se sentía más diminuta que nunca mientras ocupaba la enorme silla giratoria frente a la que estaba todo su futuro.

Christenson dejó la carta de Kinross, dio unos golpecitos sobre las cien páginas dedicadas a De Staël y exhaló un suspiro.

—Esta investigación… Muchas autoras desconocidas. Ni siquiera De Staël se puede comparar con George Eliot.

A Evie le pareció interesante este comentario, teniendo en cuenta que Christenson era un célebre experto en esta última autora.

—Al fin y al cabo, siempre destacan los mejores, ¿no es así? —Se apoyó en la silla—. Y el ensayo a cuatro manos sobre el señor Thackeray…

Evie se enderezó. Estaba especialmente orgullosa de la labor de investigación que había llevado a cabo para el profesor Kinross, que había completado junto a Stuart Wesley, otro recién licenciado. Kinross la había felicitado por las notas y los magníficos índices que había creado para justificar las anotaciones del profesor. La había animado a que le dedicara el mayor tiempo posible a las fuentes originales, y muchas veces le había recalcado la gran importancia que las indagaciones certeras tenían para todo el proyecto.

—Imagino que su colega, el señor Wesley, habrá puesto mucho de su parte.

Evie se enderezó aún más.

—Los dos la hemos puesto.

Christenson se quedó callado mientras entornaba los ojos, se fijaba en la seguridad de la joven y en la carta de recomendación que tenía delante, y que ya había visto demasiadas veces. Kinross no les hacía ningún favor a sus alumnos con esas cartitas tan calcadas.

—Bueno, sí, entiendo que usted llevó a cabo las labores de investigación y demás, pero la redacción… —Christensen esbozó una sonrisa, tan afable y tan impropia de él que Evie acabó por inquietarse —.

Estará usted al corriente de que lo que yo necesito es una cierta facilidad con los textos, es decir, con… ¡el lenguaje! —pronunció esta última palabra con un énfasis especial, y Evie cobró una conciencia aún mayor de su propio acento rural, que resultaba menos sonoro—. Quizá no sepa usted que, a partir del año que viene, voy a ocupar el puesto del vicedirector Bolt.

Menos tiempo para escribir, lo que es una pena. —Christensen cogió los papeles, dio con ellos unos enérgicos golpes en la superficie protectora del escritorio y le devolvió a la joven su trabajo de todo un trimestre—. Muchas gracias por su tiempo, señorita Stone.

El hombre señaló la puerta cerrada del despacho con un somero ademán de cabeza, con el que todos sabían que había llegado la hora de irse, y Evie respondió con otro breve ademán antes de marcharse a toda prisa.

Mientras regresaba a pie empezó a nevar. Las ventanas de las tiendas y de los *pubs* resplandecían por dentro: su dorado fulgor eléctrico contrastaba suavemente con la oscuridad de principios de invierno que empezaba a

extenderse. Sin embargo, para Evie el día ya había concluido, de forma plena y aterradora. No notó que unos diminutos copos de nieve le caían en la cabeza descubierta y en los hombros; tampoco se fijó en las figuras que volvían apresuradas a sus casas, con las cestas llenas de víveres racionados y unos paquetes de papel de estraza que indicaban que solo quedaba una semana para la Navidad. Lo que hizo fue arrebujarse en el abrigo y pensar en lo que acababa de suceder, repasarlo una y otra vez. Ahora sabía que se le había escapado algo desde el principio, no solo en su cita con Christenson, sino también con respecto a Wesley y Kinross. Sintió que una sensación de desconfianza empezaba a surgir en su confusión, que le perturbó por su repentina (y tardía) aparición.

Evie sabía que en los tres años anteriores había trabajado con mayor ahínco que cualquier otro estudiante. Sus calificaciones lo reflejaban.

Christenson jamás encontraría a un ayudante de investigación mejor. Y, aun así…

La joven se detuvo delante de la ventana del Castle Inn. En el interior distinguió a varios alumnos riendo y bebiendo, hacinados en torno a varias mesas, celebrando el último día del trimestre y las fiestas navideñas que ya se hallaban en su apogeo. Se quedó así un rato,

observando a través de la escarcha del cristal, con la certeza de que nadie iba a reparar en su cuerpo pequeño y desdibujado en medio de la noche moteada de nieve.

Cuando la joven volvió a su cuarto amueblado del extremo septentrional de Castle Street, vio la carta semanal de su madre en la desgastada moqueta, a escasa distancia de la puerta de entrada. Colgó en el perchero, del gancho de siempre, el bolso de piel que solo contenía su recio paraguas negro; entonces se quedó sin saber qué hacer en medio del salón, mirando en derredor. Iba a tener que hacer pronto las maletas. No tenía la menor idea de cuál sería su destino.

Sus hermanos se encontraban desperdigados a gran distancia del hogar menos el pequeño, Jimmy, que solo había cumplido diez años. Su padre llevaba dos años muerto por culpa de una infección de la pierna izquierda de cual cojeaba, que le había enseñado al médico local una semana demasiado tarde. Entonces, habían vendido al fin la granja de la familia, y su madre y Jimmy se habían instalado en una casita adosada, de dos

habitaciones por planta, situada en la calle principal del pueblo. Pero Evie no se había esforzado tanto para volver atrás.

Se dirigió a la cómoda, cuyos cajones superiores había convertido en archivador improvisado, pues tenía poca ropa que guardar en ellos. Abrió el primero y empezó por la letra «A». Fue avanzando con rapidez y revisó todas las copias en papel carbón, todas las hojas de anotaciones, todas las tarjetas de visita y los folletos que había guardado a lo largo de los años.

Nunca tiraba nada.

Cuando llegó a las letras «AL», encontró la tarjetita de un tal señor Frank Allen, comprador de libros raros, Libros y Mapas Bloomsbury, Lamb's Conduit 40, Bloomsbury, Londres. Evie había sido presentada al señor Allen por un contacto mutuo, Yardley Sinclair, durante el célebre desmantelamiento de la biblioteca de la Chawton Great House, que había llevado a cabo Sotheby's en el otoño de 1946. Junto a Mimi Harrison, Yardley Sinclair y Evie habían sido miembros fundadores de la Sociedad Jane Austen, que había adquirido la biblioteca como parte del proyecto de salvar la casa de Chawton en la que había vivido Austen. En la subasta, Allen había pujado por unos cuantos libros del siglo XIX para el establecimiento londinense para el que trabajaba, y los había conseguido.

En su papel de asistente del director para las subastas de patrimonio en Sotheby's, Yardley, con gran orgullo, había llevado a Evie a saludar a los diversos marchantes y agentes que habían asistido a la venta. Esta recordaba que Allen la había felicitado brevemente por su minucioso catálogo manuscrito, que Yardley también exhibía con frecuencia.

Evie se quedó mirando las letras plateadas y en relieve de la fría tarjeta blanca, y pasó los dedos regordetes y entintados por el nombre destacado.

Oyó que las campanas de Great St. Mary's daban las tres y media. De pie con el abrigo de lana, notó una fría corriente que entraba en la habitación por la ventana que había dejado abierta. El bolso colgaba de su solitario gancho; la carta de su madre seguía sin abrir en el suelo. Escuchó cómo la enfatizada palabra «lenguaje» aún resonaba en su cabeza; entonces respiró profundamente, con toda la confianza y la certeza de las que pudo hacer acopio.

No iba a volver atrás; tampoco pensaba mirar atrás.

Capítulo 1

REGLA NÚMERO 17

HAY QUE SERVIR EL TÉ A SU HORA, CUATRO VECES AL DÍA.

—El Tirano llama.

Grace alzó la vista de su pequeño escritorio, situado en la parte posterior del establecimiento. Desde allí supervisaba todos los detalles de lo que los empleados de la librería denominaban los «gajes del oficio»: las montañas de cartas, peticiones, anuncios, revistas, periódicos, tarjetas de visita, catálogos, publicaciones, avisos, invitaciones y todo el resto de documentos en papel gracias a los cuales Libros Bloomsbury mantenía relaciones comerciales con el mundo exterior.

Su colega Vivien estaba en la puerta, meciendo la tetera con la mano derecha. Era una mañana de lunes, y Vivien siempre se ocupaba del refrigerio de mediodía el primer día de la semana.

—Y ahora el fusible de la cocina ha vuelto a saltar. —Vivien torció el gesto—. Ya sabes que sin té los hombres no carburan. Hoy el Tirano está de un humor espantoso.

El Tirano tenía nombre, pero Vivien se negaba a usarlo en privado, y con frecuencia Grace acababa imitándola: uno de los ejemplos de cómo la actitud de Vivien en el trabajo a veces se le contagiaba. Grace se levantó, dejó bien colocado un montón de papeles que tenía delante y dijo:

—Como te pille alguna vez llamarlo así…

—No puede. Es incapaz de oír algo que no sea su propia voz.

Ante estas palabras, Grace movió la cabeza y reprimió una sonrisa.

Llevaban trabajando juntas en la librería desde el final de la guerra, y la amistad con Vivien era uno de los motivos principales por los que Grace no se había marchado. Bueno, eso y el sueldo, claro. Además, su marido desempleado no podía recriminarle que aprovechase la ocasión de ganarlo.

Ni el tiempo que podía pasar sin sus exigentes hijos. Ni agobiarla con su miedo al cambio drástico. Al final, Grace suponía que había muchas razones por las que seguía trabajando allí. No sabía muy bien por qué lo hacía Vivien.

—¿Aún no ha llegado Dutton? —preguntó Vivien mientras se fijaba en el despacho vacío que quedaba detrás de Grace.

A Herbert Dutton, gerente del establecimiento desde hacía años, Vivien nunca le había puesto mote, menos aún un apelativo cariñoso. No era un hombre que hubiese que encasillar de ningún modo, ya se encargaba él de no salir nunca de su casilla.

—Ha ido al médico.

—¿Otra vez?

Vivien enarcó ambas cejas y Grace se limitó a encogerse de hombros.

Al ser las dos empleadas de sexo femenino de Libros Bloomsbury, ambas habían dominado el arte de la expresión muda; muchas veces se comunicaban únicamente mediante una ceja alzada, un tirón en la oreja, un gesto apenas oculto con la mano.

Vivien colocó la tetera en lo alto de un archivador cercano y las dos se dirigieron al sótano sin mediar palabra. Siempre que recorrían juntas los pasillos de la librería, su altura equivalente y sus prendas a medida les conferían un aspecto indómito, del que los empleados de sexo

masculino se apartaban de modo instintivo. Ambas eran inusitadamente altas, aunque de físico muy distinto. Grace tenía una espalda ancha que no necesitaba las hombreras tan en boga en el momento, un rostro sincero, sin maquillar, y una suave piel rosada: lo único que había heredado de una familia que había labrado los montes del norte de Yorkshire durante generaciones. Vestía con una sencillez que casaba bien con su altura: líneas marcadas de chaquetas de estilo militar y faldas de tubo; calzaba zapatos de tacón bajo para caminar sin dificultad. Sus rasgos más delicados eran sus ojos grises y

tranquilos, así como su fino cabello castaño, en el que apenas se veían unos reflejos cobrizos y que siempre llevaba recogido en la coronilla.

En cambio, Vivien era angulosa y esbelta como una gacela, y daba un respingo con la misma rapidez cuando se sentía impaciente o disgustada.

Prefería vestir siempre prendas negras y ajustadas: lo más frecuente era que luciese prietas faldas de lana y jerséis que decoraba con un llamativo broche Victoriano de amatista, lo único que había heredado de una querida abuela.

Vivien siempre llevaba el rostro maquillado con dramatismo, hasta el punto de resultar intimidante, que era en parte su propósito: al aparentar tanto autocontrol, lograba mantener a raya a todo el mundo.

Mientras bajaban al sótano, las dos mujeres pasaron por delante del despacho trasero, con ventanas de cristal, que ocupaba el señor Dutton, que era el gerente principal del establecimiento y el empleado más longevo.

Para llegar a la escalera de atrás, a la que Vivien le había puesto el sobrenombre de «Vía del Infierno», tenían que rozar las torres de cajas de libros que les llegaban a diario, procedentes de diversos editores, subastas, lotes de entidades en bancarrota y liquidaciones de patrimonio de todo el centro de Inglaterra y más allá. De media, el establecimiento despachaba más de quinientos libros por semana, por lo que era necesario que todas esas fuentes repusieran las existencias de modo frecuente y profuso.

La díscola caja de fusibles se hallaba en el cuarto de la maquinaria, situada junto a la poco visitada sección de Ciencia y Naturalismo. En toda la planta del sótano había una humedad y un calor impropios de la época por culpa del torpe funcionamiento de la caldera, de antes de

la guerra. Por la puerta abierta del cuarto de la maquinaria, Grace y Vivien distinguieron las gafitas de montura metálica y el gesto plácido del señor Ashwin Ramaswamy, director de la sección de Ciencia y su único trabajador, que sobresalía por encima de la mesa en la que siempre estaba, tras montañas de libros propios.

—¿Hoy todavía no ha abierto la boca? —Prácticamente susurró Vivien, y Grace negó con la cabeza. Todos sabían que el señor Ramaswamy iba a lo suyo en la librería, cosa que no le resultaba muy complicada teniendo en cuenta las pocas visitas que recibía su departamento. La colección que había en el sótano de biología, química y otros libros científicos llevaba ahí

al menos desde tiempos de Darwin, pero nunca había dejado de ser la planta más olvidada y menos rentable de la tienda.

A Ash Ramaswamy, hombre con estudios en naturalismo y entomología, no parecía importarle estar solo. A lo que dedicaba gran parte del día era a organizar los libros de un modo que sacaba los colores a otros jefes de sección, y a estudiar con un microscopio las láminas de insectos que guardaba en una caja de madera, en su escritorio. Eran criaturas de su tierra, el estado de Madrás, al sureste de la India. El difunto padre de Ash, un brahmán tamil, había sido un funcionario de elevado rango del Gobierno colonial británico, y siempre había animado a su hijo a que considerase las oportunidades que le brindaba una vida en Gran Bretaña. Ash había emigrado tras la guerra con la esperanza de obtener un puesto en el Museo de Historia Natural de Londres. Al ser miembro de la casta más privilegiada en su país de origen, no estaba preparado para los prejuicios sin tapujos con que los británicos lo trataban. Como no había podido conseguir ni siquiera una entrevista en ninguno de los museos de la ciudad, acabó trabajando en la librería.

—Espantoso, según comentabas —empezó a decir Grace mientras metía la cabeza en la caja de fusibles.

—¿Cómo?

—De un humor espantoso. El Tirano. ¿Qué ha pasado ahora?

—Margaret Runnymede, eso es lo que ha pasado.

Grace sacó la cabeza de la caja.

—¿Ha salido el nuevo libro?

—Hay que ver con qué aires viene esa mujer siempre que sale uno suyo, para que él le dé ese ridículo ramito cursi que tanto pega con su última y pretenciosa obra, y para que le diga todo lo que ella ya piensa de sí misma.

Es repugnante. Quiere que hoy en la librería esté todo «impecable» para ella.

Grace miró a la mujer más joven con una ceja alzada.

—¿Y no quiere nada más?

Vivien carraspeó con asco.

—Qué creído se lo tiene el tío. Como si ella le fuera a hacer el menor caso.

—Se lo hacen muchas. Bueno, a mí me interesa. —Grace cerró la puerta de la caja de fusibles y se limpió las manos—. Esto ya está.

—Como si él no se diera cuenta.

—Ya, tampoco hay por qué echárselo en cara.

Por mucho que a Grace le diese igual el director de Narrativa, Vivien manifestaba tal grado de animadversión que a Grace le parecía preferible rebajárselo, por el bien de todos.

Subieron juntas las escaleras, se detuvieron en el despacho de Grace para que Vivien recogiese la tetera y cada una se fue a lo suyo. Al otro lado de la mampara de cristal del cuarto trasero del fondo, veían al señor Dutton, con su cara redonda, sentado a su mesa sin hacer nada, como si esperase a que alguien le dijera el qué. Sobre su cabeza colgaban, algo torcidas, las cincuenta y una reglas del establecimiento que Dutton había creado nada más ser nombrado gerente principal, casi veinte años antes.

—¿Un par de galletas? —preguntó Vivien con voz fuerte y obsequiosa, con una repentina y absoluta profesionalidad mientras Grace ocupaba su silla y alisaba delicadamente las arrugas de la parte inferior de su falda trapecio.

Grace titubeó. Casi había cumplido los cuarenta, y últimamente había notado que había engordado muy levemente por las caderas. Gordon, su marido, también lo había notado. No era de los que pasan por alto esos detalles.

Alzó un único dedo con un suspiro. Vivien soltó un bufido mientras volvía a la cocina e iba meciendo la tetera con amplios ademanes junto a ella, como si quisiera que chocase con algo durante el trayecto.

Grace paseó la vista en derredor, se fijó en los familiares papeles, las cajas de libros y las facturas de entregas que aún debía mecanografiar. No tenía el menor sentido empezar nada cuando faltaba tan poco para que diera la hora. Así que se dedicó a esperar.

Al cabo de pocos minutos, oyó que el señor Dutton la llamaba desde el despacho trasero exactamente a las once en punto. Puntualísimo.

—Señorita Perkins —dijo el hombre en su acostumbrado tono formal.

Siempre combinaba el tratamiento de soltera con el apellido de casada para dejar reflejada la insólita posición de Grace como madre trabajadora. Lo

que habría hecho que esta se sintiera como una estrella de cine («la señorita Crawford, la señorita Hepburn»), si no conociese al señor Dutton.

Grace cogió cuaderno y lápiz, volvió a ponerse en pie y pasó al despacho de gerente por la puerta abierta que lo conectaba con el suyo.

—Buenos días, señor Dutton. Espero que todo haya ido bien —lo dijo en un tono cordial pero afirmativo, pues sabía que no le iba a contestar directamente.

—Una mañana preciosa —comentó él con una sonrisa tan diminuta que apenas se pudo distinguir en la ancha extensión de su rostro—. Imagino que pasaría usted una agradable Nochevieja.

—¿Y usted?

El hombre asintió.

—¿Le puedo robar un momentito?

Grace asintió también y sostuvo el cuaderno y el lápiz ante ella. Habían repetido esta misma rutina mil veces. El gerente repasó su horario del día (solo el suyo, porque el resto de empleados se dedicaban a la atención al cliente) y, cuando llegaron a la franja de las 14:30, se detuvo y preguntó:

—¿Una tal señorita Evelyn Stone?

—Sí, ¿no se acuerda? Esa llamada extraña de justo antes de las vacaciones. El señor Allen pidió que se la recibiera a instancias de Yardley Sinclair, y usted accedió a entrevistarla.

El señor Dutton se quedó mirando a Grace de hito en hito. Esta sabía que en fechas recientes la memoria del hombre ya no era la de antes, y volvió a ayudarlo.

—Dijo usted que solo era una formalidad, por respeto al señor Sinclair, al ser el cliente más valioso de la librería.

El señor Dutton dio unos golpecitos con el dedo sobre el nombre de la agenda e hizo un gesto de asentimiento: la señal para que ella se sentase y tomase notas mientras él dictaba su correspondencia.

Iban por la séptima carta cuando el gerente terminó con «Y, aunque apreciamos la labor que la Cartelería Broadstreet ha llevado a cabo a la hora de promover este último éxito de ventas, lamentamos comunicarles que, en esta ocasión, debemos rehusar sus carteles de precios tan competitivos.

Reciban un saludo cordial…».

Se quedó callado y se pasó los dedos por el lado derecho de su cabeza algo calva. Grace debía de haber adoptado uno de esos «gestos suyos», tal como los llamaba Gordon.

—Dígame, señorita Perkins.

—Bueno, es que… La verdad es que creo que el escaparate presenta desde hace un tiempo un aspecto algo desastrado, y la semana pasada Viv y yo nos acercamos a Foyles a ver cómo tenían el suyo, y debo decir que sus ideas son muy buenas.

El señor Dutton se quedó mirándola con uno de los gestos que tenía él, una extraña y fina frontera entre el terror y la indulgencia que se apoderaba de sus redondeadas facciones siempre que ella le proponía algo nuevo. Más incluso que quedar en desventaja frente a Foyles, el rival más envidiado de la librería, Grace sospechaba que el mayor miedo del señor Dutton consistía en que fuese precisamente ella quien tuviese que ayudarlo si cometía un fallo. Daba la impresión de que las ideas de Grace para mejorar el establecimiento en esencia lo sacaban de quicio.

—Y…, bueno…, pensé que con unos letreros en condiciones como los que hacen en Broadstreet, colgados del techo para que no tapen la vista de la calle, y otros estantes, más abiertos por detrás para que pase la luz, podríamos promocionar las próximas rebajas de Año Nuevo de forma muy eficaz.

El señor Dutton se limitó a mirar al infinito. Grace llevaba casi cinco años trabajando en Libros Bloomsbury y, que ella supiera, jamás se había puesto un cartel de rebajas en el escaparate ni, en realidad, en ninguna otra parte del establecimiento. Lo que se hacía era enseñar a los empleados a mencionar las rebajas con la mayor discreción, en reservados y elegantes comentarios individuales a los clientes, como si fuese impropio rozar siquiera la cuestión del dinero en un entorno libresco.

—También está el asunto de nuestro inminente centenario, este verano

—prosiguió Grace al ver que el gerente callaba—. Nunca es demasiado pronto para iniciar las conmemoraciones. A Vivien y a mí se nos ha ocurrido otra exposición: *Cien años de libros*. Una selección de los títulos más destacados de cada década.

El señor Dutton era hombre de costumbres y normas que, debido a la

abrumadora incertidumbre del futuro, se resistía a gastar tiempo o dinero con demasiada antelación. Aquella era una de las muchas diferencias entre él y su confiable secretaria en lo referente a las cuestiones empresariales.

—Gracias, señorita Perkins —respondió él al fin, con un semblante que casi parecía dolorido por las propuestas de Grace—. Esto es todo, por el momento.

Desde luego que eso era todo por el momento. Y también lo sería al día siguiente, y al otro. Ella volvería a mecanografiar esas cartas innecesariamente largas, a organizarle los voluminosos papeles en archivos alfabéticos y a llevarle el té. Luego, regresaría a casa y haría otra versión de lo mismo para su familia.

Grace se fijó en Vivien que, al otro extremo del pasillo, estaba apoyada en el borde del mostrador de caja de la entrada y movía las caderas mientras iba anotando algo en un cuaderno verde de espiral y después mordía el extremo del lápiz. Vivien estaba básicamente enclaustrada tras ese mostrador, y solo a veces se le permitía ir a la zona de delante a echar una mano con los clientes. Al igual que Grace,

había entrado en la librería en el momento en que el mundo resurgía de las cenizas de la guerra. En esa época, la vida parecía rebosar posibilidades y libertad, sobre todo para las mujeres que habían tomado las riendas mientras los hombres habían partido al frente. Ese era el contrato social que se había sellado para que todos se apoyasen en un tiempo de gran dolor y sacrificio: a quien mucho se le había pedido, mucho se le concedería después.

Pero el pasado se las apañaba para volver por las más minúsculas grietas de un mundo fracturado. Las mujeres como Vivien y Grace habían soñado con un nuevo comienzo para todos y todas; pero, cinco años más tarde, las nuevas oportunidades para las mujeres aún se racionaban, igual que la comida. Los que ostentaban el poder siempre se quedaban con todo aquello que sobraba, aunque se hundiera el mundo.

Capítulo 2

REGLA NÚMERO 12

SI SE PRODUCE UNA EMERGENCIA, LOS PROTOCOLOS DE PRIMEROS AUXILIOS

DEBEN OBSERVARSE DE FORMA ESTRICTA.

El Tirano era Alec McDonough, un soltero de treinta y pocos que llevaba las secciones de Novedades, Narrativa y Arte en la planta baja de Libros Bloomsbury. Había estudiado Literatura y Bellas Artes en la Universidad de Bristol y aspiraba a desarrollar una carrera en algo gordo (Vivien lo acusaba de querer gobernar una colonia pequeña) cuando la guerra se había interpuesto en su camino. Después de que se le concediera una licencia honrosa en 1945, Alec había entrado en el establecimiento exactamente el mismo día que Vivien. «Una hora antes. Como un mellizo dominante», comentaba esta siempre que Alec recibía cualquier recompensa antes que ella.

Desde el principio, Alec y Vivien habían sido rivales, y no solo por conseguir más control de la planta de narrativa. Todos los editores que entraban a dar una vuelta, todos los que impartían charlas literarias, suponían una oportunidad que podía brindarles acceso a los gerifaltes de la industria editorial. En secreto, ambos aspiraban a escribir, se habían instalado en Londres y habían buscado trabajo en Libros Bloomsbury por ese motivo. Pero también eran conscientes de que a quienes primero debían complacer eran a los hombres que dirigían el negocio: desde el rígido señor Dutton y Graham Kingsley, por aquel

entonces director de Narrativa, al

inquieto Frank Allen y el irascible capitán de Marina Scott. En ese aspecto, Alec gozaba de una nítida y clara ventaja. Con todas las anécdotas del servicio en la guerra, los colegios privados compartidos y antiguas victorias de críquet, Vivien no tardó en desanimarse al contemplar sus posibilidades de ascenso.

Como era de esperar, al cabo de unas semanas Alec ya había monopolizado la atención tanto del longevo gerente principal, Herbert Dutton, como de la mano derecha de este, Frank Allen. En 1948, cuando Graham Kingsley se jubiló, Alec ascendió al puesto de director de Narrativa y, al cabo de un año, también se encargaba de Novedades y Arte: un logro que Vivien seguía denominando «la Anexión».

Ella había sido la primera en llamarlo el Tirano; él no la llamaba de ninguna manera. Los problemas que Vivien tenía con Alec iban desde los títulos que mostraban en los estantes a la tendencia de este a organizar actos únicamente con autores de sexo masculino, y que hubieran participado en la guerra. Con su licenciatura en Literatura por Durham (Cambridge, su universidad soñada, aún se negaba en 1941 a graduar a mujeres), Vivien tenía opiniones rigurosas e informadas sobre el tipo de libros que debía albergar la sección de Narrativa. De forma previsible, Alec cuestionaba esas opiniones.

—Pero si ni siquiera lee a mujeres —le decía Vivien en tono quejumbroso a Grace, que esbozaba un gesto comprensivo, mientras trataba de recordar la lista de la compra que debía hacer antes de coger el autobús de vuelta—. Es que, mira…, ¿solo un Jane Austen en los estantes? Ni un Katherine Mansfield. Ni un Porter. He leído ese relato de Salinger en *The New Yorker* del que Alec no deja de hablar: soldados con neurosis de guerra y niños desparramados, y no veo por qué resulta eso tan masculino.

A diferencia de Vivien, a Grace no le sobraba mucho tiempo para lecturas personales, una contradicción que su marido solía señalar. Pero Grace no trabajaba allí por los libros, sino porque el trayecto en autobús a Bloomsbury solo duraba veinte minutos, en el camino podía dejar a los niños en el colegio, y al final de la jornada se podía llevar a casa los periódicos del establecimiento. Había sido Grace quien había propuesto que vendieran también revistas importantes, en especial *The New Yorker*. Al

estar tan cerca del Museo Británico y de la zona de los teatros, en Libros Bloomsbury entraban no pocos adinerados turistas

estadounidenses. Grace estaba convencida de que esos detalles de su país de origen harían que estos pasaran más tiempo mirando libros, como también lo podría lograr la música de *jazz* en la radio de la caja de la entrada, una de las muchas ideas a las que el señor Dutton aún lograba resistirse.

Vivien y Alec llevaban más de cuatro años gestionando juntos la planta baja de la tienda, vigilándose mutuamente desde el mostrador de caja como leones recelosos en un pequeño coliseo. El mostrador, cuadrado y delimitado, se había ubicado en el centro de la sección de Narrativa con el fin de que una antigua caja de enchufes no sobresaliera en medio del suelo.

El señor Dutton era incapaz de ver ese feo objeto sin imaginar la demanda de un posible comprador por los perjuicios causados en una caída por accidente. Al ser ascendido a gerente principal en la década de 1930, Dutton había mandado de inmediato que la caja principal se reubicara y se construyera en torno a los enchufes.

Esta configuración había resultado ser de lo más beneficiosa para los empleados. Siempre se podía distinguir a un cliente que se acercaba desde cualquier parte, preparar la reacción adecuada con gestos que iban de la confusión a la hostilidad, e incluso pillar el modo disimulado en que un libro no pagado se metía en un bolso. Otras librerías habían seguido el ejemplo del diseño de la planta baja de Libros Bloomsbury y habían comenzado a remodelar las suyas. Todo el barrio estaba, en este sentido, lleno de espías. Grace y Vivien no eran las únicas libreras que lo recorrían estudiando los escaparates de otros establecimientos. Londres comenzaba a renacer y, tras cinco largos años de racionamiento y recuperación de posguerra, nuevas librerías surgían por doquier. En Bloomsbury se encontraban el Museo Británico, la Universidad de Londres y allí estaban las casas de muchos escritores famosos del pasado y del presente, incluido el círculo de antes de la guerra de Virginia Woolf, E. M. Foster y Lytton Strachey. Por todo esto, el distrito era una zona especialmente idónea para lectores, escritores y clientes.

También por eso, fue ahí, en un 2 de enero de 1950 con algo de nieve, donde se presentó una joven Evie Stone, con la tarjeta de visita del señor

Allen en un bolsillo y un billete de tren de ida a Londres en el otro.

Vivien fue la primera en verla.

La campanilla de la puerta de entrada emitió su habitual y brusco

«ding» mientras las desgastadas botas de la muchacha tropezaban con el listón de la puerta interior del vestíbulo. Con la misma brusquedad, Alec McDonough alzó la vista y después la bajó, encaramado a una escalera cercana.

La figura menuda y sin sombrero no advirtió la presencia del hombre.

Fue pasando con parsimonia y lentitud por delante de las mesas de narrativa, en la mitad delantera de la tienda. Con cada libro que tocaba hacía tres cosas: primero pasaba la palma de la mano por la portada, casi extasiada; después daba unos golpecitos pensativos sobre el título; y, a continuación, con ambas manos levantaba el volumen con mimo para examinar minuciosamente el contenido y la contraportada.

Vivien había dejado de hacer anotaciones en el cuaderno y ahora mordía distraída un extremo del lápiz, observando con interés a la joven. Esta llevaba una sencilla melena de corte descuidado sobre los hombros y tenía unos penetrantes ojos oscuros que observaban con intensidad lo que quedaba dentro de un estrecho campo de visión. No parecía ser de ciudad, pero tampoco parecía estar completamente fuera de lugar en ella.

Fue avanzando de forma metódica hacia el mostrador principal, mientras Vivien se apoyaba en él de la manera que más irritaba al señor Dutton. Cuando la chica lo alcanzó al fin, Vivien soltó el lápiz.

—Hola.

Vivien levantó la ceja derecha, contestó «Hola» con lentitud y se quedó a la espera.

La muchacha posó la enguantada mano derecha en el borde del mostrador y, como si aquello fuera una callada conspiración, deslizó por él una tarjetita blanca.

Vivien ladeó la cabeza a la derecha antes de cogerla.

Sorprendentemente, era de Frank Allen, de la sección de Libros Raros.

—Soy Evie Stone —dijo la chica por toda explicación.

Vivien la observó, embelesada por el contraste entre el aspecto anodino de la joven y aquella mirada profunda e intensa.

—Me temo que hoy y mañana el señor Allen estará fuera, en la liquidación de una casa. Espero que no haya venido usted de lejos.

La chica agitó la cabeza con insistencia.

—Me llamo Evelyn Stone. Para ver al señor Dutton.

—¡Ah! —exclamó Vivien cordialmente, lo que hizo que Alec la mirase desde la escalera al oír que su voz, por una vez, se animaba—. Ya entiendo.

Entonces, ¿tiene una cita con él?

Ahora fue Evie quien ladeó la cabeza a la derecha, como si le preocupase que no hubiesen avisado a nadie de que iba a llegar.

La figura esbelta de Vivien franqueó una puertecita batiente de detrás del mostrador, recorrió un largo pasillo y acabó desapareciendo al entrar en un despacho trasero de mamparas de cristal. A continuación, Grace sacó la cabeza del mismo despacho para mirar por el pasillo y entonces ella también desapareció. Al cabo de unos segundos resurgió Vivien y fue acercándose a Evie como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Lo sentimos mucho, efectivamente la estaba esperando. Yo le digo por dónde es. —Vivien hizo un ademán a la chica para que la siguiera —.

Deme el abrigo si quiere.

La joven rehusó el ofrecimiento y se arrebujó en el abrigo de lana con una actitud algo nerviosa que a Vivien le resultó enternecedora.

Después de dejar a la muchacha con Grace, Vivien regresó a su puesto en la caja, donde se topó con Alec. Este se apoyaba en el mostrador con la misma informalidad por la que ella recibía tantas reprimendas. No parecía que al señor Dutton esto le molestase tanto en un hombre. Se esperaba que las mujeres del establecimiento mantuvieran un porte elegante, que los hombres se mostrasen afables y de trato fácil.

—¿Qué pasa? —preguntó Vivien en tono cortante.

—¿Quién es esa chiquilla tan rara?

Vivien exhaló un suspiro y cogió el lápiz. Siempre tenía que mirar a Alec desde abajo, cosa que le molestaba. Nadie debería ser tan alto.

—Una tal Evie Stone que ha venido a ver al señor Dutton, si tanto te interesa.

—¿Para qué, si puede saberse?

Vivien volvió a soltar el lápiz y soltó un bufido exasperado.

—Por lo visto, para trabajar. Grace dice que viene con referencias de Yardley Sinclair. El director de relaciones con los museos, el de Sotheby's.

¿Te bastan estos nombres?

Alec esbozó una sonrisita para responder a la de Vivien y dijo:

—Pues no para estar de cara al público, creo yo. Parece que acaba de cumplir los dieciséis, como mucho.

—Tranquilo, Alec. Estoy segura de que no le interesan para nada tus dominios.

Alec estaba a punto de replicar algo cuando se oyó un grito extrañísimo.

Todas las cabezas de la librería se alzaron de los libros al tiempo que Alec, alarmado, extendía el brazo para coger el de Vivien.

—¡Por Dios! —exclamó Alec—. ¿Ha sido Grace?

Rodeó a toda prisa el mostrador para abrirle la puerta batiente a Vivien y entonces ambos echaron a correr por el pasillo. En él se encontraron a Grace delante del despacho del gerente principal, inmóvil, tapándose la boca con la mano.

Detrás de la puerta estaba el señor Dutton tendido en el suelo, con el rostro y el cuerpo rígidos como una tabla. Evie Stone se encontraba arrodillada a su lado.

—Se puede saber qué… —Alec hizo el gesto de acercarse al gerente, pero Evie alargó el brazo para frenarlo.

Justo en ese momento, al señor Dutton le empezaron a dar convulsiones; los brazos y las piernas se le agitaron violentamente.

—Llamen a una ambulancia —pidió Evie con tranquilidad a Grace mientras aflojaba la corbata—. Y no se acerquen.

Grace se quedó en la puerta junto a Alec y Vivien, los tres anonadados ante el cuerpo que ahora se retorcía sobre la raída alfombra que pisaban.

—¡Ahora mismo! —gritó Evie.

Grace dio al fin un atemorizado respingo y corrió hacia el teléfono del escritorio, mientras Alec, situado detrás de Vivien en la puerta, exclamaba:

—¡Póngale algo, lo que sea…, póngale algo en la boca, un libro o…!

La joven negó con la cabeza. «No —respondió con firmeza—. No se

acerquen». Levantó la vista y señaló con la cabeza la gran mesa antigua en la que el señor Dutton revisaba su continua correspondencia. «¡Y aparten inmediatamente la mesa, antes de que se dé un golpe!».

Alec se aproximó y le dio un fuerte empujón a una esquina de la mesa, justo cuando Grace colgaba el teléfono.

—Pobre hombre… Vienen de camino. ¿Cómo sabe usted…?

La joven volvió a alzar la mano izquierda para que Grace se callara. Los tres empleados no podían hacer otra cosa que quedarse donde estaban y observar impotentes, mientras Evie colocaba la mano derecha sobre el pecho del hombre y anunciaba:

—Tiene el pulso muy lento.

—Grace —preguntó Alec—, ¿había comentado algo al respecto?

Cualquier detalle. ¿Esto lo sabías?

Grace lo negó con la cabeza, de nuevo con la mano suspendida, temblando, sobre la boca. «Lo único que sé es que acababa de estar en el médico de cabecera. Un momento…». Abrió el cajón superior del escritorio, rebuscó en él, se dirigió después al perchero y metió las manos en los bolsillos de la gabardina. «Ay, esperad, sí, aquí hay algo…».

Sacó una cajita de medicamentos y se la enseñó a todos.

—Fenitoína —anunció Grace.

—¡Que venga Ash! —exclamó Vivien—. ¡Su diccionario médico!

Alec la miró y enseguida salió corriendo en dirección a la escalera de atrás.

—Ya no tiene convulsiones —proclamó Evie de pronto.

Las tres mujeres contemplaron cómo, en un primer momento, los ojos redondos del señor Dutton empezaron a aletear; a continuación, el resto de sus rasgos faciales comenzaron a relajarse sucesivamente.

Alec regresó con Ash Ramaswamy, que sostenía un grueso diccionario médico.

—Hablamos de fentoína, para la epilepsia, ¿verdad, señorita? —le preguntó a Evie—. ¿Había pulso débil?

Evie miraba tan de hito en hito a Ash que el resto de los presentes se sintieron repentinamente incómodos. Vivien pensó que quizá Evie nunca había visto a una persona de la India, después la invadió una extraña

vergüenza por haber tenido semejante idea.

—Sí, muy bajo —contestó al fin Evie, pero Ash no pareció percibir su titubeo ni sus mejillas encarnadas. Más bien parecía igual de sorprendido de que la joven estuviese en aquel lugar.

—Señorita, en ese caso póngale algo debajo de la cabeza para que tenga la columna y la mandíbula al mismo nivel.

Todos observaron cómo Evie se quitaba deprisa la rebeca azul de punto y la colocaba con cuidado bajo la cabeza del señor Dutton, mientras este iba recobrando lentamente la consciencia.

—No le ha pasado nada, señor, solo un pequeño ataque. —Evie alargó el brazo y le acarició la mano como si quisiera consolar a un animalito o a un niño, cosa que solo pareció aumentar el azoramiento de Dutton al verse en aquel estado.

Los presentes vieron con alivio que Evie ayudaba al señor Dutton a incorporarse, apoyándose en el codo derecho.

—Tiene usted bajas las pulsaciones, señor. No se mueva, por favor —le instó Evie.

Al oír esa voz desconocida, el aturdido señor Dutton se volvió, distinguió a su entrevistada arrodillada a su lado y dijo:

—Lo lamento muchísimo. Qué disgusto para ustedes. Qué disgusto.

Evie esbozó la primera sonrisa que cualquiera de ellos le había visto hasta entonces y contestó:

—Por mí no se preocupe, señor.

—Desde luego —añadió Vivien desde la puerta, y dirigió la vista a la entrada del establecimiento cuando sonó la campanilla que anunció la llegada del personal de la ambulancia—. No cabe duda de que la señorita Stone ha llevado la situación mejor que todos nosotros.

Vivien se hizo a un lado mientras los dos enfermeros recorrían el pasillo a toda velocidad con una camilla y empezaban a tratar al señor Dutton, que seguía tendido en el suelo.

Alec volvió a la parte delantera para atender a los pocos clientes, Ash se marchó al sótano y Vivien, Grace y Evie se quedaron juntas en la puerta.

Al percatarse de lo difícil que toda la situación tenía que haber sido para la visitante, Grace iba a preguntarle a Evie si quería un té cuando una voz

atronadora resonó por la escalera del piso superior, la que Vivien llamaba burlonamente la «Vía Dolorosa».

—¿Qué diantre es todo ese jaleo?

Capítulo 3

REGLA NÚMERO 44

EL GERENTE PRINCIPAL ES LA ÚNICA PERSONA CON AUTORIDAD Y CAPACIDAD

PARA CONTRATAR, ASCENDER Y DESPEDIR EMPLEADOS.

Al final de la escalera estaba un hombre de sesenta y muchos, con una chaqueta engalanada con una serie de insignias navales en ambas solapas.

—Al señor Dutton le ha dado un ataque de algo —le explicó Grace mientras señalaba con la cabeza el despacho del gerente. Por la puerta abierta se distinguía a dos enfermeros arrodillados en el suelo, junto a Dutton, ayudándolo a incorporarse y a apoyar la espalda en una de las patas de la mesa.

—¿Cómo que un ataque? —Prácticamente escupió el anciano—. Un ataque ¿de qué?

—Seguramente de epilepsia —contestó Evie.

Mirando por encima de la montura de sus gafas de lectura, el hombre advirtió al fin el menudo cuerpo de la joven, encajonado entre Grace y Vivien, ambas bastante altas para ser mujeres.

—Y usted ¿quién es? —preguntó, también con voz atronadora.

Grace avanzó un pasito y dijo:

—Es la señorita Evelyn Stone. El señor Sinclair se la ha recomendado al señor Dutton para un puesto. El señor Yardley Sinclair, el de Sotheby's. El director de relaciones con los museos.

El hombre soltó un resoplido de desdén.

—Pues en mi sección no va a ser. La segunda planta no es lugar para una jovencita.

Vivien suspiró de forma ostensible. Estaba acostumbrada a tales boicots por parte de los hombres de la librería. Alec se negaba a aceptar a la muchacha en la planta principal, el capitán de Marina Scott tampoco la quería en la segunda.

—A lo mejor no le interesan un montón de viejos mapas polvorientos,

¿no? —le preguntó Vivien en tono burlón—. ¿A alguien se le ha ocurrido preguntarle a ella?

Vivien era la única empleada del establecimiento a quien el capitán de Marina Scott nunca le había dado miedo, a pesar de los frecuentes exabruptos de este. Estaba convencida de que, bajo aquel exterior irascible, había un hombre que adoraba a las mujeres, sobre todo a las guapas, y que había erigido un muro de defensa frente a ellas para proteger su ego. Vivien estaba creando un personaje igual en su novela: la novela que nadie sabía que estaba escribiendo en su cuaderno verde de espiral.

Pareció que el capitán Scott estaba a punto de responder con el mismo tono a las palabras de Vivien, pero dio la impresión de que algo en la actitud agresiva de la empleada lo llevó a cambiar de idea.

—De todas formas, parece demasiado poca cosa para poder servir de

algo. —Scott se volvió hacia Grace—. Con ataque o sin ataque, es hora de tomar el té —añadió con hosquedad.

—¿Un par de galletas? —preguntó Grace con su actitud excesivamente obsequiosa, de cuya sinceridad los hombres de la librería habían empezado a dudar seriamente por aquella época.

—Dos —le espetó Scott, y subió las escaleras.

—Seguramente te estarás preguntando que quién es ese —le dijo Grace a Evie con voz de disculpa.

A su lado, Vivien soltó una carcajada y añadió:

—Bueno, creo que la pinta que lleva es suficiente explicación.

Grace echó un vistazo al despacho, en el que los dos enfermeros ya estaban recogiendo sus cosas. La alivió ver que el señor Dutton se encontraba tras el escritorio, pluma en mano, tratando de comportarse como si los minutos anteriores jamás hubieran sucedido.

—Era el capitán de Marina Simon Scott —continuó Grace—. Estuvo en la batalla del estrecho de Dover en la Gran Guerra y, para su gran disgusto, ausente de la Segunda. Dirige la segunda planta: Historia, Viajes, Topografía, Genealogía. Pero, sobre todo, Historia Naval y Militar.

—La cartografía no me interesa mucho —repuso Evie.

Vivien le dio una palmadita en la espalda:

—Mejor para ti. ¿Qué te gusta? En cuanto a libros, me refiero.

Evie miró la escalera y contestó:

—Los raros.

Los enfermeros abandonaron la sala posterior y pasaron junto a las tres mujeres que estaban en fila, llevando la camilla vacía por el pasillo. Del despacho salió una leve tos; Grace supo que era la señal del señor Dutton para que Evie y ella volvieran a entrar.

—Se le ha estabilizado el pulso —anunció el primer enfermero, un joven alto de semblante jovial, que se detuvo para informar a Grace—.

Seguramente ha sido la reacción al nuevo medicamento.

—Entonces, ¿no era epilepsia? —inquirió Vivien.

El hombre se dio la vuelta y la miró de arriba abajo con un gesto de aprobación.

—Sí, señorita, eso ha sido: una cosa produce la otra. ¿No sabía que es epiléptico?

Las dos mujeres mayores contestaron negando con la cabeza, mientras Evie, entre ellas, no recibía la menor atención.

—Bueno, pues quien lo ha atendido lo ha hecho todo a las mil maravillas.

Grace dio un paso atrás mientras señalaba a Evie; el hombre se agachó para escudriñarla y le dijo:

—Creo que estaba usted en una entrevista de trabajo cuando sucedió todo.

Evie asintió.

—Bueno —añadió Dutton, enderezándose y guiñando un ojo a Vivien y Grace—, después de tanta alharaca, al menos deberían darle el puesto.

Evie volvía a ocupar la silla de las visitas, delante del escritorio del señor Dutton. Este le escribía algo a Grace, que seguía en la puerta.

Evie recorrió la sala con la mirada mientras el señor Dutton redactaba laboriosamente el mensaje. Se fijó en el armario con puertas de cristal que contenía libros antiguos y que estaba junto a toda una serie de archivadores: el tipo de sistema de organización con el que ella solo podía soñar. En las paredes vio varios certificados por determinados éxitos comerciales en la venta de libros, un trofeo de críquet de la época preuniversitaria, de hacía décadas, una foto de los empleados dela librería durante un pícnic en una playa, y otra de una anciana de semblante adusto y los mismos rasgos redondeados que el señor Dutton. Lo que más destacaba era la lista enmarcada de reglas para la librería, que ocupaba un lugar elevado en la pared de detrás del escritorio.

A Evie le dio la impresión de que toda la vida del señor Dutton quedaba contenida entre las paredes de Libros Bloomsbury. Antes de desplomarse, le estaba contando que había entrado en el establecimiento como chico de los recados. Había trabajado en él los

fines de semana durante la universidad y después, al no aprobar los exámenes para ser funcionario, había acabado siendo empleado fijo de la librería. Aquello había sido justo después de la Gran Guerra, en la que el señor Dutton no había participado por ser demasiado joven. El hombre había ido ascendiendo hasta convertirse en gerente principal de Libros y Mapas Bloomsbury en la década de 1930, momento en que contrató a Frank Allen, ahora director de Libros Raros, como asistente de compras. Ambos seguían siendo los empleados más longevos.

A continuación, el señor Dutton le había contado el resto de la historia de la tienda. Evie no sabía muy bien por qué. Lo que más le interesaba a la joven era informarse sobre la colección de libros antiguos de la tercera planta, que ahora sabía que se encontraba a resguardo de la influencia del capitán Scott gracias a que había otro piso de por medio.

El señor Dutton dobló el papel en el que había estado escribiendo y se lo alargó a Grace.

—Envíele esto al señor Allen. Hoy y mañana por la mañana estará en Toppings, pero tiene que enterarse, por si… —Se quedó callado mientras Grace le cogía la nota con tacto.

—Señor Dutton, por favor, no se agote. Ya me encargo yo de todo. Y

estoy segura de que a la señorita Stone también le gustaría reposar un poco.

Evie hizo un simpático gesto de negación.

—No, señora.

—Lo lamento muchísimo —intervino Dutton—, ni siquiera le he dado las gracias. Me han contado lo que ha hecho usted. ¿Dónde lo ha aprendido?

Evie se encogió de hombros mientras se acordaba de todas las veces que su padre había sufrido convulsiones después de su primer ataque. La salud del señor Stone nunca se había repuesto del trauma del accidente con el tractor en la granja familiar. Una a una, las distintas partes del cuerpo habían empezado a fallarle sin más y a quedar afectadas. Había sido una lección difícil para la familia, saber que a la mala suerte le podía seguir una suerte aún peor.

—Se aprende lo que hace falta.

—¿Y ha tenido que aprender usted qué son los libros raros? —preguntó el señor Dutton con toda sencillez.

—Pues, en cierto sentido, esto…, sí.

—¿Y ahora quiere venderlos después de todo lo que ha estudiado?

—No, para nada.

La joven vio cómo el señor Dutton y Grace se miraban perplejos.

—Los quiero catalogar.

El señor Dutton se apoyó en el respaldo de la silla; bajo la tenue luz de la tarde las dos mujeres distinguieron las perlitas de sudor que le quedaban en la frente por la tensión del reciente ataque.

—Grace, la carta.

El hombre se quedó mirándola hasta que Grace recobró la compostura, asintió y se marchó enseguida.

—¿Cómo sabe usted que hay que catalogarlos? —le preguntó Dutton a Evie, volviéndose hacia ella.

—Bueno, es algo que siempre hay que hacer, en cierto sentido. A

medida que las cosas van cambiando. La procedencia, la rareza, el valor. A veces aparece algo que cambia el futuro de un libro antiguo.

Ahora el gerente también se quedó mirándola de hito en hito. Evie sabía que ella hablaba de los libros como si estuvieran vivos. Como si fueran igual de vivos y cambiantes que las personas.

—Su historial académico es impecable. No sé yo si se adaptaría usted a un puesto en una tienda. —Dutton esbozó una leve sonrisa—. Pero imagino que yo soy culpable de lo mismo.

La antigua sirvienta y el venerable gerente principal compartían una extraña coincidencia, al margen del carácter minucioso y del fuerte sentido del deber de ambos. Toda la vida del señor Dutton quedaba a la vista entre las cuatro pequeñas paredes de su despacho; todos sabían que Evie reservaba su cariño en la vida para escritores muertos y relaciones socialmente rígidas. La joven había querido mucho a su profesora Adeline Gray y a su expatrona Frances Knight. Incluso había confiado en Kinross, en demasía, por lo que se había visto.

Allí donde estaba, Evie notó que empezaba a sentir afecto por aquel hombre mayor y enfermizo que aparecía pálido y cansado tras su mesa, que trataba con tanta valentía de proseguir con su labor exactamente del modo en que ella lo habría hecho.

—Señor, quizá debería volver en otra ocasión…

—Me temo que no habrá otra. —El gerente alzó la mano, como si pidiera un sinfín de disculpas, al ver el gesto de alarma de la joven—. Lo siento mucho, señorita Stone. Lo que quería decir es que me han recomendado que debo descansar un poco. Al menos unas semanas, por lo visto. Se lo comunicaré a los empleados por la mañana. Para ello habrá que trastocar algunas cosas, y me temo que no a todos les gustarán los cambios.

Por algún motivo, Evie ya sabía que se refería a Vivien y a Grace.

—Nuestro encargado de libros raros, el señor Allen, ha sido mi mano derecha casi dos décadas, y siempre actuamos de común acuerdo. Pero, como sabe usted, no se encuentra aquí, sino muy al norte, y no creo que pueda ponerme en contacto con él antes de mañana. Es posible que los…, eh…, cambios afecten al señor Allen más que a nadie. Le hará falta… —En ese momento, el señor Dutton hizo una pausa tan larga que Evie empezó a

temer que le fuese a dar otro ataque—. Le hará falta ayuda en su sección.

Todos los empleados la necesitarán.

Evie se quedó en silencio, recordando su reciente encuentro con el catedrático Christenson, el hecho de que no había entendido la situación a tiempo. No se había hecho valer frente a la preferencia que el catedrático mostraba por Stuart Wesley. No había llevado a cabo lo necesario para conseguir el puesto.

—Puedo ayudar con lo que haga falta —se ofreció—. No solo con los libros raros, como he dicho antes, sino en… todo lo que necesite usted.

Esas eran siempre las palabras que más quería oír el señor Dutton.

Aspiraba a que sus empleados mostrasen una dedicación y una docilidad absolutas. Había redactado las cincuenta y una reglas que ocupaban un lugar tan destacado en la pared de su despacho para asegurarse de que sus empleados estuvieran siempre escuchando su

voz: paternal, autoritaria, divina si era necesario. Nada podía salir mal, o eso creía él, si todos se limitaban a seguir las reglas.

Capítulo 4

REGLA NÚMERO 14

LA HORA DE SALIDA DE LOS EMPLEADOS VARÍA EN FUNCIÓN DE LAS

NECESIDADES Y LOS PROGRESOS DEL DÍA.

Ese día caótico, Grace Perkins y Viven Lowry salieron juntas a las 17:30 en punto, tal como habían hecho todas las jornadas en los cuatro años anteriores. Pasara lo que pasara en la librería, ya fuera el desplome de un gerente o cualquier otra cosa, los empleados siempre observaban la misma rutina.

Los caballeros del establecimiento podían ajustar los relojes fijándose en el momento en que Grace llegaba a la caja principal, con el sencillo bolso negro en el brazo izquierdo y las manos elegantemente entrelazadas, y en que Vivien dejaba de inmediato lo que estuviera haciendo para coger, a su vez, su bolso negro. A continuación, ambas salían juntas y se dirigían directamente a la parada de autobús de Russell Square. Se pasaban el primer tramo del trayecto quejándose de los acontecimientos del día y dándose ánimos para el siguiente, aliviadas de que no pudiesen oírlas los hombres que las dirigían. En Camden Town, Vivien siempre se bajaba y hacía un transbordo en el ferrocarril de Hackney. Podía haber vuelto a casa en autobús directamente desde Bloomsbury, pero el tiempo ahorrado le parecía menos interesante que el que pasaba aireando sus cuitas con Grace.

Esa tarde, sin embargo, las mujeres se quedaron extrañamente calladas en su fila de dos asientos. Grace contemplaba por la ventanilla el cielo

vespertino, cuya oscuridad horadaban las manchas difusas de las farolas y las ventanas con luz. Las noches de la ciudad ocultaban gran parte de la mugre y la sombra que proyectaba la polución que siempre estaba suspendida sobre Londres, una nube permanente que parecía reflejar el estado de ánimo nacional.

El autobús de Camden Town iba avanzando lentamente hacia el norte; primero pasó por Russell y después por Tavistock Square. En torno a los límites de los parques absolutamente geométricos de esas plazas se alzaban edificios que albergaban toda suerte de servicios públicos:

hospitales, universidades, el Museo Británico, incluso la antigua sede del tristemente célebre Ministerio de Información de George Orwell, en el que había trabajado el marido de Grace durante la guerra.

Esta notó que Vivien le daba un golpecito en el brazo y entonces la miró.

—Dicen que Orwell se está muriendo, justo ahí, en el University Hospital. Se lo he oído comentar a uno de los editores de Seeker and Warburg en la librería.

Grace suspiró al acordarse del enfermo que tenían ellas.

—Pobre señor Dutton. Tiene que darle muchísima vergüenza que lo vean así. No sé qué dirá el médico.

—Diga lo que diga, Dutton no hará ni caso.

—A lo mejor nos da una sorpresa.

Vivien soltó una carcajada displicente y contestó:

—Bueno, en todo caso debería descansar. En enero nunca hay mucho trabajo.

—Podría contratar a esa Evie. Me gusta equivocarme con las personas.

Ahora Grace soltó otra carcajada con la misma displicencia.

—De eso nada.

—No, la verdad es que no.

—Aun así, estaría bien que hubiera otra mujer en la librería.

—Ya tienes bastantes hombres a tu alrededor. —Vivien titubeó—. ¿Ha ido todo bien en las vacaciones?

Grace esbozó una rápida sonrisa.

—Mi madre se dedicó a mimar a los niños.

—¿Y Gordon? Aunque a él ya lo mimas bastante tú.

Grace notó que Vivien la observaba, así que respondió:

—Volviendo a lo de los hombres de la librería, no harían mal en poner

a Evie en el tercer piso y dejar que Frank esté al mando hasta la vuelta del señor Dutton.

—Has pensado en todo. Como siempre. —Vivien guiñó un ojo y se levantó porque era su parada—. Desde luego, a nosotras dos no nos van a ascender.

Cuando Vivien se bajó, Grace puso discretamente el bolso en el asiento de al lado, con la esperanza de pasar un rato sola y en silencio antes de llegar a casa.

¿Quería siquiera regresar? El solo hecho de plantearse esta pregunta llevaba años inquietándola.

Gordon, su marido, era un hombre difícil, que necesitaba que toda la vida cotidiana se dividiese en tristes fragmentos que se adaptasen a sus impredecibles cambios de humor. Las cosas no habían hecho más que empeorar después de su servicio en la guerra, cuando, al formar parte de un departamento de propaganda con cientos de empleados sumamente cultos, se había encontrado todavía con más personas de las que quejarse. Grace y Gordon se habían conocido en 1937, cuando ella trabajaba de secretaria en una empresa de reaseguros en la que él estaba de director de rango intermedio. Con veintisiete años y muchas ganas de tener niños, Grace empezaba a tener miedo de acabar siendo una solterona (un miedo que ahora se cuestionaba al ver a mujeres más jóvenes y modernas como Vivien, que prácticamente celebraban su estado de soltería) y había accedido a casarse con Gordon tras pocos meses de noviazgo. Gordon, que se acercaba a los cuarenta, parecía empeñado en ir a toda prisa, cosa que Grace solo advirtió después que se debía a la constante presión de la matriarca Perkins, no a que el hombre se hubiera quedado embelesado con ella, en absoluto. El primer hijo llegó al cabo de un año; el segundo, aún más deprisa. Entonces estalló la guerra, y toda la vida familiar quedó en suspenso.

Como Gordon pasaba largas horas dedicado a tareas bélicas de las que no podía hablar, Grace se vio criando a los chicos prácticamente sola. A

estos les fue molestando cada vez más que estuviera siempre preocupada: por las bombas que caían al azar en el barrio, por la trinchera que habían excavado en el cercano Kent para contener la amenaza de una invasión, por los hombres que se marchaban al continente europeo para nunca volver.

Agradecía que sus hijos, si Dios quería, nunca tuviesen que luchar en una guerra semejante, mientras que a ellos, en su ingenuidad infantil, les irritaba precisamente esto mismo.

Tras el fin de la guerra, el victimismo de Gordon persistió. Su estado de ánimo siguió ensombreciéndose mientras los cielos de Inglaterra quedaban al fin libres, y Grace empleaba casi toda su energía en intentar que el marido no estallara con ella o con los chicos. O por culpa de una fuga en el depósito de la lluvia. O porque el lechero se había acercado demasiado al arriate de rosas que Gordon tenía en la entrada. O por el otro sinfín de cosas que, según Gordon, conspiraban contra él. Si todo y todos actuasen como es debido, él también podría ser feliz. ¿Acaso era pedir demasiado?

Claro que lo era, pero Grace jamás expresó esas ideas de viva voz porque aquello habría supuesto una muestra de impertinencia y de incomprensión, los dos atributos suyos sobre los que Gordon más despotricaba. La visión del mundo de Grace no se acercaba ni remotamente a la de su marido. De haberle dado a Vivien algún consejo sentimental, le habría dicho que encontrase a alguien a quien el mundo le horrorizase tanto como a una, pero a quien también le inspirase la misma curiosidad y diversión.

Con el paso del tiempo había aprendido a reprimir las impertinencias con Gordon, pero Grace nunca se había considerado poco comprensiva. Se limitaba a no creer que el mundo le debía algo a la gente. La vida era complicada para todos de un modo u otro: a ella misma la podían haber envidiado por tener una familia junto a la chimenea y un techo sobre la cabeza y, sin embargo, nadie habría sospechado que a veces lo único que quería era no bajarse del autobús y seguir avanzando.

Los sentimientos ambiguos que le inspiraba su vida la confundían, porque quería a sus hijos, ahora de diez y once años, más que a nada en el mundo. Amaba sus cuerpos morenos y larguiruchos en verano y sus piernecitas inquietas que siempre estaban saltando desde lo alto de diversas

superficies inmóviles: sofás volcados, el tejado de hojalata de la caseta de Gordon al fondo del jardín, el viejo y nudoso nogal de la parte principal. Le encantaba cómo se les iluminaban las caras cuando les preparaba un Ovaltine caliente antes de irse la cama en invierno, y el centro cálido de sus frentes cuando les daba un beso de buenas noches a los dos. Pero tenía la impresión de que, para los niños, ella solo representaba el inicio y el fin del día. Peor aún: para Gordon, ella era

el vacío de en medio, su fuente de decepción y desesperación, la persona que —de haber sido lo bastante buena, lo bastante amorosa —, podría haber logrado que todo mejorase para él, pero que se resistía a hacerlo. Por muchas vueltas que le diera, el hombre era incapaz de entenderlo: por qué se empeñaba ella en causarle tanta desdicha continuamente.

Al irse a trabajar a la librería, por ejemplo. A Gordon le habían prescrito un período de convalecencia hacia el final de la guerra. El motivo oficial había sido «agotamiento nervioso», pero él aseguraba que le habían mandado demasiado trabajo, nada más. Iba a recibir un subsidio semanal que apenas daba para la comida de la familia, y en 1946 la esposa comenzó a desesperarse, sobre todo cuando los precios de posguerra empezaron a ponerse por las nubes.

Un día, Grace había llegado pronto a Camden Town para hacer la compra de la semana. Mientras el autobús se acercaba a la hilera que formaban las verdulerías, pescaderías y carnicerías, de forma impulsiva decidió no bajarse. A continuación, el vehículo de dos pisos llegaba a las estaciones de King's *Cross* y St. Paneras, después iba serpenteando más al sur hacia el West End, mucho más lejos de los lugares a los que Grace iba por obligación. Se quedó en la parte delantera del piso superior, mirando por la limpia ventanilla de un solo vidrio mientras todo Londres bullía de actividad por abajo. Se acordó del libro que en aquella época les estaba leyendo a los niños antes de dormir, *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Julio Verne, y, en un raro momento de fantasía que casaba con su repentina impulsividad, Grace se imaginó que estaba en la parte frontal de un submarino futurista, surcando los mares y exiliada, fuera del alcance de todos aquellos de quienes tenía que hacerse cargo.

Cuando el autobús llegó a Bloomsbury, Grace distinguió el nombre de

Great Ormond Street y recordó que en ella se ubicaba el hospital infantil al que, como era de sobra conocido, el escritor J. M. Barrie había donado los derechos de autor de *Peter Pan*, otro de los libros predilectos de sus hijos.

Mientras el autobús seguía renqueando por calles cada vez más estrechas, Grace decidió bajar y dar una vuelta. Así, se vio por primera vez en una callecita tranquila y empedrada, que se llamaba Lamb's Conduit y que se extendía entre la mucho más bulliciosa Guilford Street, por su parte norte, y Theobalds Road, por la del sur. Desde la época georgiana, esta calle y sus setenta y ocho establecimientos albergaban toda clase de delicias típicas de una gran vía comercial,

desde dulces, quesos, vinos hasta joyas, libros e incluso dos jugueterías rivales.

Grace se permitió el capricho de tomar un bollo mañanero y un humeante café solo en un cercano puesto callejero, y empezó a pasear sin rumbo, dejando que el café le quemase la punta de la lengua pero sin parar de sorberlo. Al fin, sentada en un banco de hierro forjado, se encontró frente a un cartel colocado al nivel de los ojos en el escaparate de una librería.

SE OFRECE TRABAJO.

Se busca secretaria madura, responsable y diligente para llevar a cabo labores administrativas junto al gerente principal.

Imprescindibles taquigrafía Pitman y velocidad de mecanografía de 100 palabras por minuto.

Para más información, se ruega pregunten en el interior.

La librería en sí era precisamente aquello que los turistas querían ver en Londres. La carpintería exterior estaba pintada de un brillante añil oscuro, había una ventana salediza al nivel de la calle y, por encima, dos pisos de simétricas ventanas georgianas; el tragaluz Victoriano sobre la puerta de entrada lucía una vidriera con el dibujo de un sol naciente. El único cartel, al margen del aviso de empleo, lo componían las palabras Libros y Mapas Bloomsbury que, pintadas en dorado, se extendían por toda la fachada, desde encima de la puerta, por la izquierda, hasta el otro lado de la ventana salediza de la calle.

Los libros del escaparate que llamaban la atención de la mayoría de los transeúntes no le interesaron especialmente a Grace. Leer le gustaba, pero lo que más le gustaba era el dinero o, más bien, cómo aprovecharlo al máximo. Mujer sensata y de recursos, Grace encajaba bien con el papel de cuidadora por defecto de su familia. Siempre había sido consciente del funcionamiento de la economía doméstica y de que había que intentar reutilizar lo que se pudiera: guardar las sobras para la cena del día siguiente, el tarro de botones, el ovillo de diversos hilos. Grace creía firmemente que había que aprovechar al máximo lo que le había tocado a cada uno. Lo único que se resistía a ese espíritu emprendedor era la lista de la compra: como aún estaba en vigor el racionamiento, las comidas de los Perkins apenas incluían otra cosa que no fuera carne, verduras y un huevo individual al mes.

Justo entonces, un hombre de aspecto agradable y más o menos de la edad de Grace apareció delante de ella, rebuscando algo en el maletín

mientras mascullaba algo. Al darse cuenta de que le estaba tapando el escaparate, se apartó un poco.

—Ay, lo siento mucho, ¿me he puesto en medio?

Grace lo miró con una sonrisa cortés y negó con la cabeza, con lo que se le cayó un poco del café en el regazo de la ajustada falda de *tweed*.

—Oh, vaya —dijo el hombre, preocupado; se sacó un pañuelo planchadísimo del bolsillo delantero de la chaqueta, se le cayó la llave que había encontrado al fin y contempló impotente cómo aterrizaba debajo del banco, donde estaba Grace.

Esta sostuvo el café con una mano y, sin pensarlo, se agachó para coger la llave con la otra; entonces ambos sonrieron cuando sus cabezas estuvieron a punto de chocar.

—Vaya pareja más torpe —prosiguió el hombre, con una actitud sumamente elegante.

A Grace le encantó enseguida aquel hombre y el modo en que este parecía empeñarse en que estuviera cómoda. Cuanto más se frustraba él, más solícito se mostraba con ella. Justo al revés que Gordon, a quien también había llegado a considerar elegante, al modo de Charles Boyer o Basil Rathbone, hasta que había resultado que solo era un quisquilloso.

Entonces, un joven rubio, bien vestido y con cara de ángel apareció en el vestíbulo de entrada y abrió la puerta de par en par.

—Disculpe, Su Alteza, ¿necesitamos ayuda? —preguntó con una carcajada, al tiempo que el otro hombre recuperaba la llave y la sostenía con gesto de triunfo.

Grace observó cómo los dos hombres bromeaban con un talante jocoso y familiar antes de volver a entrar juntos en el establecimiento. Ella se quedó en el banco y leyó de nuevo el anuncio. Era capaz de hacer todo aquello: en su día había sido una competente secretaria. Su velocidad de Pitman era excelente y no cabía duda de que se la podía considerar

«madura», que para ella implicaba que estaba demasiado casada, o que era demasiado mayor, para suponer una amenaza en las delicadas relaciones entre empleados.

Grace le dio otro sorbo a la taza, la devolvió al puesto de café y, sin

muchas ganas, se puso en marcha. Había llegado ya a la parada de autobús cuando algo la hizo regresar. Todavía seguía sin saber el qué. Le había gustado lo insólito del bollo por la mañana, el sabor de un café que no había preparado ella, por una vez, la sensación de ser el capitán Nemo en el trayecto de autobús. La elegancia de aquel hombre patoso, la afabilidad del otro.

Así es como te engañan, se lamentaría posteriormente Vivien.

Capítulo 5

REGLA NÚMERO 6

LA HISTÓRICA REPUTACIÓN DE ESTA LIBRERÍA COMO PROVEEDORA DE LOS

MÁS SELECTOS LIBROS DEBE SALVAGUARDARSE EN TODO MOMENTO.

El dueño de Libros Bloomsbury era Jeremy Baskin, el undécimo conde de Baskin, cuyo bisabuelo había ganado la librería en una interminable partida de cartas celebrada en un club privado del West End, exactamente cien años antes. Para el condado de Baskin, Libros Bloomsbury había acabado siendo uno más de los bienes que se apuntaban en un libro de contabilidad de siglos de antigüedad, junto a varias generaciones de caballos de carreras, un Hogarth original y una hilera de casas para trabajadores en el pueblo más cercano a la sede ancestral de la familia, en Yorkshire.

Al haber sido adquirida en un caprichoso arrebato, el establecimiento se había llevado prácticamente con la misma actitud desde entonces. Hasta el actual conde de Baskin, la familia no le había prestado gran atención a Libros Bloomsbury ni al inmueble de Lamb's Conduit que la albergaba, ni tampoco había frecuentado mucho la ciudad. Pero a Jeremy Baskin le encantaba Londres, le encantaba pasear por las calles atestadas y sinuosas, toparse con algo en lo que hasta entonces no había reparado.

La ciudad estaba llena de infinitas sorpresas; no se podía mirar jamás al suelo, porque uno podía chocar con algo o perdérselo.

Lord Baskin sentía un cariño paternal por la librería y sus empleados,

que muchas veces le parecían una serie de animados pero revoltosos niños.

Él no tenía hijos, estaba divorciado y solo. Había vuelto de la guerra en el norte de África con un brazo lesionado y una esposa que, en su ausencia, se había fugado con un joven soldado americano. Aquello había sido un escándalo digno de *Un puñado de polvo*, el libro de su amigo Evelyn. Sin embargo, en vez de internarse en las profundidades de la selva amazónica para escapar de los chismorreos, el conde se había refugiado en Libros Bloomsbury mientras la alta sociedad huía de Londres y de los bombardeos aéreos alemanes y se aposentaba en sus fincas campestres. Como a diversos empleados jóvenes los llamaron a filas y en su lugar se contrataba frecuentemente a mujeres, lord Baskin había acabado trabajando en el establecimiento el resto de la guerra.

A diferencia de otros hombres de su familia, a Jeremy Baskin le agradaba mucho conocer a personas de toda índole. Era la esencia de la cordialidad: era capaz de encontrarle algo interesante a casi todo el mundo.

Mientras que sus difuntos hermano, padre y abuelo únicamente habían alternado con una clase social de poquísimos miembros (la aristocracia ociosa), Jeremy hacía todo lo posible por conocer las historias de otras personas, distinguidas o no. Creía que no había mejor lugar para descubrirlas que una librería.

Tras el mostrador de caja que Vivien ocupaba ahora a regañadientes, Jeremy Baskin acabó conociendo varias de las posibles razones del disgusto de la empleada. El papel de cliente parecía sacar lo peor de ciertas personas.

Había algo maravilloso pero desafortunadamente democrático en toda la situación. Ora una agobiada ama de casa con una piruleta pegada en la manga le exigía que se le devolviera el dinero de un libro claramente usado, ora un profesor de una de las universidades cercanas se ponía a criticar el desorden de la planta de libros raros. Lord Baskin no podía prever cuándo iba a surgir el momento incómodo o agresivo, pero era en esas ocasiones cuando sus años de preparación para heredar el patrimonio familiar le venían de perlas. Veía la librería (y el mundo) como una serie de partes interconectadas. Su cometido consistía en lograr que todas ellas funcionasen al unísono y sin problemas, y su cordialidad natural le ayudaba a atender las necesidades momentáneas de los otros, mientras lograba no

ceder terreno de veras. De esto último, el actual conde Baskin no podía permitirse perder mucho más.

Para empezar, la Ley Financiera de 1949 había aplicado un impuesto de sucesiones del ochenta por ciento al patrimonio familiar, cuya cuantía superaba el millón de libras; cuando falleció el abuelo de Baskin, los impuestos a los que había tenido que hacer frente el hijo y heredero habían supuesto una cantidad muy inferior. Para el condado, aquello acarreó una nueva necesidad perentoria de vender bienes familiares no esenciales para sufragar los gastos de aquellos que eran menos prescindibles. La librería tendría que haber sido lo primero en venderse, pues anualmente solo había producido unos miles de libras de beneficio desde la Gran Depresión de la década de 1930. La situación seguía siendo tan precaria que tanto el señor Dutton como el señor Allen, al ser los empleados más veteranos, recibían una pequeña parte de sus sueldos anuales en acciones, con el fin de lograr que el establecimiento gozase de liquidez. Los dos hombres no tardarían en estar en posición de adquirir la mayoría de la librería si juntaban sus títulos, y la implicación de la familia Baskin en Libros Bloomsbury tocaría a su fin.

Esto mismo lo había comentado poco antes el señor Dutton, junto al señor Allen. Lord Baskin, sin embargo, no tenía claro que estos hombres fuesen los más idóneos para llevar la librería a la segunda mitad del siglo XX. Por muy simpáticos que le pareciesen de verdad y por mucho que los respetase, a Baskin le resultaba imposible no preguntarse si habría llegado el momento de cambiar. Frank cada vez pasaba más tiempo de viaje, y Herbert se quitaba de encima las ideas de los empleados más jóvenes como si fueran moscas molestas: «no» a las rebajas especiales, «no» a los eventos con entrada, y «requetenó» a las suscripciones personalizadas y a un servicio de biblioteca en casa. La madre de lord Baskin, famosa y generosa anfitriona, le había enseñado la importancia de que los otros se sintieran cómodos, de brindarles una experiencia. Dutton y Allen solo vendían el recuerdo del pasado, y el pasado ya no valía tanto. Lord Baskin entendía el lado económico del negocio del libro de forma superior a la media, y el valor de este establecimiento histórico de la familia apenas superaba el del terreno en que se asentaba.

Afortunadamente para lord Baskin, este seguía siendo suyo. La mayoría

del suelo inglés continuaba en gran medida en manos de unos pocos miles de herederos aristócratas como él. Pero lord Baskin sospechaba que dentro de poco tendría que rendir cuentas la «nobleza terrateniente», como prefería definirse su padre. Una nobleza que era sobre todo una cuestión de suerte.

Como había recibido la templanza de su padre y el espíritu libre americano de su madre, a Jeremy Baskin no le inquietaba la idea del cambio; sabía que nunca pasaría apuros. A muchos de sus iguales, no obstante, lo que prometía la nueva década, de la que solo habían transcurrido dos días, les resultaba de lo más perturbador. La aristocracia empezaba a vender las casas familiares cuando podía, y a demolerlas cuando no. Se prodigaban y buscaban invitaciones: un campestre viaje de fin de semana o una fiesta en una mansión londinense, que pagaba el huésped, podían solucionar muchos problemas temporales de liquidez.

Ahí era donde se encontraba esa noche el conde, cerca de la barra en el salón principal de la mansión de su anfitriona en Belgrave Square. Los invitados celebraban la vuelta a las tablas de Vivien Leigh en *Un tranvía llamado deseo*, tras una breve convalecencia. Baskin pensaba retirarse relativamente pronto. El mensaje que se había encontrado en la recepción del hotel Russell, en Bloomsbury, lo había dejado bastante perplejo: Herbert Dutton había telefoneado para explicar una reorganización temporal de los empleados, para sobrellevar lo que estaba seguro de que sería una breve pero malhadada ausencia por su parte. Como conocía la dedicación al trabajo del señor Dutton y su tendencia a restarle importancia a todo lo demás, lord Baskin se preocupó tanto que se le redujo la paciencia habitual frente a los refinamientos sociales que lo rodeaban.

Lo alivió ver que Yardley Sinclair se acercaba a él cruzando los corrillos de refulgentes vestidos de noche de colores intensos y de esmóquines negros, entre los que no se distinguía ni un frac. Aquel era uno de tantos cambios de posguerra en el vestir, a los que lord Baskin se estaba teniendo que adaptar con cuarenta y pocos años. A pesar de esa nueva informalidad, Yardley presentaba el mismo aspecto elegante, y travieso que siempre.

Como era el respetadísimo pero célebremente codicioso director de relaciones con los museos en Sotheby's, Yardley vivía a caballo entre Londres y el pueblecito de Chawton, en el condado de Hampshire, donde

poco antes había comprado varias hectáreas de tierras de cultivo. Corría el rumor de que compartía su casa con otro hombre, un agricultor local que, como él, era miembro de la Sociedad Jane Austen. Lord Baskin conocía y apreciaba a Yardley desde hacía años, cuando habían estado juntos en Cambridge.

—¿Qué, Sinclair, has vuelto de la finca?

Yardley asintió mientras cogía tranquilamente una copa alta de champán de la bandeja que pasaba con discreción un camarero que, a diferencia de los asistentes, aún llevaba frac.

—Si —contestó Yardley en su sonoro acento escocés, que lord Baskin habría jurado que se iba exagerando con el tiempo—. Nada como celebrar Año Nuevo con varios habitantes de un pueblo borrachos de sidra.

—¿Se reunió toda la Sociedad?

—Estuvimos todos menos la pequeñuela. Sigue en Cambridge, superando con mucho los míseros resultados que obtuvimos nosotros. Pero he venido con Mimi. Anda por ahí. ¿Y tú? ¿Has pasado todos estos días en Londres?

Baskin apuró la copa pero rechazó una segunda.

—Debo tener la cabeza despejada —le explicó a Yardley al ver el gesto inquisitivo de este.

—¿Líos de faldas?

Baskin soltó una carcajada, como si la idea fuera ridícula.

—En absoluto. ¿Quién iba a querer a un divorciado entrado en años con un patrimonio en horas bajas?

—El patrimonio es el patrimonio, amigo mío. Y cada vez hay más divorcios, como es obvio. —Yardley alzó una ceja con gesto guasón mientras paseaba la vista por la estancia, y se fijaba en varias mujeres que se esforzaban por escuchar lo que decía lord Baskin, que era tan alto y apuesto que destacaba en cualquier grupo.

Siguiendo la mirada de Yardley, lord Baskin detectó que *lady* Browning no se perdía, con suma atención y un gesto pícaro, la conversación de los dos hombres. La mujer lo miró a los ojos con toda intención y después susurró algo al oído de su amiga íntima Ellen Doubleday, viuda reciente del magnate estadounidense de la edición. Baskin se preguntó qué chismorreos

sacarían las dos damas de aquella velada. Por fortuna, el conde sabía que su vida amorosa, que últimamente había empezado a desconcertarlo incluso a él, estaba a salvo de miradas indiscretas.

—La verdad es que los problemas están en la librería —contestó ahora

a Yardley—. Mi gerente está de baja por enfermedad y habrá que pedirle a Frank Allen que regrese.

—A Allen no le va a hacer gracia. Últimamente ha estado entregadísimo a Sotheby's y a las nuevas adquisiciones.

Baskin asintió y añadió:

—Dutton tendrá que reorganizar todos los puestos, porque faltará personal. No me cabe duda de que, de nuevo, no se tendrá en cuenta a las mujeres para los rangos superiores. En ese aspecto, Dutton está demasiado chapado a la antigua.

—A lo mejor se muestra flexible al fin.

—No creo. —Lord Baskin sonrió con pesar. Conocía desde hacía décadas a Herbert Dutton, con sus cincuenta y una reglas y su mano temblorosa pero de hierro; el hombre era incapaz de mostrarse impulsivo o de tener iniciativa.

—¿Desde cuándo tiene tu familia la librería, hace cien años? A lo mejor ha llegado el momento de desprenderse de ella.

Baskin negó lentamente con la cabeza.

—¿Qué va a ser de las empleadas? La economía del país sigue mal.

También está el señor Ramaswamy, que vino a nuestro lado desde la India para trabajar en algo científico y ha tenido que conformarse con nosotros.

No, debo mantenerla en buenas manos de un modo u otro.

—Qué paternal por tu parte.

—Seguro que parezco un engreído —dijo Baskin con una carcajada—.

Pero todos ellos necesitan el empleo para poder comer, van muy apurados.

Tenemos suerte, tú y yo. Mira esta sala, por ejemplo. Aquí está todo el mundo. Se pueden pescar las oportunidades.

Aquello era cierto. En una noche cualquiera en Londres, los bares de los hoteles, los vestíbulos de los teatros y los salones rebosaban del mismo tipo de gente: políticos y magnates de la prensa, aristócratas y damas de sociedad estadounidenses como Ellen Doubleday, escritores,

artistas y

actrices como *lady* Olivier y Mimi Harrison.

En Estados Unidos, Hollywood controlaba la industria cinematográfica, Washington era el centro de la política y Nueva York, el de las artes; pero Londres era el centro de todo. Una ciudad erigida sobre las versiones espectrales de otras anteriores, se podía excavar el suelo y hallar siglos de reliquias de las épocas romana, anglosajona, vikinga, normanda, isabelina y victoriana.

Lord Baskin escudriñó este salón en particular y pensó que quizá los lores y las damas allí reunidos estuvieran a punto de convertirse en reliquias de otra índole. El Londres de fuera de estas estancias doradas —el que pertenecía a sus empleados— había sido derruido y bombardeado. Pero se avecinaban cambios, hasta él lo veía. Lord Baskin no sabía qué esperar de la década que comenzaba, pero intuía que acabaría por no parecerse en nada a la anterior. Las viviendas de alta densidad, el empleo, la inmigración y las exportaciones conocían un veloz auge, junto a una sanidad nacional para todos. Eso suponía más dinero para vacaciones en la playa, visitas al cine y libros. Más dinero para las nuevas medias de nailon que Vivien y Grace ahora podían permitirse, a pesar de las puntas desgastadas de sus zapatos de charol de tacón bajo.

Las dos empleadas eran mujeres sumamente competentes que aprovechaban al máximo lo que tenían, que no era mucho. Lord Baskin las admiraba en grado sumo y temía que el señor Dutton le estuviera haciendo un flaco favor al establecimiento al reservar a los hombres los puestos de responsabilidad. Pero Baskin era, ante todo, un dueño que dejaba hacer: su interés era sincero, pero sabía cuál era su sitio en el mundo y respetaba la autonomía de los demás. Su idea de «nobleza obliga» era absoluta, incontrovertible y estaba a punto de ser puesta en tela de juicio.

Capítulo 6

REGLA NÚMERO 13

LA HORA DE ENTRADA DE LOS EMPLEADOS DEBE OBSERVARSE

ESCRUPULOSAMENTE.

A Lamb's Conduit Street no le habían puesto el nombre como homenaje a la pintoresca imagen que se les sugería a los turistas de que aquello había sido un paso de ovejas, sino por un mercader de

telas y un dique isabelino.

Cuatrocientos años antes, el acaudalado William Lambe había sufragado la construcción del canal o conducto de verdad, ya derruido hacía mucho, para que llevase agua a la ciudad desde manantiales y ríos del campo. Célebre filántropo, Lambe también había proporcionado más de cien cubos a mujeres pobres para que se dedicasen a coger y vender el agua, una monótona labor que Vivien comparaba, con frecuencia y con sarcasmo, con la que Grace y ella desempeñaban.

Cerca del inicio de la calle, en el número 40, se encontraba Libros Bloomsbury. Cuando Vivien llegó tarde al trabajo en la mañana posterior al ataque del señor Dutton, la sorprendió ver que las puertas interiores y exteriores del vestíbulo del establecimiento seguían cerradas. Aún quedaba media hora para que llegasen los clientes, cuando la librería abría de forma oficial. Pero el señor Dutton siempre pedía a los empleados que iniciasen la jornada justo a las nueve en punto, aunque Vivien muchas veces no respetaba nada esa hora. Por lo que dedujo al entrar y echar un vistazo al interior, todavía no se había presentado a trabajar nadie que pudiese pedirle

un té, espiar desde lo alto de una escalera o trastear con fusibles destartalados. En toda la planta principal reinaba un silencio inquietante.

Vivien se dirigió al mostrador del centro para depositar su bolso de charol negro. Dejó que la caja registradora se abriera del todo en vez de frenarla con la cadera. Nadie daba aún señales de vida, ni siquiera le llegó la tos con la que el señor Dutton reaccionaba al primer ruido de la caja todas las mañanas, sin salir incluso de su despacho.

Vivien se fijó en la parte inferior del mostrador mientras colgaba las llaves de la puerta de entrada en su ganchito de metal. El maletín de Alec (de auténtica piel de becerro y con un monograma en oro, un regalo de sus entregados padres) no estaba escondido en la esquina en que este siempre lo dejaba.

Vivien levantó enseguida los observadores ojos al descubrir esto, mientras un sinfín de ideas le pasaban por la cabeza.

Alec nunca se retrasaba a no ser que hubiera estado acompañando a autores invitados la noche anterior, con el permiso y el apoyo del señor Dutton, mucho menos sociable. De hecho, Alec era el primero en llegar casi todas las mañanas y con frecuencia el último en irse al final

de la jornada, y la noche de los lunes trabajaba todavía hasta más tarde. Vivien estaba convencida de que lo hacía para obtener cierta ventaja sobre todos los demás durante el resto de la semana.

Vivien recordó toda la barahúnda del día anterior. Que la diminuta y extraña Evelyn Stone había salido del despacho del señor Dutton sin apenas despedirse, y que Grace y ella enseguida habían hecho lo mismo. Ashwin Ramaswamy se marchaba casi siempre poco después que las mujeres; nadie se había tomado la molestia de enterarse adonde iba. El capitán Scott solía ser el siguiente en irse, en dirección a uno de los dos *pubs* que formaban parte de la vida en Lamb's Conduit desde hacía siglos: el Sun en el número 63, cerca de la esquina de Great Ormond Street, y el Lamb del número 94, del que se decía que lo había frecuentado Charles Dickens y por el que, por tanto, los hombres de Libros Bloomsbury sentían una predilección especial.

Entre los últimos empleados en marcharse cada noche siempre se contaban Herbert Dutton, Frank Allen y Alec McDonough. Cuando Frank no había salido de viaje para acudir a diversas liquidaciones patrimoniales,

aguardaba a Herbert para que ambos hombres pudieran acabar el día comentando los asuntos del establecimiento. Alec se quedaba todavía más tarde, en principio para tener algo que hacer antes de un acto vespertino, pero también para obtener un valioso tiempo a solas con Dutton y Allen, para gran irritación y disgusto de Vivien.

Pero el día anterior no había sido ordinario. A Vivien le había dejado perpleja hasta qué punto había sentido pánico e inquietud al ver al señor Dutton retorciéndose en el suelo, mientras todos los demás se mostraban incapaces de decidir qué hacer. Todos menos Evie Stone.

Justo entonces, a Vivien le llegó un ruido del fondo de la tienda. El señor Dutton debía de estar en su escritorio pese a todo, animado y madrugador como de costumbre. La mujer se dirigió enseguida al despacho del gerente, sorprendida de esas repentinas y nuevas ganas de comprobar cómo se encontraba este. Cuando llegó a la puerta abierta se detuvo en seco.

Allí, sentado tras el gran escritorio de Herbert Dutton que cubrían montañas de papeles y facturas, se encontraba Alec McDonough.

—Por Dios, Alec, que el cadáver ni siquiera se ha enfriado. Levántate de ahí —le espetó, y entonces advirtió que el empleado sostenía un

grueso fajo de documentos—. ¿Qué es eso? —le preguntó en tono suspicaz.

—Unas instrucciones del señor Dutton. —Alec dejó los folios y los extendió en abanico sobre el papel secante que tenía ante él—. Catorce páginas.

—¿Y se puede saber para qué?

—Parece…, parece que va a tener que tomarse una baja prolongada.

Órdenes del médico.

—¡No puede ser! Solo le ha dado un ataque, seguramente no habrá sido el primero.

Alec negó con la cabeza.

—Creo que lo que le pasa al señor Dutton es mucho más grave de lo que ha dado a entender.

Vivien lo miró fijamente y replicó:

—Aun así, el señor Allen desempeñará su cargo igual de bien.

Alec dio unos golpecitos a los papeles con ambas manos, como si el tema estuviera zanjado.

—Parece que el señor Dutton quiere un gerente interino que esté siempre disponible en la planta baja.

Vivien se quedó donde estaba, fulminando a Alec con la mirada en silencio y deleitándose, por una vez, con la ventaja de su figura de más de metro ochenta, hasta que entendió la situación.

—No irás tú a…

Alec hizo un breve pero seguro gesto de indiferencia.

—Pues no pienso… —dijo Vivien.

—Tienes todo el derecho.

Se miraron de hito en hito.

—Muy bien. Pues tendré que presentar mi renuncia.

—¿Lo has pensado bien? —dijo Alec al fin.

Vivien lo observó detenidamente. No le estaba contando todo. Catorce páginas eran muchas, hasta para el señor Dutton, y no manifestaban una abrumadora confianza en las capacidades de sus empleados.

—¿Qué más dicen las notas? Pásamelas, anda.

Alec se removió en la gran silla de banquero, pero esa fue su única reacción.

—Están dirigidas a mí, como gerente interino.

Vivien soltó un suspiro de derrota y se sentó delante de él.

—Para empezar, Evelyn Stone está contratada.

—Pues menos mal.

—Y Narrativa la va a llevar una persona nueva. —Alec hizo una pausa

—. Por lo visto, tú.

Él, a su vez, la observaba detenidamente. Ella notó que Alec abandonaba de forma consciente su habitual actitud despreocupada, y que afilaba la mirada.

—Retiro mi renuncia —contestó rápidamente Vivien.

—¿Eso se puede hacer?

—Sí. Diría yo que sí.

La empleada se levantó y abandonó el despacho antes de que Alec pudiera añadir algo más. Estuvo a punto de chocar contra Grace, que entraba tarde y a toda prisa, sin haberse quitado el sombrero ni el abrigo.

Vivien alzó la vista mientras se cruzaba con Grace en el pasillo, pues sabía

que Alec podía oírlas a través de la puerta abierta; a continuación se dirigió a la parte delantera de la tienda y se colocó frente a las mesas y los estantes con una ilusión contenida.

Casi de inmediato, se acercó a la estantería que llevaba la letra «A», sacó una versión de *Mujercitas* en dos tomos y una gruesa antología de

Jane Austen que, sorprendentemente, estaba abandonada en el estante de abajo.

Empezaría por lo más importante: iba a crear esa mesa de autoras clásicas que siempre había querido montar. Anne Brontë ocuparía el lugar que merecía junto a sus hermanas; Katherine Mansfield se uniría a Virginia Woolf, su corresponsal de tantos años, y Elizabeth Gaskell saldría de entre las sombras victorianas de Dickens, Thackeray y Trollope.

Unos golpecitos en la puerta de la calle sacaron a Vivien de su ensoñación. Echó un vistazo a su reloj Tank de Cartier, un regalo de su difunto prometido: uno de los primeros creados por la casa de lujo francesa.

Grace le había preguntado una vez si el reloj, de oro, diamantes y dieciocho quilates, no era un recuerdo demasiado doloroso, sobre todo si se tenía en cuenta que el diseño se inspiraba en los tanques del campo de batalla de la guerra anterior. Pero a Vivien le gustaba el intenso pellizco de emoción que sentía al observarlo, cuando se veía obligada a recordar. Eso le hacía sentir extrañamente viva, en un momento en que pocas cosas lo hacían.

El reloj marcaba las 9:30 en punto: la hora de apertura. Sin soltar la antología de Austen, Vivien cruzó el vestíbulo de entrada para abrir la puerta de la calle. Saludó brevemente al primer hombre que guardaba cola y regresó a la caja registradora, donde ahora la esperaba Grace.

—¿No habías renunciado? —le preguntó entre susurros.

Vivien negó con la cabeza y miró hacia el pasillo.

—¿El Tirano te lo ha contado todo?

Grace asintió y añadió:

—Anoche el pobre señor Dutton debió de quedarse aquí varias horas, redactando todo eso.

—Estoy convencida de que tenía listo un borrador en el archivador. Por si acaso.

—Así que ahora mandas tú. —Grace se fijó en el libro de Austen con el que Vivien jugueteaba—. Que el poder no se te suba a la cabeza.

Se sonrieron; Grace le dio a Vivien un corto y cariñoso golpecito en el

hombro y volvió a su mesa.

Transcurrió una hora; una hora en la que, por una vez, a Alec McDonough no se le vio el pelo. Esa libertad hizo que a Vivien casi se le saltaran las lágrimas. Estuvo dándole vueltas a listas mentales de las autoras a las que ahora incluiría: Gertrude Stein y otras posmodernistas; realistas estadounidenses, por ejemplo Sarah Orne Jewett; novelistas sensacionalistas victorianas y poco en boga como Mary Elizabeth Braddon y Ellen Wood.

—Señorita…

Vivien alzó la vista al oír el acento americano y vio ante ella a una joven con unas gafas de montura gruesa y una boina.

—¿En qué puedo ayudarla?

—No creo que pueda, pero ¿tendría por un casual *La edad de la inocencia* de Edith Wharton?

—Me temo que no.

—Ganó el Premio Pulitzer en Estados Unidos.

—Lo sé. No sabe cuánto lo siento.

La joven esbozó una sonrisa comprensiva y regresó al pasillo más alejado de la sección de Narrativa. Vivien observó cómo rebuscaba por los estantes en los que se veía la «W», sabiendo que, como mucho, encontraría a Virginia Woolf, la única mujer a la que los empleados varones no parecía molestarles que ocupase un valioso espacio de exposición.

Vivien había perdido la cuenta de la cantidad de veces en que jóvenes estudiantes y empleadas de las universidades y museos circundantes habían entrado al establecimiento preguntando por determinadas autoras, para toparse entonces con un inesperado fracaso. En las estanterías solo se podía encontrar a ciencia cierta a Agatha Christie, Nancy Mitford y Daphne du Maurier, sobre todo porque seguían escribiendo y vendiendo y resultaban, por tanto, más difíciles de ignorar.

Parecía que, en lo referente a las escritoras, lo máximo que se podía esperar de la librería era que fuesen «difíciles de ignorar». Algo que Vivien siempre había querido cambiar. De pronto, podía hacerlo. Si había algo que en Libros Bloomsbury pudiera darse por sentado era la

jerarquía. El señor

Dutton lo había dejado todo por escrito y, así, había liberado la ambición de Vivien para salvaguardar la suya propia. No solo eso: en calidad de gerente interino, Alec no podía rechazar con un ímpetu excesivo las decisiones de Vivien, que podía fijarse en lo que él mismo había hecho como jefe de Narrativa para no someterse a él.

Vivien no solo notó que de pronto se adueñaba de ella una sensación de libertad, sino también de audacia. Podía partir de la estructura y de las limitaciones imperantes, de las cincuenta y una reglas de la librería, de las muchas páginas de notas de Alec que ya estaba poniendo en práctica con determinación, y darles la vuelta para que la beneficiasen. Se preguntó si los hombres eran plenamente conscientes de lo que habían hecho con su fervor por ascender a Alec.

Aquello acabaría siendo un tremendo error de cálculo por su parte.

Capítulo 7

REGLA NÚMERO 9

TODA INTERRUPCIÓN DE LAS REFLEXIONES DE UN CLIENTE PUEDE

DESEMBOCAR EN LA INTERRUPCIÓN DE UNA VENTA.

Mediaba la tarde cuando Frank Emsbury Allen regresó a Londres desde Yorkshire del Norte, donde había asistido durante dos días a la liquidación de un patrimonio en Toppings, junto a docenas de otros compradores de libros raros de toda Inglaterra. Al salir de la estación de St. Paneras mientras caía el ocaso, Frank se permitió coger un taxi. Normalmente habría recorrido con paso presuroso los quince minutos en los que se llegaba a la librería por Judd Street, pero el día había sido largo y estaba impaciente por llegar a casa.

En Toppings, Frank había revisado rápida pero meticulosamente toda la biblioteca familiar de mil libros. No había contado con un catálogo para prepararse, ni participaba una casa de subastas como Sotheby's. Aquello era lo que en el mundo del libro se denominaba una «venta por incendio». El último miembro de la familia había fallecido sin un inmediato heredero varón, y el albacea lo estaba vendiendo todo a gran velocidad para costear el desorbitado impuesto de sucesiones que se debía. Frank sospechaba que, antes de que pasara una década, la impresionante pero destartalada casa, de estilo georgiano palladiano, acabaría demolida para hacerle hueco a un número aún mayor de los

bungalós prefabricados que ya rodeaban la finca.

Frank entró en el establecimiento del 40 de Lamb's Conduit y comprobó

que todo seguía más o menos como siempre. Dos damas estadounidenses con vestidos de día de Dior, en rosa y amarillo y con sombreros y bolsos a juego, se encontraban delante de la mesa de libros de arte que había en la entrada, con aburrido semblante de obligación. Eran del tipo de mujeres que muchas veces entraban brevemente en el establecimiento después de haber pasado el día en una comida, de tiendas y recorriendo la National Gallery con un guía privado. Por una vez, no se veía a Alec McDonough, con su lacio cabello rubio y su figura alta y esbelta siempre ataviada formalmente, en lo alto de una de las escaleras con ruedas («Como si fuera Dios», solía quejarse Vivien). Esta se encontraba en su puesto habitual, detrás del mostrador de caja, anotando algo con frenesí en su cuaderno verde de espiral.

Frank pasó junto a ella y ambos se saludaron con la cabeza: todos los empleados eran conscientes de que había que hablar lo menos posible, por aquellos que hojeaban libros. La novena regla del establecimiento era

«Toda interrupción de las reflexiones de un cliente puede desembocar en la interrupción de una venta», y una de las muchas letanías que se repetía desde hacía años desde la dirección.

Frank sabía, por el correo de la mañana recibido en Toppings que le había entregado el mayordomo principal poco después del desayuno, que Herbert Dutton iba a estar ausente ese día. Al margen de eso, Frank no era conocedor de nada más. Había cogido el papel de la bandeja de plata que le alargaban en el preciso instante en que *lady* Bradbury, al menos quince años mayor que él, le lanzaba otra de sus miradas. Él no había reaccionado, por fácil que hubiera sido una cana al aire en una noche fuera de casa. Hombre apuesto de rasgos marcados y aguileños, de modales suaves y seductores, Frank había acabado rechazando las atenciones de las viudas de muchas fincas a lo largo del tiempo, mientras revisaba las bibliotecas de los difuntos esposos.

Frank subió de dos en dos los escalones que llevaban a las dos plantas superiores de la librería. Rebosante de una energía intensa e infatigable, era justo el opuesto del discreto Herbert Dutton, con quien Frank llevaba codirigiendo Libros Bloomsbury, de manera no oficial,

dieciocho años.

Cuando dobló la esquina del descansillo del segundo piso, no se molestó en

meter la cabeza para saludar al capitán Scott, que le contestaría como mucho con un gruñido. Al llegar al fin del descansillo del tercero, que daba a una buhardilla grande y abierta, se dirigió a un cercano perchero a colgar la bolsa y el maletín, se dio la vuelta, aliviado por haber regresado, y se detuvo tan en seco que dejó un paso a medias y se quedó con el pie colgando.

Allí, en medio de aquella planta, sentada en un taburete de madera de tres patas, se hallaba una anodina muchacha que no parecía haber salido de la adolescencia. La joven había dejado abiertas de par en par las puertas de cristal de la librería, de estilo Regencia, y curioseaba en su interior.

Frank abrió la boca y después la cerró mientras daba otra vuelta para regresar corriendo al segundo piso.

—¡Hay una chica en mi sección!

El capitán de Marina Scott no alzó la vista de inmediato al oír la exclamación de Frank, sino que levantó el índice izquierdo y soltó un bufido para pedir silencio mientras seguía leyendo.

—Una chica. Pequeñísima. Hasta aquí de alta. —Frank alzó también la mano izquierda, paralela al suelo y a un metro de este.

Scott dejó finalmente la lupa y se quedó mirando a su viejo colega.

—Venga, hombre, es un pelín más alta.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí en mi ausencia?

Scott le narró brevemente los detalles del ataque y el desmayo del señor Dutton, mientras que Frank se iba hundiendo lentamente en una butaca cercana.

—No tenía ni idea, en su nota solo decía que hoy no venía.

—No hacía falta alarmarte. —Scott tosió—. No ha sido para tanto.

Hablar con el exoficial de Marina muchas veces era como tratar de arrancarle un fragmento a un iceberg que flota en los mares árticos, pero en ese instante a Frank le pareció distinguir cierto deshielo en el

porte del anciano.

—Entonces, ¿la ha contratado así, sin más, sin consultarme?

—Sin consultar a nadie. La chica se ha presentado esta mañana. Se ha puesto directamente a trabajar y no ha dicho ni pío desde entonces. Es la señorita Evelyn Stone.

—Evelyn Stone —repitió Frank, casi distraído—. Ah, claro, ya caigo: esa llamada de teléfono justo antes de Navidad. Me temo que no es en absoluto lo que esperaba.

—Pero ¿la habías visto ya?

—Apenas. Fue cuando se repartió la biblioteca de la Chawton Great House. En el otoño del… 46, creo. Me la presentó Yardley Sinclair, de Sotheby's. Ni idea de por qué.

Desde la butaca, Frank soltó un profundo suspiro. En parte le gustaba viajar porque le desagradaba que lo vigilasen. Estar de viaje le permitía hacer lo que le apetecía, cuando le apetecía. Y no era de su gusto que una chica anduviese removiendo sus valiosos libros, fuera o no licenciada en Cambridge.

—Imagino que las mujeres han liado a Herbert con esto —añadió, mientras se colocaba los dedos pulgar e índice entre las cejas y tiraba de la arruga vertical que le solía aparecer en momentos de tensión.

El capitán Scott se encogió de hombros.

—Herbert no tenía para nada la cabeza en su sitio.

Frank suspiró de nuevo.

Las cosas no empezaban de modo muy halagüeño para la señorita Evelyn Stone.

A las 10:29 del 3 de enero de 1950, Evie Stone había llegado a la puerta de Libros Bloomsbury exactamente un minuto antes de cuando el señor Dutton se lo había pedido. La noche anterior había salido del establecimiento convertida en su más reciente empleada, y había cronometrado cuidadosamente el trayecto de vuelta al pisito de Richmond de su amiga Charlotte Dewar. Cuando Evie la había telefoneado en Navidades y le había explicado que debía ponerse a trabajar, Charlotte le había ofrecido enseguida un catre plegable en su piso hasta que pudiera permitirse una habitación propia.

Evie y Charlotte se habían hecho íntimas mientras servían en la finca de la familia Knight, en Chawton. Cuando dicha finca fue vendida a un promotor inmobiliario, Charlotte no había tardado en encontrar un nuevo

empleo de camarera de hotel, en Londres. El traslado a la gran ciudad lo había propiciado un romance que había terminado con la misma rapidez.

Desde entonces la joven había tenido otros amoríos, pero no daba la impresión de que Charlotte tuviera mucha prisa por casarse y fundar una familia, cosa que confundía a Evie. Ella no concebía que los hombres sirviesen para otra cosa.

Mientras emprendía el camino de vuelta por Lamb's Conduit Street y los tenderos bajaban las persianas al marcharse, Evie no aflojó el paso y dejó atrás la hilera de tiendas sin fijarse en ellas. Ya había estado en Bloomsbury en suficientes viajes de investigación para seguir mirando los edificios o los monumentos que la rodeaban. Incluso cuando se encontraba en un sitio nuevo, Evie solía mirar al frente cuando caminaba, centrada en su destino último y decidida a no llegar tarde jamás. Nunca había llegado tarde a nada en su vida. Lo planificaba todo para llegar siempre un minuto antes. La idea de hacer esperar a alguien, aunque fuera unos segundos, le era tan ajena como retrasarse en el trabajo lo era para el señor Dutton, o como presentarse a tiempo lo era para la engreída Vivien.

Fue Vivien, no obstante, quien estaba presente y quien recibió a Evie cuando esta llegó a la mañana siguiente, en su primer día de trabajo en Libros Bloomsbury.

—Hola, qué tal, el señor Dutton ha avisado de que ibas a venir.

Vivien parecía mucho más simpática que cuando se habían conocido.

Tenía una pila de libros en las manos y una mesa libre frente a ella, y lo iba colocando todo despreocupadamente, según le parecía.

Sin saber qué decir, Evie preguntó por el hombre que había formado parte de la emergencia del día anterior, el que siempre estaba en la escalera.

—Ah, te refieres al nuevo gerente principal mientras el pobre señor Dutton esté ausente. —Vivien le dio unas vueltas a un lápiz entre las dos manos—. Todo un advenedizo. Ya sabes cómo son.

Evie se imaginó a Stuart Wesley en Cambridge, rodeando con el brazo a la hija del catedrático Christenson mientras los dos avanzaban ebrios por las destartaladas calles empedradas, con esmoquin y vestido de seda, haciendo ademanes exagerados para no pisar los tapones del champán ni el confeti desparramado en torno a sus caros zapatos.

—Ah —comentó Vivien con una sonrisa cómplice—, veo que ya sabes cómo son. Bueno, da igual. Por ellos no tienes que preocuparte.

Evie se fijó en Vivien, en sus rápidas oscilaciones entre la hostilidad y el humor, en el cabello incluso más corto que el suyo pero que presentaba un aspecto mucho más cautivador. Mientras que Evie empleaba tijeras de costura para mantener su sencilla melena corta, el peinado de Vivien tenía una forma que le aplanaba el rostro ovalado y los ojos separados, con un flequillo que llegaba justo hasta encima de las cejas, resaltando así el tono también oscuro de las pestañas con rímel. Mientras hablaban, Evie se quedó mirando, con cierta insistencia y sin darse cuenta, los ojos de Vivien, más maquillados de a lo que Evie estaba acostumbrada, incluso en su amiga la actriz Mimi Harrison. El rímel se había aplicado en una gruesa capa, y un lápiz oscuro había añadido un arco a las cejas y unos prolongados bordes al rabillo exterior del ojo, hasta el punto de que parecía que la mirada de Vivien dominaba todo su paisaje facial. A Evie le daba la impresión de que Vivien podía verlo todo en ella, como si fuera uno de los muchos beagles que tenían en la granja familiar. Evie pensó que quizá esa era la intención.

—El señor Dutton ha dejado unas extensas instrucciones, ¡menos mal que McDonough no se lo puede inventar todo! Yo soy la nueva directora de Narrativa, y tenemos entendido que has venido a ayudar al señor Allen.

—Sí, señorita.

Vivien la contempló como si esperase que la muchacha añadiera algo, y entonces insistió cordialmente:

—Tenemos entendido que de hecho conoces al señor Allen.

—Sí, señorita. Lo conocí en una subasta. En Sotheby's.

—Ah, entonces, ¿has trabajado ahí? —En la voz de Vivien hubo un matiz de sorpresa que Evie no distinguió.

—No, señorita, yo estaba de asistente. Con el señor Yardley Sinclair.

—Ah, sí, me lo había comentado Grace. Qué fabuloso. Y… ¿de qué lo conoce?

Evie no estaba segura de haber conocido jamás a una persona tan curiosa como Vivien.

—Ambos somos miembros de una sociedad.

—Una sociedad ¿de qué? —Vivien la miró sin pestañear.

—La Sociedad Jane Austen.

—¡No me digas! —exclamó Vivien de forma entrecortada.

—Sí.

—¿Eres una de los famosos ocho que salvaron la casa? ¿Yardley Sinclair, la actriz Mimi Harrison y tú?

Evie asintió con la cabeza.

—Pues qué sorpresa. Yo misma soy miembro de pago de la Sociedad Broté. Creo que me identifico más con su furia. —Vivien consultó su reloj.

El señor Dutton no permitía que los hubiera en las paredes, por si los clientes de pronto recordaban otros compromisos—. Falta poco para la hora del tentempié. ¿Me quieres acompañar a la cocina? Sea o no la nueva directora de Narrativa, siempre nos toca a las mujeres preparar el té.

Aunque aquí eso no es moco de pavo, te lo aseguro.

Mientras recorrían el pasillo en dirección a la pequeña cocina, situada enfrente de los dos despachos traseros, Evie advirtió que el hombre alto y rubio que estaba en la escalera el día anterior ocupaba ahora con toda comodidad la silla del señor Dutton.

Vivien también se fijó en él y repitió con un suspiro:

—Como ya te comentaba, no le hagas caso.

Tras guiar a la joven al reducido trastero que se había convertido en cocina, Vivien cogió una lata con hojas de té negro y enchufó el hervidor Swan mientras Evie la observaba con detenimiento.

—Siempre dejamos la tetera llena de agua para que se quede rancia.

Uno de los pequeños actos de rebeldía que llevamos a cabo.

Vivien empezó a coger un cuenco de azúcar y varios platillos y tazas desparejados del armario abierto que quedaba sobre ellas.

—Ahora permanecemos aquí esperando, porque el agua puede evaporarse toda. Una vez quemé así la encimera.

Soltó una carcajada extraña; su regocijada hostilidad hizo que a Evie no se le ocurriera qué responder.

—Como el racionamiento sigue siendo de cincuenta y cinco gramos por semana, o veinticinco tazas, el señor Dutton nos tiene sometidos a los siete,

¡ahora a los ocho!, a una vigilancia muy estricta. Pero, si te acuerdas de hacer cuatro trayectos al día, no puedes equivocarte.

Donde estaba, a Evie le pareció que unos olores sumamente desconocidos impregnaban el ambiente.

Vivien, con su incesante observación, reparó en cómo la joven fruncía la nariz.

—Especias —dijo Vivien sin más, señalando con la cabeza la pila de cajitas de madera en forma de cubo del estante superior—. Son del señor Ramaswamy. El señor indio. Lo conociste ayer. Bueno, muy por encima, por culpa de nuestra repentina falta de hospitalidad.

Evie respiró profundamente y notó un olor a canela y clavo. Ese potente aroma le trajo a la memoria el famoso bizcocho navideño de su madre, y sintió una desacostumbrada punzada de nostalgia.

—Las tiene para su té —explicó Vivien—. Él lo llama « *masala*». Una simpática palabra. Un hombre simpático, la verdad.

Evie miró cómo Vivien sacaba de la lata las hojas de té con una cuchara de medir y las introducía en una gran tetera Brown Betty. Cuando hirvió el agua, desenchufó el hervidor y llenó la tetera hasta el borde.

—Tenemos un problemilla con el fusible —le contó a Evie—. Si nos quedamos sin el hervidor, aquí arderá Troya, así que Grace y yo lo dejamos desenchufado para no correr riesgos.

Vivien cogió una jarrita para la leche del frigorífico blanco que estaba

bajo la encimera y unas cucharillas de un cajón cercano, lo colocó todo al lado de las tazas y los platillos, y añadió:

—Y ahora dejamos que los hombres se lo preparen ellos. Es que son un grupo de lo más quisquilloso.

Evie regresó a la sección de Libros Raros con su taza y dos galletas; entonces se quedó unos instantes en medio de la amplia y abierta planta, reflexionando en silencio. Aunque ella siempre estaba a favor de la rutina, le parecía que en Libros Bloomsbury había instauradas muchas reglas —e infracciones— innecesarias. Después de las relativas libertades de Cambridge, con todos sus defectos, Evie empezaba a preguntarse dónde se había metido.

Detrás del gran escritorio del lado oriental de la estancia, la joven distinguió un armarito de limpieza. En el interior halló un pequeño taburete de madera, perfecto para su trabajo. Al iniciar su nueva rutina en un asiento

propio, agradeció haber quedado libre al fin para retomar la tarea secreta que se había propuesto acometer.

En realidad, se la había propuesto meses antes, mucho antes de que Christenson, Kinross y Wesley hubieran interrumpido su preferida senda académica. No fue en absoluto una coincidencia que Evie abriera el cajón superior de su improvisado archivador, se fijara en la «A» y sacara poco después la tarjeta del señor Allen.

Desde el principio la había guardado por algo.

Capítulo 8

REGLA NÚMERO 20

LOS NUEVOS EMPLEADOS HAN DE DEDICARSE EN EXCLUSIVA A APRENDER SUS

NUEVOS PUESTOS Y RESPONSABILIDADES.

Evie Stone pasó su primer día en Libros Bloomsbury revisando los estantes de la sección de Libros Raros. Justo antes de irse a pasar la prolongada convalecencia, el señor Dutton informó a Evie de que había casi diez mil volúmenes en la planta superior del establecimiento y que, le dolía admitirlo, hacía falta organizarlos.

—A Frank, al señor Allen, se le da de maravilla comprar. Dependemos

mucho de él. No obstante, eh…, no muestra tanta diligencia a la hora de catalogar los libros.

Al empezar a inspeccionar el desorden del tercer piso, Evie recordó la última vez que se había quedado a solas con tantos tomos raros y descuidados. Cuando servía en la Chawton Great House, en la finca familiar de los Knight, anhelaba recibir cualquier clase de educación, pues había dejado pronto los estudios por culpa del accidente de su padre y de la ruina subsiguiente.

Lectora precoz de Jane Austen y de otros autores clásicos, Evie había sido la primera del pueblo en considerar la posible importancia y el valor de la biblioteca de los Knight, a la que Austen había recurrido con frecuencia y que, más de un siglo después, estaba desatendida dentro de aquel menguante patrimonio.

Durante dos años, mientras todos dormían en la Great House, Evie había repasado todos y cada uno de los dos mil trescientos setenta y cinco libros de la biblioteca, página a página, en busca de acotaciones al margen y notas de cualquier índole: quizá huellas incluso de la propia Austen. El resultante catálogo manuscrito se convirtió en la base de la posterior valoración que Yardley Sinclair llevó a cabo para la recién fundada Sociedad Jane Austen. Esta sociedad adquirió entera la biblioteca de los Knight tras las evaluaciones de Evie y Yardley, que fueron los menos sorprendidos de todos cuando dos mil de los tomos se vendieron a través de Sotheby's, en el otoño de 1946, por la cantidad nunca alcanzada hasta entonces de cuatrocientas mil libras. Gracias a estos beneficios, la sociedad pudo transformar la cercana casita de Chawton en la que Austen había vivido en la Casa Museo Jane Austen.

Frank Allen había asistido al vaciamiento de la Great House en representación de Libros Bloomsbury. Acabó comprando, con pocas ofertas en contra, cinco volúmenes de la biblioteca de la familia Knight.

Evie apuntó en un cuaderno las dos mil pujas ganadoras que se hicieron en el transcurso de la larga subasta. Le alivió que la tercera edición de las obras completas de Shakespeare, de 1663, se la llevase el doctor Septimus Feasby, que representaba al Museo Británico, tras una disputadísima batalla con un comprador telefónico de la Universidad de Bonn; le consternó que *El libro de Urizen* de William Blake fuese a parar a las manos de un acaudalado comprador privado de la costa californiana; y le deprimió que unos cuantos libros de escritoras apenas llegaran al precio de salida.

En esta emocionante época, Evie también estuvo preparando los exámenes de ingreso en la universidad bajo la atenta y precisa mirada de Adeline Gray, maestra y también miembro de la Sociedad que ejerció de tutora con ella. Yardley Sinclair había sido alumno de Cambridge décadas antes, y en aquel momento el prometido de Mimi Harrison se había tomado un año sabático en Harvard y se encontraba en el mismo centro.

Los tres miembros de la Sociedad (sin que Evie lo supiera) se habían cerciorado de que su solicitud de ingreso fuese examinada de forma completa y profunda. Los profesores de admisiones no pudieron pasar por alto que Evie, con solo dieciséis años, había logrado crear el catálogo de la

biblioteca de la Great Chawton House, de importancia histórica. La Sociedad la había enviado a Cambridge, con la esperanza de que su prodigiosa dedicación al trabajo, su obstinada ambición y sus firmes principios morales desembocasen en una larga y satisfactoria carrera académica.

Pero Evie Stone volvía a catalogar libros. Sin embargo, no parecía estar apenada mientras se dedicaba a ello, pocas horas después de comenzar su primera jornada, ya olvidada en la planta superior de Libros Bloomsbury. A pesar de todas sus aspiraciones, como Evie se sentía más cómoda era a solas, rodeada de esos sencillos objetos que le prometían mayores exploraciones, y explicaciones, del mundo exterior que las que obtenía de las personas.

La joven se dirigió a la siguiente vitrina que iba a revisar. Sabía exactamente lo que buscaba; su mayor esperanza era hallarlo.

Irónicamente, tenía que darle las gracias al profesor Kinross tanto por su ocupación actual como por su misión secreta. Mientras llevaba a cabo una investigación en Cambridge sobre otro asunto, Evie había descubierto que uno de los libros de la biblioteca de la Great House valía mucho más, desde un punto de vista histórico y económico, de lo que Yardley o ella habrían podido sospechar. Al anotar con tanta diligencia en su cuaderno las dos mil pujas ganadoras en la subasta de un mes de Sotheby's, Evie había podido confirmar por su cuenta que el libro infravalorado lo había comprado, en la liquidación de la Great House, el señor Allen de Libros Bloomsbury.

Evie se alegraba de no tener que preguntarle a Yardley (ni, por extensión, a Sotheby's) por la compra del libro. Aunque confiaba en Yardley, al ser este amigo y también miembro de la Sociedad Jane

Austen, sabía asimismo que el hombre tenía la obligación, como empleado de Sotheby's, de revelar todo lo que pudiera descubrir sobre cualquiera de las subastas de la casa, pasadas o presentes. Por tanto, Evie no tenía claro que debiese implicarlo a él, o a cualquier otra persona, en su búsqueda de aquel momento.

En esta ocasión lo que hallase, fuera lo que fuera, sería solo para ella.

El piso superior de Libros Bloomsbury estaba escasamente iluminado para proteger los libros raros, y Evie pasó gran parte del primer día envuelta en una agradable penumbra. El cielo acabó oscureciéndose al llegar el ocaso y una nevada, y la joven se volvió para encender la lámpara de pantalla verde del escritorio del señor Allen. Al no obtener resultado alguno, Evie fue siguiendo el cable que corría sinuoso sobre las tablas del suelo, entre montañas de libros, hasta llegar a la caja de plomos que sobresalía de forma peligrosa en el centro de la estancia. Tras manosear el enchufe, bajó las escaleras para preguntar por Grace, sin muchas ganas.

—Ah, no te preocupes, es otra vez el dichoso fusible.

Grace se levantó de la mesita y se dirigió a la escalera trasera, dirigiéndole a Evie un amistoso ademán de cabeza para que la siguiera.

—La señorita Lowry les puso a estas escaleras el nombre de Vía Infierno por todos los incendios que hemos estado a punto de provocar a lo largo de los años. Los nueve círculos del infierno de Dante.

—Me había contado el de la encimera de la cocina —respondió Evie desde detrás mientras bajaban con cuidado por las desvencijadas escaleras de madera, hasta llegar al cuarto de la maquinaria situado al final.

—Viv le pone un sobrenombre a casi todas las cosas, y a las personas, que la irritan. Que me temo que son muchas.

Grace metió la cabeza en la caja de fusibles y Evie se puso a mirar en derredor mientras aguardaba con paciencia. Por la puerta abierta distinguía la espalda del señor Ramaswamy, que estaba de pie frente a su mesa.

—¿Ha habido noticias del señor Dutton? —se preguntó Evie en voz alta, al recordar cómo se habían conocido Ash Ramaswamy y ella.

—No, ninguna. Ya está. Arreglado. ¡Evie!

La joven se dio la vuelta al oír su nombre y vio que Grace la observaba divertida.

—¿Vamos?

—La verdad es que me gustaría echarle un vistazo a esto ya que estoy aquí, si no pasa nada.

—Claro que no. Aunque oficialmente la regla veintidós dice que no

puedes abandonar tu puesto si no estás en un descanso. —Grace guiñó un ojo—. Pero yo no te lo he dicho.

Mientras se percibía el sonido de las pisadas de Grace subiendo con tiento las escaleras, Evie entró en la sección de Ciencia y Naturalismo con el mismo sigilo. Ash Ramaswamy parecía ensimismado y concentrado, algo que Evie respetaba sobremanera. Lo que más detestaba era que la interrumpiesen mientras estaba entregada a una tarea.

Al oírla llegar, Ash se enderezó y se dio la vuelta.

—Espero no estar molestándolo.

Como el hombre no contestó de inmediato, Evie paseó la mirada por la sala y luego se fijó en el escritorio. Le sorprendió ver que Ash estaba estudiando algo con un microscopio, no un libro.

—Ah, conque ha vuelto —dijo él al fin, mientras se ponía de nuevo las gafitas de montura metálica—. Eso es que no se asusta con facilidad.

Ella siguió en la misma postura torpe delante de él.

—Diga, señorita Stone, ¿necesita algo?

Cubrían la mesa unas láminas de cristal y una gran caja de madera en la que había varios cajones estrechos y etiquetados, sobre la cual reposaban lupas, tenacillas y otros instrumentos de metal más desconocidos.

—¿Qué mira? —Ash se hizo a un lado y señaló el microscopio, que estaba entre ambos—. ¿Quiere echar un vistazo?

Evie no había dedicado ni un minuto de su vida a pensar en aquello que no podía ver. Su visión nunca despegaba los pies del suelo y era concreta.

La vida en la granja le había enseñado a fijarse en lo que tenía delante: las nubes de lluvia que acechaban en el horizonte, las barbas en el pelaje de algún animal, el momento preciso para recolectar antes de que los cogollos se abrieran. Los años posteriores sumergida en los libros le habían enseñado a fijarse en las palabras y su posición como objetos y creadoras de significado. Ese era uno de los motivos por los que las disciplinas más esotéricas, como la filosofía o la religión, la dejaban fría. Tenía que poder pasar las manos por algo para creer que era verdad.

Evie tampoco había mirado nunca por un microscopio, pues había dejado el colegio antes de que estudiaran ciencias en serio. Ash le ayudó a ajustar la lente y la altura del instrumento y, de pronto, el objeto de la

lámina se volvió nítido. La muchacha contuvo el aliento al distinguir la iridiscencia azulada y la detallada simetría del par de alas que tenía ante ella.

—Oh. Toda una preciosidad. ¿Una libélula?

—No, señorita, un caballito del diablo, no es exactamente lo mismo. —

Ash retiró la lámina para mostrarle el insecto—. Es más pequeño, ¿ve? Este mide dos centímetros.

—Entonces, ¿todo lo que hay en esos cajones son insectos?

—En el mundo hay un millón de especies distintas —asintió él—. Así me entretengo.

Ella lo observó con curiosidad. Parecía que se burlaba de sí mismo.

—Nunca habría pensado que un bicho volador pudiera ser tan bonito de cerca.

—A lo mejor esa es la idea. —Ash guardó la lámina en su cajoncito.

—Entonces, ¿era usted científico en su hogar, en la India?

—Sé dónde está mi hogar. —Tras esas bruscas palabras, Ash mostró una sonrisa conciliadora e igual de repentina—. Y sí, lo era. En la Universidad de Madrás.

—¡No me diga! ¿Cuánto tiempo lleva en Londres?

Él se recolocó las gafitas metálicas.

—Este mes hace justo un año. Gracias a su Gobierno, puedo, por primera vez, vivir y trabajar, o al menos vender libros aquí, sin restricciones.

—Ah —dijo ella en tono vacilante, sin saber muy bien cómo responder.

—Y usted, como mujer, puede al fin mantener la ciudadanía británica con independencia de con quién se case.

—No sabía que podía perderla —contestó Evie, sorprendida.

Ash le dirigió una mirada de lo más peculiar.

—Qué suerte.

—¿Por qué?

El hombre iba a responder airadamente, pero se contuvo.

—A lo mejor lo que tengo es envidia, nada más.

—De todas formas, en mis planes no está casarme. Ni tampoco irme de Londres.

—Entonces sí que tiene usted suerte.

Evie se apartó de la mesa y fingió que se ponía a examinar los muchos estantes de libros de la sección de Ciencia, pero su mente estaba demasiado aturdida para procesar nada. Ash le había hecho sentir que ella vivía en otro mundo enteramente distinto que, además, era más sencillo. Él no sabía cómo había sufrido su familia, lo mucho que había tenido que esforzarse ella para lograr lo poco que poseía. A una parte de Evie le ofendió que Ash presupusiera tanto de ella, precisamente cuando al hombre parecía ofenderlo que los demás hicieran presunciones sobre él. Pero otra parte de su persona quería comprenderlo mejor, y conseguir que él también la viese a ella con mayor claridad.

Como ninguno de los dos había logrado un puesto en el mundo académico, Evie pensó que quizá Ash y ella trataban de alcanzar lo mismo pero desde direcciones completamente opuestas. No le parecía que aquella fuera necesariamente la mejor base para una amistad. Sus años en la Sociedad Jane Austen le habían mostrado que un objetivo o

una mentalidad parecidos eran un modo espléndido de establecer un vínculo con alguien, pero a ella no le interesaban en absoluto los bichos, por preciosos que fueran al microscopio. Con la duda de que el señor Ramaswamy y ella llegasen a encontrar muchos temas de conversación, Evie sintió alivio pero también una extraña molestia al regresar sola a la planta superior del establecimiento.

Capítulo 9

REGLA NÚMERO 2

EL CLIENTE, SIN EXCEPCIÓN, SIEMPRE TIENE LA RAZÓN.

Vivien llevaba un rato observando a la mujer madura. Sabía que era americana por el pequeño callejero de Londres que le sobresalía del bolso de lujo, por la ausencia de gabardina sobre el traje negro a medida y por el larguísimo paraguas que llevaba peligrosamente bajo un brazo.

La mujer iba avanzando entre las pilas de libros; primero inspeccionó todas las novedades de narrativa colocadas en las mesas cercanas a la entrada. Sus manos elegantes de uñas pintadas en rojo habían cogido o, en otras ocasiones, habían rozado todos los volúmenes a su alcance, sin titubeos y, por lo visto, sin la menor intención de comprar. Su movimiento entre las torres de libros denotaba la misma falta de ambición. Cuando solo le dedicó un somero examen a la nueva sección centrada en «Escritoras clásicas», Vivien se sintió dolida.

Finalmente, abordó a la mujer.

—¿Le puedo ayudar en algo?

La mujer sostenía un ejemplar de *El fragor del día*, de Elizabeth Bowen.

—Esto lo lanzaron el año pasado en Estados Unidos, ¿es bueno?

De nuevo, Vivien sospechó que no había tanto interés en comprar cuanto en llevar a cabo algún tipo de inspección.

—Es uno de mis libros favoritos.

—Pero ¿es bueno? —Ahora, la mujer habló con una leve sonrisa burlona.

Vivien esbozó la repetidísima sonrisa indulgente que tenía para momentos semejantes.

—Bueno, imagino que eso depende de lo que busque.

—Ay, querida, eso en un libro no lo voy a encontrar.

Entonces a Vivien le llamó la atención la gran cantidad de anillos (de compromiso, de casada, uno impresionante de aniversario con un diamante) de la mano izquierda de la mujer, que ofrecían un refulgente contraste con el lúgubre conjunto negro y los rasgos demacrados que mermaban lo despreocupado de su actitud.

—El miércoles que viene hará un año —explicó la mujer— de la muerte de mi marido.

A Vivien le pilló desprevenida esa informal manifestación de unos detalles tan íntimos y personales, cosa que le pareció de una franqueza insólita e indudablemente americana.

—No sabe cuánto lo siento.

—La verdad es que he venido por eso. Para arreglar unas cosas. Él también estaba en el sector del libro, como usted.

—Oh, como yo no, eso desde luego. Solo soy empleada de un comercio.

—¿No acaba de decir por teléfono que es usted directora?

Vivien se preguntó si la mujer la habría estado espiando desde el principio y contestó:

—Solo es algo temporal.

La mujer mostró una sonrisa triste.

—¿Acaso no lo es todo?

—Aquí, no. Nada ha cambiado en cien años.

—Ah, entonces es una auténtica librería británica. A mi marido le chiflaban. Me llevaba a rastras por todo Londres para husmear las últimas novedades.

—¿Un espía empresarial? Esta calle está llena.

La mujer soltó una carcajada y contestó:

—No por el lado del negocio. Pero a la familia le interesa el tema de

un modo… llamémosle «profesional».

—Entonces era escritor.

—No, pero usted sí, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso? —preguntó Vivien, perpleja.

—No deja usted de garabatear en ese cuadernito suyo. Lo que pasa en una tienda no puede serían interesante.

—La verdad es que últimamente ha habido mucho frenesí. Solo soy directora por eso.

—No se quite mérito, querida mía.

—No lo estoy haciendo. La cuestión no depende para nada de mí, sino de ellos. —Vivien se notó la amargura en la voz—. De los hombres que lo dirigen todo, quiero decir.

Ahora la mujer sonrió de oreja a oreja a Vivien, una sonrisa tan comprensiva y amplia que le marcó unas profundas arrugas en las comisuras de los labios, a los que sin duda lo macilento volvería enseguida.

—Sospecho que no están a su altura, querida.

Les llegó una tos desde detrás; Vivien distinguió a otras dos turistas estadounidenses que esperaban impacientes junto a la caja registradora.

Inmediatamente las reconoció del día antes, cuando habían estado mirando por encima la sección de libros de arte con trajes de Dior a juego. Ahora iban de Chanel de cuadros y brocados, con unos bolsos perfectamente conjuntados y zapatos de tacón de piel de cocodrilo en un castaño oscuro.

La más alta de las dos se inclinó sobre el mostrador cuando Vivien entró en la zona de la caja, dejando que una de las hojas de la puertecita se quedara batiendo furiosamente tras ella.

—Mi hermana —anunció sonoramente la mujer, señalando a la otra, más menuda— perdió aquí ayer su reloj.

—Lo lamento muchísimo —respondió Vivien con calma—. Me temo que no hemos encontrado nada. Pero si me deja los detalles de donde…

—¡Agnes! —exclamó ahora la mujer, con otra seña a su hermana—.

¡Mira esto!

Las dos contemplaban la fina muñeca de Vivien, apoyada en el borde interior del mostrador.

—Dios mío, es usted una ladrona.

Vivien se contuvo y se mordió el interior del labio para no estallar.

—Me temo que no tengo la menor idea…

—¿Dónde está el director? —La mujer más alta había levantado la voz lo suficiente para llamar la atención de los otros clientes madrugadores, que alzaron la vista de las mesas, los periódicos y las estanterías para ver a qué se debía el jaleo. Con el rabillo del ojo, Vivien advirtió que la mujer de luto se acercaba a ella entre las pilas de libros, claramente aguzando el oído de nuevo.

—La directora soy yo.

—Qué bobada.

—¿Disculpe?

—¿Dónde está el responsable?

—Perdone, señora, pero aquí la responsable soy yo.

—Qué ridiculez… Perdone… ¡Hola! —gritó la mujer en dirección al fondo de la tienda, mientras su hermana se quedaba a su lado, con un semblante cada vez más avergonzado.

Vivien notó que todas las miradas en la librería se clavaban en ella. Casi nunca le importaba la opinión de los demás. Pero de vez en cuando no podía evitarlo. La estaban obligando a que le importasen esas insolentes y lo que sucedería a continuación, solo por el poder que poseían gracias a su posición. Una inevitable sensación de náusea anidó en su estómago.

Al oír el furibundo griterío de la mujer, Grace fue la primera en salir de las oficinas traseras, con un fajo de papeles en la mano. Siempre hacía todo lo posible por transmitir una sensación de eficiencia. Hacía tiempo que sabía que parecer atareada era la mejor defensa frente a los hombres de la librería.

—Vivien, ¿ocurre algo? —preguntó, lanzando la penetrante mirada que era la señal para ofrecer refuerzos.

—Me temo que la hermana de esta mujer ha perdido el reloj.

—¡De eso nada! —les gritó a ambas la clienta americana—. Lo lleva usted en la muñeca, y lo sabe. ¡Una dependienta con un Cartier, habrase visto!

Vivien se quedó fríamente inmóvil, negándose a dejar de sostenerle la

mirada a la mujer pero sin decir nada.

—Fue un regalo… —empezó a explicar Grace, y Vivien se miró los pies mientras negaba con la cabeza—. No, Vivien, esto es ridículo —

insistió Grace, que entonces se volvió hacia la airada clienta—. Sí, fue un regalo. De su difunto prometido. Lord St. Vincent. Heredero del condado de St. Vincent. Hijo del séptimo conde de St. Vincent, su padre. El de Skillerton Hall.

Grace pilló a Vivien sonriendo al oír la gran cantidad de títulos aristocráticos que les estaba lanzando a las dos obcecadas hermanas. El resto de clientes, incluida la americana de luto, ya escuchaban abiertamente y sin ambages.

—Queremos hablar con el responsable —le repitió con rabia la mujer a Grace.

—Me temo que ahora mismo el señor McDonough está hablando por teléfono.

La mujer le hizo un gesto a su hermana y emprendió el rumbo al despacho del fondo. A través de la gran ventana, se veía a Alec cómodamente sentado en la silla giratoria del señor Dutton, con los tobillos cruzados y apoyados en la esquina exterior de la mesa. Grace siguió inmediatamente a las dos clientas, mientras Vivien iba por detrás con pasos resentidos.

—Esta mujer ha robado el reloj de mi hermana —insistió la estadounidense mientras irrumpía en el despacho del gerente.

Alec tapó el auricular con la mano derecha.

—¿Disculpe?

Por una vez, las empleadas agradecieron la absoluta indiferencia de

Alec frente al peligroso estado de ánimo de una mujer.

—El reloj de mi hermana, su Cartier, exactamente el mismo que perdió ayer aquí… Lo lleva esa chica en la muñeca. Es que es obvio lo que está pasando, y, si no hace usted algo al respecto, no nos quedará más remedio que llamar a la policía y presentar una denuncia.

Alec dirigió la vista a Vivien, que estaba en el pasillo, un poco por detrás de Grace.

—Vivien.

—No.

—Vivien, por favor. Será mejor para todos.

Ahora Grace contempló perpleja a Alec y Vivien mientras esta le devolvía la mirada al gerente sin decir nada, con los brazos cruzados. Por una vez, Grace se sintió excluida de las mudas señales de Vivien.

—Vivien. —Algo del tono de Alec llamó la atención de Grace. Algo que nunca había entendido, hasta ahora.

Con un suspiro de frustración, Vivien se adelantó, se quitó el reloj y lo sostuvo ante ella con el brazo extendido y tenso.

—¿Lo ves, Agnes? —exclamó triunfante la mujer.

Cuando se acercó a Vivien para arrebatárselo, Alec la detuvo.

—Un momento —dijo el hombre con una voz sorprendentemente baja mientras le cogía el reloj a Vivien. Lo sostuvo en la palma de la mano izquierda, lo contempló un instante y le dio la vuelta para enseñarles el dorso a las mujeres.

La más baja, la llamada Agnes, escudriñó la inscripción, dio un paso atrás con el rostro encarnado y tiró del brazo de su hermana para marcharse.

—Con esto queda zanjado el tema, señoras —dijo Alec con firmeza, apenas ocultando su irritación.

Mientras las dos hermanas se iban entre grandes aspavientos, Grace se quedó en la puerta y vio en silencio cómo Alec le devolvía el reloj a Vivien.

Esta lo cogió bruscamente y furiosa; a continuación se dio la vuelta y

también se marchó.

—Asunto concluido —le dijo Alec a Grace de un modo desacostumbradamente hosco.

Grace también se marchó y regresó a su despacho acristalado, más pequeño y con vistas al establecimiento y a los otros clientes, que volvieron con desgana a hojear libros. No, el asunto no había concluido, se dijo sumamente estupefacta. Desde luego, aquello no había terminado.

Pero ¿cómo diantre se había iniciado?

Capítulo 10

REGLA NÚMERO 28

LAS RELACIONES ENTRE EMPLEADOS NO DEBEN ABANDONAR JAMÁS EL

ÁMBITO DE LO ESTRICTAMENTE PROFESIONAL.

El inicio había sido un error.

Cuando Vivien llevaba pocos meses trabajando en la librería, Graham Kingsley, director de Narrativa en ese momento, había organizado un acto en la segunda planta para celebrar el lanzamiento de un nuevo libro de Evelyn Waugh, titulado *Retomo a Brideshead*. Aquello era todo un tanto que se anotaba Libros Bloomsbury, conseguido únicamente gracias a la influencia y los contactos de lord Baskin, el propietario.

Evelyn Waugh había vuelto a Londres en el otoño de 1945 tras haber luchado en la guerra en el frente de Yugoslavia y a Vivien la dejó deslumbrada, por decirlo suavemente, la presencia del escritor en la librería.

Para tratar de calmarse, se tomó una copa de champán pese a estar en horario laboral, pero, en vez de darle una apariencia más sofisticada, que era a lo que ella aspiraba, el alcohol solo la puso más nerviosa. No llegó a abordar al señor Waugh para plantearle las muchas preguntas que tenía sobre su último libro, que se había leído ese verano en un único día de playa, cerca del piso de su abuela en Hastings, y que después había analizado capítulo a capítulo como si fuera un mecano bien construido.

Preguntas sobre la simetría de la trama, el perfecto subtítulo (*Et in*

Arcadia ego), si los hermanos Sebastian y Julia solo funcionaban como

complemento el uno del otro. No obstante, mientras Waugh y los demás empleados alternaban después del evento, Vivien se sentó en los escalones de la sección de Historia, con un semblante tan abatido que Alec se aproximó y se acuclilló frente a ella.

—Oye, ¿te encuentras bien?

Aquella era la primera vez que Alec le hablaba de veras, pese a que ambos habían entrado en Libros Bloomsbury justo en el mismo día de ese verano. Mientras estaban sentados uno al lado del otro en el despacho del señor Dutton, que recordaba a una pecera, Vivien pensó enseguida que Alec era otro de los advenedizos y privilegiados muchachos que fingían ser hombres. A esas alturas, en el establecimiento todos habían deducido que también era escritor. Esto no era raro en el empleado de una librería: poco antes, Nancy Mitford había escrito su última novela en una excedencia de la Heywood Hill, situada en Mayfair.

Alec, sin embargo, consideraba que sus aspiraciones literarias solo eran uno más de los peldaños de la escalera al éxito, y utilizaba su empleo para establecer contactos con editores, editoriales y escritores influyentes que asistían a eventos como el de aquella noche. Como Graham Kingsley amenazaba con jubilarse, se pensaba que Alec era el primer candidato para el puesto de director de Narrativa, a pesar de que llevaba trabajando el mismo tiempo que Vivien. Las reglas del establecimiento dejaban claro que el director de cada sección tenía la última palabra sobre los invitados y los actos especiales, lo que ayudaría a Alec a crear nuevos contactos, mientras que Vivien tendría que conformarse con quedarse detrás de la caja, estar guapa y mirar.

Esa noche, que Alec abandonara una reunión con tantas celebridades para preocuparse por Vivien creó un efecto inesperado en ella. Quizá fue el champán, o el roce con los capitostes de la literatura, o su propia aspiración de ser escritora, pero en ese instante en que el deseo inflamaba los ojos azules de Alec, Vivien lo vio de otro modo. De forma positiva. Incluso, para su posterior arrepentimiento, sin reservas. Se preguntó si él la había deseado desde el principio y, al ser una mujer hermosa que en su momento había recibido un amor bueno y verdadero, Vivien tenía la debilidad de que la deseasen: una debilidad que lo defraudada que se sentía consigo misma esa

noche no hizo sino exacerbar.

Alec se ofreció a llamarle un taxi. Mientras la ayudaba con cuidado a subir al vehículo, las miradas de ambos volvieron a cruzarse. Alec dio media vuelta con gesto vacilante, se fijó en las ventanas de la segunda planta del establecimiento y después la miró de nuevo a ella. De pronto, sin mediar palabra, subió también al asiento posterior del taxi y cogió la mano de Vivien, con tanta ternura que ella bajó tontamente la guardia frente a cualquier nuevo enredo.

Vivien había perdido a su prometido, el difunto heredero del condado de St. Vincent, en 1942. Lo habían atacado en el campo de batalla de Gazala, cuando estaba con la 50.a División de Infantería (Northumbria), y nunca habían encontrado su cuerpo. Esto había dado a su fallecimiento una singular dimensión emocional que había desestabilizado a Vivien mucho más de lo que ella era consciente. En esa época ella solo tenía veintidós años, y David y ella habían desaprovechado todo su período de compromiso lidiando con la angustia que este había creado a su aristocrática familia.

Desde la prematura muerte, Vivien se había dedicado a sentir el menor romanticismo y la mayor rabia posibles. El odio que le inspiraban Hitler y la guerra acabaron alcanzando tal punto de ebullición que quienes la rodeaban temían que nunca se recobrase.

Para acordarse de David, las únicas pertenencias que tenía Vivien eran un solitario de diamante bien guardado, el reloj de Cartier y el recuerdo de una única noche de permiso en un hotel de playa bastante sórdido. En cierto sentido, esa noche de enero de 1942 había resultado poco memorable, al haber sido la primera vez para ambos. Sin embargo, había permitido que Vivien intuyese lo que era la intimidad, cómo mostrarse físicamente vulnerable podía vincularte a otra persona de la forma más deliciosa y secreta. Nunca había entendido ni apoyado el adulterio, pero esa noche de sexo le había mostrado a la incipiente escritora que, en él, el amor podía ser lo menos importante. Que la naturaleza oculta de esa experiencia, la intensa sensación de estar haciendo algo prohibido (y disfrutarlo) podía suponer la verdadera atracción para determinado tipo de persona.

Unas horas después del evento de Waugh, Vivien y Alec se dieron cuenta de que ambos eran ese determinado tipo de persona. En vez de

acercarlos, esa consciencia de lo parecidos que eran los había separado. Si Vivien recordaba ese amorío, se sonrojaba. Así que no lo hacía. Lo que sí recordaba era que, nada más despertarse, Alec había actuado como si ella hubiese hecho algo malo, o lo hubiese obligado a él a hacerlo. La relación laboral entre ambos nunca había superado

aquello. Vivien le puso como apodo el Tirano y se cortó el pelo, y Grace (el único miembro casado de la librería) había acabado mediando entre ellos, cuando lo que verdaderamente hacía falta era un tribunal, de una vez por todas.

Era como si aquella noche no hubiera existido. Nadie del establecimiento tenía la menor idea, más bien al contrario. Tanto Vivien como Alec albergaban la tácita y férrea determinación de que eso no cambiara.

Alec se había despertado primero y se había quedado tendido junto a Vivien, contemplando cómo el largo cabello le caía en ondas naturales por los hombros. Un cabello que él había dejado que le cayese sobre el pecho y lo rozara mientras hacían el amor, que había asido fuertemente con labios y manos como si le faltara el aire, sin tener ni idea de que, al cabo de una hora, ella se lo cortaría en un gesto que Alec no podía sino interpretar como un rechazo absoluto del deseo que él sentía por ella.

Tras caer uno en brazos del otro, Alec había dormido de modo sorprendentemente entrecortado e inquieto. Le alegraba que Vivien siguiera amodorrada a su lado, porque así tenía tiempo para pensar. Lo dedicó, no obstante, a pensar sobre todo en ella. Le maravillaron su belleza y su sosiego, lo satisfecha que parecía al dormir cuando, despierta, sus rasgos apenas denotaban otra cosa que no fuera desprecio por su entorno.

Alec fue posando la vista en el cabello de Vivien, en su desnudo hombro derecho y en la espalda al descubierto, que presentaba un precioso matiz lechoso en la suave luz del alba. Al percatarse de que estaba escudriñando la piel de Vivien, se obligó a parpadear y a darse la vuelta para quedar frente a la pared del cuarto de baño, que cubría un papel descascarillado con un desvaído damasco azul y blanco. Un voluminoso tocador con un enorme espejo de maquillaje inclinado en la superficie se extendía a lo largo de toda la pared, y desperdigados en torno al espejo se veían varios frascos de perfume, cepillos de distintos tamaños y una serie de

tarros. Con esos variados artilugios, Vivien maquillaba sus ojos oscuros y almendrados: unos ojos tan brutalmente evaluadores, e inquietantes, que hasta la noche anterior Alec había hecho todo lo posible por no mirarlos directamente. Tumbado esa mañana en la cama de Vivien, ahora Alec entendió perfectamente lo acertado de su postura anterior.

Hundiendo con fuerza en la almohada el lado derecho de la cara por la confusión y la angustia, Alec abrió un ojo y con él recorrió la torre de libros de la mesilla de Vivien. En la pila se distinguían varios títulos que Alec reconoció porque habían discutido por ellos al hacer los pedidos en la librería: una edición extranjera de *El pozo de la soledad* de Radcliffe Hall, que llevaba mucho tiempo prohibido en Inglaterra; *La muerte del corazón* de Elizabeth Bowen; y *Viajera en el tiempo* de Alison Uttley, un libro para niñas, cuya presencia resultaba por tanto tan sorprendente como tierna. No reconoció *Asylum Piece* de Anna Kavan, pero de esta autora sí conocía el relato «Soy Lázaro», por haberlo visto en un número reciente de *Horizon*, su revista literaria preferida. Gran parte de la escritura de Kavan se inspiraba en la experiencia de la autora al cuidado de soldados inválidos en pabellones psiquiátricos, y mostraba un sentido de lo absurdo y una falta de interés por complacer al lector que a Alec le habían parecido marcadamente masculinos. Intrigado, trató de coger con sigilo el libro sin tirar el reloj de Cartier que reposaba sobre él.

El reloj se deslizó demasiado rápido y Alec tuvo que extender el brazo para cogerlo mientras caía. Siempre le había sorprendido que una joven como Vivien tuviera un reloj semejante. No sabía mucho de sus orígenes de clase media-baja, solo que su padre era comerciante de algo. El de Alec era radiólogo y le podría haber regalado al chico sin problemas un reloj de Cartier por su vigésimo primer cumpleaños, igual que le había pagado el internado y un año en el extranjero antes de la guerra, si la familia no hubiera sido fiel a Patek Philippe.

El de Vivien llevaba engastados unos diamantes en la esfera rectangular, hecha de oro de dieciocho quilates. Se trataba de un diseño bastante reciente de la casa de lujo francesa y, por tanto, era poco probable que lo hubiese heredado. Alec reconoció el modelo porque siempre prestaba atención a las cuestiones de estilo. Sabía que las apariencias importaban en la vida: cómo

vestía uno, qué aspecto presentaba, cómo mostraba el éxito. Por eso él llevaba limpias camisas blancas y chaquetas a medida de Gieves & Hawkes, del número 1 de Savile Row, y zapatos de cuero calado bien abrillantados de la zapatería Barker, de Jermyn Street, establecimientos a los, antes que él, habían acudido con frecuencia su padre, su abuelo y su bisabuelo.

Ya incorporado, aún desnudo en la cama, Alec examinó el reloj mientras lo sostenía. En el dorso se veía una única fecha: 22 de enero de 1942. No supo cómo interpretar aquello.

—¿Qué estás haciendo?

Alec dio un respingo al tiempo que volvía a colocar el reloj y el libro donde estaban. Al volverse lentamente para mirar a Vivien, que había girado el cuerpo y se había apoyado en el codo derecho para hacerle la pregunta.

—Buenos días.

—Te he preguntado qué estás haciendo.

—Esta es una pieza preciosa. Y el libro no lo conocía. ¿Es bueno?

Vivien le lanzó una de sus habituales miradas de suspicacia. A Alec le pareció que las diez horas anteriores corrían el riesgo de decaer, tal como lo había hecho el reloj.

—No me creo que ese libro te interese.

Vivien se enderezó del todo, únicamente ataviada con una combinación de color verde menta.

—Bueno, el reloj es precioso. ¿Un regalo? —Conocía lo bastante a Vivien para saber que no debía escabullirse: eso la pondría aún más furiosa.

—Sí.

La joven apartó las sábanas, salió de la cama, alejándose de él, y se acercó al lavabo que había en una esquina. Él observó cómo se recogía el cabello en un moño apresurado y se echaba agua fría en la cara; luego se la secó con una toalla de rayas azules y blancas que colgaba al lado. Vivien se puso una bata naranja de punto y se dirigió con un sosiego sobrenatural al saloncito y a la pequeña cocina.

Alec contempló en silencio a través de la puerta abierta cómo Vivien encendía la cocina de gas y ponía el hervidor. Siguió mirando mientras ella

preparaba una tetera para ambos, igual que en la librería, y con el mismo semblante sombrío. Por un lado, a Alec le encantó lo doméstico que resultaba todo aquello, que lo alimentase y lo cuidase, como si él fuera para ello algo más que un mero colega o un breve encuentro. Pero otra parte de él también temía la engañosa normalidad del gesto, pues ya conocía perfectamente lo rápido que Vivien cambiaba de humor.

Esta volvió a la cama y dejó la bandeja del té entre ambos, en las sábanas arrugadas. No dijo nada, se limitó a servirlo y empezó a tomar el suyo mientras él se quedaba en silencio, con una angustia cada vez mayor.

—¿Regalo de un pariente? —inquirió al fin, completamente exasperado por este nuevo e inescrutable estado de ánimo de Vivien.

—Más o menos.

—¿Un hombre?

—Ajá. Mi prometido, de hecho.

Alec prácticamente saltó de un respingo de la cama.

—¿Tu qué?

—Tranquilo, está muerto.

Pero esas bruscas palabras no lo calmaron en absoluto.

—¿Por qué me acabo de enterar de esto?

—Bueno, es que a nadie le importa. Me refiero a las cosas que no llegan a suceder en la vida.

Ahora también le cambió el humor a Alec, que dijo algo que ya sabía que no debía: lo único que la apartaría de él para siempre. Años después, seguía sin tener ni idea de por qué.

—Ah, supongo que eso explica ciertas cosas.

Ella lo miró de hito en hito.

—No estarás…

—Eres… bueno, muy abierta en la cama.

Vivien se levantó sin mediar palabra, como si tirase de ella un largo hilo invisible, y salió del pequeño estudio para dirigirse al baño del pasillo. Alec escuchó con cautela cómo primero la puerta del dormitorio, luego la de la entrada y luego la del baño se iban cerrando de un portazo tras ella.

Alec se dio una fuerte palmada en la frente.

Cuando Vivien regresó, se había cortado casi todo el pelo, con lo que

sin querer le resultaba aún más atractiva a Alec.

Lo de la inscripción había quedado sin explicar, aunque Alec se torturó durante años pensando en su significado.

Y ahora, cuatro años después, toda la librería y al menos tres ciudadanas estadounidenses eran partícipes de su íntimo conocimiento del reloj, por haber intentado que Vivien no acabara en la cárcel.

Capítulo 11

REGLA NÚMERO 15

TODOS LOS EMPLEADOS DEBEN DESCANSAR EN EL DÍA DEL SEÑOR Y EN TODO

FERIADO QUE MARCA LA LEY DE DÍAS FESTIVOS DE 1871.

Desde que se había instalado en Londres, Evie Stone había adquirido la costumbre de pasar los domingos en el Museo Británico.

Charlotte, su compañera de piso, trabajaba todo el fin de semana como camarera de piso, con lo que Evie se quedaba sola en el único día que libraba en la librería. No tardó en establecer la siguiente rutina: un sencillo cuenco de gachas con leche y, a continuación, el largo trayecto en autobús al museo, en cuya biblioteca investigaba durante horas.

Aquel domingo, sin embargo, Evie se dirigió al Museo de Historia Natural. Como en el Británico había llegado a un callejón sin salida, pensó que quizá la información que la ayudaría en sus pesquisas había acabado en los archivos del famoso botánico y horticultor John Claudius Loudon. Todo aquello formaba parte del rompecabezas que Evie Stone llevaba un año, con diversas interrupciones, tratando de resolver.

El Departamento de Botánica contaba con su propia colección de literatura y registros especializados, situada al lado de las zonas de trabajo de los científicos. Evie se encaminó directamente al mostrador principal de la biblioteca, firmó en el libro de visitantes y pidió ver los archivos de John Loudon entre los años 1825 y 1830. Esto requería que el bibliotecario anotase el nombre de Evie en el registro de consultas, un momento que

siempre hacía dudar a Evie. Aspiraba a evitar dejar cualquier pista o huella escrita sobre lo que estaba buscando. Su suspicacia y tenacidad habituales se aunaban ahora al conocimiento de que Stuart Wesley había conseguido un puesto que le correspondía a Evie de forma legítima, y además este tenía acceso a los frutos de la ardua labor anterior de la joven. Estaba decidida a no volver a cometer ese error.

Le entregaron dos largas cajas de madera, cuyo contenido estuvo examinando durante las horas siguientes. Tardaría días en revisar todos los archivos de Loudon, teniendo en cuenta la cantidad de material que había, entre el que se contaban dibujos de hojas, ramas y frutos hechos por el célebre botánico, correspondencia sobre las revistas de jardinería e historia natural que este había fundado, y montones de documentos diversos.

A Evie, no obstante, no le interesaban los escritos de John Loudon.

Intentaba hallar toda la información posible sobre su esposa, también escritora, de la que quedaban pocos registros en papel. Muchas veces le causaba frustración la diferencia entre la conservación de la escritura masculina y de la femenina: que cada boceto de una ramita que caprichosamente había trazado John Loudon estuviera salvaguardado en varios museos británicos, mientras que una novela entera de su mujer había quedado reducida a una insignificante nota al pie en la crónica de la obra del marido.

Al catalogar la biblioteca de la Great Chawton House, Evie había aprendido que lo que se mantenía a salvo de las garras del tiempo, y lo que sucumbía a él, dependía de los caprichos de la época. Mientras investigaba en Cambridge, había repasado listas de todas las novelas publicadas en épocas concretas, y había advertido que la proporción de novelistas de sexo femenino había sufrido un descenso lento pero continuo en los cien años anteriores. El cenit de las novelistas parecía haberse producido antes incluso, en el previo cambio de siglo, cuando famosas mujeres como Jane Austen y Maria Edgeworth habían protagonizado la primera evolución de la novela.

Cuando indagó con mayor profundidad, Evie descubrió a autoras olvidadas de ese período como Charlotte Lennox, Eliza Haywood, Rachel Hunter y Elizabeth Inchbald, a varias de las cuales la propia Jane Austen

había leído y admirado. Esos nombres no le decían nada al lector actual.

Pero el valor muchas veces se incrementaba con el tiempo: la misma Evie, antigua sirvienta y recién graduada por Cambridge, era prueba de ello. El libro que buscaba en secreto no era un clásico en el sentido tradicional, pues carecía de valor literario reconocido o establecido. Las ambiciones de Evie, no obstante, iban más allá. Su objetivo consistía en darle un valor nuevo al rescatarlo.

Evie llevaba varias horas estudiando en silencio la voluminosa correspondencia de Loudon, con la esperanza de encontrar cualquier cosa que arrojase luz sobre su esposa, cuando, al abrir un diario manuscrito, encontró lo siguiente:

Enero de 1830

Estoy leyendo una novela extraña y desbocada en la que el autor, hombre imaginativo del más riguroso intelecto, sitúa la acción en un futuro lejano, e intenta predecir hasta qué punto mejorarán las cosas en este país. Pienso redactar una reseña en breve para la revista.

Entretanto he escrito al editor, Henry Colburn, para manifestarle mi interés por conocer al anónimo autor. Me intriga particularmente lo que comenta sobre varios artilugios que ahorran trabajo, como una excavadora de vapor.

Febrero de 1830

Escribo esto aún recuperándome de la conmoción: ¡el libro ha resultado ser obra de una dama, un tal señorita Jane Wells Webb!

Típico del señor Colburn guardarse para sí tal dato y no hacer nada por corregir mi suposición. Todo lo hace, como siempre, por mor de aumentar la curiosidad y, por tanto, las ventas.

Tras mi reacción inicial, mantuve una conversación de lo más agradable y fructífera con la señorita Webb. Acababa de quedar huérfana y escribió el libro apenas con diecisiete años, para mejorar tanto sus ingresos como su ánimo. Debo decir que cuesta concebir

tanta imaginación y sagacidad en una persona tan joven. No obstante, se trata de una muchacha encantadora, y se ha mostrado gratamente dispuesta a que nos veamos de nuevo, dado que aún hay mucho que quiero saber y descubrir.

14 de octubre de 1830

Hoy hace un mes que nos casamos mi amada y yo, y jamás he sido tan feliz. Al igual que yo, Jane se entusiasma por todo, lo que concuerda de maravilla con mi imaginación y mi temperamento.

Muchas veces olvido lo joven que es, ¡de lo rápido que pasa su mente de una idea o proyecto al siguiente!

Me ha causado gran alivio e ilusión que Jane se haya ofrecido a ayudarme a concluir el arboreto. Es mi objetivo que la enciclopedia presente un registro exhaustivo de todos y cada uno de los arbustos y árboles que crecen en nuestro reino, así como de su historia, todos ellos dibujados al natural, lo que nos obligará a ambos a grandes esfuerzos y viajes. Por esto, mi amada deberá abandonar su escritura para hacer de amanuense, teniendo en cuenta lo patético e impedido de mi estado. Según el señor Colburn, las ventas de las recientes historias de Jane sobre una novia no son elevadas, y su primer libro lleva largo tiempo olvidado, a pesar del prometedor inicio…

Evie estaba tan sumergida en su hallazgo que apenas oyó que un hombre, en voz baja pero decidida, la llamaba a escasa distancia.

Al darse la vuelta vio a Ashwin Ramaswamy ante ella. Sorprendida, notó que le subía a las mejillas la misma extraña calidez que había percibido mientras estaba delante del cuerpo convulso del señor Dutton en el suelo del despacho. Evie no había visto a Ash desde su única visita a la sección de Ciencia en su primer día de trabajo. Este pasaba la jornada en el sótano de Libros Bloomsbury, y ella se quedaba sola en la planta superior.

—Hola, señorita Stone —repitió el hombre, un poco más fuerte, al comprobar que Evie no respondía.

Ella miró en derredor con premura, cerró al mismo tiempo las páginas del diario y después se llevó solemnemente el dedo índice derecho a los labios. Las normas sobre el silencio en la sala de lectura eran estrictas, aunque tan avanzada la tarde había pocas personas por cuya molestia había que preocuparse.

Ash pareció ser consciente de esto último, pues un gesto de incomodidad se extendió por su semblante. Él también se sonrojó un poco, asintió enseguida con la cabeza y comenzó a alejarse.

—¡Espere! —exclamó ella y, en esta ocasión, un par de las cabezas del grupo sí que se alzaron sobre las páginas.

Evie se regañó en su fuero interno por esta costumbre suya: seguía tan a rajatabla las reglas que, de vez en cuando y sin querer, acababa infringiéndolas. Había estado observando a Vivien en la librería, cómo esta subvertía o ignoraba del todo las normas, y con un brío tan ostensible que los hombres, conmocionados, se callaban. Evie lamentó no poseer ese don.

Ash continuaba su marcha hacia el pasillo principal de mármol. A Evie se le cayó el alma a los pies, una mezcla de su miedo constante a que la pillaran y a haber defraudado, sin saber cómo, a aquel hombre al que apenas conocía. Normalmente, solo le habrían importado las dos cajitas de madera y lo que había descubierto en el interior. Ash había interrumpido todo aquello pero, en esta ocasión, esa intrusión no le hizo rabiar. Algo en aquel hombre hacía que quisiera ser complaciente con él. Eso le causaba una gran confusión.

Cuando devolvió los archivos al mostrador principal, Evie no se acordó de intentar tachar con discreción su nombre del registro de consultas; por bajita que fuese, muchas veces se dedicaba a remolonear en torno al puesto del bibliotecario en busca de un momento de distracción para hacerlo. Pero ahora salió a toda prisa con el cuaderno y la cartera de cuero para seguir a Ash. Al acceder al cavernoso y amplio pasillo, lo vio delante de una vitrina que albergaba varios especímenes de coral, de intensos colores. Le daba la espalda y Evie advirtió que el hombre no superaba en mucho su metro y medio, como mucho medía unos diez centímetros más. Llevaba unas botas muy desgastadas, como las suyas, y varios jerséis superpuestos. En uno de sus brazos descansaba una gabardina.

—Discúlpeme —dijo Evie; él se dio la vuelta con lentitud y se quedó escudriñándola. Ella percibió que esa mirada también era de aprobación y volvió a notar la calidez en las mejillas, ahora con una nueva emoción que se le antojaba tan intensa que solo podía ser enfado: si consigo misma o con él, eso no lo distinguió.

—¿Por qué? —inquirió él con toda sencillez.

—Porque usted solo quería ser cordial.

—A lo mejor no. A lo mejor solo me he quedado sorprendido.

—Yo también. Verlo precisamente a usted…

Ash frunció los labios en un gesto divertido.

—No sé si lo está empeorando usted.

—¿A qué ha venido?

La persistencia de Evie parecía causar una tremenda diversión al hombre, que replicó: «Podría preguntarle yo lo mismo», mientras señalaba con la cabeza la cartera de cuero que le colgaba del hombro derecho.

—Investigo.

Él alzó una ceja y añadió:

—Entonces, ¿sigue estudiando?

—No, oficialmente no. Pero… tengo intereses propios, nada más.

—Ah, sí, claro. A mí también me pasa.

Evie aún sabía poco de Ash, solo que había sido naturalista y entomólogo en la Universidad de Madrás. Ese era el único dato de peso que tanto él como los otros miembros de la librería le habían dado respecto a su pasado.

Ash le dirigió un ademán para que siguiera avanzando por delante de él, y recorrieron el pasillo. Cuando llegaron al vestíbulo principal, el Hintze, con su altísimo techo catedralicio y su exposición de elefantes, el hombre consultó el reloj y miró a su alrededor con cierta incomodidad.

—Bueno, me tengo que ir yendo…

—¿Quiere tomar un té conmigo? —le soltó Evie sin darse cuenta, de modo impulsivo y muy impropio de ella. Como él no contestó de inmediato, añadió—: Bueno, tendrá usted planes…

—No —respondió él con sencillez—. Ningún plan.

—Oh.

Ash titubeó y volvió a pasear la mirada por la estancia.

—¿No tiene hambre?

—No, ese problema no lo tengo nunca. —El hombre se pasó la yema del dedo índice por la barbilla, de forma pensativa—. Hay un salón de té en la otra acera, en el que a veces tomo un emparedado cuando ando por aquí.

¿Vamos?

Ash hizo otro gesto con la mano derecha para indicarle a Evie que siguiera caminando por delante, y salieron juntos del museo. A medida que iban avanzando, a la joven le dio la impresión de que el hombre trataba de mantener una leve distancia.

Nadie los recibió en la puerta del salón de té, situado justo al lado de Exhibition Road, y, dado lo tardío de la hora, tenían el local para ellos solos. Evie se dirigió derecha a una mesa de la ventana, desde la que ambos podían divisar la calle.

—Díganme.

Evie miró sobre su hombro izquierdo, desde donde le había llegado un marcado acento escocés, y vio a una camarera entrada en años a escasa distancia de la mesa.

—Sí, hola, una tetera para dos y…

Evie le lanzó una mirada inquisitiva a Ash, que añadió:

—Y unos emparedados.

—Sí, unos emparedados, por favor. ¿Con lechuga? ¿Y mayonesa? —

Estas palabras se las dirigió a Ash, que asintió con semblante cordial. Daba la impresión de que no era la primera vez que pedían juntos una comanda, con lo que ambos se sintieron más cómodos. La camarera, por contra, parecía estar cada vez más irritada.

—Usted no es la primera vez que viene —le espetó al fin a Ash, dando la sensación de que aquello no le agradaba en absoluto.

Evie observó en silencio cómo él se enderezaba levemente.

—Sí.

—Pero no con ella.

La joven se percató de que todo lo que la mujer le decía a Ash parecía ser algún tipo de acusación. Eso la confundió, pero una cosa estaba clara: la camarera y Ash no estaban manteniendo una conversación.

—No, con esta muchacha no.

La mujer soltó un bufido entre dientes y se marchó.

—¿Siempre es tan grosera? —quiso saber Evie.

—Es siempre igual. —Ash se encogió de hombros—. Bueno, así que investiga usted. ¿El qué? Creía que se dedicaba a estudiar a escritoras desconocidas del siglo XVIII.

Evie lo miró muy fijamente y repuso:

—No son desconocidas, sino ignoradas.

—Perdón. —El hombre sonrió—. «Desconocidas» parece peyorativo, tiene usted razón.

—Pero sí, es cierto: no me interesan para nada ni las piedras ni los bichos ni todo eso. Estoy intentando localizar unos archivos que se trasladaron aquí desde el Museo Británico. Y usted ¿por qué viene?

—Por las piedras y los bichos, supongo.

—Ay, no quería decirlo con desdén.

La camarera regresó y dejó bruscamente la tetera entre ellos, sin mediar palabra. Evie empezó a servir en las dos tazas y luego se fijó en que Ash ponía un poco de leche en la suya.

—Las especias de la cocina huelen de maravilla. Para su *masala*.

Él dejó de verter el líquido, como si quisiera calibrar lo que Evie quería decir.

—¿Mi *masala*?

—Me refería a que…

Él acabó de servirse la leche y con la mano esbozó un ademán que denotaba rechazo y perdón. Evie no supo muy bien cuál de las dos cosas. A lo mejor esa era la idea. A lo mejor alguien como Ashwin Ramaswamy pensaba que lo mejor era protegerse de las personas como la camarera (e incluso, temía Evie, como ella misma), y para ello ocultaba lo que estaba pensando.

—Me las envía mi familia. Si no, es imposible encontrarlas, con el racionamiento y todo eso.

—¿Su familia?

—Mi madre y mi abuela, y mis hermanas. Mi padre murió.

—Ah. El mío también.

Ambos se quedaron callados mientras la camarera volvía y colocaba ruidosamente los platos de emparedados y verduras en la mesa; después se retiró de nuevo sin decir nada.

—¿Viene mucho al museo? —preguntó Evie.

—Los domingos, muchas veces. O paseo.

—¿Que pasea? ¿Dónde?

—Por todas partes.

—¿Qué partes?

—Pues todas. Donde me apetece. Donde me lleve el día.

—¿No se pierde usted? —Evie pensó ahora en sus propios y repetitivos trayectos.

—Siempre tengo tiempo. Para redirigir el rumbo.

—Yo todavía no me acabo de orientar. —Evie cogió uno de los bocadillos y dio un mordisquito indagador para cerciorarse de que le gustaba—. Londres me parece infinito, como si pudieras caminar durante días y días hasta llegar al mar.

Ash esbozó una sonrisa.

—Ha habido quien lo ha planteado. Crear un camino a lo largo de todo el Támesis, desde su inicio hasta su fin.

—Esperaré a que llegue ese día.

—Entonces… ¿prefiere usted saber por dónde va?

—Crecí en un pueblo de unos pocos cientos de personas y solo una calle principal de unos tres kilómetros —contestó ella, asintiendo—. Nada que ver con esto.

—Sí, esto no tiene nada que ver. —Ash se volvió a encoger de hombros

—. Pero ¿no venimos por eso? ¿Para encontrar lo que no se puede hallar en otra parte?

—¿Cómo piedras y bichos?

—No, no solo eso —contestó él con una carcajada.

Evie esperó a que Ash añadiera algo más. Se sentía muy cómoda con él, casi como si estuvieran solos pero acompañados. Mientras charlaban, él no la interrumpía, sino que escuchaba con atención, luego retomaba las breves frases de la joven y se las terminaba. Normalmente, a ella le daba la impresión de que le hablaban sin que su opinión importase.

—Sea lo que sea —concluyó Ash—, ojalá lo reconozcamos cuando lo veamos.

Capítulo 12

REGLA NÚMERO 35

EL DIRECTOR DE CADA DEPARTAMENTO DECIDE QUÉ LIBROS ENCARGA.

A primera hora de la mañana siguiente, al llegar a la librería, Grace descubrió que Alec ya estaba en su despacho, manteniendo una intensa conversación con lord Baskin. A Grace no le sorprendió la repentina aparición del conde. Cada mes de enero hacía el trayecto desde Yorkshire para inspeccionar los libros de contabilidad del año anterior.

—¡Grace! ¿Cómo está? —le preguntó Jeremy Baskin, sentado cómodamente en el borde del escritorio del señor Dutton mientras Alec apoyaba la espalda en la silla con informalidad.

Grace empezaba a echar de menos el envarado modo de sentarse del señor Dutton, tieso como un palo y en posición de firmes, con las gafas puestas solo porque estaba muy por encima de los papeles que lo ocupaban y no aguantaba estar encorvado, ni él ni nadie.

—Estoy bien, lord Baskin. ¿Y *lady* Baskin y usted?

—Mi madre, tan vivaracha como siempre. —El conde sonrió, se enderezó y dirigió la vista a Alec—. ¿Le importa que revise los últimos extractos bancarios con la señora Perkins antes de que sigamos hablando?

Grace, ¿le apetece un café en el puesto de Jonny en la calle? Necesito entrar en calor.

Sin quitarse el abrigo y el sombrero, Grace siguió a la alta y regia figura de lord Baskin cuando este se encaminó con determinación a la puerta de la

calle y se la sostuvo.

—Parece que Alec se ha adaptado estupendamente a su nuevo puesto —

dijo el conde con una sonrisa de complicidad mientras ella lo alcanzaba.

Siempre había que apretar el paso tras él: caminaba deprisa aunque no parecía que estuviera obligado a estar en ningún sitio. Esa era una de las cosas de él que le gustaban a Grace: a diferencia de los visitantes más acaudalados de la librería, Baskin no transmitía una despreocupada indolencia, como si no hubiera nada de que angustiarse, como si los demás fueran unos bobos por tener preocupaciones. Daba la impresión de que él siempre entendía perfectamente por qué los empleados siempre corrían de un lado a otro. Grace suponía que esto se debía a que el conde también había trabajado en el establecimiento durante la guerra. Desde entonces, aún se presentaba de vez en cuando, sobre todo en Navidades, momento en que lo que más le gustaba era situarse tras la caja registradora, junto a Vivien. Muchas veces declaraba, en medio del bullicio y la barahúnda, que no había mejor ocasión para trabajar en una librería que el período festivo.

Mientras aguardaban a que algunos compradores madrugadores despejasen la acera, lord Baskin examinó la caja de libros a precios reducidos que Grace y Vivien habían colocado recientemente para atraer a los transeúntes.

Lord Baskin cogió dos tomos de Henry Miller, junto a *Por quién doblan las campanas* de Hemingway, y movió la cabeza con gesto divertido.

—Veo que Vivien ha estado vaciando el almacén.

—Los llama «los Misóginos»: cree que su sitio es el cubo de basura.

—Y tú ¿qué piensas? —le preguntó el conde con ojos chispeantes.

—La verdad es que no sé mucho de estos libros —contestó Grace con indiferencia—. Apenas tengo tiempo para leer, solo a mis hijos antes de que se duerman. Muy mal por mi parte, ya lo sé.

—En absoluto. A Herbert le pasa lo mismo, por lo que deduzco. En realidad creo que esa es la marca de un gran librero: la capacidad de dar la impresión de que uno se ha leído todos los libros.

Lord Baskin se dirigió al puesto de venta mientras Grace esperaba en la acera y oteaba la estrecha calle tranquila. Eran las nueve de la mañana en Lamb's Conduit, el preludio de la hora más atareada del día. Pocas tiendas

habían abierto, y casi todas las personas que avanzaban a toda prisa iban a trabajar en diversas instituciones de Bloomsbury: el hospital de Great Ormond Street, el Museo Británico y las muchas facultades dispersas de la Universidad de Londres. Unas manzanas al norte, un grupo de niños pequeños y sus niñeras se aproximaban a Coram's Fields, el gran parque infantil situado en la antigua ubicación del hospital de Foundling, un centro benéfico que había fundado en 1739 el filántropo y capitán de barco Thomas Coram, para dar cobijo y educación a hijos de madres solteras. Al acordarse de sus niños mientras pasaban a su lado los carritos y los juguetes para arrastrar, con el olor del talco y las papillas impregnando el aire, Grace agradeció haber pasado en casa los primeros años de sus pequeños. Sin duda, Gordon no habría estado a la altura.

Lord Baskin regresó a su lado y logró no perder la elegancia mientras se esforzaba por no derramar el líquido de las dos tazas que rebosaban café humeante y que sostenía en ambas manos. Se sentaron en un banco enfrente de la librería, como siempre hacían en las visitas del aristócrata. Lord Baskin le decía que necesitaba entrar en calor antes de enfrentarse a los libros de contabilidad, que siempre se hallaban en el mismo estado inquietante; se sentaban juntos y contemplaban cómo iba pasando la vida por Lamb's Conduit.

—¿Y del pobre Herbert se ha sabido ya algo? —inquirió Baskin.

—Me temo que no. Me preocupa que esté solo. Creo que Alec tenía pensada una visita, pero, no sé por qué, el señor Dutton le sigue dando largas.

Grace se echó hacia atrás para permitir que pasara un enorme carrito, lo que hizo que se le cayera un poco de café. Entonces vio que lord Baskin hacía algo de lo más sorprendente: acercó con informalidad el índice izquierdo, deslizó las gotas de café hacia arriba, al borde de la taza, y después se chupó el poco de café que le había manchado el dedo.

Grace, estupefacta, se quedó mirándolo fijamente.

—Ay, lo siento, qué grosero; al fin y al cabo para qué está esto.

Sacó un pañuelo con monograma del bolsillo delantero de la chaqueta; a continuación volvió a secar el borde de la taza con él y luego su mano.

Grace pensó que tanto Herbert Dutton como Frank Allen, e incluso Alec

McDonough, eran mucho más formales que el conde.

—Bueno. Alec y Vivien, ¿qué novedades hay al respecto?

Grace soltó un suspiro y, por una vez, no guardó fidelidad a su amiga:

«El tema sigue igual. Siempre he entendido la queja de Vivien, usted mismo vendió mucho en la tienda, sabe cómo hay que recompensar eso. Pero ni siquiera estoy segura de que el problema ande por ahí». Al recordar el reciente incidente del reloj, Grace guardó silencio. Le preocupaba estar contando demasiado, pero también se preguntaba de cuánto se habría percatado ya el perceptivo lord Baskin.

—Tengo entendido que le ha dado la vuelta a la sección en solo una semana.

—Se pueden cambiar muchas cosas en poco tiempo, si hay ganas.

Ahora, Jeremy Baskin exhaló también un infrecuente suspiro. Bajo su frente sin arrugas, tenía unos preciosos y profundos ojos castaños que cambiaban de color con su estado de ánimo; cuando se sentía contento o despreocupado, su sonrisa fácil iluminaba la estancia. Sus modales espontáneos y desenfadados le recordaban a Grace a los muchos estadounidenses que visitaban la librería. Se acordó de que su madre, *lady* Baskin, había sido una famosa dama de sociedad en Nueva York antes de entrar en la aristocracia británica por matrimonio. En un romántico golpe de efecto, la mujer había salvado al décimo conde de Baskin y su patrimonio en apuros gracias a una sustanciosa dote de su industrial padre: Vivien llamaba a esas mujeres «las Bucaneras», por el título de una novela inacabada de Edith Wharton. Grace pensó que quizá la simpática actitud de lord Baskin también formaba parte de la cuantiosa herencia de la rama americana de la familia.

—Y tengo entendido que hemos contratado más personal. Espero que nos lo podamos permitir. Les tengo miedo a los beneficios de este año,

por culpa de esta costumbre de estirarlo todo al máximo por el racionamiento.

—Sí. Evelyn Stone. Licenciada en Cambridge, como usted. Aunque me parece que ella sacó matrícula de honor.

Lord Baskin echó la cabeza hacia atrás, fingiendo estar ofendido. Grace sabía que el hombre apreciaba su franqueza y su disposición a tomarle el pelo, al ser él tan afable y guasón.

—Evie está muy entregada —prosiguió Grace—. El señor Dutton quiere que haga un catálogo de toda la tercera planta y que después reordene los miles de volúmenes siguiendo algún tipo de criterio.

Últimamente todo anda bastante desorganizado por ahí arriba.

—Creo que Frank pasa fuera más tiempo que nunca, y eso seguro que no ayuda. —Vaciló—. En ese aspecto ¿va todo bien?

Grace dio un sorbo al café en silencio, pues no quería comentar nada sobre las recientes ausencias prolongadas de su superior.

—La verdad —añadió lord Baskin en tono de broma— es que, cuando empezó usted a trabajar con nosotros, pensé durante mucho tiempo que Frank andaba un poco enamoradillo de usted.

—Lord Baskin, que soy una mujer casada —contestó ella con una carcajada.

—¿Cómo están Gordon —preguntó el conde, con voz algo más seria—

y los dos chicos?

—Bien, gracias. Todos han vuelto al trabajo o las clases, ahora que han acabado las vacaciones. —No le había hablado a nadie, ni siquiera a Vivien, del colapso de Gordon ni de su posterior desempleo. Su marido estallaría si ella llegaba a hacerlo.

Solo pensar en Gordon cansaba a Grace, y era horrible sentir eso como esposa. Peor aún: tras años de comportamiento irracional por parte de su marido, Grace se había visto obligada a aceptar que no se produciría el anhelado cambio. Fueran cuales fueran los misteriosos demonios a los que se enfrentaba Gordon, este se había acomodado en el pantano de sus quejas, que se habían convertido en sus más fiables compañeras: tratar de sacarlo de sus angustias solo lo dejaría desnudo y a la deriva. La matriarca Perkins era exactamente igual, y aquello

formaba parte de la herencia familiar de su marido.

—¿Y usted? ¿Qué tal lleva tantos grandes cambios en los últimos tiempos? Nuevos empleados, todo eso.

—Se me dan mejor los cambios pequeños —contestó Grace tras darle un sorbo al café.

—A mí también. Prefiero lo agradable de la estabilidad. —Lord Baskin sonrió—. Vivien y Alec, en cambio, parece que se transforman con el caos.

Apenas reconozco las mesas de la entrada. Ni el ánimo sombrío de Alec.

Esos dos son de lo más ambiciosos, a pesar de aquello de lo que acusan al otro, de lo que le niegan.

—Pues yo les envidio esa forma de mirar a largo plazo. Casi nunca les agobia lo cotidiano o lo insignificante.

—La ambición puede estar muy bien, pero hay partes de la vida diaria que uno jamás debería perderse. Eso lo debe de ver usted con sus hijos. Lo rápido que crecen.

Tras este último comentario apenado, lord Baskin devolvió las tazas al puesto y acompañó a Grace a su despacho.

Mientras repasaban juntos las espantosas cuentas de la librería, retomaron otra rutina familiar. De forma repentina y simultánea, dejaban lo que estaban haciendo, tomaban un poco del té que Grace había hecho antes, y se ponían a observar al resto del personal por la gran ventana de cristal del despacho. En determinado momento ambos contemplaron divertidos cómo Alec se acercaba a Vivien en la caja, le preguntaba algo y ella reaccionaba tirando el lápiz y marchándose con grandes aspavientos.

—Esos dos necesitan encontrar algún terreno neutral —dijo lord Baskin, riendo y moviendo la cabeza—. No todas las relaciones, o eso espero, tienen que acabar en guerra.

Grace volvió a preguntarse cuánto sabría el conde sobre el misterioso pasado de Vivien y Alec, teniendo en cuenta lo estrecha que era la relación entre ambos hombres. Las palabras de Baskin también la llevaron a preguntarse por la actual vida amorosa del conde, ya que había pasado mucho tiempo desde el escándalo de su divorcio. Al ser

miembro maduro de la aristocracia, puede que ya no fuera la «delicia de las debutantes», tal como lo habían considerado las jóvenes damas que se presentaban anualmente en la corte ante el rey y la reina, pero era evidente que lord Baskin apreciaba al bello sexo. A lo largo de los años, Vivien y ella habían atisbado de tanto en tanto un brazo, como de cisne, con un guante de seda y aleteando a través de la ventanilla de un taxi mientras lord Baskin se bajaba delante de la tienda.

A Grace le llamó la atención que nunca se hubiera vuelto a casar. Quizá un divorcio convertía toda la cuestión del matrimonio en algo tan

angustioso y cruel que uno jamás osaba regresar a dicha institución.

Muchas veces ella pensaba en lo cara que una separación marital podía llegar a costar, tanto económica como socialmente, fuese la persona un aristócrata o una ama de casa. Puede que seguir junto a Gordon desquiciase a Grace, pero así también conservaba a un hombre en la casa para sus dos hijos y, al menos, una fachada de respetabilidad. Aún creía con firmeza que eso era lo mejor.

Capítulo 13

REGLA NÚMERO 27

CONFRATERNIZAR CON LOS CLIENTES FUERA DEL ESTABLECIMIENTO QUEDA TERMINANTEMENTE PROHIBIDO.

Vivien regresaba a la caja registradora tras recibir la enésima llamada al despacho del fondo cuando sonó la campanilla, para anunciar la entrada de la acaudalada estadounidense de la semana anterior. No la vestida de Chanel que la había tildado de ladrona, sino de aquella de luto que había estado inspeccionando sin ambages el contenido de la librería.

La mujer le dirigió a Vivien una sonrisa de familiaridad al entrar, y esta respondió con otra breve sonrisa y un asentimiento de cabeza. Los empleados tenían órdenes estrictas de no iniciar jamás una conversación con los clientes a la llegada de estos. Debían aguardar un tiempo prudencial, esperar una señal de duda o confusión en la actitud del cliente, y solo entonces abordarlo con la más pasiva de las preguntas.

Vivien siguió escribiendo en su cuadernito del mostrador, y al cabo de unos minutos le colocaron delante una pila de libros de arte.

—Hola de nuevo —la saludó la estadounidense—. Imagino que podrá mandar libros al extranjero, ¿no?

—Desde luego, señora —contestó Vivien, enderezándose.

—Llámeme Ellen, por favor.

Mientras admiraba el exquisito gusto de la mujer ante la elección de los libros, Vivien empezó a calcular el precio de los tres preciosos tomos sobre

Picasso, Matisse y Cézanne, que se habían publicado el año anterior en Inglaterra.

—Lamento muchísimo lo que ocurrió aquí la semana pasada —añadió la madura mujer.

—Fue un error sin importancia —respondió Vivien con un atisbo de sonrisa mientras seguía con su tarea.

—De eso nada. Aunque lo llevó usted muy bien. Entonces usted debe de ser la chica de David.

Vivien dejó el lápiz y miró asombrada a la mujer por sus dotes detectivescas.

—Conozco a *lady* St. Vincent. Una pérdida espantosa y trágica.

—Lo fue —se limitó a contestar Vivien, con la esperanza de zafarse del interés de la mujer.

—Pues ayer me encontré con Angelica.

Estas damas eran todas iguales, pensó Vivien. Quedaban a comer, chismorreaban y se metían en la vida de los demás. Por algún motivo, había esperado que esta fuese diferente.

Pareció que Ellen detectaba la consternación de Vivien, porque se quitó los guantes y el sombrero, como si pensara quedarse un rato, y los colocó en el espacio que estaba vacío en el mostrador, entre ambas.

—Dos años de compromiso durante una guerra mundial es mucho tiempo y también una imprudencia, dadas las circunstancias. Bertie y Angelica tendrían que haberlo tenido en cuenta.

Vivien volvió a quedarse estupefacta ante la actitud apabullante de la

mujer y su disposición a sacar temas tan íntimos:

—Yo también lo tendría que haber hecho.

— *Touché*, querida. Mire, esta noche voy a celebrar una pequeña recepción en el Dorchester. No es que vaya a haber muchos lores ni damas, pero sí algunas personas a las que una joven aspirante a escritora debería conocer. Me dicen que debo reingresar en la sociedad tras mi año de luto, cuyo primer aniversario, casualmente, fue ayer. —Ellen hizo una pausa y escudriñó los rasgos abatidos y frustrados de Vivien—. Sospecho que le sucede lo mismo.

—Muy amable por su parte, pero…

—Piénselo al menos. Por favor. —De nuevo aparecieron esa franqueza y ese entusiasmo americanos—. Ah, y esto me lo puede mandar a mi casa.

Creo que mi difunto esposo tenía aquí una cuenta.

Intrigada, Vivien sacó el libro de cuentas y lo abrió entre ellas.

—¿Cómo se llamaba su marido?

—Era el señor Nelson Doubleday, padre. —La mujer le dedicó una sonrisa cálida e íntima antes de añadir, mientras se daba la vuelta para marcharse—: De la editorial Doubleday. Así que ya lo ve, de veras tiene que pensarse lo de esta noche.

Vivien franqueó las puertas del ascensor en la octava planta del hotel Dorchester. Sentía un sorprendente nerviosismo, lo que también la molestó; llevaba muchos años sin acudir a una fiesta en un entorno tan elegante.

Mientras dejaba caer el gran peso de la aldaba de la *suite* de Ellen Doubleday, respiró profundamente de forma involuntaria. Tras no obtener respuesta durante unos segundos, llamó de nuevo y, de nuevo, la respuesta fue el silencio. Frustrada, giró ella misma los brillantísimos pomos de las puertas.

—Así no va a conseguir nada. —Oyó Vivien que le decía una voz.

Al mirar hacia el pasillo, distinguió una mujer esbelta y llamativa, de cuarenta y tantos años, con una corta melena ondulada y sentada en una hornacina situada bajo un espejo de marco dorado, que conjuntaba con su cabello del mismo tono.

—¿Llego pronto?

—No, pero Ellie siempre se retrasa —contestó la mujer con una carcajada—. Mejor que lo sepa.

La mujer se levantó y mostró toda su estatura, que impactaba, y se metió un bolso de mano con cuentas negras debajo del brazo izquierdo, mientras se aproximaba a Vivien para estrecharle la mano con la derecha.

Incluso desde cierta distancia, Vivien quedó cautivada por los singulares ojos de la mujer, de un azul cielo.

—Y yo siempre me adelanto. ¿Cómo está? Soy *lady* Browning.

Vivien cogió la mano enguantada pero, antes de que pudiera presentarse ella también, se abrieron las puertas del ascensor y apareció Ellen Doubleday vestida de gala, seguida por tres hombres que llevaban grandes

bandejas de plata con comida por encima de la cabeza.

—¿Cómo habéis cabido todos ahí dentro? —preguntó *lady* Browning con voz jovial mientras Ellen pasaba por delante de ella, con actitud íntima y familiar, y abría la *suite* privada.

—Vamos con un poco de retraso —anunció Ellen alegremente; a continuación abrió las dos puertas, pintadas y doradas, como si descubriera un escenario teatral—. Pero ya me conoces, lo compensaré. Vivien, querida, cuánto me alegra que haya venido.

Vivien acabó siguiendo al interior a Ellen, a la otra mujer y a los tres jóvenes y muy apuestos camareros del hotel. Ni siquiera en los días vividos junto a la familia St. Vincent había visto la joven una *suite* de hotel tan lujosa como aquella. Unas habitaciones daban a otras, como en una galería, todas ellas acabadas en una hilera de puertas por las que se accedía a un impresionante balcón, desde el que se divisaba Hyde Park. En los muebles se mezclaban varios estilos antiguos, y Vivien recordó algo que una vez le había comentado en tono condescendiente la madre de David, delante de una sala repleta de invitados en Skillerton Hall: «La clave, querida, para que lo sepas, consiste en decorar a la inglesa, comer a la italiana y vestir a la francesa».

Mientras Ellen Doubleday indicaba a los camareros dónde dejar las bandejas y montar el bar, la mujer del pasillo se quitó el abrigo de piel

y alargó el brazo para coger el de Vivien, sencillo y de lana.

—Permítame.

Vivien se sintió observada mientras se lo quitaba y lo depositaba en los brazos elegantemente extendidos de *lady* Browning.

—Siéntese, señorita…

—Lowry. Vivien Lowry.

—Ah, un nombre precioso para una muchacha preciosa. Entiendo porqué Ellie le ha cogido cariño.

A Vivien siempre le gustaba controlar su entorno de modo real, aunque no fuese oficialmente, pero había algo en esas mujeres y en su actitud de ser dueñas de todo que la desestabilizaba enormemente.

Entonces, *lady* Browning dio unos golpecitos en la franja que quedaba a su lado en el sofá bordado de dos piezas, y Vivien se sentó obedientemente.

Apenas era capaz de mirar a la mujer a los ojos: jamás había visto una mirada tan bella o penetrante.

—Ese peinado le sienta bien, jovencita. Yo amenazo continuamente con cortarme el pelo de forma drástica, pero mi marido, hombre de pocas exigencias y presencia aún menor, siempre parece tener una opinión al respecto sobre este tema. — *Lady* Browning hablaba de un modo tan sincero, y tan ameno, que Vivien lamentó no tener el cuaderno para anotarlo todo.

Sonaron unos fuertes golpes en la puerta y Ellen salió enseguida de otra estancia para abrir; su jovialidad se incrementaba con cada nueva llegada.

Entraron varios invitados, que se repartieron por la habitación mientras se iban quitando pañuelos de seda y guantes, sombreros de fiesta y de fieltro.

Sonaba Rajmáninov en un armario para discos cerca del bar, se habían atenuado las lámparas de araña y, de pronto, la fiesta se hallaba en su apogeo.

—¡Ah! —exclamó *lady* Browning, rozando la rodilla de Vivien—. Ha venido todo el mundo. Adoramos a Ellen. La fiesta es sobre todo para

nosotros, claro. No creo que la hubiese organizado si no.

—Parece una mujer muy atenta y buena…, y de lo más sofisticada.

—No puedo estar más de acuerdo.

—¡ *Lady* Browning! —exclamó una voz animada.

Vivien observó cómo su acompañante se incorporaba apoyando una rodilla sobre los cojines, y cómo cogía las dos manos de la invitada recién llegada, situada tras el respaldo del sofá.

—¿Hace cuánto que has vuelto? —inquirió la nueva mujer, mientras paseaba la mirada por la sala—. ¿Ha venido también Tommy?

Vivien no tardó en enterarse de que al esposo de *lady* Browning lo acababan de nombrar jefe de personal de la princesa Isabel, duquesa de Edimburgo y heredera al trono británico. De ahí debía de emanar la actitud regia y el aire de autoridad que desprendía *lady* Browning, y la correspondiente deferencia que le mostraban todos los demás invitados.

Mientras Vivien observaba en silencio, con poco que añadir a las chispeantes conversaciones que se desarrollaban en torno a ella, le vinieron en tropel recuerdos reprimidos de una vida de hacía mucho. El desastroso

primer encuentro con los padres de David, la fiesta del sexagésimo cumpleaños de lord Albert St. Vincent, en la que su mujer, Angelica, se había mostrado demasiado ebria y parca en palabras con su futura nuera, a escasos días de que enviaran a David a la que sería su última misión. Vivien no había vuelto a tener noticias de la familia.

—Beverley, pequeña truhana —le dijo ahora *lady* Browning a otra persona—, ven para que te presente a mi nueva amiga. La señorita Vivien Lowry, de…

—Libros Bloomsbury. —Fue todo lo que se le ocurrió a Vivien de sopetón.

—Oh, ¡qué maravilla! Sí, ¡de Libros Bloomsbury!

Las dos mujeres charlaron cordialmente mientras Vivien seguía fijándose callada en el resto de los invitados. Se había formado un grupo de unos seis, que habían llegado fundamentalmente a la vez procedentes de un cóctel anterior en otro hotel, al otro lado del

parque. Entre ellos no había nadie a quien Vivien conociese, aunque se sintió deslumbrada de veras cuando alguien llamó a Somerset Maugham y cuando, poco después, Noël Coward se sentó frente al piano, despertando los familiares aplausos. *Lady* Browning presentó a Vivien y cuando conoció a Clarissa Spencer-Churchill, gran amiga de Coward y sobrina del primer ministro, Vivien se sintió, de nuevo, inusualmente abrumada. Siempre le había encantado la optimista energía de Winston Churchill, y que este perdiera las elecciones tras la guerra le había producido desolación y rabia.

Clarissa, una bella joven de edad similar a la de Vivien, guardaba un asombroso parecido con Greta Garbo, y aún estaba soltera y sin sentar la cabeza. Se rumoreaba que por aquel entonces mantenía un amorío con Anthony Edén, mucho mayor que ella y segundo de a bordo del Partido Conservador de Churchill, entonces en la oposición. Clarissa les contó alegremente a *lady* Browning y a Vivien que ella había vivido en esa misma planta superior del Dorchester durante la guerra, con una tarifa reducida por la amenaza de bombardeos aéreos, y lamentó que aquel mes fuera a cerrar la revista literaria *Horizon*, en la que la joven había trabajado como asistente editorial.

Vivien no comentó gran cosa, y no mencionó que en el otoño anterior

ella había mandado un texto a esa misma publicación, aunque había recibido un educado pero firme rechazo de Cyril Connolly, el director. Al recorrer la sala con la mirada y percatarse de que todos los demás estaban unidos por múltiples y entretejidos hilos sociales y políticos («Cuando mi padre estuvo en Oxford…», «La temporada de mi hermana mayor justo antes de la guerra…», «La recepción del subsecretario en honor de mi gran amigo del colegio…»), Vivien cobró consciencia de nuevo de hasta qué punto ella siempre sería una huérfana en medio de la tormenta.

Lady Browning hizo todo lo posible por lograr que Vivien participara en la conversación las pocas veces que fue posible, teniendo en cuenta lo mucho que se hablaba de la temporada de invierno en Cap d'Antibes, del anuncio de unas nuevas elecciones que el día anterior había hecho Clemmie (tal como todos llamaban al primer ministro del momento) y del fallecimiento en la semana anterior del editor estadounidense George Putnam, marido de Amelia Earhart, a quien se suponía muerta.

Ya avanzada la velada, Clarissa Spencer-Churchill se sentó al piano junto a Noël Coward para cantar, de forma entusiasta pero bastante deplorable, la última composición de este, */ Like America*.

—¡En honor a nuestra anfitriona! —anunció Clarissa muy animada a los asistentes.

Vivien no pudo sino impresionarse al ver hasta qué punto esas mujeres carecían de todo recato social. Decían lo que les apetecía, con palabras que rezumaban ironía o sarcasmo pero que, a la vez, resultaban extrañamente sinceras, cogían resueltamente las bandejas de comida y bebida, y ocupaban tanto espacio como cualquier hombre.

—El pobre Coward solo sabe tocar en tres tonos —susurró con gran intimidad *lady* Browning al oído de Vivien—, y la pobre Clarissa es incapaz de cantar en ninguno de ellos. Aunque no por eso le faltan admiradores.

—Lo de la relación con el señor Edén ¿es verdad? —quiso saber Vivien, bajando también la voz.

Lady Browning asintió y explicó:

—Dicen que, por parte de él, es una pasión romántica de muchos años.

Pero a mí me parece que no es nada agradable llevar encima ese sambenito.

—Muchas veces, lo que el mundo tilda de romántico se acerca más a la

verdad.

— *La inquilina de Wildfell Hall* —acertó a decir *lady* Browning, sorprendiendo a Vivien—. Anne Brontë: la ignorada del grupo.

—Mi preferida es Emily.

—La mía también. Pero siempre siento debilidad por las personas de talante arrebatado. — *Lady* Browning sonrió y volvió a rozar la rodilla izquierda de Vivien con una complicidad comprensiva. Esta se preguntó qué le habría contado Ellen Doubleday a su aristocrática amiga sobre la familia St. Vincent, o sobre el incidente con el reloj de la semana anterior.

—Me obsesiona enormemente toda la familia Brontë. Mi hija Flavia y yo estamos planeando un viaje al norte para ver la casa parroquial; debería venir usted con nosotras.

Aquel era otro detalle que Vivien recordaba bien de su época con los St.

Vincent: lo rápido que los ricos hacían invitaciones como esa, las dijeran en serio o no.

Las puertas del balcón estaban abiertas para que entrase el fresco aire nocturno, mientras que el salón se llenaba de humo de habanos y cigarrillos que exhalaban de forma continua los opulentos y alegres invitados. Vivien había conocido de cerca esta vida pero, al final, solo con la suficiente cercanía para saber ahora lo que se estaba perdiendo. Aquel era un capítulo de su vida que había tratado de dejar atrás con determinación, esa clase de cortés interdependencia social, el modo en que el valor personal quedaba determinado por los contactos con otros. La forma en que la flor y nata la había tratado a lo largo de los años (la admisión limitada y basada en su aspecto físico, la rapidez con que era desechada cuando resultaba conveniente) había hecho de Vivien la antítesis de alguien como Alec, cuando se trataba de granjearse las simpatías de los ricos. Ese era uno de los motivos por los que el encuentro en la librería con las dos hermanas americanas le había crispado los nervios: despreciaba ese engreimiento, esa desfachatez, esa incesante evaluación de los demás.

Vivien recordó con enfado a Alec sentado en su cama, comiéndose la tostada y diciendo que era «muy abierta», debido a su estrechez de miras con respecto al comportamiento de una mujer. Se preguntó si Alec se hubiera atrevido a juzgar del mismo modo a las mujeres acaudaladas que se

entretenían en aquel momento en la *suite* de la señora Doubleday, que coqueteaban de forma abierta, indiscriminada y frecuente. También pensó, no por vez primera, en lo poco consciente que era Alec de cómo se saboteaba él mismo. Vivien se había desquitado con creces desde entonces, por la brutal hipocresía de las palabras de aquel hombre viendo cómo se comportaba él en la cama, algo por lo que Vivien aún se sonrojaba al rememorarlo.

—Querida mía, parece un poco acalorada. — *Lady* Browning miraba muy fijamente a Vivien—. Yo también estoy bastante agotada.

¿Compartimos el taxi de vuelta?

Se despidieron de aquellos con los que se toparon mientras salían. Uno de los camareros les informó de que la señora Doubleday había pasado al dormitorio para atender una llamada de larga distancia de su hija, y

lady Browning le pidió que diera las gracias a la dama y que le dijese que se marchaban. Tras coger los abrigos, Vivien siguió a *lady* Browning al pasillo, en dirección a los ascensores. Le dio la impresión de que a *lady* Browning le gustaba mucho que la siguieran. No le pareció que fuese una mujer especialmente maternal, más bien que ejercía un control casi divino.

Ante su magnética presencia, era como si todo y todos se orientasen sutilmente hacia sus deseos y sus voluntades.

Empezaba a llover. Mientras el portero principal del Dorchester les sostenía un paraguas enorme por encima de sus cabezas y las escoltaba al bordillo de la acera, *lady* Browning le preguntó a Vivien dónde podía dejarla. Esta dio enseguida la parada más céntrica de la línea de autobús que llevaba a su casa, cosa que hacía regularmente con diversos caballeros en las noches en que salía.

—Y después al Savoy —le pidió la dama al taxista antes de arrellanarse junto a Vivien—. Cuánto aborrezco Londres. Crecí aquí, en Hampstead, pero solo sigo por el trabajo de Tommy. Prefiero con mucho la casa de Cornualles.

Ya habían dado las doce hacía rato mientras el vehículo recorría veloz las vacías calles londinenses y las luces de la ciudad brillaban, como estrellas, entre la llovizna y la neblina que las rodeaban.

—Cuando era pequeña, el cuarto donde dormía quedaba enfrente del

dormitorio de Katherine Mansfield; veía sus lámparas por las noches, mientras escribía…

A pesar de su opulencia y rango evidentes, a Vivien empezó a parecerle que *lady* Browning se sentía un poco sola, incluso melancólica. Como si le hubiera leído el pensamiento, esta se volvió hacia la joven y le confesó:

—La verdad es que no soy muy de ir a fiestas, menos aún del mundo de la edición. Por mucho que adore a Ellie.

—Yo tampoco, desde luego —coincidió Vivien con una sonrisa.

—Pues debería. Al fin y al cabo, trabaja usted en Libros Bloomsbury.

Vivien miró de refilón a la otra mujer para determinar si le tomaba el pelo, pero había algo extrañamente sincero en *lady* Browning. Como si hubiera calibrado perfectamente el mundo que la rodeaba, hubiera

concluido que casi todo él era insuficiente, y no tuviera la menor intención de expresar cumplidos no merecidos.

—Tengo entendido que los actos literarios causan furor en Londres —

prosiguió la dama—. Aún se habla de la riña que tuvieron el pasado abril Roy Cameron y Spender.

—Sí, esos eventos suelen ser para lucimiento de los hombres.

—Yo rechazo a muchos de ellos —comentó *lady* Browning con toda sencillez mientras Vivien la contemplaba, sin entender a qué se refería —.

Me ha contado Ellie que es usted aspirante a escritora. Como yo — añadió *lady* Browning con un gesto cómplice.

A Vivien le costaba imaginar a aquella mujer aspirando a algo, de lo absolutamente cómoda que parecía con su lugar en el mundo.

Daba la impresión frecuente de que *lady* Browning sabía lo que Vivien estaba pensando, porque enseguida se explicó al añadir:

—Escritora, me refiero. Afortunadamente, ya no aspirante. Ah, veo que le he sorprendido. Y sospecho que eso no le pasa con frecuencia. Entonces,

¿no lo ha adivinado? *C'est bon*. En ese caso, nuestra complicidad de esta noche ha sido sincera.

Vivien inclinó a la derecha la cabeza de corto cabello y se fijó de nuevo en aquel otro cabello rubio peinado de manera tan curiosa, tan atractiva, para realzar los marcados pómulos y las líneas perfectas de la nariz bien formada, de los definidos labios.

—Siempre prefiero charlar así, individualmente, ¿usted no?

Ahora, ciertos artículos de periódicos y revistas comenzaron a pasarle a Vivien por la cabeza, que aún tenía un poco mareada por la copa de champán que se había tomado con el estómago vacío. Vislumbró mentalmente al actor Laurence Olivier, ni más ni menos, y una mansión en llamas, y un artículo de prensa sobre un reciente juicio por plagio en Nueva York.

—Oh, Dios mío —soltó Vivien sin darse cuenta.

—No, tampoco es eso, querida.

Estaba ante Daphne du Maurier.

Capítulo 14

REGLA NÚMERO 41

TODOS LOS ACTOS DE LA LIBRERÍA DEBEN CELEBRARSE FUERA DEL HORARIO

HABITUAL.

—Comidas literarias.

Alec levantó la vista de los encargos de compra de su mesa; cada semana se quedaba perplejo al ver los nuevos nombres de escritores.

Y no es que solo fueran nombres femeninos. Autores de fantasía y ciencia ficción; escritores de retorcida narrativa psicológica; cuestionables importaciones de pequeñas editoriales estadounidenses.

—¿Perdón? —le dijo a Vivien, sin el menor tono de disculpa.

—Quiero que organicemos comidas literarias, como en Foyles. Es una idea buenísima.

Las mujeres de la librería nunca dejaban de mencionar a Foyles lo máximo posible cuando pedían algo a la dirección. El mastodonte de seis plantas y dos millones de volúmenes situado en Charing *Cross* Road nunca dejaba de azuzar el espíritu competitivo de Libros Bloomsbury.

—En realidad, los de Foyles las celebran en el Dorchester —replicó Alec—. Un local mucho más elegante, como ya eres consciente.

—Lo sé —dijo Vivien irritada antes de añadir con petulancia—: Estuve hace nada.

Alec le lanzó una mirada de suspicacia y Grace apareció de pronto detrás de Vivien, en la puerta.

—Así entrará muchísima más gente en la librería, señor McDonough —

intervino Grace—. Además, los eventos especiales le dan al cliente la sensación de que le están regalando algo.

—Y entonces gastan —añadió Vivien.

Alec escudriñó a las dos mujeres. El señor Dutton ya llevaba dos semanas ausente, y estar al tanto de la lista de ideas y exigencias de la sección de Narrativa comenzaba a resultar complicado.

—Ya tenemos eventos —se empeñó Alec—. A última hora de la tarde.

Para no entorpecer el horario de apertura.

—Eventos repletos de hombres —señaló Grace.

—¿Te acuerdas de cuando Stephen Spender recibió un puñetazo en la nariz en aquella lectura de poesía del año pasado? —le preguntó Vivien a Grace mientras le daba un codazo de guasa.

Spender era el poeta preferido de Alec, y había formado parte del público en esa desafortunada noche. Torció el gesto al recordarla con las dos mujeres delante de él, soltando unas tremendas carcajadas por el incidente.

—Las madres siempre tienen más tiempo durante el día —dijo Grace una vez que Vivien y ella recobraron la compostura.

—Durante el día en las librerías no se habla —insistió Alec—. En ellas se lee y se compra.

—Además, sé exactamente a quién invitar a la primera —reveló Vivien.

—He dicho que son para leer.

—A Du Maurier.

—¿Daphne du Maurier? ¿La escritora romántica? —preguntó Alec con un bufido desdeñoso.

—¡No lo es para nada! —le espetó Vivien—. ¿Se puede saber qué quieres decir con eso? Oh, cómo detesto…

Grace avanzó y posó la mano izquierda en el antebrazo de Vivien, que calló a regañadientes para respirar antes de proseguir más tranquila:

—Lo que quería decir es que es una de nuestras pocas estrellas internacionales, de lo más prolífica, y todo el mundo la lee. —Vivien hizo una pausa y fulminó con la mirada a Alec—. Lo reconozcan o no.

Alec se acomodó en la silla:

—Y ¿cómo piensas conseguir que la señorita Du Maurier venga a un evento en nuestra modesta librería?

—De eso me ocupo yo —repuso Vivien con la actitud tranquilizadora que adoptaba con los clientes—. De todo.

Alec no estaba muy dispuesto a hacerlo, pese a saber que en eso consistía precisamente el reparto de papeles de aquel momento. No podía evitar que le impactasen los originales y crecientes objetivos de Vivien como temporal directora de Narrativa, pero lo logrado muchas veces era a costa de Alec. Resultaba evidente que había mayor actividad en esa sección desde que Vivien había salido de detrás de la caja para pasearse por la planta como hacía él antes, ofreciendo ayuda y resolviendo dudas en tono apagado y solícito.

Las mesas temáticas tuvieron un éxito especial. Con la ayuda de Grace, Vivien había estado vaciando el inmóvil fondo de almacén colocando libros en las lisas mesas de la entrada, siguiendo un concepto temático y acompañándolos de relevantes *objets d'art*: jarrones o cuadros que les prestaron los anticuarios de la otra acera de Lamb's Conduit, flores de invernadero del mercadillo de Inverness, situado a pocas manzanas, e incluso objetos domésticos tales como tazas a juego o latas decorativas.

A veces estas exposiciones triunfaban más que los libros en sí.

Recientemente, Grace le había pedido a Alec que se comprasen cojines artesanales para toda la sección, con la idea de colocarlos estratégicamente por la librería. Habían visto que los clientes se quedaban maravillados ante los que Grace había llevado de su casa, bordados a mano de noche durante la guerra, para no pensar en sus miedos.

Alec, por otro lado, ahora no podía salir del despacho de atrás, y solo la sutilmente disgustada Grace estaba a su servicio. Ese no era el ascenso con el que había soñado. No le quedaba tiempo para convencer, ni vender, ni observar: todo aquello que le gustaba cuando estaba en la entrada. Sí, disponía de más tiempo para escribir (él también tenía un cuaderno de espiral, ahora en uno de los muchos archivadores del señor Dutton), pero nada para poderlo plasmar. Apenas veía ya a Vivien, lo que no ayudaba a su imaginación.

También estaba la cuestión de la última empleada, Evie Stone,

escondida en el piso superior donde nadie podía verla. Frank Allen pasaba fuera más tiempo que nunca, aunque adquiriendo mucho

menos, y Alec sabía que esto también tendría que comentarlo con Dutton. Ash seguía intimidando a los visitantes del sótano con su muro de silencio, mientras que el capitán de Marina Scott hacía lo propio con su voz atronadora.

A Alec le parecía que las cosas no marchaban bien en Libros Bloomsbury, y pensó, no por primera vez, que Herbert Dutton había logrado que no estallara todo gracias a sus cincuenta y una reglas. Antes de acceder a que una escritora romántica se adueñase del establecimiento en la hora de mayor actividad del día, debatiría la idea con el señor Dutton, así como otras preocupaciones crecientes que tenía. Entretanto, le pediría con educación a Grace que se pasase por la planta superior, que le cogiese el libro de citas de Frank Allen y que le echase un ojo a Evie Stone.

A Frank Allen apenas lo habían visto en la librería desde el primer día de trabajo de Evie Stone. Tras la liquidación de Toppings, había emprendido un viaje de prospección de tres días a Irlanda. A todos los empleados les habían sorprendido esas ausencias recientes y prolongadas, teniendo en cuenta la conmoción que se acababa de vivir.

Tres semanas después de empezar el empleo, Evie seguía trabajando feliz y a solas en el piso de arriba, muy cómoda en su pequeño taburete catalogando los libros, tal como Grace la halló ahora.

—El señor McDonough me ha pedido que le lleve la agenda del señor Allen —le explicó Grace mientras echaba un rápido vistazo a los apresurados garabatos del interior—. Qué raro…

Evie contempló cómo Grace pasaba varias páginas y después retrocedía; entonces miró a la muchacha con una consternación inusual. Casi siempre, Grace mostraba gran tranquilidad y sosiego, lo que agradaba a Evie, que detestaba profundamente los dramas o conflictos de cualquier índole. No le había gustado la energía nada disimuladamente competitiva del mundo académico, y menos aún el abierto enfrentamiento que se desarrollaba en la librería.

—La anotación de esta semana… La subasta del almacén de Roundtree.

Estoy segura de que se celebró el otoño pasado. Lo mismo ocurre con la semana que viene.

Evie esbozó un gesto de indiferencia y volvió al libro que tenía entre manos. No le importaba que el señor Allen pasase fuera tanto tiempo.

Empezaba a tener la sensación de que la planta superior de Libros Bloomsbury era su biblioteca de investigación personal.

—Da igual, me he debido de equivocar. —Grace cogió la agenda y se volvió hacia Evie—. ¿Un té?

En ese preciso instante apareció Ash en el descansillo, para sorpresa de las dos mujeres.

—Se me ha ocurrido traerle un *chai* a la señorita Stone, para que lo pruebe —anunció en tono formal, señalando con la cabeza una tacita humeante que descansaba en una pequeña bandeja de melamina junto a dos galletas Bourbon, las preferidas de Evie.

Esta se incorporó enseguida, mientras notaba la mirada de Grace clavada en ella.

—Qué amable por su parte —comentó Grace—. ¿Verdad que sí, Evie?

A la muchacha le pareció que la secretaria del señor Dutton la instaba a decir algo. Como no lo hizo, Grace miró a Ash con una sonrisa de ánimo.

—Entonces me quito de en medio —dijo mientras pasaba junto a la figura menuda de Ash para bajar las escaleras.

El hombre se quedó en el descansillo, fijándose en el desorden de la tercera planta.

—Llevaba siglos sin subir.

Alisándose las arrugas del vestido de punto azul marino, Evie se acercó a cogerle la bandeja, que dejó con cuidado en el suelo, al lado del taburete.

«Jamás cerca de los libros» era la única regla del establecimiento que todos obedecían de forma unánime a la hora de manejar las muchas tazas de té.

—El señor Allen sigue de viaje. —Evie observó cómo Ash avanzaba con tiento entre los montones de libros del suelo—. No dejan de llegar cajas.

Ash se aproximó a la hilera de vitrinas situadas en la pared del fondo.

«Todo bien protegido. Como mis piedras y mis bichos». Se dio la vuelta y le dirigió una sonrisa de complicidad a la joven.

Por primera vez en su vida, Evie sintió que el corazón le daba un vuelco por algo que no era un libro.

—Bueno, los libros también son muy valiosos a su manera.

—¿Puedo? —Ash esperó a que ella asintiese antes de abrir el armario de detrás del escritorio del señor Allen. Sacó con mimo un viejo atlas y lo puso sobre un atril de roble de la época victoriana, que seguramente llevaba en aquella sala desde entonces.

Evie vio que Ash pasaba las páginas con cuidado, casi con reverencia; entonces, el hombre le hizo una seña para que se acercase.

—Este mapa de aquí es de antes del Raj. Qué interesante. Aquí es donde nací, en la costa de Coromandel. En Madrás, ¿lo ve? Donde aquí pone

«George Town». —Volvió a la portada—. Sí, esto es de mucho antes del Raj. Yo diría que del siglo XVII.

Los conocimientos literarios de Evie eran tremendos, lo que recordaba del cine americano casi igual de impresionante, pero, al haber abandonado la secundaria con catorce años, tenía grandes lagunas educativas. Aunque su tutora Adeline Gray se había esforzado, a Evie aún le quedaba mucho que aprender en los campos de la geografía, la astronomía y, sobre todo, la anatomía.

—¿Tan antiguo es? —inquirió perpleja.

—El capitán Scott se lo podrá decir. El precio anotado es, desde luego, una ganga. —Ash cerró el polvoriento tomo y miró a su alrededor—. Con tanto ajetreo, es posible que el señor Allen haya infravalorado ciertas cosas.

Evie sabía que la planta superior era un caos desastroso, pero ya le inspiraba orgullo lo que había en él y apreció que Ash escogiera las palabras con cuidado.

—¿Cuántos años tenía cuando aprendió usted inglés? —le preguntó de sopetón.

Ash devolvió el atlas a la vitrina, cerró la puerta y respondió:

—El inglés es una de nuestras lenguas.

—Ay, no lo sabía.

—No pasa nada. ¿Por qué iban a saberse aquí esos detalles?

Evie no supo cómo contestar a la brusquedad de su tono, así que se quedaron mirándose, hasta que la mirada de Ash se suavizó al notar la

incomodidad de la joven.

—Lo siento. Me he excedido.

—No, lo siento yo. Seguro que hay muchas cosas que debería saber.

Geografía, por ejemplo.

—No, no es usted. —Ash señaló el entorno con un gesto—. Son todos.

Y, en consecuencia, yo también. —Suspiró—. Además, no creo que una licenciada en Cambridge tenga muchas lagunas en los estudios.

—Tuve que dejar pronto la secundaria.

—¿Cómo de pronto?

—Con catorce años. Me tuve que poner al día a toda prisa para pasar los exámenes de Cambridge. Sé mucho de las escritoras de los siglos XVIII y XIX, pero otros temas ni los toqué.

Ash se apoyó en la mesa del señor Allen con los brazos cruzados y la escudriñó.

—Catorce años. No le debió de resultar fácil recuperar lo perdido. Y

todo ¿para esto? —preguntó mientras señalaba con la cabeza la jungla de libros que los rodeaba.

A Evie se le ensombreció el semblante al acordarse de los profesores Christenson y Kinross, y de que habían contratado a Stuart Wesley antes que a ella.

—No, esto no formaba parte… de mi plan.

Él le dirigió una sonrisa cómplice.

—Pero sí que lo tiene, ¿no? Un plan.

—¿Por qué dice usted eso? —A Evie empezó a angustiarle en su fuero interno que sus actividades en la librería no estuvieran pasando completamente desapercibidas.

—Por la investigación sobre botánicos del siglo XIX en los días libres.

Evie sonrió aliviada:

—Ah, eso. Es que… estoy acabando una cosa que inicié en Cambridge.

Lo que me interesa de veras es redescubrir autoras, escritoras, que no han recibido la atención debida.

—¿Debida?

—Que han sido olvidadas, ignoradas, ninguneadas.

—Toda una misión. Y ¿cómo se propone usted hacerlo?

—Oh, ¡se me ha olvidado el *chai*!

Ash observó divertido cómo Evie se sentaba enseguida en el taburete y le daba unos sorbos a la infusión, ya tibia, antes de contestar:

—Mi plan es publicar.

—Ah, no pensaba que me fuera a contestar eso —dijo Ash, mirándola fijamente.

—Al llevar a cabo investigaciones literarias, te encuentras con muchos libros perdidos y olvidados, cuyos títulos ya nadie recuerda siquiera. Yo leo rápido, siempre ha sido así y, si puedo encontrar un ejemplar, solo uno, donde sea, puedo valorarlo y reimprimir los importantes.

—¿Reimprimir?

—Eso es. Componer el texto e imprimirlo, como hacía el marido de Virginia Woolf.

—¿Virginia Woolf publicaba?

—Sí —repitió Evie con creciente entusiasmo—. Con una imprenta manual, ¡en su salón! Así que debe ser posible. Me he informado de todo.

Ash meneó la cabeza con admiración.

—No me cabe duda de que lo ha hecho. Entonces, los dos estamos aquí aguardando algo mejor.

—Esto tampoco está tan mal.

—No —dijo él dirigiéndole una sonrisa—, desde luego que no. Bueno, voy a dejar que siga usted trabajando. Allen ha reunido aquí toda una montaña para revisar.

Mientras Ash bajaba, Evie lamentó no haberle contado más. Le daba la impresión de que Ash Ramaswamy entendería sus obsesiones, cosa que no le pasaba a todo el mundo. Casi todo el mundo dedicaba las horas de ocio al entretenimiento y las distracciones, pero Evie se había marcado un objetivo tan grande que no osaba perder ni un segundo mientras lo perseguía. Pocas personas estarían dispuestas a revisar documentos como lo hacía ella, solo tenía que adelantarse a todos y, sin que se percataran, hasta que tuviera a salvo aquello que deseaba.

Cuando se fijó en los montones de libros en el suelo y en las cajas apiladas contra las paredes, Evie pensó en el atlas y se preguntó qué otros tesoros de siglos de antigüedad encontraría enterrados bajo los años de

descuido del señor Allen. Desgraciadamente, empezaba a temer que el libro que buscaba en secreto en la tercera planta, su verdadero impulso para presentarse en Libros Bloomsbury, se hubiera perdido, y no por primera vez.

Capítulo 15

REGLA NÚMERO 21

LOS EMPLEADOS NO PUEDEN REBUSCAR EN OTRAS SECCIONES SIN PERMISO.

La primera vez había sido escasos años después de la publicación anónima del libro en 1827, tras lo cual *¡La momia! Una historia del siglo XXII,* de Jane Wells Webb, había desaparecido de la faz de la Tierra.

Gracias a sus labores de investigación, Evie sabía que eso solía pasar con textos anónimos o de mujeres. *Vindicación de los derechos de la mujer*, de Mary Wollstonecraft, ahora reconocido como la mayor obra del primer feminismo en la historia de la humanidad, también había desaparecido de la impresión y de la memoria cultural hasta que se reimprimió muchas décadas después.

Esta ausencia de un registro público fue uno de los motivos por los que Evie no había captado la importancia de *¡La momia!* mientras llevaba a cabo su catalogación de madrugada en la biblioteca de la Great Chawton House, donde el libro había estado oculto a la vista de

todos durante más de cien años. No se le hacía referencia en las listas de publicaciones que Evie había consultado en diversas bibliotecas a lo largo de sus dos años de catalogación. En aquel momento, la única información de que disponía Evie era que *¡La momia!* no era más que un intento desconocido y de segunda fila de subirse al carro de la novela gótica, como tantas otras obras de la época.

Mientras preparaba la liquidación de la biblioteca de la Great House

para Sotheby's, Yardley Sinclair y sus colegas habían evaluado del mismo modo el libro y lo habían rebajado a la categoría de tantas novelas menores escritas en la estela del revolucionario *Frankenstein*.

Al igual que el resto de la humanidad, Evie había olvidado completamente el libro hasta tres años después, mientras se encontraba inmersa en las investigaciones para el profesor Kinross y la voluminosa edición anotada que este hacía de *La feria de las vanidades*, la obra mayor de Thackeray. Evie se había topado con una carta de Thackeray en los archivos de la biblioteca del Trinity College de Cambridge, donde el famoso poeta y escritor también había estudiado, en la que se describía una cena en casa de unos buenos amigos suyos, el botánico John Claudius Loudon y la esposa de este, de soltera Jane Wells Webb.

En la misiva, Thackeray comentaba que las tareas de aquel momento de la señora Loudon junto a su marido, así como sus recientes manuales *Jardinería para damas* y *Botánica para damas*, la habían llevado a dejar de lado su propia escritura de narrativa. A continuación, Thackeray ensalzaba una de sus primeras novelas, escrita cuando Webb solo tenía diecisiete años, al considerarla una crónica de lo más fascinante de la vida en un siglo futuro, centrada en la revivificación de una momia, ni más ni menos.

Thackeray también exponía varios de los avances tecnológicos que el primer libro de Jane Loudon había vaticinado, avances que, por lo que Evie (al leer la carta cien años después) ahora sabía que resultaban extrañamente proféticos, como por ejemplo las líneas de ferrocarril con casas móviles, una forma de comunicación que recordaba vagamente la televisión, y el hecho de que el vapor y la electricidad fueran las principales fuentes de energía. Según Thackeray, el libro se desarrollaba en 2126, cuando

«Inglaterra gozaba de paz y tranquilidad bajo el dominio absoluto de una soberana», que funda un reino en el que solo las mujeres heredan el trono.

A Evie le pareció que los temas políticos y filosóficos descritos por Thackeray estaban más próximos a obras modernas de ciencia ficción, como *1984*, de George Orwell, que con textos góticos de principios del XVIII. Con tres años de educación superior a sus espaldas, Evie ya podía apreciar plenamente el posible valor histórico, literario y económico de una obra semejante.

Tras volver a toda prisa de la biblioteca del Trinity College a su estudio del extremo septentrional de Castle Street, Evie se había dirigido sin demora a su improvisado archivador, en los cajones del viejo aparador de pared. De ellos sacó el cuaderno en el que había anotado con esmero todos y cada uno de los dos mil libros vendidos en la liquidación de la Great House llevada a cabo por Sotheby's. Al pasar con vehemencia las páginas, Evie confirmó enseguida que un libro de autor anónimo, titulado *¡La momia! Una historia del siglo XXII* había sido efectivamente adquirido, junto con otro cuatro textos del siglo XIX, por un tal señor Frank Allen, en nombre de Libros Bloomsbury.

A lo largo del otoño anterior Evie había ido tirando del hilo, con la intención de descubrir cualquier reciente valoración crítica del libro de Webb. Primero encontró un resumen en un texto de Andrew Block, publicado en medio del caos de la Segunda Guerra Mundial, llamado *La novela inglesa, 1740-1850*. Evie aún no podía perdonarse haber pasado por alto esta referencia textual en su catálogo inicial de la biblioteca de la Great House. A continuación se topó con una reseña reciente y exhaustiva de la única edición abreviada conocida, en el número de la primavera de 1949 de una revista literaria de Wisconsin, llamada *The Arkham Sampler*. En estas dos críticas, que proporcionaban el único registro moderno de la existencia de la primera novela de Jane Webb, Evie descubrió consternada que había minusvalorado tremendamente una de las más importantes novelas de ciencia ficción jamás escritas, ¡y por alguien de su misma edad, ni más ni menos!

Nada más entrar en Libros Bloomsbury, Evie había dedicado las primeras jornadas a registrar todos los estantes combados y cajas destartaladas del tercer piso, dispuesta a encontrar el libro que el señor Allen había adquirido. El señor Dutton no había exagerado en su entrevista al declarar que el director de la sección de Libros Raros no era del todo diligente a la hora de crear un catálogo. Pero a Evie empezaba a preocuparle que el señor Allen hubiese hecho algo peor que no catalogar el libro: temía que lo hubiese perdido.

Una semana después de empezar a trabajar, a Evie ya no le quedaba

nada más que rebuscar en la tercera planta en pos del libro tan vistosamente

titulado ¡ *La momia*! Una historia del siglo XXII. No solo no se hallaba en ninguna de las estanterías, ni en las cajas ni en las pilas de libros que Frank Allen dejaba por ahí tiradas. Tampoco aparecía la compra anotada en los libros anuales que el señor Allen y los otros directores de sección estaban obligados a llevar. Solo cabía otra posibilidad, que el tomo estuviera en otro lugar del establecimiento. Si el señor Allen acababa decretando que tenían poco valor, a veces ciertos libros raros o antiguos se trasladaban a otras plantas, casi siempre en función de la temática.

Evie no tardó entonces en acudir a las secciones de Novedades, Narrativa y Arte. A pesar de sus rencillas y de sus temperamentos opuestos, tanto Alec McDonough como Vivien Lowry eran conocidos por lo escrupulosamente que organizaban sus respectivos negociados. Vivien había aprovechado su nuevo papel de directora suplente para crear una impresionante y muy definida serie de categorías por género (literatura feminista contemporánea, teatro expresionista moderno y realismo francés de finales del XIX, entre otras muchas), que ayudó a Evie a afinar su búsqueda. Algunas visitas apresuradas en la pausa para comer durante las semanas anteriores no habían producido ningún resultado hasta el momento.

Después vinieron el sótano y la sección de Ciencia y Naturalismo, que Ashwin Ramaswamy también mantenía en un orden impecable. Evie había aprendido a preparar un *chai* decente para pasar más tiempo ahí abajo y examinar con discreción las colecciones relevantes. Aún mejor organizada que la de Narrativa, la sección de Ash estaba estructurada en función de principios taxonómicos, siguiendo las directrices de Linneo. Como todo el sótano estaba dividido en varios «reinos», y cada estante, categorizado según la idea darwiniana del antepasado común, Evie pudo revisar metódicamente los pocos apartados que podían ser relevantes para su causa, e inspeccionar someramente el resto.

Solo la segunda planta de Libros Bloomsbury no había recibido aún ningún tipo de escrutinio, y, desgraciadamente, así seguiría siendo en presencia del capitán de Marina Scott. Evie sabía que jamás debían pillarla rebuscando en la planta de Historia sin un propósito aprobado por el director de dicha sección, en observación de la vigésimo primera regla del

establecimiento.

Evie iba a tener que seguir aguardando, hasta que llegase el momento idóneo para internarse en el segundo piso sin miedo a represalias, y concluir la tarea que se había asignado, de una vez por todas.

Capítulo 16

REGLA NÚMERO 16

EL PERSONAL ADMINISTRATIVO LIBRA EL SÁBADO, PARA PASAR TIEMPO CON

LA FAMILIA.

Grace estaba en el pasillo de entrada de su casita semiadosada de Camden Town, quitándose los guantes y sonriendo a sus hijos, que andaban revueltos por la emoción.

—¡Gordon! —exclamó en dirección al piso superior—. Gordon, ¡hay que darse prisa!

No llegó ningún sonido de respuesta del dormitorio principal, y Grace les hizo un gesto a los dos niños para que la esperasen.

Cuando subió las escaleras, la moqueta de color rosa oscuro mitigó el ruido de los tacones que se había puesto para salir de compras, con lo que la perspectiva de otro de los accesos de mal humor de Gordon cobró un carácter más ominoso de lo normal.

Gordon estaba sentado en la esquina de la cama, como si la esperase.

—Gordon, por favor. —Suspiró.

—Te había dicho que hoy no.

—Pero es que no depende de ti. Mañana es el cumpleaños de Teddy y esto es lo que quiere.

—Id sin mí.

Ante ese tono acusatorio, Grace notó que enderezaba la espalda con determinación:

—Sí, eso vamos a hacer.

—Ahora siempre hacemos lo que a ti te apetece —le soltó entre dientes, y ella le notó esa irritación en la mirada que cada vez le aparecía antes.

Ahora casi cualquier cosa lo sacaba de quicio.

—Gordon, lo siento, no hay tiempo para esto. Y no quiero desilusionar a Teddy, ni por ti ni por nadie.

La disposición de Gordon a usar a sus hijos para manipular era algo reciente. Grace había aprendido a ignorar el impacto que los cambios de humor del marido tenían en ella, pero temía el efecto que esos crueles rechazos podían tener en Nicholas y en el sensible Teddy, sobre todo a medida que se fueran haciendo mayores y se percataran más de la tensión doméstica.

Gordon hizo un ademán de desprecio, como si fuera ella quien se parapetaba detrás de los niños y no al revés.

Grace se dio la vuelta y se encaminó a la planta inferior sin mediar palabra.

Cruzó la puerta de la calle a toda prisa junto a los chicos, con la esperanza de que el largo trayecto de autobús al Soho reparase su sensación de sosiego y el día especial de Teddy. Era el undécimo cumpleaños de su hijo menor, que siempre pedía lo mismo cada año, al ser tan de costumbres como su padre: una excursión para elegir más soldaditos para su maqueta de la Segunda Guerra Mundial. Se dirigieron a Regent Street y a Hamleys, la juguetería más antigua y más grande de Londres.

Mientras los tres recorrían la calle hacia la parada del autobús, Grace sabía que estaban despertando el interés y la especulación de los vecinos.

Nadie la había abordado directamente para preguntarle dónde estaba Gordon, o qué tal le iba; eran demasiado educados. Aun así, Grace prefería no llamar la atención en absoluto. Tuvo que preguntarse hasta qué punto su natural carácter reservado había pesado en su decisión de casarse con Gordon, a medida que se acercaba a ser una solterona. Qué ironía que la decisión de internarse en la esperada senda marital hubiese acabado de un modo tan atroz.

Por eso admiraba a Vivien, que apenas prestaba atención a lo que los demás opinaban. En concreto, la joven se negaba a permitir que el

esnobismo de los clientes más elegantes de la librería la dejase relegada; si acaso, aquello le inspiraba una mayor determinación. Nadie podría acusar jamás a Vivien de falta de confianza, o de necesitar la aprobación de los otros. Tras el incidente del reloj, sin

embargo, Grace se preguntaba si la hostilidad de Vivien hacia Alec no denotaría que, hasta cierto punto, sí que le importaba lo que al menos él pensase de ella.

A diferencia de Vivien, Grace había permitido que su marido laminase su confianza con el paso del tiempo. Había sido sumamente eficaz a la hora de dejarla abatida, porque tendría que haber sido su aliado más fiable. El modo en que la desmoralizaba desmentía el dicho de que a los enemigos conviene tenerlos cerca. Solo cuando estaba lejos de él se sentía feliz o libre. No obstante, incluso lejos de él era incapaz de recobrar su identidad anterior. Había esperado que el trabajo en Libros Bloomsbury fuese de ayuda, pero las expectativas y responsabilidades limitadas que le había encomendado el señor Dutton no la motivaban. En cambio, su empleo la convertía en la única mujer de la calle que salía a trabajar a diario junto a los otros esposos, y en la única mujer cuyo marido no lo hacía.

Todo esto provocaba que la idea de dejar a Gordon le resultase a Grace demasiado abrumadora para sopesarla, aunque su comportamiento con ella y con los niños siguiera empeorando. Aquello no solo implicaría que ella sería la única mujer trabajadora de entre sus conocidos, sino también la única divorciada. El oprobio del divorcio podía ser complicado incluso para los hombres, aunque los más ricos daban a entender que lo sobrellevaban bastante bien. Ahí estaban lord Baskin y su vida amorosa: parecía que muchas damas de sociedad de cierta edad aún bebían los vientos por él, y Alec en concreto contaba un sinfín de rumores oídos en los diversos viajes y actos de los que los hombres de la librería disfrutaban juntos.

Como si el universo le hubiese leído la mente, normalmente impenetrable, apareció lord Baskin en persona en aquella acera londinense, ante ella, acompañando a una mujer que entraba en un taxi a la espera, delante del hotel Café Royal.

—Grace… ¡Señora Perkins! —exclamó jovialmente el conde al verla; después se fijó en los dos niños desde su considerable altura—. Y ¿quiénes son estos de aquí?

Azorada, Grace empezó a alisar el copete rebelde que siempre se alzaba sobre la frente de Teddy.

—Lord Baskin, qué sorpresa. —Siguió toqueteando el pelo de su hijo menor mientras dirigía levemente la vista hacia delante, en dirección al taxi que aguardaba. La mujer del interior parecía que rondaba la edad de Vivien, que iba tan elegantemente vestida y tan conjuntada

como esta, pero en deslumbrantes tonalidades rojas en vez del sombrío negro de Vivien—.

Estos son mis hijos, Nicholas y Teddy. —Grace posó con orgullo la mano en los hombros izquierdo y derecho de los pequeños.

Durante un instante vislumbró que la mirada de lord Baskin también se paseaba por el entorno, como si él también buscase a alguien en el asimétrico grupito de madre e hijos.

—Encantado de conoceros a los dos. ¿Han salido de compras?

—Mañana Teddy cumple años, once, así que vamos a Hamleys. A por soldadlos de juguete, ¿verdad, Edward?

Teddy alzó la vista hasta su madre al oír su nombre propio.

—Nunca me llamas así —declaró con sencillez.

Grace sonrió a lord Baskin por encima de la cabeza de los niños y se encogió de hombros, mientras los ojos castaños del conde intercambiaron una mirada juguetona de comprensión con el pequeño.

—A mí también me gusta más Teddy —le dijo al chiquillo mientras se acuclillaba ante él.

—Yo no he dicho que me guste más —afirmó el niño, de nuevo con tanta sencillez que a Grace y lord Baskin no les quedó más remedio que dirigirse un divertido gesto de impotencia—. No lo he dicho, de eso nada.

—Teddy, calla, por favor.

—Si me permiten —lord Baskin les indicó con un gesto que se colocaran los tres a su lado, en la acera, apartados del vaivén del gentío—, tengo que despedir a una persona. ¿Me esperan aquí?

Grace observó que lord Baskin metía parte del cuerpo en el taxi para hablar primero con la ocupante y después con el taxista; luego volvió al bordillo. Advirtió asimismo que el conde esperó a que el vehículo desapareciera en el denso tráfico antes de dirigirse a ellos.

—Muy bien. ¿Puedo acompañarlos? Hace demasiado que no entro en

Hamleys. Mi abuelo también me solía llevar ahí de compras.

Avanzaron juntos por Regent Street, un sorprendente cuarteto en una

tarde en familia, y Grace no pudo sino darse cuenta de que el gentío que los rodeaba estaba igualmente mezclado. Regent Street, que se extendía desde la rotonda de Piccadilly hasta Oxford Street en la parte norte, había sido diseñada por John Nash para constituir otro tipo de cauce, uno que conectase todas las zonas importantes de compras, teatros y cultura en Londres. La acera rebosaba de padres y niños que salían de las funciones del sábado por la tarde en el West End, de elegantes damas de sociedad cansadas por las compras y buscando el reposo de un té, y de jóvenes que disfrutaban del cine y de los salones recreativos con su asignación semanal, algo que muchas familias solo podían permitirse desde hacía poco.

Varios de los mejores restaurantes y hoteles de Londres se ubicaban en este núcleo de ocio, y el hotel Café Royal, del que lord Baskin acababa de salir, era el más espléndido de todos.

A lo largo de los años lo habían frecuentado miembros de la realeza, estrellas de cine, artistas y escritores como Shaw, Kipling y Yeats; entre ellos, el más célebre fue Oscar Wilde, que conoció a su futuro amante lord Alfred Douglas en el restaurante Grill Room. Al cruzar las puertas del establecimiento, se podía pasear hacia Regent's Park en dirección norte, o hacia el palacio de Buckingham al sur, siguiendo una ruta de asentadas *boutiques* que se mantenían entre tiendas más recientes.

Al acercarse a Piccadilly Circus por el sur, los letreros luminosos (BOVRIL, COCA-COLA, CHICLE WRIGLEY'S) conseguían resultar tan llamativos como vulgares. Como extensas partes de la calle se habían reconstruido tras los catastróficos incendios y los bombardeos alemanes de la Segunda Guerra Mundial («¡Hamleys recibió al menos cinco impactos!», solía presumir Teddy), en ningún otro sitio de Londres la esperanza en el futuro, y la aspiración a un dominio global, resultaba más palpable visualmente.

—Espero que no le estemos entreteniendo —dijo Grace tras unos segundos de silencio, notando lo raro que era pasear con lord Baskin tan lejos de la librería.

—No la habría puesto a usted en ese brete. Afortunadamente para mí, acababa de comer.

—¿En el Grill Room?

—Sí. ¿Lo conoce usted?

Grace soltó una carcajada y vio que Teddy miraba hacia atrás, en

dirección a su madre, con una suspicacia nueva. Aunque solo tenía un año más, Nicholas mantenía la mirada al frente, mucho más interesado en las chicas que pasaban junto a ellos con faldas acampanadas y medias.

—No, la verdad es que no. No venimos mucho por aquí.

—Ni yo. Como usted, trato de evitar Regent Street cuando puedo —

respondió lord Baskin con esa extraña mezcla de galantería y humildad que tanto divertía a Grace y a Vivien—. Pero tenía una comida de la que no podía zafarme.

Grace se preguntó quién sería la mujer del taxi y guardó silencio.

No tardaron en llegar a la juguetería, con su serie de enormes cristales que rodeaban un emblema del Sello del Rey situado en el centro. Lord Baskin contempló las siete plantas del establecimiento con una encantadora actitud nostálgica y, a continuación, dio un paso atrás para que Grace y sus hijos pasaran primero. Antes de que pudiera seguirlos, entró una pequeña avalancha de niños, y Grace y Baskin se sonrieron por encima de las cabezas de los pequeños mientras ella lo esperaba.

—Eso es lo que pasa por ser un caballero —le dijo ella en tono de broma, aunque no le salió exactamente como quería y enseguida volvió a guardar silencio.

Los soldaditos se hallaban al fondo de la planta de miniaturas; las maquetas de trenes en el medio; y, en el otro extremo, casas de muñecas de diversas épocas: barrocas de la reina Ana, imponentes georgianas, recargadas victorianas. Mientras Grace y lord Baskin se quedaban en el pasillo central, Nicholas y Teddy no tardaron en correr a la sección de la Segunda Guerra Mundial y desaparecieron tras los expositores.

—Por lo visto, no me perdonan que los alumbrara demasiado tarde para ir al campo de batalla —reflexionó Grace en voz alta.

—Me temo que yo fui igual. —Baskin miraba con interés a los niños —.

A los jóvenes siempre les emociona la idea de la guerra. Mis soldaditos eran de la de Crimea, en la que participó mi abuelo. Lo que hace que me sienta muy viejo, lógicamente.

Teddy le dirigió una señal de súplica a su madre con la mano derecha mientras, con la izquierda, sostenía una alargada caja de ocho pintados soldaditos de plomo. Ella dijo que no con la cabeza y le enseñó cuatro dedos. Esto provocó unos pisotones del cumpleañero, tras lo cual Nicholas le susurró algo al oído complicidad.

Lord Baskin observaba todo aquello muy divertido.

—Ya veo de dónde los han sacado Vivien y usted. Todos esos gestos mudos.

—Seguro que a veces resultamos muy infantiles.

—Qué va. Así hay un ambiente joven. —El conde se apoyó en un mostrador cercano—. Me habría gustado tener hijos.

De nuevo, Grace se preguntó quién podría ser la mujer del taxi.

—Íbamos… Anna y yo… a tener un hijo, pero lo perdimos. Imagino que por eso pasó luego lo que pasó.

—Cuánto lo siento.

—Gracias. Fue hace mucho. Aun así…

Baskin se quedó callado y se hizo un triste silencio entre ellos. Grace se fijó en cómo sus hijos jugaban felices con los juguetes expuestos, mientras la presencia de los pequeños en su vida le inspiraba una oleada de gratitud.

No habría conocido la bendición de ser madre si no se hubiera casado con Gordon. Ahora la pregunta sin respuesta era si Gordon, de no estar los niños, habría querido seguir con ella.

Grace paseó la mirada por las elaboradas casas de muñecas que había deseado de niña. Era raro pensar que lord Baskin y ella habían podido estar a la vez en la misma planta décadas antes, pese a sus orígenes familiares tan distintos. La casa que sus padres le habían acabado comprando era una caja barata, en cuyo interior había cuatro muñecos que representaban la perfecta familia eduardiana, cada uno en su sitio.

Volvió a mirar a lord Baskin, que observaba pensativo a sus hijos y a los otros niños que correteaban por aquella sección.

—Hace años que venimos en el cumpleaños de Teddy, incluso en la

guerra —dijo al fin—. Durante los bombardeos, el personal llevaba sombreros de hojalata, te cobraban en la puerta de la tienda y entraban ellos a coger los juguetes.

—Qué churchilliano. —Lord Baskin sonrió y le dirigió un movimiento de cabeza mientras Teddy, al otro lado del pasillo, mostraba su elección final.

Grace se acercó con el bolso para ayudar con la compra. Mientras el empleado envolvía la caja de cuatro soldaditos, Grace se fijó en las distintas escenas bélicas que estaban expuestas, algunas de las Cruzadas, otras de las guerras napoleónicas o de los bóers. Tantos siglos de derramamiento de sangre como si aquello fuera un deporte, tan distinto de todo con lo que ella había jugado de niña.

No se veía ni un solo soldadito herido. En el mundo de los adultos, desde luego, nadie escapaba ileso de la guerra. Grace recordó cómo se le caían las llaves a lord Baskin, el modo en que siempre le costaba llevar los cafés, que claramente aún usaba mucho más la mano y el brazo izquierdos.

Alec se negaba a hablar de la guerra, Vivien había perdido a su prometido en ella, Gordon, que no había ido al frente, seguramente había perdido el juicio.

Por primera vez, Grace se preguntó qué haría Gordon cuando no estaba su familia. Agradecía que lord Baskin no le hubiera preguntado por su marido: era demasiado galante. Aun así, el conde no podía saber que la vida a la que ella se aferraba estaba tan primorosamente decorada como una casa de muñecas, ni que era igual de irreal. Grace lamentó no poder hablar con nadie de sus problemas maritales; si no con el conde, por lo menos con Vivien. Pero comentarlos también los volvería dolorosamente reales.

En todos aquellos años trabajando juntas, Grace solo había cruzado duras palabras con Vivien en una ocasión. En el apogeo de la discusión, Vivien había acusado a Grace de escudarse tras un tranquilo desapego.

«¡Nadie puede ser tan imperturbable!», había resoplado al fin Vivien mientras se marchaba entre aspavientos. Las dos mujeres no volvieron a abordar el tema, pero Grace sabía que no reaccionar frente a los demás podía ser un escudo tan efectivo, y tan engañoso, como decir algo. Había aprendido a reprimir las emociones de la peor manera, en su casa. Al igual que los hombres de la librería, era plenamente capaz

de no sentir y, por tanto, de engañarse. En aquel momento, en la juguetería, mientras observaba complacida a sus hijos sin su padre, y sin echarlo de menos en

absoluto, Grace se permitió atisbar, breve pero peligrosamente, lo que anhelaba de verdad. Y no era en absoluto lo que tenía.

El sol ya se ponía cuando los cuatro salieron finalmente de Hamleys.

Mientras lord Baskin y ella vacilaban en la acera de la entrada, Teddy recordó que tenía hambre en medio de tanta emoción, y se apoyó en su madre con un gemido dramático.

—¿Por qué no invito al cumpleañero a merendar? —propuso lord Baskin—. Podríamos tomar un atajo por Sackville Street y llegar a Fortnum and Mason en unos minutos.

A los chicos se les iluminó el rostro, pero en la situación había algo que a Grace no le pareció correcta del todo. Le sorprendió que lord Baskin quisiera la compañía de una mujer casada y los hijos de esta en un lugar en el que todo el círculo social del conde (así como ellos cuatro) quedaba plenamente a la vista. Además, la esperaban en casa. En ese instante, al fin obtuvo la respuesta a algo a lo que llevaba años dándole vueltas, en aquellos trayectos de autobús procedente del trabajo.

No quería volver a casa. Si era sincera consigo misma, lo que deseaba era coger a los niños y huir.

Como si le preocupara que lord Baskin pudiera intuir semejante traición en sus pensamientos, Grace los apartó, esbozó una agradable sonrisa y negó educadamente con la cabeza.

—Muy amable por su parte. Pero me temo que tenemos que coger el autobús de vuelta. Vamos, chicos.

Entonces hubo más gemidos, ante los cuales lord Baskin se volvió y alzó el dedo índice de la mano derecha para llamar un taxi cercano.

—Déjeme al menos que la invite al trayecto.

El vehículo frenó en seco. El conde abrió la portezuela de atrás y los niños subieron muy ilusionados, antes que Grace. Mientras se sentaba, esta observó cómo lord Baskin charlaba cordialmente con el taxista mientras le entregaba con discreción varios billetes de una libra. Lo hizo con su habitual y sencilla elegancia (de nuevo, esa

caballerosidad), que siempre le daba a Grace la impresión de que, en aquel momento, a Baskin nada le importaba más que el bienestar ajeno. No solo por el dinero, aunque, evidentemente, el dinero ayudaba. Era aquella consideración y esa

preocupación lo que hacían de lord Baskin alguien singular.

Sus hijos nunca habían viajado en un taxi londinense: su Londres era el de los autobuses de dos pisos y las húmedas estaciones de metro. Mientras los chicos montaban bulla a su lado, Grace dirigió la mirada al conde, que estaba en la acera, con la puerta cerrada pero la ventanilla aún bajada entre ellos.

—Gracias.

—¿Por qué? —inquirió ella, sorprendida.

—Por permitirme pasar un rato con usted y su familia.

Mientras el taxi circulaba a toda velocidad por las calles de Londres, Grace se quedó pensando en esas palabras. Lord Baskin parecía anhelar lo que ella tenía. Si él supiera… De pronto le pareció que, a pesar de la riqueza y de su vida glamurosa, el conde se sentía profundamente solo.

Aquello nunca lo había notado en él, en sus muchas visitas a Libros Bloomsbury. Allí, lord Baskin parecía estar como en casa, animado por la actividad y los empleados en torno a él. Con ella daba la impresión de hallarse especialmente a gusto. Apartó esa idea y se fijó en sus hijos mientras se le empezaban a crispar los nervios. Esperaba desesperada que el taxista los dejara en Camden Town a tiempo para prepararle a Gordon el té a las cuatro en punto, como este se lo había exigido.

Capítulo 17

REGLA NÚMERO 29

LA VIDA ÍNTIMA DE LOS EMPLEADOS SERÁ SIEMPRE PRIVADA Y CONFIDENCIAL.

Alec McDonough nunca había estado en aquella parte de Londres.

Habían sido necesarios el metro, el tren y el autobús para localizar aquella bonita casa adosada victoriana, en una calle sinuosa de una zona verde de Dulwich Village, a la que se llegaba desde el centro de Londres cruzando el Támesis.

El jardín de la entrada estaba impecable, el perímetro de arbustos de espino blanco y hortensia bien podado en medio de la escarcha invernal. En el centro de un pequeño patio cuadrado se alzaba una agrietada urna de piedra sobre un pedestal, lo que confería a aquel espacio un aspecto exótico, que realzaban unas decorativas ramas de madreselva que caían sobre el muro de piedra de la entrada. Alec abrió la cancela, recién pintada en un intenso tono morado, y la cerró a su paso con todo el tiento que pudo. A Alec le parecía que todo en la cuidada casa de Herbert Dutton requería diligencia y cuidado.

Golpeó con la aldaba de latón, en forma de águila, la puerta de entrada, también pintada de morado. Tras esperar varios segundos oyó un fuerte ruido en el interior y, a continuación, la voz del señor Dutton exclamándole al visitante que la puerta estaba abierta.

Al pasar al vestíbulo, Alec vio un paragüero de porcelana justo al lado del umbral, lleno de toda una serie de bastones antiguos, y una cesta con

varios pares de guantes de piel para hombre, que descansaba en un largo estante situado por encima de un radiador de hierro fundido. Al notar que sus pies chocaban contra algo en el suelo, bajó la vista y distinguió correo olvidado que había caído por la ranura de la puerta.

Alec cogió los sobres y los amontonó al lado de un cuenco de cerámica lleno de distintos juegos de llaves; entonces vio que cubría las paredes del pasillo un sinfín de litografías enmarcadas de ruinas griegas y romanas: monumentos famosos que, por lo que Alec sabía, el señor Dutton siempre había querido visitar algún día, pero para lo cual jamás se había permitido el suficiente tiempo de vacaciones.

Alec se preguntó cómo llevaría estar encerrado varias semanas en casa un hombre tan minucioso y trabajador como Herbert Dutton. Al doblar el pasillo que daba al salón principal, descubrió al paciente sentado con la espalda recta en un precioso diván antiguo, al calor de una chimenea cercana. En una mesa baja ante él descansaba una bandeja bien provista de té, un cuenco de dátiles, naranjas y plátanos frescos, y un gran plato con porciones de bizcocho y diversos panes.

El señor Dutton debió de captar el gesto de sorpresa de Alec al ver tanta comida porque su primeras palabras, tras su propia expresión de sorpresa, fueron que acababa de recibir una caja de fruta de una tía suya que vivía en España.

—Qué amable por su parte —repuso Alec, que no recordaba haber

oído hablar de esa tía.

—No lo esperaba a usted hoy. —El señor Dutton apartó la mirada y manoseó los cojines que lo rodeaban.

—Bueno, ya llevaba un tiempo queriendo venir. Para asegurarme de que está usted bien cuidado, cosa que me alegra comprobar.

—Sí, ya le he comentado por teléfono que los vecinos son de lo más solícitos. Así que no hay de qué preocuparse. —Dutton echó un rápido vistazo al reloj de la repisa—. Eso sí, me temo que en breve tendré que descansar e interrumpir su visita.

Alec había estado observando atentamente a Herbert Dutton mientras este hablaba, y este, a su vez, se resistía a mirar al joven de frente. Dutton parecía cansado y ajado, como si hubiera envejecido de un día para otro, lo

que podía explicar ese repentino retraimiento frente a Alec. Pero este también tuvo la extraña sensación de que, por primera vez en la relación profesional y personal entre ambos, su presencia no era del todo bienvenida.

—Bueno —dijo Alec mientras se dirigía a la ventana de la calle—, voy a descorrer las cortinas para que entre un poco de luz.

—No hace falta, de verdad… —empezó a decir Dutton, pero Alec no le hizo caso y siguió explorando informalmente la estancia en busca de indicios.

Desperdigados en el asiento de una butaca se veían partes del *Sunday Times* de esa mañana y un número importado de la revista *National Geographic*. Detrás de un arco Victoriano se distinguía la mesa del comedor, de una imponente caoba, íntimamente puesta para dos.

Alec regresó junto al señor Dutton, que ahora estaba aún más pálido y nervioso de lo habitual. Llevaba un pijama satinado de seda, de rayas, y una bata de cuadros escoceses; una suntuosa manta de lana de cordero lo tapaba hasta la cintura.

Lo que Alec no vio fueron libros por allí, lo que también se le antojó extraño, teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que el anciano se estaba viendo obligado a pasar solo.

—Se le echa mucho de menos.

El señor Dutton esbozó una de esas breves sonrisas que apenas movían los rasgos redondeados de su rostro, y respondió:

—El médico dice que quizá podría volver en febrero, siguiendo ciertas indicaciones. ¿Podrán Vivien y usted sobrevivir hasta entonces? ¿Cómo lleva su nuevo puesto? —Dutton volvió a clavar la vista en el reloj.

—Lo de la señorita Du Maurier se va celebrar, claro —respondió Alec con un gesto de indiferencia—. Está tirando la casa por la ventana para la comida con Du Maurier esta semana. Me temo que nos costará que vuelva a la caja.

—Eso me temía. —Dutton tosió un poco—. El señor Allen opina que habría que ascenderla a ayudante del gerente.

Alec pensó en lo que aquella promoción supondría para Vivien, y lo poco que realmente era si se consideraban su ambición y sus aptitudes.

—Y usted ¿qué opina al respecto? —inquirió el señor Dutton, a quien la

opinión de Alec siempre le interesaba.

Alec se vio titubeando entre los años de enfrentamiento con Vivien como colega y rival, y la indudable admiración, como gerente suplente, que le inspiraban su esfuerzo y su iniciativa. Este último sentimiento lo pilló desprevenido.

Al comprobar que dudaba, el señor Dutton contestó por él:

—Imagino que no. Supongo que estoy chapado a la antigua. ¿Y Evie Stone? —Claramente, la decisión sobre Vivien ya estaba discutida—. He recibido alguna que otra nota de la señorita Stone, algo así como unos resúmenes, en las que nos pone al día a Franky a mí sobre sus avances con el catálogo, pero apenas comenta nada de los demás empleados.

—Casi siempre está sola en la tercera planta, lo que no es difícil con todos los viajes del señor Allen. Lo que me recuerda que…

—¿Y Grace? —El señor Dutton tosió de forma extraña al oír que se abría la puerta de la calle, tras lo cual cayeron unas llaves en el cuenquito de porcelana.

—Grace bien, como siempre… —Alec se quedó callado al ver que Frank Allen aparecía en la puerta del salón—. Huy, qué coincidencia. —El joven iba a saludar a su colega, pero se quedó donde estaba.

Frank sostenía una bolsa marrón de la farmacia cercana bajo el brazo izquierdo y, en la mano derecha, el montoncito de correo que Alec había juntado.

—Ah, hola. —Frank también iba a acercarse a Alec, pero entonces pareció que cruzaba una mirada con el señor Dutton y se quedó inmóvil—.

Estaba haciéndole unos recados al inválido.

—Ya lo veo —comentó Alec con el tono más despreocupado del que fue capaz.

—Dejo esto y me reúno enseguida con vosotros.

Frank regresó al vestíbulo y desapareció. Alec, aturdido, aguardó unos segundos; luego, al darse la vuelta, vio al señor Dutton muy sonrojado.

—Voy a remover un poco el fuego.

Alec se dispuso a atizar las brasas, con la vista clavada en las ascuas casi apagadas mientras analizaba lo que estaba sucediendo. El señor Allen parecía estar como en casa, llevando el correo y los medicamentos,

entrando en la vivienda en una mañana de domingo como si hubiera estado muchas veces más. Como si viviera allí.

Algo del carácter de Alec (una tendencia a juzgar, empantanada en una ausencia de autoconocimiento) ahora se entremezcló con el nudo repentino de un dato nuevo e inquietante. Todo ello junto ahogó la despreocupada simpatía que solía exhibir. Se despidió a toda prisa del señor Dutton, que mostró un alivio palpable al oír la imprecisa explicación de Alec de que tenía que ir a otro sitio. Sin mirar atrás, franqueó las dos puertas moradas de la exquisita casa y del jardín y, a continuación, echó a andar con premura por la calle, en dirección al centro del pueblo.

Mientras caminaba, respirando profundamente el frío aire de enero, Alec sintió que el señor Dutton y el señor Allen lo defraudaban, que le inspiraban incluso un rechazo más profundo. Los tres hombres habían pasado juntos muchas horas después del trabajo, charlando de la

precaria situación económica de la librería, así como de política, viajes y libros.

Habían forjado una amistad, o eso creía Alec, aunque no tanto como Vivien y Grace quienes, en su intimidad, desplegaban el lenguaje mudo y subversivo de los hermanos. De pronto, Alec vio el establecimiento como dos facciones diferentes y cada vez más enfrentadas de la misma familia.

No tenía ni idea, sin embargo, de que Hebert y Frank también vivían como si lo fueran.

El ego de Alec quedó extrañamente tocado. No le gustaba que le mintieran; menos aún enterarse de esta verdad en concreto. Le sorprendió que ambos hombres se arriesgaran a tanto solo por compartir cama.

Cualquier escándalo resultante podía arruinarlos a los dos y, por extensión, el negocio de Libros Bloomsbury.

Alec no fue en absoluto consciente de lo contradictorio que resultaba que él hubiera permitido que el recuerdo físico de Vivien lo visitase continuamente en la librería. Siguió permitiendo que su moralista mente continuara retorciendo de forma injusta lo que acababa de saber, mientras estaba en el salón junto al fuego que Frank Allen le había encendido a Herbert Dutton, antes de dejarle con un desayuno amorosamente preparado.

Desgraciadamente para Allen y Dutton, las ideas de Alec sobre el sexo y el decoro eran tan fijas como todo lo demás. Entre ellas no cabía la posibilidad

de que dos hombres vivieran secretamente en pareja. Por fortuna para Alec, sus ideas sobre el sexo coincidían agradablemente con las normas de la mayoría.

Que las normas de la mayoría no podían, por definición, contener las creencias y las necesidades intrínsecas de todos era algo que, para Alec, carecía de la menor importancia. Lo que para otros resultaba ilícito frecuentemente era, para él, el justo premio por ser un hombre. Siempre recordaba con cariño la pérdida de la virginidad con la hermana mayor de un compañero de clase, bajo la pérgola de un jardín, tras un partido de críquet igualmente memorable. En la guerra, había agradecido el cobijo encontrado entre los brazos de una jovencísima noruega, después de una larga batalla terrestre cerca del pueblo de Kvam, donde ahora estaban enterrados decenas de

miembros de la XV Brigada de Infantería. Por último, Alec jamás olvidaría la exploración íntima del juguetón y blanquecino cuerpo de Vivien en la cama de esta, junto a todo aquello que componía el misterio de aquella joven y que se hallaba desperdigado por el dormitorio, y que él también exploró cuando se hizo de día.

Alec seguía considerando que haberse distanciado poco después de Vivien constituía otra de las pérdidas de su vida, más que el motivo de un profundo dolor autoinfligido que requería un análisis íntimo. Como no aspiraba a entender el papel que desempeñaba en su propio sufrimiento, estaba condenado a seguir haciendo daño a los otros, y a sí mismo. Había permitido que la historia sexual de Vivien estropease un momento de verdadera cercanía entre ellos, e iba a hacer lo mismo con Herbert y Frank.

Alec jamás ponía en duda que los menos privilegiados que él en la vida debían adecuarse a la suya, privilegiadísima. Al igual que la librería en la que trabajaba, Alec encajaba perfectamente en el mundo que aún existía, que se tambaleaba en la cúspide de la segunda mitad del siglo.

Capítulo 18

REGLA NÚMERO 30

SIEMPRE HAY QUE DIRIGIRSE A LOS EMPLEADOS UTILIZANDO SU TÍTULO

FORMAL.

Grace no esperaba ver a lord Baskin dirigiéndose alegremente a los despachos del fondo tan temprano en la mañana de la comida literaria. En su visita más reciente habían concluido la revisión anual de las cuentas, y en Londres la temporada aún no se hallaba en su apogeo. Grace sabía que, en enero, el conde prefería estar en Yorkshire con su anciana pero vivaracha madre, y a lo largo de los años había oído muchas anécdotas sobre partidas de caza y fiestas en un estanque helado que se habían truncado por los repentinos episodios atroces del tiempo invernal inglés.

Al pasar por delante de la ventana del despacho de Grace, Baskin debió de notarle la sorpresa en el semblante. Mientras le dirigía un gesto a Alec, en el despacho del fondo, para que aguardase un instante, el conde metió la cabeza por la puerta abierta y sonrió.

—¿Todo listo para la famosa *lady* Browning?

Grace manoseó la ingente cantidad de papeles sobre la mesa. Vivien y ella habían estado trabajando mucho para cerciorarse de que el inminente evento fuera como una seda. Esto divertía en gran manera a los hombres en torno a ellas, que pensaban que unas pocas sillas más bastaban para acomodar a los invitados distinguidos.

—¿La conoce?

—Un poco. Nuestros padres eran muy amigos. Si no recuerdo mal, ella y yo tenemos justo la misma edad.

Pues claro que la conocía, se dijo Grace para sus adentros. Qué tontería de pregunta.

—Cuarenta y dos años —añadió él en tono de broma—. Aunque no es que usted me lo haya preguntado.

Algo en la voz del hombre, un nuevo matiz personal, la sorprendió. La reciente y espontánea visita a Hamleys parecía haber derribado algún muro invisible entre ambos. A Grace también le sorprendió enterarse de que lord Baskin apenas le sacaba unos años, porque daba la impresión de que había vivido (y perdido) mucho, con toda una vida de casado que ya formaba parte del pasado.

—¿Qué tal lo lleva la señorita Lowry? —inquirió Baskin con la actitud guasona que adoptaba al preguntar por Vivien.

—De los nervios.

—Pero usted no, ¿eh? Nunca se altera. Dutton tiene mucha suerte de contar con usted.

—Y con el señor McDonough. O el Pequeño Usurpador, como ahora lo llama Vivien.

Lord Baskin miró a Alec, sentado con gesto sombrío tras una montaña de papeles, y soltó una carcajada.

—Sí, él también.

—¿Quiere un té? Hoy me toca a mí prepararlo, pero lo podemos adelantar. A Alec, a diferencia del señor Dutton, no parece importarle que se cambie el horario.

—Entonces, ¿por qué no la invito yo? En el puesto de Jonny, *a deux*.

Tengo que entrar en calor.

De golpe, su tono cordial sonó levemente más artificial de a lo que Grace estaba acostumbrada. Se preguntó si el aristócrata habría llegado de Yorkshire para darle alguna mala noticia al gerente interino. Esa misma semana, Alec les había puesto al día sobre el progreso en la recuperación de Dutton con una voz igual de rara. Vivien había comentado el asunto, que le había preocupado: demasiado, o eso había pensado Grace en su momento.

Ahora pensó que quizá se avecinaban más cambios en la dirección de la

librería.

Grace asintió y se levantó de la mesa, sin molestarse en coger el abrigo porque llevaba un grueso traje de *tweed* para el acto de aquel día. Ese conjunto, que normalmente guardaba para los bautizos y el servicio religioso de Nochebuena, era su preferido: un dos piezas de cuadros rojos e hilo dorado, que siempre realzaba los sutiles reflejos cobrizos de su cabello y le daba color a las mejillas. Debido a lo que Vivien le había contado de la fiesta de Ellen Doubleday en el Dorchester, y a la impresionante lista de invitados del día, Grace había añadido un carmín rojo a juego con uno de sus collares de perlas. Sabía que lucía su mejor aspecto por un comentario sardónico de Gordon esa mañana, cuando salía por la puerta, y por la franca mirada de admiración con que lord Baskin la recibió ahora en el pasillo.

Unos minutos después estaban sentados en el banco de enfrente del establecimiento, sosteniendo dos tazas humeantes de café del puesto de Jonny. Al alzar la vista, a Grace le pareció atisbar un segundo a la joven Evie Stone en la ventana del piso superior; entonces miró a lord Baskin, que también la había visto.

—Creo que tenemos una espía en la librería —anunció el conde con voz ominosa.

Grace volvió a fijarse en la ventana, ya vacía.

—Ah, ¿sí? ¿Qué quiere decir?

Él meneó la cabeza con una sonrisa.

—Nada en concreto. Por lo que comentan Alec y Frank, la señorita Stone es sumamente diligente. Está muy centrada. Quizá… ¿demasiado?

—Jamás habría dicho que eso pudiera ser algo negativo aquí, con las

cincuenta y una reglas y diez mil libros que aprenderse.

—Me pone usted en mi sitio, como siempre —dijo Baskin con una carcajada.

Tras esas palabras se hizo un silencio extraño, que de nuevo a ella se le antojó sorprendentemente íntimo. Grace no estaba acostumbrada a aquello y no entendía a qué se debía. Sin saber muy bien qué añadir, miró hacia la izquierda por Lamb's Conduit, donde ahora se veía a Vivien regateando con un anticuario en la esquina de Emerald Street.

—A saber por qué se habrá exaltado ahora —comentó un divertido lord

Baskin.

—Ellen Doubleday le dijo que a *lady* Browning le encanta la porcelana de Limoges, así que Viv se ha empeñado en conseguir que le presten un juego de té para hoy.

—Ah, sí, ya me habían informado de que ahora también conoce a la señora Doubleday. ¿Eso cómo se ha producido?

Grace empezaba a pensar que los hombres de la librería quizá chismorreaban aún más que Vivien y ella.

—Porque estaba en la tienda cuando ocurrió ese horrible incidente del reloj.

—Una pena aunque, desgraciadamente, no me sorprende —dijo lord Baskin mientras le daba un reflexivo sorbo al café—. He visto cómo la miran con mala cara las turistas más acaudaladas.

—Se ponen celosas, es absurdo. Vivien jamás querría nada de ellas.

—Pero usted no lo está. Celosa, quiero decir.

—¿Cómo se puede estar celosa de una amiga tan fiel?

—Sí, está claro que ustedes dos son íntimas. —Baskin hizo una pausa

—. Que se lo cuentan todo.

El conde le dirigió una mirada indescifrable, y Grace empezó a cobrar conciencia de algo, un detalle que hasta el momento había conseguido, sin darse cuenta, obviar. En un desesperado intento por no conocerlo, se obligó a imaginarse a Gordon en casa, aún en la

cama, aún enfadado con ella por haber dejado la persiana enrollable torcida en vez de recta. Los niños habían retomado todas las clases y su marido no tenía planes para ese día, al margen de pasar el rato en el jardín y escribir a las autoridades municipales sobre el ruido de las obras de la calle.

Como si lord Baskin cogiera el hilo de los callados y reprimidos pensamientos de Grace, esta lo oyó decir:

—Recuerda usted…, no, imagino que no…, pero estaba justo aquí sentada cuando nos conocimos.

—Cuando vine a pedir el puesto de trabajo. Sí que me acuerdo.

—Yo me había dejado las llaves dentro. Otra vez.

—Y yo me había tirado el café encima. Como siempre.

—Parecía usted bastante desdichada, si me permite decírselo.

—Y usted, sumamente cordial y comprensivo. Vivien comenta que fue así como me engañó.

—¿Que la engañé?

—Para que pidiera el puesto. Sigo sin saber qué se me pasó por la cabeza.

—Yo también me lo he preguntado —repuso él quedamente.

Aquella mirada indescifrable se tornó ahora tan sentida, tan íntima, que de pronto las emociones de Baskin en aquel momento de cuatro años antes, en aquel preciso lugar, le resultaron cristalinas a Grace, mientras el resto de Lamb's Conduit desaparecía para ella: el puesto de café y su hilera de jarritas, las sillas de comedor estilo reina Ana que estaban colocando delante del anticuario, las flores de invernadero del mercado en cuyos pétalos de colo rubí se acumulaba la humedad, en el frío aire de enero.

—Bueno, mejor será que vuelva usted dentro a prepararlo todo —dijo lord Baskin, recuperando su habitual tono jovial.

El conde se levantó, le tendió el brazo y Grace lo miró aturdida hasta que se percató de que solo quería cogerle la taza. Baskin se dirigió enseguida al puesto de café, como si supiera que ella necesitaba zafarse de aquel instante. Grace se levantó lentamente del banco,

confundida por lo que acababa de suceder. ¿De veras podía resultarle atractiva a un hombre como lord Baskin? Primero la idea la halagó, luego la aterró.

Esa idea era, en muchos sentidos, ridícula. En todo caso, a veces Grace había pensado que quizá el conde (como tantos otros hombres que frecuentaban el establecimiento) sentía cierto interés por Vivien, mucho más cautivadora. Desde luego, las antiguas preferencias de Baskin en cuanto a mujeres eran las típicas de su clase. Sumamente elegante, la exmujer de Baskin destacaba en la imagen de un pícnic de empleados, antes de la guerra, que el señor Dutton tenía en su despacho, como si fuera una foto de familia. Los rasgos finos y simétricos, los marcados pómulos de la dama dominaban la estampa, resaltados gracias al maquillaje y un peinado profesional. En comparación, en las fotos familiares de Grace en la playa, sus rasgos marcados y cuadrados (a los que no faltaba atractivo) parecían haber sufrido los estragos del sol y del viento.

Pero no solo se trataba de ofrecer un aspecto adecuado para el papel.

Ella no tenía nada en común con lord Baskin, un par con título propio, un divorciado que trabajaba en el establecimiento solo porque quería, no por ninguna necesidad acuciante. El hombre vivía siempre pendiente de lo siguiente: la próxima cacería del fin de semana, el próximo baile de beneficencia, la próxima ceremonia conmemorativa. Grace ya llevaba años entregada a no pensar jamás en la promesa del futuro ni en la decepción del pasado. Así que solo se centraba en el día que tenía por delante: los platos del desayuno, las conversaciones en el trayecto del autobús, la colada olvidada en la cuerda y mojada por la lluvia. Ni siquiera en sus momentos más oscuros se planteaba Grace la posibilidad de otra cosa, de otra persona.

Y que esa persona pudiera ser lord Jeremy Baskin, undécimo conde de Baskin, jamás se le habría pasado por la cabeza, ni una vez, ni siquiera en mil años.

A través de la ventana de los despachos de atrás, Alec estuvo escudriñando la sección de Narrativa hasta que volvió Vivien del descanso, sosteniendo piezas de Limoges.

—Te estás tomando muchas molestias —le comentó mientras ella dejaba la cara taza y el platillo en el armario situado detrás de la mesa del señor Dutton.

—Lo que importa son los detalles, Alec. Precisamente tú deberías

saberlo.

—Hablando del tema, casi se me olvida… —Alec metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó un pequeño objeto envuelto en papel y lo depositó en la palma de la mano de Vivien—. He pedido que graben una inscripción.

Ella alzó la cabeza bruscamente.

—Lo siento. —Alec vaciló al percatarse de la referencia no intencionada al reloj de Cartier—. Palabras poco afortunadas.

—No me sorprende —replicó ella de forma cortante.

Desenvolvió la pequeña placa de latón con un soporte de metal en la parte posterior, luego lo miró con curiosidad y casi con ternura… ¿o se lo había imaginado Alec?

—Señorita Vivien Lowry, directora —leyó ella en voz alta.

—He encargado que te lo hicieran enfrente, en Colworth.

Alec no mencionó su reciente visita a Dulwich ni la resistencia del señor Dutton a cualquier futuro ascenso para ella. Esta resistencia había llevado a Alec a encargar la placa a principios de esa semana, y también por eso le costaba cada vez más observar la iniciativa y los esfuerzos de Vivien en el trabajo. Al mismo tiempo, Alec empezaba a desarrollar su propia idea del establecimiento, con la que esperaba que dentro de poco fueran irrelevantes las decisiones del señor Dutton sobre Vivien o sobre cualquier otra cuestión.

—Un movimiento muy interesante por tu parte, Alec.

—Esto no es una partida de ajedrez, Viv.

—Ah, ¿no? —Ella mostró una infrecuente pero breve sonrisa antes de añadir en tono neutro—: Pero tendré que quitarla cuando regrese el señor Dutton.

—Por ahora, disfrútala. Quién sabe qué pasará.

Prestando gran atención a esas imprecisas palabras, Vivien retomó su suspicacia habitual:

—¿Tú sabes algo?

—Vi al señor Dutton el domingo —respondió Alec, que ahora eligió

las palabras con mayor cuidado—. El hombre tiene un aspecto horrible.

Podríamos seguir sin él una temporada larga. He pensado que, dadas las circunstancias, se imponía un reconocimiento más formal de tu nuevo cometido.

Vivien continuaba entornando los ojos, pero él notó que un leve y complacido gesto se le empezaba a formar en los labios. Alec apartó la vista cuando ella captó su mirada.

—¿Y cómo se te ocurrió lo de Du Maurier? —le preguntó para cambiar de tema.

—Nos presentó una clienta. Ellen Doubleday. Muy amiga de *lady* Browning. —Vivien hizo una pausa, claramente complacida con el gesto de sorpresa del hombre—. Así que prepárate, Alec.

Capítulo 19

REGLA NÚMERO 40

LOS ACTOS EN LA LIBRERÍA DEBEN DESARROLLARSE CON EL MÁXIMO DECORO

POR PARTE DE EMPLEADOS, ASISTENTES Y PONENTES.

—La verdad es que no veo qué relación guarda eso con el tema.

Daphne du Maurier ocupaba una butaca baja en la segunda planta de Libros Bloomsbury y se dirigía al periodista que estaba delante de ella, sosteniendo un cuaderno y una pluma. En una mesita redonda situada al lado de la célebre escritora descansaban la taza y el platillo de Limoges.

Toda la sección de Historia se había dedicado al evento; el capitán Scott había accedido a regañadientes a pasar el resto de la tarde en el *pub* de la zona.

El reportero dejó que se apagaran las risitas en la sala antes de proseguir:

—Los críticos podrían sostener que situarse dentro de las fronteras del género, la casa misteriosa, el paisaje amenazador, el hombre atractivo pero poco fiable, reduce el valor del texto en lo tocante a la innovación y, por decirlo de algún modo, la penetración psicológica.

—Pero ¿y el efecto que tiene esto sobre la historia…? —Du Maurier alargó la última palabra, con una frustración apenas disimulada.

Eran las 13:30 de un jueves y la autora de *Rebeca* y *El río del Francés*, célebre por ser celosa de su intimidad, se encontraba ante un grupo mayoritariamente de mujeres, sentadas en sillas plegables de madera, con

varios periodistas formando una fila detrás de ellas. Vivien había quedado encantada cuando Evie había hablado de un impreciso contacto en el mundo teatral de Londres, que podía proporcionar más asientos sin gasto alguno.

En aquel momento, Vivien no había preguntado más sobre esta sorprendente conexión. Los trabajadores de Libros Bloomsbury estaban aprendiendo rápidamente que la señorita Stone no contaba nada personal de no ser estrictamente necesario.

—La novela como forma no se limita a la trama —insistió el periodista

—. Se podría argumentar que, al enfatizar tan abiertamente el paisaje y el entorno, y al emplear conceptos fantásticos como los sueños o las visiones para crear suspense…

Du Maurier se inclinó levemente hacia delante y entrelazó las manos sobre el regazo.

—Creo que la palabra que usted busca denodadamente es «gótica».

El crítico del *Daily Mail*, a quien Alec se había empeñado en invitar al acto, carraspeó un poco.

—¿No quiere decir usted «romántica»?

Grace, situada a un lado de la señorita Du Maurier, se mordió el labio.

—Creo que sé lo que quiero decir. Ese es el privilegio —añadió la invitada de honor con una encantadora sonrisa a las mujeres del público—

de toda escritora, de toda mujer.

A Vivien le pareció que aquel era el momento perfecto para seguir avanzando en lo que se estaba convirtiendo en una conversación de lo más tensa. Dio un paso adelante desde donde estaba junto a Grace y anunció:

—Nos queda tiempo para una pregunta más del público.

Una mujer atractiva, vestida completamente de negro como Vivien y más o menos de su edad, se levantó. Tenía unos cálidos ojos castaños, como de cierva, unos labios carnosos pintados de un intenso rojo cereza y un frondoso cabello castaño tan despampanante que, por una vez, Vivien lamentó llevarlo tan corto.

— *El muñeco*.

La señorita Du Maurier se apoyó en la butaca mientras se llevaba involuntariamente la mano derecha a los labios, recordando de pronto.

—Ah. Qué interesante. ¿Y usted es…?

—Sonia Brownell Blair.

Todos los miembros del público volvieron la cabeza para contemplar a aquella impresionante mujer.

—Y ¿podría preguntarle dónde ha leído mi cuento?

—En *Horizon*. Fui asistente del señor Connolly.

—¿La revista de Cyril? Acaba de cerrar, ¿verdad? Le presento mis condolencias. —Du Maurier, sin embargo, no parecía en absoluto afectada por la noticia.

—Sí —contestó la mujer con voz vacilante.

—Me estaba contando dónde lo había leído.

—Si. —La mujer titubeó de nuevo—. El señor Connolly lo obtuvo de los archivos de *The Criterion*, después de que el señor Eliot también cerrase su publicación.

Moviendo los labios, Vivien le indicó las letras «T» y «S» a Grace, que estaba con la boca abierta mientras contemplaban cómo las dos mujeres discutían a qué publicación pertenecía el relato, un asunto que sin duda era privado.

—Entonces usted es una de las dos personas del mundo que lo ha leído

—prosiguió Du Maurier, con una infrecuente modestia—. Aunque reconozco que traté de darlo a conocer mucho más ampliamente. Sin obtener resultados, he de decir.

—Es un cuento muy potente.

—Siempre digo que las mujeres quieren que el amor sea una novela; los hombres, un relato breve. —Du Maurier dirigió una vivaracha sonrisa a la sala, mientras las mujeres del público reían animadamente.

Vivien dirigió la vista a Alec, que observaba desde el otro lado de un estrado improvisado. No parecía que aquello le hiciera tanta gracia.

—Creo que apenas tenía usted veintiún años cuando lo escribió.

—En realidad —la corrigió la escritora con una sonrisa de orgullo—

solo tenía veinte.

—Con el tremendo éxito que ha conocido desde entonces, ¿por qué no trata de publicarlo de nuevo?

La señorita Du Maurier paseó la mirada por la sala de matronas maduras y amas de casa que se habían ilusionado al saber de un evento que,

cómodamente, no tenían que comentar con sus maridos, pues se desarrollaba en medio de las compras del día.

Vivien y Grace habían acertado de pleno al suponer aquello, así como con toda la iniciativa. Que una persona de la reputación de Daphne du Maurier leyese un fragmento de la obra que tenía entre manos, un nuevo manuscrito titulado *Mi prima Rachel*, y que además aceptase preguntas al azar del público, estaba resultando ser un triunfo rotundo para la librería.

—Creo que *El muñeco* ya pertenece demasiado al pasado, y también está demasiado adelantado a su tiempo, para aquellos que dirigen el mundo de la edición.

—Hombres, se refiere.

—Sí, de eso no cabe duda —contestó la autora con una carcajada.

—Mi difunto marido habría coincidido con usted. Me aseguró que, un día, un hombre escribirá el mismo relato, dentro de cincuenta, sesenta años, y entonces todos le prestarán atención.

Vivien vio que Ellen Doubleday, sentada de forma anónima entre el público, se inclinaba hacia delante al oír esas palabras en su silla de la

última fila.

—¿Su difunto marido?

—Eric Blair —dijo la mujer mientras asentía—. Era un gran admirador de sus relatos breves. Afirmaba que, desde luego, están décadas adelantados a su tiempo.

Vivien respiró profundamente y, mirando a Grace, formó en silencio las palabras «George Orwell».

—Ah, entonces usted debe de ser Julia. —Ahora Du Maurier y la otra mujer se sonrieron, como mostrándose compasión secretamente.

—Pero ¿no ha dicho que se llamaba Sonia? —le susurró a Vivien una confundida Grace.

—Ay, Dios mío. Creo que hablan de la Julia de 7984 —contestó Vivien, en cuya voz se reflejaba la magnitud del encuentro que se desarrollaba ante ellas. Esperaba que la prensa local allí presente hubiera caído en la cuenta tan deprisa como ella. La primera comida literaria de Libros Bloomsbury podía acabar pasando a los anales de la historia sin que dos poetas de sexo masculino acabaran a mamporros.

—Bueno, querida, entonces sí que le presento de veras mis condolencias. Ha debido de ser muy difícil venir, cuando ha pasado tan poco tiempo.

La joven esbozó una leve sonrisa de gratitud que enseguida se borró.

Solo entonces se notó hasta qué punto sus rasgos, por lo demás bellos, habían sido recientemente ensombrecidos por la pena.

—¿Quieren que les hable un poco de *El muñeco* antes de terminar?

Du Maurier dirigió la vista al público, que enseguida asintió entre murmullos. Ese intento por cambiar de tema le inspiró a Vivien un cariño especial. Al invitar a la famosa escritora a que inaugurase la serie de comidas literarias de Libros Bloomsbury, en un primer momento Du Maurier se había mostrado reticente y había mencionado que ella siempre prefería la intimidad. Ellen Doubleday había acabado interviniendo, y le había explicado que un evento semejante afianzaría sin duda a Vivien en su nuevo puesto de directora.

A medida que el acto se fue desarrollando, a Vivien la aliviaron mucho las respetuosas preguntas sobre el proceso de escritura, que a

la autora indudablemente le gustaba comentar. Para entonces, Vivien ya se había visto un par de veces con Daphne du Maurier y sabía que esta, desde luego, sabía conectar con la gente. Todas y cada una de las respuestas que daba ese día solo cautivaban aún más a los encantados espectadores.

— *El muñeco* solo trata de eso: de una especie de autómata mecanizado que es capaz de colmar los deseos físicos de una mujer.

Corrió entre el público una audible y colectiva exclamación ahogada. A Vivien se le iluminó el rostro; de forma ostensible, el pánico empezó a adueñarse de Alec.

El gerente dio un rápido paso adelante desde donde estaba, pero Vivien le indicó con un gesto inmediato que se detuviera. Según las intocables reglas del señor Dutton, el director de cada sección tenía la última palabra en todos los detalles de cualquier evento que decidiese promover y llevar a cabo.

—Aunque, como es lógico —continuó alegremente Du Maurier—, en realidad no trata de eso, sino de cómo a las mujeres se las empuja a avergonzarse, fundamentalmente por parte de los hombres, por desear lo

mismo que ellos. Por proporcionarles a los hombres justo aquello que ellos nos aseguran desear. El muñeco es, quizá, una solución.

Ahora Alec ya fulminaba a Vivien con la mirada y se señalaba el reloj Patek Philippe. Esta lo miró sin expresión alguna y siguió prestando atención a la invitada.

—¿Una solución? —inquirió uno de los periodistas.

—Sí, para la protagonista del relato —suspiró la autora—, que vive en Bloomsbury y se llama Rebecca. Interpreten como quieran esas coincidencias. —Guiñó un ojo a los asistentes por esa referencia parcial a su obra más famosa.

—No estará proponiendo usted que las esposas y madres en la vida real…

Du Maurier alzó la mano para acallar al hombre.

—Estoy harta de estas bobadas. Le ruego que me muestre la misma deferencia con la que trata los textos de mis colegas masculinos, y que no dé por sentada una conexión con la vida real. Ni con la mía.

Unos cuchicheos de aprobación comenzaron a extenderse entre el público, seguidos por el inicio de lo que acabó convirtiéndose en un aplauso atronador a esta última afirmación de la escritora sobre la cuestión.

Sin hacer caso aún a las miradas asesinas de Alec, Vivien decidió que ese era el momento inmejorable para concluir el acto y avanzó para dirigirse a la sala.

—Permítanme que dé las gracias a la señorita Du Maurier por haber compartido con nosotros su obra y su valioso tiempo. Sé que hablo por todos los presentes si digo que ha sido un tremendo privilegio. En nombre de Libros Bloomsbury, me gustaría expresar nuestro agradecimiento y nuestro cariño más sinceros.

De nuevo resonaron los aplausos en la sala. Varias mujeres se lanzaron al frente con la esperanza de mantener una breve charla con la famosa autora. Uno de los reporteros llamó a Vivien y le preguntó si podía hacerles una foto a Du Maurier y a ella juntas. Vivien le pidió que incluyera también a Evie y a Grace, que habían ayudado en la organización. La fotografía resultante acabó en la parte más destacada de las páginas de sociedad de la edición matutina de *The Times*. Esto produjo un incremento de un veinte

por ciento sobre la clientela de la semana anterior y una concatenación de acontecimientos de los que Libros Bloomsbury jamás se recuperaría.

Capítulo 20

REGLA NÚMERO l8

EL CONSUMO DE ALCOHOL O LICORES EN EL RECINTO DE LA LIBRERÍA QUEDA TERMINANTEMENTE PROHIBIDO.

Esa tarde, Vivien y Grace no salieron juntas a las 17:30 en punto para coger el autobús de vuelta. En cambio, el personal de Libros Bloomsbury, sin el ausente capitán Scott, organizó una improvisada reunión tras el cierre para celebrar el éxito de su primera comida literaria. Grace llamó a casa para decirles a los niños que iba a trabajar hasta tarde y darles las buenas noches, algo que nunca había hecho hasta entonces en todo el tiempo que llevaba en la tienda. Entretanto, Vivien sacó la bandeja de copas de cristal para jerez, y la botella a juego, que se guardaban en un armario del despacho del señor Dutton. A lo largo de los años, este solo había consentido en usar aquello en dos ocasiones: en un chinchín cada Nochebuena para

conmemorar el inicio de las festividades, y en un brindis cada 12 de mayo para celebrar la coronación del rey Jorge VI en 1937.

Evie se reunió con las otras mujeres de la tercera planta y con Alec, que salió del despacho en parte para vigilar a la triunfante Vivien. Lord Baskin reapareció, procedente de una cita a última hora de la tarde en otro punto de la ciudad, y Ashwin Ramaswamy sorprendió a todo el mundo al subir del sótano para participar también. Por lo visto, el señor Allen pasaba en Devon la segunda parte de la semana; el señor Dutton seguía convaleciente en casa.

A las 19:00, los empleados se congregaron en torno a la caja registradora en una rara muestra de compañerismo y usaron el mostrador como una suerte de barra en la que dejar las bebidas; entonces se oyeron unos fuertes golpes en la puerta.

Grace respiró profundamente. «Gordon», musitó, mientras lanzaba a Vivien una mirada de desesperación en la que también había un aviso.

Sin mediar palabra, Grace se dirigió al vestíbulo de la entrada y cerró la puerta interior antes de abrir la de la calle. Al principio nadie distinguió qué decía su marido. Solo veían que Gordon señalaba la dirección de su casa con airados gestos, mientras Grace trataba sin éxito de calmarlo colocándole ambas manos en el pecho. A pesar de los intentos de Grace por aplacar a su esposo, sus dos voces se convirtieron en gritos a la vez.

—Quizás debería intervenir… —propuso lord Baskin.

Vivien negó con la cabeza. «No, por favor. Creo que es lo último que necesita Grace». No explicó por qué o cómo lo sabía. Llevaba cierto tiempo sin pensar en las reacciones similares de su madre. Pero, por lo poco que Grace le había contado de Gordon, Vivien había reconocido las señales: las quejas incesantes, la culpabilización ajena, las pruebas constantes a los vínculos y los afectos de la familia. El carácter rebelde de Vivien había brotado en el invernadero del temperamento turbulento y opresivo de su progenitora. Vivien se había trasladado a Durham a estudiar, y después a Londres para trabajar, en parte para escapar de todo aquello. Siempre se había preguntado cómo conseguía Grace convivir con eso, y ahora entendió que no lo lograba, sino que lo sufría.

El resto de los empleados siguieron observando incómodos cómo Grace al fin levantaba los brazos frustrada y abría la puerta interior del vestíbulo.

Estaba a punto de cerrarla a su paso cuando Gordon la empujó para entrar, lo que la hizo tambalearse.

—Esto es el colmo. —Lord Baskin se abalanzó sobre Gordon y lo cogió por el codo—. Eh, amigo, ¿por qué no salimos tú y yo a la calle y tenemos una charlita, eh?

Baskin no aguardó la respuesta. Como medía diez centímetros más que Gordon Perkins, usó esta ventaja en cuanto a altura y arrastró al otro hombre a la acera. Grace se quedó en el interior, con la cabeza gacha, sin

poder mirar ni a Vivien ni a nadie a la cara.

Tras un minuto de incómodo silencio, Vivien se acercó a Grace y le pasó suavemente el brazo por los hombros.

—Igual deberías irte a casa —le dijo en tono quedo—. Evie y yo podemos recogerlo todo.

Grace negó firmemente con la cabeza.

—No, estoy bien. Voy a echar una mano.

—Grace…, es mejor que ahora lo sosiegues un poco, ¿no crees?

Ante el tono más insistente de Vivien, Grace fue a coger en silencio el abrigo y el bolso del despacho de atrás, y no se despidió al salir de la librería.

Como era evidente que la fiesta había concluido, Alec apuró lo que le quedaba de jerez y dijo:

—Necesito tomar el aire. —Miró a Ash—. ¿Va usted a su casa?

Los dos hombres se marcharon juntos, dejando a Evie y a Vivien solas en el establecimiento.

—Yo recojo y cierro —le dijo Evie a Vivien—. Usted ya ha trabajado suficiente por hoy.

Vivien percibió en la mirada de la muchacha la confusión y la desilusión que a todos les inspiraba la situación matrimonial de Grace.

—No te preocupes por las copas, Evie, aunque gracias. —Vivien le dirigió una sonrisa de agradecimiento—. Creo que basta con que lo recoloques todo en la sección de Historia para que a Scott no le dé

mañana un síncope al entrar.

Mientras Evie subía al piso superior, Vivien se quedó tras el mostrador de caja, aguardando el regreso de lord Baskin. No le sorprendió que este volviera a entrar al cabo de unos minutos visiblemente molesto.

—Los he metido en un taxi —declaró con una brusquedad infrecuente.

—Ha sido lo mejor.

—Vivien.

—Dígame, lord Baskin.

El hombre meneó la cabeza y se sacó el pañuelo con las iniciales bordadas del bolsillo de la chaqueta, para limpiarse bien las manos, como si sintiera asco.

—Es la primera vez que ocurre —le informó Vivien—, si era eso lo que quería saber.

Él la miró de un modo de lo más curioso.

—Pues menos mal. Si hubiera pasado más veces, espero que alguien me lo hubiera dicho.

A Vivien siempre le había llamado la atención la continua presencia del conde en la librería. Al principio pensó que quizá ella le gustaba. No era raro que pensara esas cosas: sucedían con cierta frecuencia. Pero llevaba tiempo teniendo claro que no era ella quien interesaba a lord Baskin. Al pillarlo con la mirada puesta en Grace, varias veces a lo largo de la comida cuando pensaba que nadie se fijaba en él, las sospechas de Vivien se acababan de ver felizmente confirmadas.

—No creo que haya muchas posibilidades de que eso suceda, si me permite que se lo diga.

—¿Porque soy conde?

Vivien soltó una carcajada. Le caía bien lord Baskin, pero a veces era muy suyo.

—No, porque es usted el dueño.

—Pero si a veces trabajo aquí.

—Lo cual resulta aún más curioso. ¿Por qué no se desentiende? A no

ser que aquí haya algo más que le interese. —Vivien alzó una preciosa, enarcada ceja—. Aparte de los libros.

Lord Baskin movió la cabeza con un gesto divertido. Vivien sabía que podía hablarle de este modo y que él no se acabaría ofendiendo. Estaba claro que al conde le gustaba charlar y, a su vez, a ella le gustaba la forma evidente en que este valoraba a las mujeres, con un respeto innato. De pronto, Vivien se acordó de Alec sin venir a cuento, lo que le produjo un súbito sonrojo de rabia.

—Bueno, por sentimentalismo —dijo él.

—Eso es una bobada, si me lo permite.

Lord Baskin la escudriñó. Vivien notó que el hombre no tenía la menor idea de si podía confiar en ella o no. Lo cierto es que no debía. Para empezar, ella era plenamente leal a Grace y a su felicidad. Además, a Vivien no le interesaba facilitarles la vida a ninguno de los hombres de

Libros Bloomsbury, ni siquiera a lord Baskin y su sorprendente cuestión amorosa. Si el conde llegase a abrirse a ella, Vivien solo reaccionaría en función de lo que más conviniese a su amiga. Durante mucho tiempo, había aceptado a regañadientes que lo que le más le convenía a Grace era seguir casada.

Esa noche, no obstante, había cambiado aquello: esa noche, Vivien tenía otra cosa por la que enfadarse.

Siempre le había molestado que la observación de las reglas y la jerarquía servía fundamentalmente para proteger y ascender a los hombres.

En su papel de directora suplente, Vivien había hecho todo lo posible por beneficiarse de los férreos límites de Dutton. Entretanto, parecía que Evie Stone hacía todo lo posible por pasar desapercibida, por estar ausente y olvidada, y Grace no perdía su talante conciliador, creyendo que todo se hacía mejor mediante el consenso. Vivien disentía profundamente con su amiga en lo referente a esa actitud.

Lo que a Vivien le dolía ahora era percatarse de que esa misma actitud, en casa, había producido el episodio de esa noche y, tal como ella misma sabía por experiencia, los de demasiadas noches más. Pero, si Grace debía poner fin a su matrimonio, ¿adónde o a quién iba a recurrir, con dos niños a su cargo?

—Por eso lo de hoy era tan importante para Grace y para mí —

prosiguió Vivien, preguntándose hasta qué punto podía lograr que Baskin viera las cosas desde la perspectiva de ambas—. La oportunidad de hacer algo solas, por una vez.

—Han logrado ustedes dos toda una hazaña, eso desde luego. Alec estaba verde de envidia. Eso lo echaré de menos cuando vuelva Herbert.

Vivien estaba metiendo su cuaderno de espiral en el bolso, con ganas de desarrollar más tarde su rabia a través de la escritura, cuando se detuvo para mirar fijamente al conde.

—¿Cuándo vuelva Herbert?

—Sí, acabo de verlo. Está empeñado en regresar el mes que viene a su puesto de gerente, a pesar de las órdenes del médico.

—Entonces, seguramente Alec tendrá que volver a su antiguo puesto.

Igual que yo —dijo Vivien con un resoplido.

—Seguramente —contestó Baskin con voz suave.

—Usted y yo sabemos que el señor Dutton jamás me ascenderá a asistente del director, por mucho que este mes haya demostrado mi temple, por mucho que el número de clientes y las ventas hayan subido, a pesar del éxito y la publicidad de hoy.

Lord Baskin solo pudo asentir a regañadientes ante la contundencia de Vivien.

—Ha hecho usted un trabajo ejemplar, eso no se lo puede discutir nadie.

—Entonces, ¿cómo se justifica?

—El señor Dutton, como gerente principal —contestó Baskin tras carraspear—, jamás le daría ese puesto de forma permanente a una mujer.

—Y ¿usted está de acuerdo?

—En absoluto. Pero esa decisión no la tomo yo.

Vivien se fijó en la carpeta con las reglas y procedimientos, que estaba

guardada en una esquina del mostrador.

—La regla cuarenta y cuatro.

Ahora a Baskin no le quedó más remedio que soltar una carcajada.

—Me alegra que le haga tanta gracia.

Él le posó la mano derecha en el antebrazo de un modo tan cordial que aquello la pilló desprevenida. De pronto, lord Baskin no parecía el enemigo.

—Usted es el dueño. ¿No puede cambiar nada de esto?

—Desgraciadamente, no. Voté para que se volvieran a aprobar las reglas y procedimientos actuales en la última junta de accionistas. Sí, aunque no lo crea, Herbert también nos obliga a acatarlas.

—No lo dice en serio.

—Vivien, ya sabe usted cómo es. Todo está aprobado hasta el próximo año fiscal, que empieza el 1 de enero de 1951.

—Y ¿quiénes son los accionistas?

A Vivien le resultaba increíble no haber pensado antes en cómo se estructuraba la propiedad. Tampoco creía que Grace supiera nada al respecto, pues solo accedía a las cuentas. Por lo que Vivien tenía entendido, los registros empresariales y los libros detallados se encontraban bajo siete llaves en uno de los muchos archivadores del señor Dutton.

—Solo Herbert, Frank y yo. Ahora mismo conservo la mayoría con el

cincuenta y un por ciento, Herbert el treinta y dos, por cada uno de sus años de servicio, y Frank diecisiete, por cada uno de los suyos.

—¿Solo cincuenta y uno? Eso es quedarse muy corto.

Lord Baskin apoyó los codos en el mostrador antes de lanzarle a Vivien una sonrisa casi traviesa.

—¿Qué sucede? —inquirió ella con suspicacia.

—Nunca tuve la intención de seguir tanto tiempo con la librería. A mi madre leda igual, eso desde luego.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho?

Él soltó otra carcajada.

—No, Vivien, por mucho que la aprecie no le voy a contar todos mis secretos esta noche. —Titubeó—. Frank y Herbert llevan desde el final de la guerra con la intención de comprarme la librería. Bueno, los bienes muebles y el nombre comercial, al menos. La familia no quiere desprenderse de más propiedades.

—¿El señor Allen y el señor Dutton juntos?

—Ajá. Sospecho que quieren unir el lado de la dirección con el de la propiedad. Ya sabe usted que no hemos obtenido grandes beneficios desde hace años; al menos, no hasta este mes, gracias a la iniciativa de Grace y de usted. Lo justo para pagarlo todo, y a todos.

—Entonces, ¿el año que viene…?

—El año que viene se iba a hacer el traspaso. La idea es que Herbert y Frank tengan el cincuenta y uno por ciento juntos y me compren mi parte, con lo que al menos empresarialmente yo quedaría fuera. —Dio la impresión de que lord Baskin se pensaba mejor estas últimas palabras, porque dejó de hablar, por lo que Vivien se de hizo del cuaderno y el bolso para cruzar los brazos.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

Lord Baskin se enderezó y dio unos golpecitos con los dedos en el mostrador, de forma casi soñadora.

—Aprecio a Herbert y a Frank, siempre lo he hecho. Le han prestado un buen servicio al establecimiento.

—¿Pero…?

—Pero no han sido los únicos, y en circunstancias complicadas, como

hemos visto esta noche. —Hizo una pausa—. ¿Sabe usted lo que es el capital social?

A Vivien le dolió negar con la cabeza. Nunca le había prestado atención a la vertiente financiera de su lugar de trabajo; ahora se percataba de todo lo que tendría que haber hecho.

—Bueno, pues yo tengo cincuenta y una acciones. Según la contabilidad, ahora mismo cada acción vale cincuenta libras.

—Entonces, ¿pueden comprarle su parte aproximadamente por dos mil quinientas libras?

—Efectivamente. La librería siempre se mantiene a duras penas, y hemos logrado no entrar en números rojos con la venta de un par de acciones al año.

—Pero ¿cómo mantendrían eso el señor Dutton y el señor Allen siendo los únicos dueños?

—Imagino que cobrarían menos, y seguirían a trancas y barrancas.

—Pero ¿para qué?

—Creo que se apoyan en el supuesto —contestó Baskin encogiéndose de hombros— de que las cosas empezarán a mejorar al fin a medida que vayamos dejando atrás la guerra. Pero coincido: tienen que producirse un crecimiento agresivo, un cambio y una mejora significativos, para que se pueda mantener mucho más tiempo la librería. —El conde se acercó a la percha de la entrada, cogió el abrigo y el sombrero, la miró con una sonrisa y añadió—: No todo el mundo es capaz de lograr eso.

Vivien se quedó a solas en el mostrador, todavía acalorada por el éxito del acto del día, sin poder acceder a los registros empresariales, y habiendo olvidado que Evie Stone seguía un piso por encima.

Capítulo 21

REGLA NÚMERO 24

LOS EMPLEADOS NO DEBEN UTILIZAR LOS CONOCIMIENTOS LOGRADOS EN EL

TRABAJO PARA OBTENER UN BENEFICIO PERSONAL.

Evie Stone se había quedado sola al fin en Libros Bloomsbury.

Hacía mucho que había dejado de buscar una oportunidad semejante durante la jornada en sí. Alec o Ash siempre eran los primeros en llegar por las mañanas. Aparte de la motivación profesional de Alec, ambos eran quienes residían más cerca del establecimiento: Ash en un hostal para hombres indios, en el cercano West End, y Alec a un corto trayecto de metro en Knightsbridge, donde había heredado un apartamento de una tía soltera que lo adoraba. El viaje de Evie desde las habitaciones de Charlotte en Richmond duraba mucho más,

aunque seguía madrugando por la costumbre adquirida en la granja familiar y en su época de sirvienta.

Alec también era el último en marcharse por las noches, sobre todo ahora que se afanaba en cumplir con las responsabilidades que había adquirido como gerente interino. Solo la correspondencia del señor Dutton era tan cuantiosa que Alec pasaba casi toda la jornada leyendo todos los

«gajes del oficio» y dictándole a Grace las respuestas, y dejaba las tareas solitarias para después del cierre.

Mientras buscaba *¡La momia!* , Evie había tratado de ser una recién llegada discreta y no llamar la atención. Como ya había revisado los miles de volúmenes almacenados en el tercer piso, había empleado las pausas

programadas para explorar las otras secciones del modo más informal, pero concienzudo, que pudo. Ash parecía contento sin más de tener compañía, y Vivien estaba demasiado atareada reorganizando a conciencia toda la sección de Narrativa para fijarse mucho en otra cosa. Hasta esa noche, solo el departamento del capitán Scott le había estado vedado, pues sus esporádicas apariciones en la puerta siempre habían sido recibidas con un gruñido y un brusco recordatorio de la regla número veintiuno.

Mientras plegaba las sillas suplementarias para la comida tras la interrumpida celebración, Evie estuvo pendiente del sonido de la campanilla que señalaba la partida de lord Baskin y de Vivien. En realidad había estado escuchando más cosas mientras recogía: muchas veces se preguntaba si el elegante pero maduro Baskin albergaría sentimientos amorosos hacia Vivien, lo que no sería de extrañar, teniendo en cuenta lo carismática y atractiva que era la suplente directora de Narrativa.

Pero la conversación entre ambos había sido de lo más tediosa, no habían hecho más que hablar de capital social, reuniones anuales y años fiscales. Evie solo había oído con claridad algunos fragmentos, lo suficiente para saber que hablaban de negocios, una disciplina que jamás le había interesado gran cosa. Evie se negaba a creer que el valor pudiese incrementarse o crearse artificialmente: algo era especial o necesario, o no lo era. Ese era uno de los motivos por los que los continuos intentos de Grace por promocionar mejor el establecimiento le parecían incomprensibles. Ella creía que los libros hablaban por sí mismos. Solo había que hallarlos, y ahí estaba lo

divertido.

Ahora, a Evie se le aceleró el pulso ante la posibilidad de que fuera en esa segunda planta donde *¡La momia!* había estado oculta desde el principio. Era posible que al cabo de poco tuviera al alcance de la mano el motivo primordial por el que había entrado a trabajar en Libros Bloomsbury; de lo contrario, no tenía la menor idea de qué haría.

Curiosamente, Evie tampoco estaba segura de qué haría si lo hallaba.

No tenía bastante dinero para pagar el precio de venta, que, seguramente, no bajaría de las veinte libras por las que el señor Allen lo había adquirido en la subasta, casi cuatro años antes. Evie no se atrevía a contarle a nadie más cuál era el posible valor del libro, ni a pedir ayuda para comprarlo. A su

entender, aquello constituiría una violación implícita de la regla veinticuatro: «No utilizar los conocimientos obtenidos en el trabajo para obtener un beneficio personal». Aunque podía intentar ocultarlo en algún otro punto de la tienda, con la esperanza de impedir que se lo llevase cualquier cliente, Evie consideraba que aquello era semejante a un robo y tampoco era manera de tratar un libro.

Decidió que se preocuparía por los siguientes pasos si llegaba a tener la suerte de encontrar el texto tanto tiempo olvidado. Al oír que sonaba la campanilla primera vez con la salida de lord Baskin y, al cabo de un par de minutos, con la de Vivien, Evie empezó enseguida a buscar en las estanterías de la segunda planta cualquier libro sobre egiptología, pues sabía lo mucho que aquel tema aún fascinaba a los lectores británicos. Albergaba la fuerte sospecha de que el capitán Scott no leía ninguno de los libros de su sección. En cambio, muchas veces se lo veía estudiando mapas antiguos de sus anteriores viajes marítimos, lupa en mano. Evie se planteó la posibilidad de que Scott le hubiera echado un vistazo al título, a su anónima autoría, y lo hubiese dejado sin pensar en algún estante. Quizá al lado de un tomo sobre las campañas napoleónicas, o del desciframiento de los jeroglíficos por parte de Champollion.

Mientras avanzaba por distintas estanterías, pasó los dedos metódicamente por los lomos, uno tras otro. Según su catálogo manuscrito, buscaba tres volúmenes, todos encuadernados en piel con tapas jaspeadas y letras doradas. Aquello no podía llevarle mucho tiempo: casi todos los libros de la sección de Historia eran de entreguerras, muchas veces con fundas modernas para proteger la

encuadernación.

Tras repasar los estantes del fondo, los más cercanos al escritorio de Scott, Evie fue avanzando con diligencia, libro a libro, hasta que llegó a la pared occidental, que daba a la calle. Lamb's Conduit estaba vacía y en calma; una hilera de farolas de gas confería un brillo fantasmal a la poca nieve que caía. Tras un suave inicio de enero, en los días anteriores la temperatura apenas había superado los cero grados.

La calefacción se había apagado durante la noche, y Evie se arrebujó en su rebeca azul al notar un escalofrío. No obstante, tenía suficiente experiencia para saber que el hormigueo que sentía no solo era por la baja

temperatura, sino que era *fingerspitzengefühl*, algo que solo había notado unas pocas veces a lo largo de su corta vida, a pesar de los miles de libros que habían pasado por sus manos. Esa sensación era el Santo Grial para una amante de los libros como ella: la consciencia de estar ante algo especial u ominoso.

En efecto, se dirigió a la siguiente serie de estanterías y ahí estaba, metido entre un libro de los monumentos de Guiza y un viejo atlas del Nilo.

La mano de Evie se quedó suspendida en aire delante del conjunto de los tres volúmenes, y el corazón le empezó a latir con tanta fuerza que, al principio, no advirtió los extraños ruidos que llegaban del piso de abajo.

Sacó con mimo el primer volumen y le dio la vuelta; dejó que las letras de oro del lomo reflejaran la luz de la luna y entonces lo abrió por la primera página. Sí, era la primera edición procedente de la biblioteca de la Chawton Great House, pero, antes de que pudiera seguir leyendo, un fuerte estrépito resonó por las tablas del suelo que pisaba.

Ya hacía tiempo que habían dado las ocho, y todo Lamb's Conduit debía estar vacío a excepción de los *pubs* del final de la calle. Pero había alguien en el interior de la librería.

Evie dejó el primer volumen en su sitio y empezó a bajar los escalones de puntillas. Al llegar al pequeño descansillo donde se producía el giro de la escalera más cercano a la puerta de la calle, escudriñó la planta principal por si había un ladrón. Las dos puertas del vestíbulo parecían cerradas y sin forzar; la ventana salediza, intacta; la caja registradora, bien cerrada.

Era evidente que el sonido provenía de los despachos del fondo. Evie avanzó con paso vacilante junto a la pared, manteniendo la cabeza por debajo de la franja de luz lunar que se extendía por el pasillo, ante ella. No había vuelto a aquella zona desde el día de la entrevista, cuando había atendido al señor Dutton en la alfombra deshilachada del despacho y poco después la habían contratado, como si aquello hubiese sido, de un modo u otro, inevitable. Parte de su destino, empezando por el hallazgo de la carta de Thackeray en los archivos de la biblioteca del Trinity College, pasando por el paseo bajo la nieve tras la desastrosa entrevista con Christenson, hasta el hallazgo final de esa noche en la librería.

Cuando miró por la pared de cristal que Grace compartía con el señor

Dutton, Evie siguió sin distinguir nada. Había esperado no tener que acercarse demasiado: no quería ni imaginar todas las explicaciones que tendría que dar si otro empleado había vuelto y se la encontraba ahí agazapada, caminando de puntillas en la oscuridad.

Evie alcanzó la puerta del despacho del gerente, dirigió la vista a la misma alfombra desgastada e inmediatamente salió corriendo del establecimiento. No se detuvo a coger aliento hasta que estuvo tan lejos como sus piernecitas pudieron llevarla.

Capítulo 22

REGLA NÚMERO 10

LOS EMPLEADOS DEBEN COMPORTARSE DE UN MODO ADECUADO A SU PUESTO, TANTO DENTRO COMO FUERA DE LA LIBRERÍA.

Eran las dos de la mañana y ni Vivien ni Alec podían dormir. Ella deambulaba cerca de la entrada de la librería y solo una lamparita del mostrador de caja le iluminaba el camino; iba desnuda bajo la gabardina marrón de Alec. Él solo llevaba pantalones y tirantes mientras se encontraba en la pequeña cocina, preparando té.

—¿Una galleta o dos? —preguntó Alec en tono juguetón en dirección al pasillo. Al sacar la cabeza por la puerta de la cocina, pilló a Vivien sonriendo por aquella conocida frase de la tienda, cosa que lo tranquilizó sobremanera. Después de aquella súbita y apasionada tregua entre ambos, estaba decidido a no dar ningún paso en falso en esta ocasión.

Alec había regresado a la librería justo cuando lord Baskin salía. Había esperado hasta que el conde ya no podía verlo y entonces se aproximó

a la puerta, reprimiendo los desbocados celos que le inspiraba lo que Baskin y Vivien podrían haber estado haciendo, juntos y a solas, a una hora tan avanzada.

Ahora, Alec se acercó a ella sosteniendo torpemente la bandeja con los brazos desnudos y la depositó en el mostrador de caja, contraviniendo el protocolo de la tienda.

Tras franquear la puerta batiente del fondo del mostrador, Vivien

anunció con una sorprendente alegría: «Esta noche estamos rompiendo todas las reglas». Se sentó en un taburete cercano que apenas se usaba en horario comercial, pues el señor Dutton prefería que los empleados siempre estuvieran de pie en sus puestos.

—Número diecinueve —añadió Alec, antes de que ambos repitieran al unísono—: nada de comida o bebida cerca de los libros.

Alec se miró casi azorado el pecho desnudo bajo los tirantes.

—Creo que esa sería la última de las preocupaciones de Dutton en este momento —dijo.

Instintivamente, Vivien se arrebujó en la gabardina, y él se maravilló ante la infrecuente imagen de que las mejillas de la mujer empezaran a sonrojarse.

— *Lady* Browning ha estado espléndida —comentó él, sirviéndole primero el té a Vivien—. Se ha metido a esas mujeres en el bolsillo.

—No mientas. Estabas aterrorizado.

—Por cierto, ¿dónde está tu placa?

Vivien arrugó la nariz mientras la buscaba por el mostrador:

—Se ha debido de caer con tanto… movimiento.

Alec soltó una carcajada y se dirigió al despacho. En él, miró hacia abajo y distinguió el brillo del latón en la alfombra, al lado de varios papeles de su escritorio que también estaban desperdigados.

Regresó al mostrador de entrada, manoseando la placa.

—Ven, te la voy a poner de nuevo antes de que se nos olvide…

Trasteó con la parte posterior hasta que la placa quedó firmemente

sujeta a la gabardina, justo por encima del pecho izquierdo de Vivien, y a continuación se permitió recorrer la curva de ese pecho con el dedo, lo que provocó en ella un suspiro de recuerdo que, a su vez, lo llevó a exhalar profundamente.

Abrumado por sus emociones, Alec recorrió con la mirada los muchos espacios vacíos de las estanterías de Narrativa, en penumbra.

—Después de hoy, tendrás que hacer encargos a mansalva.

—La caja no ha parado después de la comida: hemos agotado la mitad de la sección de Gótica, casi toda la de Feminismo Contemporáneo, y toda la de Romántica.

—Y yo creo que el *Daily Mail* va a perder suscriptores.

Vivien soltó una carcajada, tan alegre que a Alec le pareció que el corazón le estallaba en el pecho. Decidido a no perder la compostura, dejó la taza y se acercó a la estantería dedicada a escritoras clásicas.

—¿Sabías que Evie se especializó en escritoras del XVIII cuando estaba en Girton? —preguntó Vivien, dándole un sorbo al té en la taza con el platillo de Limoges que él le había sacado del armario del fondo.

—No —contestó él distraído—. No puedo decir que me sorprenda.

—Me ha estado ayudando a rellenar estos estantes con varios libros de menor valor, de la tercera planta. Hemos añadido a Burney, Fanny, que, por cierto, vivió a pocas manzanas de aquí, y a *Madame* de Staël, también a la señora Radcliffe.

—¿Deberíamos estar mezclando novedades de narrativa con libros viejos como esos?

—Siempre pensando en las ventas —musitó Vivien.

Alec notó que Vivien le observaba la espalda desnuda desde su lado del mostrador. Mientras él deambulaba, ella se quedó en el taburete, con una infrecuente sensación de placidez y satisfacción, las piernas al aire y encantadoramente cruzadas por las rodillas. En aquel momento, embargaba a Alec una felicidad más auténtica que la que había conocido en años, lo que lo excitaba y lo aterraba a partes iguales.

Buscando una distracción rápida, cogió una de las novedades y le dio la vuelta.

—¿Elizabeth Lake?

—Realismo. Muy poco sentimental.

—Como tú —comentó él con sencillez mientras devolvía el libro al estante. Vivien no dijo nada y, sin darse cuenta, Alec retomó un patrón de comportamiento más habitual al añadir—: La viuda de George Orwell era de lo más atractiva.

—Una pena que *Horizon* haya cerrado. —Vivien bajó del taburete y se alejó del mostrador en dirección a la sección de prensa, enfrente de donde Alec estaba ahora—. A ver si el último número sigue por aquí.

Alec sabía que no. Él había comprado los cuatro ejemplares el día en que llegaron.

—No lo creo —dijo, tratando de aparentar el mayor desinterés posible

—. Grace está muy encima de las devoluciones mensuales, ya lo sabes.

Vivien mostró un gesto incrédulo.

—Me dijo que había comprado varios ejemplares más cuando se supo que la revista iba a cerrar.

Alec se mordió el labio, maldiciéndose para sus adentros por haber mencionado siquiera a Sonia Blair en un intento inmaduro de tomarle el pelo a Vivien. No pudo sino contemplar con un pánico creciente cómo ella pasaba alegremente las uñas pintadas por la parte superior de varias publicaciones, revistas literarias y periódicos.

—Ah, aquí está. Noviembre de 1949. —Vivien sacó el último ejemplar del último número de *Horizon* para leer el índice mientras Alec se apartaba de los estantes—. Alec…

Él siguió dándole la espalda y maldiciéndose en silencio.

—Alec, ¿te han publicado?

Él se encogió de hombros con un gesto que apuntaba a la derrota.

Aquello no tardaría en producirse.

— *La chica de la tienda.* —Oyó Alec que farfullaba Vivien, que empezó a pasar las páginas con furia hasta encontrar el relato.

Él la miró al fin y la observó en silencio, con semblante abatido, mientras los hermosos labios de Vivien, con el carmín corrido y tan acogedores hacía poco, repetían en voz baja todas las palabras leídas. Alec no podía hacer nada para frenarla, ni frenar lo que estaba sucediendo. De nuevo resbalaba el reloj por la torre de libros de la mesilla, y él era incapaz de cogerlo.

Entonces, como en una mala película, la revista literaria acabó estampada contra el suelo y pisoteada, después de lo cual se produjo el ruido de la placa al ser lanzada a la papelera vacía de debajo del mostrador, en cuyo fondo se quedó tambaleando en una pequeña danza de la muerte.

La tregua había terminado.

Capítulo 23

REGLA NÚMERO 32

LOS EMPLEADOS NO DEBEN PERMITIR QUE LA AMISTAD ENTORPEZCA EL

TRABAJO.

Entre el descubrimiento de *¡La momia!* y los tejemanejes clandestinos en el despacho del señor Dutton, Evie Stone pasaba más tiempo sola de lo habitual en la tercera planta de Libros Bloomsbury. Solo Ash pareció advertir su cambio de humor cuando le llevaba, de vez en cuando, una taza de *chai*. Un día, para animarla, le hizo la sorprendente propuesta de que quedaran (como dos personas con un día libre y sin familia en Londres) en su restaurante predilecto del East End.

Como nunca había estado en esa zona de Londres, a Evie la alivió ver que Ash la esperaba en la acera cuando salió de la estación de Aldgate, justo al mediodía. Con un traje en lugar de su habitual jersey de lana sobre una camisa formal y una corbata, Ash ofrecía un aspecto distinguido con sus gafas metálicas y su ondulado cabello negro. Algo en el interior de Evie se iluminó al verlo. Él no realizó ningún ademán para saludarla, pero sonrió mientras inclinaba la cabeza. En ese preciso instante, Evie sintió que el corazón le daba un pequeño pero perceptible vuelco por segunda vez en la vida.

Aquello fue una infrecuente ruptura de la distancia emocional y social que Evie había creado en torno a ella, tras verse obligada a dejar las clases con catorce años y valerse por sí misma. Había aprendido a base de

contratiempos que la ambición debe surgir del interior, de modo que nadie te la pueda arrebatar. Los muchos años de estudio y concentración en libros antiguos le habían brindado consuelo y un objetivo; estar sola le había dado el ímpetu para triunfar.

Pero ¿merecía el sacrificio la vida de una librera, cuando lo máximo a lo que podía aspirar era a ocuparse de los libros y quitarles el polvo? Después de haber trazado todo el plan de su vida tras licenciarse, Evie percibía por primera vez el amargo sabor de la ironía. También se preguntó si no habría creado aquella distancia por otro motivo menos consciente: porque siempre había que abandonar algo del pasado para hacer sitio a lo nuevo.

Para llegar al restaurante, Evie y Ash se encaminaron al sur desde Whitechapel High Street, luego giraron a la derecha y accedieron a una calle tranquila de edificios de viviendas de estilo georgiano. En el cruce entre Alie y Saint Mark Street se encontraba el restaurante Halal, en una casa adosada al final de una hilera de ellas, del siglo XVIII. Ash le explicó que el restaurante, uno de los únicos seis que

había en Londres, se había creado por necesidad.

—En su origen fue la cantina de un hostal para marinos mercantes que se alojaban en las habitaciones de arriba. Preparaban distintos tipos de curri, acudían sus colegas y, al fin, se acabó convirtiendo en el primer restaurante indio de la zona.

Evie no había estado en muchos restaurantes: en el pueblecito de su infancia solo había un *pub*, y su salario en Cambridge no daba para muchas alegrías. Otra ironía, más agradable, de la joven vida de Evie era que las pocas veces en que había cenado fuera había sido por invitación de Mimi Harrison, y en algunos de los mejores establecimientos de Londres. El predilecto de Mimi era el Thames *Foyer*, del hotel Savoy, donde siempre se alojaba en sus estancias en la ciudad. Allí tomaba el té de la tarde, en una discreta esquina del comedor, ocultando sus célebres rasgos tras una serie de macetas con palmeras.

El restaurante Halal era muy distinto. Las mesas estaban tan juntas que casi se compartían. A Evie le llegaban el olor de las distintas especias de los comensales vecinos, y las muchas voces y dialectos que se extendían por la estancia. El restaurante se especializaba en tres tipos de curri: con carne,

albóndigas y picadillo. En esta ocasión fue Ash quien pidió, con instrucciones específicas para la cocina, lo que llevó al camarero a soltar una carcajada de familiaridad.

Ahora, al observar cómo Ash la guiaba mientras caminaban, cómo se relacionaba con los camareros, cómo colocaba el vaso de agua y la servilleta no por nerviosismo, sino por una idea de orden, a Evie no le cupo duda de que era un científico nato, de lo más preciso y apegado a los datos.

Mientras comían, la joven trató de hablar de los colegas de trabajo, sobre todo de Alec y Vivien; Evie seguía sin tener la menor idea de qué se cocía entre ambos. Pero a Ash no le interesaba juzgar o evaluar el comportamiento ajeno: lo que la madre de Evie habría llamado «charla intrascendente». Evie se preguntó si Ash siempre habría sido así, o si su actitud reservada nacía del hecho de que ahora siempre lo estaban juzgando a él.

Desde luego, no nacía de una falta de observación. Al principio, Evie había supuesto que Ash era como ella: tan centrado en los detalles de las tareas que tenía ante él que no reparaba en asuntos mayores y

menos tangibles. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaban juntos, más se percataba Evie de que, en realidad, Ash lo captaba todo. Siempre estaba en alerta máxima, a la defensiva. Evie no lo culpaba por ello: hasta ella advertía las miradas que recibían cuando salían juntos.

Quizá por eso, al igual que ella, Ash solía estar solo en el trabajo, estudiando las muchas láminas de insectos, entregado a tareas secretas muy distintas de las de la joven. La mente de Evie permanecía tanto tiempo anclada en el pasado (el olor a moho de los libros, las páginas rasgadas o en proceso de descomposición, los registros de objetos desaparecidos) que no apreciaba el valor del descubrimiento de una nueva clase de insecto, o lo que esto podía enseñarnos de nuestro mundo y su historia. Del mismo modo, a Ash parecía dejarlo perplejo la obsesión de Evie por lo que él denominaba «historias», como si el contenido de los libros no fuera más que un cuento para pasar el rato, y no la prueba más directa y duradera de lo que la especie humana había sentido y pensado a lo largo de las épocas. Eso era lo que Ash y ella comentaban con frecuencia cuando estaban solos en el trabajo, y ahora volvían a hacerlo: una divertida comparación de sus

respectivas disciplinas, a las que los dos dedicaban todo su tiempo personal y su energía.

Cuando llegó la comida, Ash enseñó a Evie a comer con una mano y mantener seca la otra para coger el agua. El curri era una mezcla de sabores que le resultaron conocidos y nuevos a la vez. Reconoció el jengibre, el cilantro, el cardamomo y el hinojo del *chai* que Ash preparaba en la librería.

Este le contó ahora que el plato también llevaba curri, cúrcuma y comino, así como el potente polvo de chile que lo hacía tan sumamente picante. La cocina de la madre de Evie en la granja, en la que solo había cebolla, sal y pimienta para condimentar los platos, se resentía mucho al lado de aquello.

Mientras comían, Evie se percató de la ausencia de comensales femeninas y se lo comentó a Ash.

—Eso no es nada raro. Esto, en cambio, sí —dijo él, señalando la mesa que los separaba.

—¿Que estemos aquí es raro? —preguntó ella, sin comprender.

—Cenar juntos sin carabina, sí. —Ash hizo una pausa—. Hacer algo juntos y a solas.

Ella, aturdida, ladeó la cabeza a la derecha, pero él solo le dirigió una sonrisita críptica, y ambos guardaron silencio. Por una vez, a Evie no le gustó ese silencio: la puso aún más nerviosa.

—¿Estar aquí le da nostalgia de su casa? —le preguntó cuando se llevaron los platos vacíos.

—Esperaba que, a estas alturas —contestó él con indiferencia—, Londres ya me pareciera más mi casa.

—Al menos tiene esto.

—No necesito más de lo mismo. Desde luego, lo que cuenta no es algo tan banal como las especias. Lo que sí que me gusta es que me comprendan.

Evie pensó en la Sociedad Jane Austen de su lugar de origen, que habían fundado personas de procedencias de lo más diversas. Un médico, un subastador, una estrella de cine, una sirvienta, un granjero, un profesor, un abogado, una heredera: de un modo u otro, habían conectado y habían formado un vínculo gracias a la pasión compartida por Austen y sus libros.

Evie jamás se había sentido tan comprendida. No había logrado sentirlo en Cambridge y, últimamente, había empezado a anhelarlo en Libros

Bloomsbury. Eso le dio que pensar. ¿Y si su traslado a Londres no solo había sido para encontrar un libro?

Evie y Ash se dirigían a la estación de Aldgate, tras la comida, cuando este se detuvo y, pensativo, se llevó un dedo a los labios.

—¿Puede regresar a casa desde Whitechapel? Hay una cosa que debería ver —le dijo en tono misterioso mientras le señalaba el este, por la calle principal del barrio.

Se trataba de uno de los árboles más longevos de todo Londres, un moral de cuatrocientos años que se había plantado en el jardín de un obispo que había ayudado a Enrique VIII a separar su Corona de la Iglesia de Roma.

Aquel moral negro había sobrevivido al Gran Incendio de Londres de 1666, para acabar convertido en un tocón carbonizado por culpa de los bombardeos alemanes de siglos después. En la década que casi había transcurrido desde entonces, el árbol había vuelto a crecer de un

modo significativo pero había adquirido una forma nueva y extraña, pues el retorcido y dañado tronco principal se inclinaba hacia delante con un penacho verde y lleno de vida que le brotaba en medio.

—En tamil se llama « *munja pavattay*». Morera india. O « *ach*» —añadió con una infrecuente sonrisa.

Evie miró en silencio cómo Ash alargaba el brazo para posar una mano en el árbol, tal como hacía ella con los libros. Los dos apreciaban de forma táctil los elementos fiables que componían el mundo: las cosas que podemos extraer y explorar. Las huellas ocultas de nuestra historia que tantos otros deciden ignorar o, lo que es aún peor, devaluar.

—Una vez vi aquí a unas enfermeras del hospital, con las manos entrelazadas y bailando en círculo en torno al árbol —le contó Ash, dando un paso atrás y señalando con la cabeza un edificio reciente, detrás de ellos

—. Fue en la Pascua en que llegué. Me pareció que a todos ustedes les faltaba un tornillo, como se suele decir.

—Hay una canción infantil para cantar en torno a un árbol —dijo Evie mientras reía.

—Lo sé. A mi padre le encantaba todo lo inglés y, cuando yo era pequeño, tenía un libro ilustrado de canciones: *Moma Oca*. Yo también me enamoré de Inglaterra con ese libro.

Ella dejó que hablase. Le gustaba muchísimo escucharlo.

—Así fue como aprendí inglés. Mi padre me leía las mismas canciones una y otra vez, recuerdo que yo memorizaba los sonidos y, un día, asocié los sonidos con las letras, las letras con las palabras; después, las palabras con las imágenes. Sentí que estaba descifrando un código secreto. El código de los británicos. —Ash soltó una risa de amargura y diversión ante la idea

—. Me equivocaba.

Evie también se había equivocado. Ahora sabía que aprender el idioma (conocer a fondo los libros) solo era una de las claves para entender a las personas que la rodeaban. También tenía que comprenderlas para lograr lo que quería. El señor Dutton era tan rígido que, con suerte, resultaba predecible, pero Alec como sustituto era harina de otro costal. Evie sospechaba que, en el fondo, Alec no

pensaba en el bien de la librería, tan centrado estaba en sus propias aspiraciones de éxito. Por otro lado, ni el señor Allen ni lord Baskin parecían mínimamente preocupados por lo que sucedía en el establecimiento, dada su predilección por la vida social y los viajes. Y nadie entendía que el capitán Scott quisiera seguir trabajando. Su error de cálculo al jubilarse de la Marina (por lo que se había perdido la Segunda Guerra Mundial entera) podía tener algo que ver al respecto, pero lo que más parecía interesarle era frecuentar el *pub* local.

Evie se preguntó qué pensaría Ash de los otros hombres del establecimiento. Pese a los ratos que ambos pasaban comentando lo que ocurría en la librería, el hombre no parecía prestar mucha atención a las costumbres y las relaciones de los otros empleados, mucho menos a los diversos romances que se cocían en las distintas plantas. Pensó también en lo que eso significaba respecto a ellos dos, y en las intenciones de Ash al invitarla a comer aquel día. Quizá solo eran dos personas solas, lejos de su casa y de su familia, que compartían el vínculo de una fascinación por el pasado. Evie solo sabía que no quería despedirse de Ash cuando llegaron a la estación de Whitechapel, rememoró toda la comida juntos en el trayecto de vuelta y sentía enormes ganas de incorporarse al trabajo al día siguiente.

Capítulo 24

REGLA NÚMERO 39

EL DIRECTOR DE CADA SECCIÓN ES LA ÚNICA AUTORIDAD CON CRITERIO PARA ORGANIZAR ACTOS.

Contraviniendo el consejo de su médico, Herbert Dutton retomó sus obligaciones de gerente principal el primer día de febrero. Tanto Frank como Alec le habían estado contando que la moral general en la librería sufría unos peligrosos altibajos. En ciertas ocasiones, las mujeres parecían vigorizadas, incluso ennoblecidas, por las diversas victorias que se amontonaban ante ellas. En otras, daban la impresión de albergar un resentimiento y una desconfianza crecientes hacia los hombres al mando.

Vivien hacía ruido sobre un merecido ascenso a ayudante del gerente y, para mitigarlo, el señor Dutton creía que era necesaria su presencia sobre el terreno. Se le había informado de que Grace se mostraba más sosegada en esta y otras cuestiones, pero un fuerte aumento en las señales entre ambas mujeres tenía desquiciados a los directores, como

si todo lo importante en el establecimiento estuviera ocurriendo a espaldas de ellos.

Gracias a la primera comida literaria y a la resultante cobertura en la prensa, y al subsiguiente aumento en clientela y ventas, los esfuerzos de Vivien y Grace estaban produciendo los resultados económicos que le habían sido esquivos a Libros Bloomsbury hasta el momento. Un día así se lo había insinuado lord Baskin de pasada, a Frank, que había regresado temporalmente a su mesa entre viaje y viaje. A partir de ese momento,

Frank y Herbert empezaron a preocuparse por el futuro de sus respectivos puestos, así como por el incremento anual de sus acciones.

Herbert Dutton decidió que, cuanto antes regresara al trabajo, antes volverían las cosas a ser como habían sido siempre.

A diferencia de Vivien, a Alec no le importó retomar su antiguo papel de director de la sección de Narrativa. Ser gerente interino no había colmado sus expectativas. Alec había creído que quería gestionar cosas, pero había descubierto que le procuraba muy poco placer sacar lo mejor de los demás o escuchar sus quejas. Lo que verdaderamente deseaba era poseer una sensación de control, como la del dueño de la librería, lord Baskin, junto con los demás beneficios que la propiedad brindaba: el estatus y el prestigio, la autonomía, la posibilidad de cubrir las apuestas.

Originalmente, Alec había planeado una carrera de gran escritor precisamente por esos motivos. Lo habían animado a lo largo de su juventud diversos profesores y también la reacción positiva a sus textos de selectos contactos personales. Unos años antes, uno de sus relatos había sido aceptado en *Gangrel*, una pequeña revista literaria, después de que Evelyn Waugh la enviase en nombre de Alec. Este se había esforzado en conseguir que el famoso escritor le hiciera de mentor, después del evento en que Waugh participó en Libros Bloomsbury en 1945. Desgraciadamente, *Gangrel* había cerrado en 1946 antes de publicar el relato de Alec.

La historia se titulaba *La chica de la tienda*, y la había escrito tras la primera catástrofe de la mañana después con Vivien. En los tres años anteriores, Alec había seguido retocándola como si, al tratar de entender a Vivien en la página, pudiera recuperar algo de lo que había perdido en la vida real. Cuando la destacada revista *Horizon* lo había sorprendido aquel otoño al ofrecerse a publicar el texto, en un primer momento Alec había vacilado, por lo personal que resultaba el retrato

de Vivien. Pero en ese momento no esperaba ningún futuro junto a ella y, asimismo, cada vez dudaba más de que lo tuviera como escritor. Otro encuentro íntimo entre ellos parecía igual de improbable. Vivien no podría haber hallado un momento peor para encontrar el último numero de *Horizon*, enterrado en las

profundidades del expositor de revistas de la librería.

Sin embargo, solo era un relato breve, y esa brevedad plasmaba a la perfección otro fracaso aún mayor: su incapacidad de escribir una novela.

Ya cumplidos los treinta, con ese único relato por toda obra, Alec se planteó la posibilidad de que le hubiera llegado el momento de probar otra cosa.

Aunque no pensaba desvelar lo que había descubierto sobre el señor Dutton y el señor Allen, consideró que aquel asunto podía brindarle una oportunidad profesional. Dutton le había acabado contando la estructura de las acciones, y Alec sabía que el momento de que cambiaran de manos debía de estar cerca. Él tenía dinero, ¿qué mejor modo de emplearlo? Su plan secreto para adueñarse de la librería empezó entonces a cobrar cuerpo, surgido de la frustración y (aunque Alec era incapaz de verlo) de la desorientación y el miedo.

Por el momento, como recién reinstaurado director de Narrativa, se iba a centrar en elegir a un ponente para la velada de lectura de mediados de invierno que, en febrero, siempre se organizaba en Libros Bloomsbury.

Alec se había enterado de que Samuel Beckett estaba en Londres para mover una nueva obra que había escrito para las tablas parisinas, con el enigmático título de *En attendant Codot*. Los primeros entusiastas del texto aseguraban que esta última obra de Beckett iba a revolucionar el teatro durante décadas. Ahora, los agentes y empresarios teatrales más importantes de Londres mostraban gran interés en reunirse con Beckett y adquirir los derechos de representación en Gran Bretaña, gracias a este temprano entusiasmo.

Samuel Beckett llevaba justo el tipo de vida que Alec siempre había querido: continental, itinerante y libre. Conocer al celebérrimo escritor, erudito y antiguo ayudante de investigación de James Joyce no podía sino beneficiar a Alec, que anhelaba esas cosas. Aquella era la invitación perfecta, y el contrapunto perfecto al evento tan lleno de abrigos de piel y collares con Du Maurier, del que los hombres que

habían acudido aún no se habían repuesto completamente.

Vivien sorprendió a todos al no poner mala cara cuando supo que Alec había elegido a Samuel Beckett para la siguiente velada de lectura en Libros Bloomsbury.

—Beckett me gusta —se limitó a decir desde detrás de la caja cuando Alec lo anunció, como reinstaurado director de Narrativa. El tono fue tan cordial que el hombre receló enseguida.

A esas alturas, todos en el establecimiento sabían que Vivien no apreciaba especialmente a los legendarios escritores irlandeses que se habían dedicado a emborracharse por toda la Europa de entreguerras.

Especialmente, no entendía a qué venía tanto jaleo con James Joyce, de quien Beckett reconocía que era su ídolo literario, y uno de los de Alec. No obstante, según *lady* Browning, que conocía a la agente y amante de Beckett, Suzanne Déchevaux-Dumesnil, este le acababa de dar un empujón a su escritura. Se afirmaba que su último texto constituía un nuevo y audaz modo de hacer teatro, en el que prescindía brutalmente de las normas y las convenciones hasta llegar al absurdo.

Era obvio que Alec, otra vez rechazado por Vivien, volvía a abrir hostilidades al invitar a un irlandés trotamundos y héroe de la Resistencia para que diera la próxima charla, en una hora vespertina vedada para el ama de casa. Como si solicitara refuerzos, Vivien había pedido que se enviasen especiales invitaciones vip a la señora Doubleday, que seguía en Londres hasta mediados de marzo, así como a Daphne du Maurier y Sonia Blair, que acababa de enviudar de George Orwell. Tanto Du Maurier como Doubleday aceptaron inmediatamente, más aún cuando se rumoreó que Peggy Guggenheim, un antiguo amorío de Beckett, también iba a asistir al evento.

Como las dos habían accedido a la mayoría de edad en Manhattan en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, Ellen Doubleday y Peggy Guggenheim eran célebres rivales. Al aceptar la invitación por teléfono, Ellen había comentado que Guggenheim había tenido una librería en Manhattan nada más recibir su famosa herencia («¡Dijo que o bien hacía eso, o bien se operaba la nariz!»). *Lady* Browning, que pasó por el establecimiento para aceptar en persona la invitación, informó alegremente a Vivien que el objetivo primordial de casi todas las debutantes en el Nueva York de 1920 era conseguir marido, antes de que este tuviera un lío con la conocida heredera y coleccionista («¡de arte y de otras cosas, querida!»).

—Ellie llama a ese período A. de P., es decir, Antes de Peggy —le siguió explicando *lady* Browning a Vivien—. Por lo visto, era implacable a

la hora de echarse amantes. Fue presentada en sociedad el año antes que Ellen, en 1919, el mismo en que heredó medio millón de dólares. Después de eso, tuvo el mundo a sus pies y no se detuvo ante nada. Debo reconocer que hasta yo tengo algo de envidia.

Vivien estaba convencida de que la presencia de tantas mujeres en la segunda planta de Libros Bloomsbury sacaría otra vez de quicio a Alec.

Pero, del mismo modo en que la reacción de Vivien a la elección de Beckett había sorprendido a Alec, la animada reacción de este ante la perspectiva de aquellas invitadas la sorprendió. Lo cierto es que Alec sentía una innegable y expectante ilusión al pensar en los fuegos artificiales que estallarían de forma inevitable en semejante reunión de exrivales, viudas, examantes y amigos. Quizá no habría mamporros en la nariz, pero seguramente sí algún equivalente femenino.

En esta cuestión, Alec acertaba a medias, pero, como solía pasarle, no en la mitad que le interesaba.

Capítulo 25

REGLA NÚMERO 23

LOS EMPLEADOS DEBEN DEDICAR SU TIEMPO AL NEGOCIO Y A LOS BENEFICIOS

DEL ESTABLECIMIENTO.

Evie Stone estaba sentada a solas en el Thames *Foyer* del hotel Savoy.

La rodeaban una serie de miembros de la alta sociedad británica y acaudalados visitantes norteamericanos, que disfrutaban del té de la tarde bajo la impresionante bóveda de cristal que se alzaba sobre sus cabezas.

Pero Evie no se fijaba en nadie. Rara vez lo hacía. Si lo hubiera hecho, se habría percatado de lo fuera de lugar que estaba.

Mientras tiraba hacia debajo de los botones inferiores de la rebeca, Evie estaba sentada con la espalda lo más enderezada posible en la mesa de la esquina, oculta tras una gran palmera. Aquel sitio lo había

pedido su anfitriona, Mimi Harrison. Siempre que estaba en Londres, Mimi se complacía en invitar a Evie a la clase de caprichos que les estaban prohibidos a casi todos, más aún a las estudiantes y libreras en apuros.

Mientras Evie contemplaba las burbujas del champán rosado que el camarero le había llevado sin que lo pidiese, se acordó de los bailes de la universidad a los que jamás había acudido. Después, durante días, quedaban tapones de champán y confeti desperdigados por las calles de Cambridge.

De camino a la biblioteca, una disgustada Evie se veía obligada a apartar las botellas tiradas y otros desperdicios de la celebración. Como si fuera un picor insidioso que no podía evitar rascarse, rememoró la ocasión en que se

topó con Stuart Wesley, que acompañaba a casa a la hija del catedrático Christenson tras el Baile de Mayo de la primavera anterior, a finales de su último año académico.

Aquello había sucedido a primera hora de la mañana del día antes de la entrega de los trabajos de investigación de Evie y Stuart para el profesor Kinross. Stuart le había contado alegremente a Evie que su acompañante y él habían terminado la velada con un paseo de medianoche por el Orchard, el jardín de té de Grantchester, que se habían quedado dormidos en las tumbonas de lona verde, bajo los árboles frutales en flor, y que después habían regresado por los prados adyacentes al río Cam. Qué libre y despreocupado y simpático había parecido Stuart en ese momento, mientras que Evie llevaba dos días sin dormir. Él tampoco, pero estaba claro que lo mantenía otro tipo de adrenalina. A Evie no le había sorprendido que el joven entregara tarde su trabajo.

Ahora, el Thames *Foyer* empezó a bullir de actividad. Desde su silla, desde la que se divisaba la entrada, Evie supo enseguida por qué. Incluso con el cabello teñido de rubio, Mimi Harrison resultaba inconfundible para sus muchos admiradores. Se podía dar por sentado que la reacción de los estadounidenses allí presentes iba a ser la más clamorosa, mientras la famosa estrella cruzaba la sala con unos tacones altísimos.

Mimi había vuelto a Londres con su nuevo pelo rubio. Como favor personal a *sir* Laurence Olivier, había accedido a ser la suplente de Vivien Leigh, si esta enfermaba, en el papel protagonista de *Un tranvía llamado Deseo*, en el Aldwych. Mimi también estaba aprovechando su

estancia en Londres para promover un posible regreso al cine, tras una ausencia de cinco años. Como aún se negaba a volver a poner los pies en Hollywood, asistía a reuniones relativas a diversas producciones británicas en marcha, como *Pandora y el holandés errante* y *Mi prima Rachel*, que estaba en fase de preproducción. Daphne du Maurier había elegido personalmente a Mimi Harrison para el papel de la misteriosa mujer madura que se casa con el primo de la heroína, pero los estudios habían vuelto a defraudar a la autora al centrarse en Olivia de Havilland, que, comparada con Mimi, se hallaba en el lado adecuado de la cuarentena.

Para Evie, sin embargo, Mimi siempre lucía un aspecto eternamente

joven, seguía siendo la estrella de cine de la época bélica a la que Evie había visto crecer en la pantalla, mucho antes de que se hicieran amigas.

—¡Evie! —exclamó Mimi, abalanzándose sobre la joven para levantarla, abrazarla y pellizcarle ligeramente la mejilla; después se dio unos golpecitos en la peluca mientras se sentaba—. Larry me ha pedido que me pruebe cómo me queda esto, por si tengo que ponerme los vertiginosos tacones de Blanche DuBois. —Escudriñó rápidamente y con gesto maternal el semblante de Evie y, después, Mimi suspiró preocupada—. Evie, estás volviendo a trabajar demasiado. ¿Qué pasa?

Evie se mordió el labio. Confiaba en Mimi de forma implícita, pero aún dudaba de si contarle a alguien lo que estaba llevando a cabo en la tienda.

—Adeline me dijo por carta que te habías ido de Cambridge. Geoffrey estaba convencidísimo de que te iban a dar otro puesto de investigación.

—La cosa no salió bien —confirmó la joven—. Ahora tengo un empleo en Londres.

—Eso me contó Adeline. Vendiendo libros.

—No, en realidad los catalogo. Los raros. En Libros Bloomsbury.

Mimi le dio un sorbo al champán rosado que también le había llevado, nada más llegar, el camarero.

—Pero no habías ido a Cambridge para eso, ¿verdad?

Evie torció el gesto.

—Evie…

—Creo que he encontrado una cosa.

—¿Algo más de Austen? —A Mimi se le iluminó el rostro.

—No, una cosa completamente distinta. Pero se trata de un libro muy valioso a su manera. Y sumamente raro. Único, de hecho. —Mientras el camarero dejaba entre ellas una gran bandeja de tres pisos con emparedados, pastas y bollos, Evie bajó la voz—. Al principio estaba en la biblioteca de la Great House. Sotheby's lo vendió por pocas libras a Libros Bloomsbury.

Mimi se arrellanó en la butaca de bordes dorados.

—Ah, ya. Lo has estado buscando.

Evie asintió.

—Y ¿Yardley y tú lo pasasteis por alto en Chawton? Estáis los dos

perdiendo facultades.

—Es una tortura. —Evie suspiró y Mimi soltó una alegre carcajada, por lo que varios turistas americanos de la sala dirigieron la vista hacia ellas de forma aún más obvia.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Esa es la cosa. No tengo ni idea. Ni siquiera estoy segura de que se pueda calcular. A lo mejor es el único ejemplar de la primera edición que queda en todo el mundo.

—Ah, pues gracias por confiarme todo esto. Me preocupa que te lo guardes todo. —Mimi vertió la infusión que había estado reposando—. ¿Te acuerdas de cuando tomamos un té parecido a este, con Frances Knight en la Great House, el día que nos conocimos? Cuánto has progresado desde entonces. Pareces más segura de ti misma, más… centrada, si es que eso es posible. Quizás, incluso, un poco triste. —Mimi hizo una pausa con ese sentido del ritmo dramático que Evie conocía tan bien—. ¿Hay algo más?

Costaba negarle algo a Mimi Harrison, que era una complejísima mezcla de vivacidad, sobrenatural belleza y compasión.

Evie acabó por ceder y le contó todo lo referente a Christenson, Wesley y Kinross, esos tres antagonistas en los que tanto pensaba.

—Ese Kinross —replicó Mimi irritada—. Geoffrey me dice que es todo un necio. Aunque yo habría pensado que inofensivo. La mezquindad de Christenson, por otro lado, es de sobra conocida.

—Él solo se fija en el meridiano de Christenson. —Evie tuvo que sonreír al recordar aquello—. Así llaman los alumnos a las horas en las que recibe en su despacho.

Mimi soltó otra carcajada tan encantadora que hasta algunos clientes británicos, que intentaban ignorar a la famosa actriz allí presente, se fijaron al fin en esa dispar pareja.

—Darle a Fredrik el puesto de vicedecano fue un error tremendo. Como alimentar a la bestia. En los estudios lo hacen continuamente. —Mimi empezó a juguetear distraída con la pequeña cruz de plata de su collar, como si estuviera rememorando algo—. Bueno, ¿al menos has conseguido el libro, después de lo que has pasado?

Evie negó con la cabeza y le explicó a Mimi el meollo del asunto: cómo

adquirir la obra sin levantar sospechas ni violar varias de las establecidísimas reglas de la librería.

—Bueno, yo aprendí muchas cosas en mi primera época en sociedad.

Lo más importante es no hacer nada en soledad. ¿No hay nadie en quien puedas confiar?

Evie guardó silencio.

—¿Qué pasa, pequeña?

Ahora, la joven le relató a Mimi todo lo demás que le había estado inquietando en Libros Bloomsbury: los enfrentamientos entre empleados, las pesadas reglas, la secreta cita nocturna que había descubierto sin querer.

Mimi escuchó atentamente mientras Evie hablaba, pues claramente no quería confundir más a la muchacha.

—Bueno, por lo que cuentas, los responsables de la librería parecen desnortados, más que malos. Al menos, eso juega en tu favor. Es más fácil gestionarlo.

Evie asintió sin muchas ganas.

—Y esa regla ridícula que impide que haya adquisiciones por parte de los empleados. ¿Por qué no mando a alguien a que te lo compre, como regalo?

Evie sacudió la cabeza con fuerza.

—No, en ese caso me seguiría beneficiando de un conocimiento adquirido en el desempeño del trabajo. También lo impide otra regla.

—Como nos gusta decir a los estadounidenses, las reglas están para quebrantarlas. Al fin y al cabo, ¿y si venden el libro delante de tus narices?

Es mejor actuar con rapidez y confiar en las otras mujeres, incluso en esa Vivien, antes que arriesgarte a eso.

Mimi titubeó y entonces posó la mano derecha encima de la de Evie.

«Todavía eres muy joven. Trata de no juzgar tanto, ¿vale? Sé que siempre te comportas con rectitud, y esa es una de las cosas que me encantan de ti.

Pero no todo el mundo es así, desde luego, tiene que haber de todo».

Mimi acarició brevemente la mano de Evie y a continuación volvió a manosear la cruz de plata del inicio de su cuello.

—Oye, Evie, hazme caso: podrías hacerlo todo bien y, aun así, obtener un mal resultado. No podemos controlar a los demás; a veces, ni siquiera a

nosotros mismos.

La idea de perder el control aterraba a Evie. Ese era uno de los motivos por los cuales le costaba equiparar sus crecientes sentimientos por Ash con lo que Vivien y Alec estaban haciendo, fuera lo que fuese. Aún le costaba más aceptar que hay cosas que no controlamos en absoluto. Siempre había avanzado tercamente por la vida pasito a pasito con sus desgastadas botas, chocándose con las decepciones. O bien se había propuesto objetivos que podía lograr completamente sola, como el catálogo de la biblioteca de la Chawton Great House, o había reorientado fríamente sus ambiciones cuando se topaba con un obstáculo. A medida que cumplía años, no obstante, parecía que esos nuevos objetivos y direcciones acababan en un infinito círculo de frustración. Evie empezaba a temer que al final de cada nuevo camino se alzasen otro Stuart Wesley, otro Christenson, incluso otro

bienintencionado pero restrictivo señor Dutton.

Mimi volvió a llenar las tazas.

—Mira, Evie, ni siquiera siendo estrella de cine pude enfrentarme a los jefes de los estudios, a los Jack Leonard o Monte Cartwright del mundo. El único poder que tenía se debía a mi belleza.

—Tú siempre dices que la belleza se marchita.

—Y es verdad, y los gerifaltes saben que esa primera cana va a aparecer. Que mi fama se debiera a mi belleza, y hay un montón de chicas con talento por ahí, cariño, impidió que se me subiera a la cabeza. A ver, piénsalo: cuando eres una mujer atractiva, el mayor poder del que dispondrás jamás lo obtienes cuando menos puedes emplearlo. Con la edad no hace más que menguar. —Mimi soltó una infrecuente carcajada amarga.

—Si pudiera conseguir el libro… —musitó Evie.

Mimi sonrió con paciencia.

—El libro solo es parte de la solución. Perteneces al mundo académico.

Dices que quieres darle valor a esa obra al restituirla al lugar que le corresponde en la historia. Y después ¿qué? Un nombre en una nota al pie, un nuevo puesto de investigación en otra institución, ¿para que te vuelva a suceder lo mismo?

—Entonces, ¿me estás diciendo que por qué me molesto?

—No, estoy diciendo lo contrario. —Mimi hizo otra pausa—. Te estoy

diciendo que pidas más.

La espléndida declamación de Mimi siempre conmovía de forma singular a Evie, en la gran pantalla y en persona. Le habló entonces a la actriz de su sueño de reimprimir obras perdidas o ignoradas de escritoras del pasado.

—Ay, Evie, me encanta la idea. Me gustaría mucho formar parte de eso algún día.

—Pero si no sé ni por dónde empezar.

—Siempre hay alguien que puede ayudar. Trata de encontrar a esas

personas. Por lo que sé, Stuart Wesley es un pelota, pero al menos en eso acierta.

Mientras terminaban el té, Mimi puso a Evie al día sobre lo que pasaba en Chawton. La joven acabó recordando la fundación de la primera Sociedad Jane Austen: cuatro hombres, cuatro mujeres. Todos tan distintos entre ellos, pero con un objetivo común. «Tiene que haber de todo», acababa de decir Mimi.

Evie se había convencido de que su forma de hacer las cosas siempre era la mejor porque, con frecuencia, se había visto obligada a conseguirlas completamente sola. Si no hubiera creído en sí misma, jamás habría logrado nada. Ahora tenía que creer en algo aún mayor: que las reglas en sí, tal como se aplicaban en su caso y también al margen de ella, quizá merecían romperse.

Capítulo 26

REGLA NÚMERO 25

LOS EMPLEADOS NO DEBEN REALIZAR ACTIVIDADES QUE LE HAGAN LA COMPETENCIA AL NEGOCIO DE LA LIBRERÍA.

Esa misma tarde de domingo, otros dos empleados de Libros Bloomsbury ya estaban rompiendo una de esas reglas. Al igual que muchos otros libreros de su generación, tanto Alec como Vivien utilizaban su único día libre para tratar de crear precisamente aquello que les vendían a los demás.

El terreno elegido por Alec era una cafetería de Bayswater Road, con un enorme ventanal a la calle por el cual se podía ver a la sociedad londinense paseando entre el follaje de Kensington Gardens, al otro lado de la acera.

En ese entorno, Alec se sentía más responsable: en su cercano apartamento se distraía con facilidad. Allí también se sentía más próximo a los autores que más admiraba, como Hemingway, Beckett y Joyce, muy conocidos por pasar horas en los cafés parisinos, estimulándose con *café crèmes* e inspirándose en la vida que se desarrollaba en torno a ellos.

Evidentemente, en Londres no había *espresso* de verdad para preparar un *café creme*. Inglaterra aún consumía su propia variedad a partir de una deleznable mezcla de achicoria y esencia de café, que llevaban las tropas estadounidenses en paquetes racionados. Alec tenía la suerte de haberlo degustado de verdad en Italia, en el año que había pasado en

el extranjero antes de la universidad, y sabía lo que se perdía el resto de sus

conciudadanos. Sin embargo, la deprimida nación agotada por la guerra seguía enamorada del café en polvo, dado que este era nuevo y americano y, por tanto, rápido y barato.

En lo referente a la inspiración en el mundo que lo rodeaba, Alec la seguía buscando. Todavía sin publicar, creía que solo una gran novela podía brindarle la vida a la que anhelaba. Aspiraba a ser Hemingway en Cayo Hueso o James Joyce en París: como en esa frase de Stephen Spender, Alec

«continuamente pensaba en los verdaderamente grandes». Por tanto, se había impuesto el objetivo de haber terminado al menos una novela con treinta años. Le dolía reconocer que ya había incumplido esa fecha que él mismo se había exigido. Los recientes acontecimientos de la librería no hacían sino frenarlo aún más.

En su mes como gerente interino, Alec no había escrito ni una sola palabra literaria, pues se había visto demasiado agobiado por libros de contabilidad, encargos de compra e insatisfacción de los empleados para permitir que su mente vagase, como hacía mientras estaba cómodamente encaramado a la escalera, mirando a los clientes o contemplando distraído a Vivien. De hecho, Alec casi siempre escribía sobre Vivien o sobre mujeres con sus inimitables cualidades. El resultado creativo era una serie de heroínas muy parecidas en su petulancia y osadía, que no habrían estado fuera de lugar en una novela de Thomas Hardy o de Henry James. Estar lejos de Vivien, cuando antes habían compartido el mismo espacio, no había ayudado en nada a su imaginación.

En ese aspecto, Alec ya tenía bastantes preocupaciones sobre la potencia de su mente. Le daba la impresión de que todo aquello de lo que escribía, todos los personajes, acababa siendo una versión de lo que ya había hecho. Su gran impulso de escribir obedecía a la posibilidad de ser publicado. Como comprador de la sección de Narrativa, era plenamente consciente de qué ideas atraían sobre todo al editor con criterio o al posible cliente. Al ser un escritor al que le daban miedo los límites de su imaginación, tendía a apoyarse en ideas preexistentes.

Es posible que el mundo exterior inspirase esas comparaciones y esas ambiciones en su mente, pero el acceso a los compartimentos ocultos de esta (los otros mundos reprimidos) le resultaba imposible. En la

reciente

comida literaria, la prolífica Daphne du Maurier había contado cómo le llegaban sus muchas ideas, y Alec se había desanimado aún más. Él tenía facilidad para el lenguaje y muchas veces se veía corrigiendo las frases de otros escritores mientras leía. Tampoco le costaba mostrarse crítico, como solía señalar Vivien. Pero las ideas jamás nacían en su interior ni le llegaban en la bañera ni tenía que ponerse a anotarlas en pedacitos de papel de caramelo o de cigarrillos, sacados de un maletín o del bolsillo delantero de la chaqueta.

Por eso, ahora tres manuscritos inconclusos ocupaban un cajón de su apartamento, además de la actual novela a medio terminar que estaba en la moteada mesa de formica ante él. Alec llevaba a todas partes, como un peso, las cien páginas metidas en el maletín de piel con sus iniciales. Desde el principio se había apoyado mucho en un esquema de la trama, pero después había descubierto que, a la hora de ejecutarla, la historia se diluía.

Acabó reescribiendo frases con rigor, cambiando puntos de vista y el orden de las escenas, probando toda clase de técnicas para lograr que la escritura reflejase el elevado nivel literario que se había marcado. El primer comentario de un amigo editor de su padre, en Seeker & Warburg, no había sido prometedor: «La prosa está tan corregida que resulta insulsa; las tres enamoradas del héroe deben diferenciarse más unas de otras».

Por el ventanal de la cafetería, Alec contempló el mar de lana gris y *tweed* color barro que pasaba por delante. A excepción de los intensos tonos invernales de los abrigos con vuelo de las damas acaudaladas, casi todo el mundo vestía colores apagados que se fundían a la perfección con el cielo encapotado. Alec pensó en la afición de Vivien a ir de negro en vez de con colores más claros y femeninos, y en lo elegante que le quedaba. Pensó en algo aún anterior, en los pequeños tarros de carmín y los lápices de ojos desperdigados por la superficie de su tocador. Aunque el racionamiento ya tocaba a su fin y costaba menos encontrar maquillaje, la mayoría de las mujeres seguían empleando únicamente el rímel y la barra de labios Rojo Victoria con los que habían pasado la guerra. No así en el caso de Vivien, que tenía una intuición casi sobrenatural para ir un paso por delante de la moda del momento. Con su raya de ojos alargada, sus dramáticas cejas y sus jerséis negros y ceñidos, destacaba en todos los sentidos.

La pura fuerza de su personalidad dominaba los pensamientos de Alec y, por tanto, lo que este escribía. Él no había terminado con ella, por

mucho que ella sí pareciera haberlo hecho con él. Alec escribía para entenderla y, así, justificarse mejor. Tenía la confianza y los privilegios suficientes para no comprender que era el único lector del mundo al que todo aquello podía interesarle. Incapaz de salir de sí mismo al escribir, pegado a la idea de su propia importancia, Alec seguía creando un producto de interés para un público compuesto por no más de una persona.

Vivien no escribía para nadie: ni siquiera, estrictamente hablando, para sí misma. Esa tarde de domingo se hallaba en su piso de Hackney sin agua caliente, hecha un ovillo en el desvencijado y antiguo sofá francés con patas de caoba que había comprado en el Broadway Market, en su misma calle.

El sofá, que no era lo bastante largo para tenderse, se extendía bajo una ventana por la que se veía la pared de ladrillo del edificio vecino.

A Vivien no le importaba que no hubiera vistas. Cuando escribía, se internaba en un mundo tan ajeno a su mente, o tan profundamente enterrado, que todo lo que hallaba se le antojaba infinitamente nuevo y fascinante y sorprendente. Hasta su fuerte personalidad quedaba reducida al lado de la sobrecogedora sensación de que su mano seguía las órdenes de otro. Aquello no era exactamente la «escritura automática» que, de forma tan célebre, Gertrude Stein había explorado en Harvard bajo la supervisión del hermano psicólogo de Henry James, pero le parecía que se aproximaba mucho.

A diferencia de Alec, Vivien no tenía esquema a la hora de escribir. Se limitaba a sentarse y lo hacía porque no podía evitarlo: aquella era la mayor felicidad que conocía. Incurría en la misma falta de Alec de no aspirar a complacer a un público, pero por un motivo muy distinto. No necesitaba escribir para comprenderse: su famosísima intuición nacía de una consciencia de sus emociones solo perjudicada por su incapacidad de ocultarlas. Al estar tan próxima a sus sentimientos (y al haber necesitado de niña descifrar los de su madre), Vivien era capaz de señalar enseguida el origen emocional de casi todo su comportamiento.

Ella escribía para estar a la altura de un talento que se había desarrollado en privado, sin apoyos del mundo exterior. Había perdido al

hombre que amaba y había recibido un trato deficiente por parte del otro al que había estado a punto de hacerlo, y sus años de librera habían consumido gran parte de su espíritu; pero su talento era algo

que nadie podía arrebatarle.

Lo que su ego le impedía ver era la necesidad de una estructura en sus textos. Escribía sin destino a la vista, y se notaba. A última hora de esa tarde de domingo, en su apartamento, dejó que las ideas acudieran espontáneamente, que los personajes y los acontecimientos cobraran vida ante sus ojos como si lo hicieran en un escenario o a través de una cámara de cine. Le costaba seguir el ritmo de sus ideas con la mano. También escribía deprisa porque tenía miedo de que el don se le agotase, aunque eso nunca ocurría, sino que se topaba con él en cada página, tan audaz y vital como ella. En ese sentido, el don también era su enemigo. La facilidad con que aparecía ocultaba la diligencia y el autocontrol necesarios para dominarlo. Más que nada, Vivien necesitaba un mentor: alguien que reconociese el talento pero que no tuviese miedo a domarlo.

Por eso, relacionarse con Daphne du Maurier había sido tal golpe de suerte para ella. Desde que había quedado al descubierto la otra identidad de *lady* Browning, esta se había asignado la inexplicable tarea de aconsejar a Vivien sobre sus textos. Aquello había empezado en la vuelta en taxi de la fiesta de Ellen Doubleday en el Dorchester, cuando la famosa escritora le había pedido a la deslumbrada librera un fragmento de su obra.

—Creo que llevo algo encima.

Mientras Vivien sacaba del bolso el último cuaderno verde de espiral, *lady* Browning había comentado con una sonrisa cómplice:

—Cómo no.

Entonces, Vivien había observado cómo la célebre autora leía a una velocidad de vértigo, recorriendo las líneas manuscritas con los dedos, moviendo los labios en voz baja ante algún diálogo. Al terminar, cerró el cuaderno pero lo dejó en su regazo, con las manos sobre él mientras cavilaba. Cuando al fin habló, no dijo en absoluto lo que Vivien esperaba:

—A ver, querida, no ha entendido nada. Estas historietas no son lo tuyo.

Su don, y desde luego que lo tiene, está en los diálogos. Querida, usted es dramaturga.

Vivien soltó una carcajada al oír el tono solemne de *lady* Browning.

—Lo digo muy en serio.

— *Lady* Browning, con todo el respeto, si ni siquiera consigo que la peor de las revistas literarias lea mi trabajo. No puedo levantarme un día y anunciarle al mundo que soy dramaturga. Le aseguro que al mundo le dará igual.

—Pero a mí no. — *Lady* Browning esbozó una sonrisa de lo más enigmática—. Y, a veces, eso basta.

—Y ¿por qué le importa? Lo mismo digo de la señora Doubleday. Están siendo ustedes demasiado buenas.

—Ellie me habló de los St. Vincent, de lo mal que la han tratado.

Detesto a Angelica St. Vincent desde hace décadas. Si yo tuviera una futura nuera como usted… la iría exhibiendo. — *Lady* Browning dio unos golpecitos al cuaderno, que seguía en su regazo—. Y esto, también.

—De todas formas, no tengo la menor idea de cómo se escribe para el teatro.

—Yo la puedo ayudar. Una vez creé toda una obra inspirada en Ellen. Si hubiera sido inglesa, ¿qué le habría pasado? Estuvo en cartel casi un año, en el Aldwych. Voy a hacer unas llamadas.

—No le puedo pedir eso.

—¿Por qué no? Vivien, querida, tengo ciertos contactos. La gente me lo pide continuamente, aunque casi nunca accedo. Es aún más infrecuente que me ofrezca yo a hacerlo.

Lady Browning le explicó que, cuando ella empezaba a escribir, también había recibido una ayuda inesperada: la del legendario escritor cómico *sir* Arthur Quiller-Couch, cuyo seudónimo era Q. Browning seguía sin tener la menor idea de por qué este la había convertido en su protegida y la había animado a escribir.

—Creo que nos encariñamos gracias a nuestra compartida pasión por las Brontë. Él defendía con denuedo a Emily: la incluyó en su *Libro de poesía de Oxford*. «Recuerdo».

A Vivien le gustaba muchísimo ese poema. En él había volcado gran parte de su pena por David, la había enterrado en el doloroso anhelo de los versos. De pronto, citó de viva voz:

—«Ninguna luz posterior ha iluminado mi cielo. / Ninguna otra mañana ha vuelto a brillar para mí…».

Lady Browning acarició la mano de Vivien con cariño y algo semejante a la nostalgia, antes de acabar ella misma la estrofa:

—«Supe entonces cómo podía la existencia apreciarse, / fortalecerse y alimentarse sin la ayuda del gozo».

—Qué mujer tan brillante. —Suspiró Vivien.

—Las tres lo eran. Escribían para el lector, pero para uno ideal, que ellas mismas crearon. Nos dieron lo que no sabíamos que anhelábamos.

Qué valentía hacerlo en su época. Y ahora también, la verdad.

Lady Browning guardó un extraño silencio de varios segundos, dio otros golpecitos al cuaderno y dijo:

—Me gusta la espiral.

—Mi colega Grace los pide en Nueva Jersey. Tiene muchas ganas de que vendamos algo más que libros. Los cuadernos funcionan muy bien con los turistas y los estudiantes que entran.

—Tengo que ir a esta librería suya.

—Es un desastre. —Suspiró Vivien.

Lady Browning soltó una carcajada tan inesperadamente fuerte que el taxista, sorprendido, miró por el retrovisor.

—¿La situación se puede arreglar? —preguntó la dama.

—No cuando cobras siete libras a la semana. Me temo que las empleadas tenemos las manos atadas a la hora de mejorar nuestra situación.

—Bueno, cuando se le ocurra algo, pídanos ayuda a Ellen o a mí.

Mientras tanto, ¿me puedo quedar este cuaderno?

De las muchas cosas maravillosas de las que *lady* Browning y ella habían hablado esa noche en el taxi, aquel era el momento que más recordaba Vivien. Al día siguiente, al llegar al trabajo, había tenido con Grace la idea de organizar las comidas literarias con Daphne du

Maurier como primera invitada. Desde ese evento, de tanto en tanto habían llegado varias notas manuscritas de *lady* Browning a la librería, en las que esta comentaba diversos fragmentos de la obra de Vivien.

En la nota más reciente, *lady* Browning le repetía algo que Q le había enseñado: «La gran literatura surge del deseo de escapar, pero hay que saber adónde se escapa. El público te sigue vayas donde vayas, si tiene la certeza de que sabes adónde».

Ahora, Vivien estaba sola en su piso, en el único día que podía dedicarle a la mayor pasión de su vida. Mordisqueó pensativa el extremo del lápiz, su utensilio preferido para escribir desde su época tras el mostrador. Empezó a garabatear las palabras que manaban de ella, después aflojó el ritmo y pensó en su público de una sola persona, Daphne du Maurier, y en lo que esta habría querido que contase.

Capítulo 27

REGLA NÚMERO 36

LOS EMPLEADOS HAN DE RECOMENDAR LIBROS QUE SE ADECÚEN A LOS

INTERESES DEL CLIENTE.

A la mañana siguiente, Vivien estaba aburrida tras el mostrador de caja cuando un hombre maduro en la cincuentena la abordó, con un periódico enrollado bajo el brazo.

—Busco un libro.

Vivien dejó el lapicero y lució su ensayada sonrisa de paciencia ante la evidente declaración del hombre.

—Desde luego, señor. ¿Alguno en concreto?

—Que no sea demasiado complicado.

—¿Complicado?

—Bueno. —Torció el gesto—. Antiguo.

—Ah. ¿Se acuerda de alguno que le haya gustado hace poco?

—Ese tal C. S. Forester.

—Entonces, ¿una aventura naval?

—No necesariamente.

Para Vivien, esas conversaciones constituían uno de los aspectos más frustrantes de trabajar en una librería. Los clientes que no tenían la menor idea de lo que querían de entre los miles de libros del mundo suponían, por algún motivo, que la dependienta sí lo sabía.

—¿Algo más? —insistió ella.

—Noël Coward.

—Ah, ¿comedia de salón, entonces? Tengo algo justo así. —Vivien salió de detrás del mostrador y guio al hombre a la mesa de novedades más cercana—. Este tiene mucho éxito. —Le tendió un tomo fino de tapa dura.

— *Amor en clima frío* —leyó él con lentitud—. De Nancy Mitford.

—Sí, uno de nuestros grandes éxitos.

La última novela de Mitford era lo que Vivien recomendaba por defecto a los clientes que no sabían en absoluto lo que querían. Al menos el celebérrimo apellido Mitford les sonaba de algo.

—No leo libros de mujeres.

—¿Disculpe?

—De escritoras. —El hombre contrajo el gesto.

—Ya. —Vivien se mordió el labio—. ¿Y este, de Nevil Shute?

Aquello suponía una especie de truco comercial. *Mi vida empieza en Malasia* era una de las historias más romanticonas que Vivien había leído en su vida, y la había escrito un antiguo piloto e ingeniero aeronáutico.

—Malasia en la guerra. Prisioneras de los japoneses. —Bajó la voz—.

Torturas.

A pesar de este engañoso resumen de la trama, ningún cliente de sexo masculino le había devuelto jamás el libro a Vivien. A los hombres debía de acabar gustándoles la historia, cosa que a ella le parecía muy divertida. No cabía duda de que aquella obra habría sido tildada de

mera novela romántica si fuese de Daphne du Maurier o cualquier otra mujer.

Los ojos del hombre se iluminaron ante la idea de unos soldados australianos que huían para no ser ejecutados, y la venta se llevó a cabo.

Vivien envolvió el libro en un sencillo papel de estraza, al que añadió un lazo azul oscuro que hacía juego con el exterior de Libros Bloomsbury.

Grace acababa de pedir varias bobinas de la mercería de un poco más arriba; después había pedido al grabador local que, cada treinta centímetros de cinta, pusiera la inscripción: «Cien años de buenos libros». Esto lo había organizado a toda prisa antes de que regresase el señor Dutton, y se había encargado suficiente cinta para que durara hasta Pascua.

La campanilla chocó contra su marco y Vivien dirigió la vista a la puerta en el preciso instante en el que Alec miraba desde lo alto de la

escalera. Los dos observaron con interés cómo la viuda de George Orwell se encaminaba hacia el mostrador de caja en el instante en que el cliente anterior lo abandonaba. Sonia Blair había regresado a Libros Bloomsbury para aceptar personalmente la invitación para asistir a la charla de Beckett.

—Sí —anunció con aquella suave y seria actitud suya, que ahora Vivien identificaba como dolor, pues todavía habían pasado pocas semanas de la muerte del marido de la señora Blair, famoso en el mundo entero.

Vivien entendió enseguida a qué se refería la otra mujer.

—Ah, estupendo. Nos hace mucha ilusión que pueda venir.

Justo entonces, Alec rodó frente a la pared más cercana, subido a la escalera.

—¿Podemos hablar en privado en algún sitio? —preguntó Sonia mientras la figura larguirucha de Alec iba de un lado a otro, con su envidiable mechón brillando bajo el sol de la mañana.

Vivien la miró sorprendida y bajó la voz:

—Si le parece, me tomo mi descanso unos minutos antes.

Sonia asintió mientras Vivien señalaba a Alec en las alturas y alzaba exageradamente la voz:

—Estoy segura de que eso ya lo sabe usted. Volveré a las once.

Las dos mujeres salieron juntas al bullicio de última hora de la mañana en Lamb's Conduit. Pidieron té en tazas desechables en el puesto de café y se encaminaron al norte, hacia Great Ormond Street y Queen Square, plaza pintoresca y relativamente íntima.

—Siempre me ha encantado esta calle —comentó Sonia, paseando la vista por todos los artesanos y sus escaparates—. Perfecta para una librería y muy literaria en sí misma. Eric… George… me dijo una vez que Yeats acudía a sesiones espiritistas en el número sesenta y uno. Lo llamaba

«fascista místico».

Vivien soltó una carcajada.

—De esos tenemos varios en el trabajo.

—Eso tengo entendido. —Sonia vaciló—. ¿Conoce usted *Horizon*, la revista literaria en la que trabajaba?

—Sí, ¿por qué?

—Por eso fui a la comida literaria.

Las dos mujeres giraron a la izquierda, llegaron a Great Ormond Street y pasaron por delante del famoso hospital infantil mientras accedían a Queen Square.

—Había supuesto que era para preguntarle a *lady* Browning por *El muñeco*.

Ahora fue Sonia Blair quien tuvo que reír.

—Ah, cómo le habría gustado a Eric ver aquello. Una verdadera tormenta en una taza de Limoges.

—El director de mi sección sigue avergonzado.

—Parece que a usted le gusta provocarlo —observó Sonia.

—No se le escapa nada. —Esto llevó a Vivien a preguntarse qué querría de veras comentar Sonia.

—No, me temo que no. La verdad es que también fui a la librería para conocerla a usted.

—¿A mí por qué, si puede saberse?

—¿Usted no envió un texto a *Horizon* el otoño pasado?

—Recibí una preciosa carta para rechazar uno de mis relatos breves —

asintió Vivien.

—Sí, lo sé. La escribí yo. En nombre del señor Connelly, claro está. Ya ve, Vivien…, ¿la puedo llamar así?, nunca dejamos del todo de trabajar como secretarias. Cyril era estupendo con sus «damas», tal como se refería a sus ayudantes de edición, mejor que la media. Pero, ante todo y sobre todo, era hombre.

—Debe de tener usted una memoria prodigiosa, para acordarse de una propuesta mía rechazada.

Franquearon ahora las imponentes puertas de Queen Square, un oasis alargado y rectangular situado en el corazón de Bloomsbury, con sus arriates bien podados, sus bancos y sus verjas de negro hierro fundido.

—Yo guardaba todas las propuestas de autoras que eran rechazadas. —

Sonia señaló un banco que quedaba por delante—. Con el permiso de Cyril, claro. Afortunadamente, jamás sospechó por qué me tomaba la molestia.

Se sentaron una al lado de la otra en un banco que bordeaba el perímetro de la plaza. Delante de ellas, grupos de galantos comenzaban a surgir de la tierra helada, lo que siempre era la primera señal de la

primavera en Londres.

—Y ¿por qué se la tomaba? —le preguntó Vivien sin ambages.

—Muchas veces me planteo la posibilidad de dirigir mi propia editorial, solo de mujeres, quizá junto con una librería. Como Eric ya no está y *Horizon* ha cerrado oficialmente, ando sin rumbo. Todos dicen que me casé con él por su dinero; pues entonces debería hacer algo con él.

—Pero automáticamente se quedaría con la mitad de lectoras. Y las

mujeres no compran los libros indicados, o no los suficientes, eso me dicen siempre.

—Una bobada. En el trabajo yo veía el registro de suscripciones. Pero es la misma excusa que daban los directores, continuamente, en las reuniones: que las historias de las inquietudes femeninas no interesan a los hombres, mientras que las creadas por hombres atraen a todos. Tanto Clarissa Spencer-Churchill como yo peleamos por su relato, aunque sin éxito. Tiene usted una potente imaginación, he de decir, y unos diálogos afiladísimos. En muchos sentidos, nos recordó a Anna Kavan.

Vivien agradeció en silencio esa comparación con una de sus escritoras preferidas, y esos halagos a sus escritos, que, sin contar los muchos e infructuosos envíos a publicaciones a lo largo de los años, solo había mostrado a *lady* Browning.

—Pero los directores consideraron que la historia en sí era demasiado absurda y poco creíble. Y en este punto debo darles la razón, le faltaba reposo.

—Admiro su franqueza.

—Estoy segura de que puede con ella.

—Es curioso, pero sí. —Vivien se encogió de hombros—. La escritura es algo que nunca me tomo personalmente. Ni siquiera me da la impresión de que salga de mi interior.

—Como he corregido ciertos textos, eso siempre me ha fascinado.

—Al menos, esa es la impresión que tengo. —Vivien se rio—. Pero seguro que me equivoco; de algún sitio tiene que salir, digo yo.

Ahora fue Sonia quien se encogió de hombros.

—No necesariamente. No creo que el gran arte pueda ser tan personal, tan limitado. Tiene que pulsar una tecla mucho más universal. Puede que

nadie vaya a experimentar lo que es vivir en Manderley, pero no es eso lo que pretende *lady* Browning. Sospecho que no tiene nada que ver. Pero, en cierto sentido, todos soñamos con ello. En lo referente a las escritoras, sin embargo, los hombres necesitan creer que las experiencias proceden de algo real. De lo contrario les resultaría muy castrante, si se piensa bien: esa falta de acceso a nuestros

pensamientos y mundos más íntimos.

Vivien miró a Sonia de hito en hito, con la mente acelerada.

—¿De veras considera que eso es lo que hay detrás de todo?

—Creo que todo empieza y acaba con una sensación de libertad o, al menos, de control: y la amenaza de perderla cuando la obtienen otros. La antítesis de la cooperación. Soy, después de todo, una socialista comprometida.

—¿Me debería contar todo esto?

—Solo ahora que la revista ha cerrado. He tenido que esperar hasta entonces. Si no, jamás le habría hablado de las decisiones editoriales.

—Entonces, ¿vino usted a la comida para conocernos a Du Maurier y a mí porque había leído nuestros relatos?

—No, no del todo. También había leído al señor McDonough. Quería conocer a «la chica de la tienda».

Vivien la miró, conmocionada. Enseguida notó un nudo de rabia en el pecho al saber que su mayor miedo se había hecho realidad. Recordó haber pisado la revista con el desnudo pie derecho, haber tirado la placa de latón a la papelera y haberle arrojado a Alec la gabardina a la cara justo después.

Había tomado la determinación de que aquella fuese la última vez que este veía su cuerpo desnudo, mientras se alejaba de él para recoger la ropa de la oficina del fondo.

—Era obvio que el relato era sobre usted. —Sonia pareció vacilar al ver la furia que sus palabras despertaban en Vivien—. Sabía que se había publicado, ¿verdad?

—No, me enteré hace muy poco.

—¿No sabía que existía?

—Alec no deja que nadie entre en las interioridades, sean las que sean, de su mente —contestó Vivien, negando con la cabeza—. Sé que llevaba años intentando publicar. Lo que no sabía era que lo hacía utilizándome.

—¿Sabe que usted también escribe?

—Espero que no, por Dios.

—Yo opinaba que Cyril tendría que haber elegido su relato, no el de Alec. Pero al comité editorial le encantó el personaje de la muchacha. Me temo que más que la historia en sí.

A Vivien le daba vueltas la cabeza por la ironía de que hubiera estado a punto de ser publicada para ser superada por Alec, precisamente, y solo porque este había escrito sobre ella. ¿Ni siquiera controlaba ella la historia de su vida?

—Aseguraron todos que la muchacha del cuento les recordaba a muchísimas jóvenes solteras que se sentían traicionadas por la guerra. Sin embargo, a mí me resultó obvio que el personaje no era ficticio. No me parece que el señor McDonough tenga imaginación para eso. Mire —añadió Sonia en tono más suave—, nada de esto es insólito. A pesar de todo lo que se quejan de la «escritura femenina», los escritores son al menos igual de culpables a la hora de usar lo que viven y lo que conocen. Al fin y al cabo, yo soy la joven del Departamento de Ficción, tal como Eric me llamó en 7984.

—¿Y eso no le molesta? —inquirió Vivien con incredulidad.

Sonia se volvió a encoger de hombros.

—Casi todos los escritores se inspiran en personas reales. Los verdaderamente imaginativos… Bueno, está *lady* Browning. Costaría mucho encontrar un ápice de su vida en sus libros.

—Pero Alec tenía que saber que la gente lo deduciría.

—No necesariamente. Clarissa Spencer-Churchill y yo lo dedujimos por casualidad. Usted acudió a una reunión de Ellen Doubleday el mes pasado y conoció a Clarissa, ¿verdad? Ellen le contó a Clarissa, y esta me lo dijo después a mí, que trabajaba usted en una librería y que había estado comprometida con el futuro conde de St. Vincent. Y estaba ese reciente contratiempo que tuvo usted en la librería con un reloj de Cartier, exactamente del mismo modelo que se menciona en el relato del señor McDonough, que provoca el enfrentamiento entre los dos personajes. Eso fue lo que nos dio la pista y por lo que acudí a su evento.

—Me frustra mucho —dijo Vivien con amargura—. Yo escribo de lo

que no conozco, y todos dicen que no es lo bastante creíble. A *lady* Browning la critican por crear las más desbocadas ideas de pesadilla.

Al mismo tiempo, publican a Alec por contar mi historia, con ninguna inventiva, sin permiso. ¡Cuánto ego, cuánta intromisión hay en todo esto!

—Vivien, escuche, sus textos son de lo más extraño y bello que he leído. Pero este no es su momento. Sé que nadie quiere que le digan eso.

Seguramente preferiría que le asegurasen que no tiene talento, si solo va a esforzarse sin obtener recompensa. Pero dulce es el fruto de la adversidad, como escribió Shakespeare.

Al oír esas palabras, Vivien miró a Sonia con curiosidad.

—Señora Blair, tengo algo de experiencia en lo de perder a un marido.

¿Por qué se molesta usted con todo esto?

—Imagino que estoy buscando el fruto de la adversidad. —Sonia sonrió con tristeza—. Lo que mejor se me da es perderme en los demás. Eric siempre decía que por eso atraen en parte las grandes causas, si uno no sabe escribir. —Cogió las manos enguantadas de Vivien entre las suyas—. No me cabe la menor duda de que algún día triunfará usted enormemente. Pero prométame que va a controlar ese temperamento. Y no deje de escribir.

Pero —Sonia esbozó una sonrisa triste— que no sea sobre Alec. Sospecho que no es ni la mitad de fascinante que usted.

Las dos mujeres se separaron en la entrada oriental del jardín de la plaza. Mientras Vivien regresaba a la librería, sabía que iba pisando con rabia el mismo suelo en el que T. S. Eliot había trabajado como editor, el que había inspirado a Virginia Woolf para su novela *Noche y día*, donde Thackeray había ambientado los primeros capítulos de *La feria de las vanidades*. Vivien podía vender libros de estos y otros autores, pero seguramente ahí acabaría todo. Incluso con el interés de *lady* Browning o Sonia Orwell, sus posibilidades de desarrollar una carrera como escritora eran bajísimas. Además, ahora Vivien anhelaba algo aún más, y no era que su versión de la vida fuese publicada.

Era sentir que finalmente la controlaba.

Unas horas después, Evie abordó vacilante a Vivien en la cocina, en la

que esta preparaba el té.

—Dichosos los ojos —la saludó Vivien con frialdad.

Evie se quedó en la puerta. Había estado evitando adrede a Vivien desde el acto de Du Maurier, pero su conversación con Mimi del día anterior había surtido el efecto deseado.

—¿Puedo echar una mano?

—Ya sabes cómo va esto —asintió Vivien mientras llenaba el hervidor de agua.

Evie se puso de puntillas para coger la lata con té negro de los estantes descubiertos de arriba.

—¿Va todo bien? —inquirió bruscamente Vivien mientras enchufaba el hervidor.

Evie no supo qué decir. No dejaba de imaginar a Vivien y a Alec cantándose las cuarenta en el despacho del señor Dutton, con gran rabia y casi con violencia: un recuerdo que, semanas después, todavía causaba vergüenza y confusión en la joven.

—Sé que has estado rebuscando entre los libros, Evie.

La certeza en la voz de Vivien la sobresaltó. No era aquello de lo que Evie más temía que la acusaran, pero se aproximaba, y no pudo sino preguntarse qué más sabría Vivien, que era, de lejos, la empleada más observadora de Libros Bloomsbury. Evie se reprendió interiormente por no haber sido más discreta en su presencia.

—El primer día me contaste —continuó Vivien— que Yardley y tú formasteis parte del grupo que salvó la casa de Austen. Y que conociste al señor Allen en una subasta de Sotheby's, ¿verdad?

La memoria implacable de Vivien completaba la artillería a la que siempre se enfrentaban los hombres de la librería, como le ocurría ahora a Evie.

—Que te presentases aquí no fue una casualidad, ¿verdad, Evie?

Ahora había cierto matiz en la voz de Vivien, una agresividad que Evie solo le había oído emplear con hombres como Alec y el capitán Scott.

—Evie… ¿qué te traes entre manos?

—Si encuentro un libro en otra planta —respondió Evie cambiando de

tema, pues aún no estaba del todo lista para contarle todo a Vivien—, y

tiene un precio inferior al que vale, ¿debo decirlo?

Vivien la miró con curiosidad y respondió:

—Bueno, sabemos qué dirían al respecto Dutton y Allen, eso seguro.

Scott el marino lo exigiría alegando que no se habían respetado las categorías. Pero también es algo aprendido en el desempeño del trabajo, y creo que la regla número veinticuatro es de lo más vehemente al respecto.

—Pero ¿usted qué piensa?

Vivien desenchufó el hervidor y vertió el agua hirviendo en la tetera.

—Pues yo creo que me parece estupendo que les hagas caso omiso a todos ellos.

Se volvió hacia Evie y le dirigió una sonrisa tan cálida y comprensiva que Evie vio en ella el perdón que no sabía que necesitaba.

—Quiero que seamos amigas, Evie. No creo que ninguna de las dos llegue muy lejos sola. Al menos, a mí hasta ahora no me ha funcionado. —

Vivien señaló con la cabeza el despacho del fondo—. Y abusar de la amistad le ha funcionado de maravilla al Tirano.

Mientras salía de la cocina, Evie se percató de que a Vivien la estaban boicoteando en el trabajo sus propios compañeros, tal como le había sucedido a ella en Cambridge. Casi nunca había visto a alguien esforzarse tanto como Vivien, y, aun así, sus ambiciones se veían frenadas. Esto llevó a Evie a cuestionarse su capacidad de mejorar su propia situación, en Libros Bloomsbury o en cualquier otro sitio. Encontrar y, de un modo u otro, adquirir *¡La momia!* podía brindarle halagos y atenciones momentáneas, como había sucedido con el éxito de su catálogo con el que se había liquidado la Chawton Great House. Pero, sin cierto tipo de cómplice, una nueva clase de sociedad, era incapaz de enfrentarse a las imperantes estructuras de poder.

Cuando volvió a la tercera planta y a sus solitarias obligaciones, recordó el reciente consejo de Mimi en aquella merienda: establecer más contactos y pedir más. Eso no había resultado fácil en el entorno

relativamente pequeño de Cambridge, donde los peces gordos eran pocos y disponían de una influencia tremenda. Londres tenía que ser distinto. Había un sinfín de oportunidades, y muchas personas buscándolas, en una ciudad de más de ocho millones de habitantes. Evie, empero, no solo quería una oportunidad:

aspiraba a crear algo propio, nuevo y duradero. Algo que nadie pudiera arrebatarle jamás.

Catalogando o vendiendo libros para otros hombres no lo iba a lograr.

Capítulo 28

REGLA NÚMERO 11

LOS EMPLEADOS APROVECHARÁN TODA OCASIÓN PARA PROMOCIONAR LA LABOR DE LIBROS BLOOMSBURY.

En las mañanas de los miércoles, Evie y Ash habían empezado a quedar a desayunar cerca de la estación de King's *Cross*, de camino al trabajo. Evie conocía bien la zona: había llegado a ella muchas veces, procedente de Cambridge, para investigar en el Museo Británico. Acababa de llevar a Ash a su cafetería preferida del barrio, en la que las camareras andaban demasiado atareadas con los viajeros matinales como para prestar mucha atención a quién se sentaba con quién. Ash siempre pedía el tipo de contundente desayuno británico que buscaban los turistas; Evie seguía con sus gachas habituales, con un poco de azúcar moreno y cremosa leche por encima.

Como les quedaba un rápido paseo de quince minutos hasta llegar a la librería, salieron de la cafetería a las 8:30. En torno a ellos, el sol invernal creaba sombras con los trajes negros y los bombines de los hombres de negocios, que contrastaban vivamente con la ligera nieve de la noche. Tras unas semanas sorprendentemente benignas, el invierno había vuelto a Londres de nuevo. Evie lamentó no llevar su fiel rebeca azul o su atuendo de punto azul marino bajo el abrigo de lana. Lo que se había puesto era uno de los vestidos de su compañera de piso, con pliegues en la cintura y de un profundo tono esmeralda que daba a Evie la sensación de que llamaba la

atención, pero que Charlotte se había empeñado en que lo luciese.

Al cruzar la calle, Evie distinguió un grupo de juerguistas nocturnos por delante, que llamaban la atención aún más que ella, ataviados con un desconcertante conjunto de amplias y livianas prendas indias que no los protegían del frío.

—Como si estuviera en casa —comentó Ash en tono sardónico, y Evie notó que sentía unos molestos celos al ver a tres mujeres jóvenes con coloridos saris y pañuelos a juego en la cabeza.

Los dos acompañantes masculinos vestían ambos una versión de un traje de Jodhpur, complementados con unos incoherentes chalecos de lana y, por debajo, unos pantalones de franela con cuadros, todo ello coronado por unos turbantes hechos con sábanas.

En la esquina, Ash se demoró para comprar un ejemplar de *The Hindu* en un quiosco. Mientras los juerguistas comenzaban a alejarse, Evie se miró los pies, aunque enseguida alzó la vista con sorpresa al oír una conocida y jovial voz que la llamaba:

—¡Señorita Evie Stone!

Ella se quedó inmóvil.

Era Stuart Wesley.

—¡Vaya, qué casualidad encontrarte aquí! Te acordarás de Caldwell. Y

esta es mi nueva prometida, Sonia Christenson, y sus amigas de St. Mary's.

—Señaló con un gesto ampuloso a las jóvenes a su lado—. Ellen Cleaves y Claudia Davis-Jones.

Evie se quedó mirando aquel grupo.

—Muda como siempre, por lo que veo —prosiguió Stuart—. ¿Estás sola?

Evie dudó en hacer las presentaciones cuando Ash los alcanzó.

—¿Y este quién es? —inquirió Stuart con una sonrisa taimada.

Ash parecía divertirse interiormente con los diversos atuendos que llevaba el grupo, mientras que Evie sintió algo completamente distinto: una profunda vergüenza por el modo en que lo trataba tanta gente en Inglaterra.

—Ashwin Ramaswamy. —Le tendió la mano a Stuart, que se la estrechó con un entusiasmo excesivo.

—Yo soy Stuart Wesley. Igual Evie le ha hablado de mí. Menuda fiesta

se perdieron anoche en el Albert Hall, fue el baile de carnaval del club Chelsea Arts.

Cómo no, pensó Evie. Stuart y sus amigos habían bajado de Cambridge para participar en el evento más escandaloso del año en Londres. En ese instante Evie advirtió, abatida, que a Stuart Wesley no le hacía falta ir en pos del carnaval en la vida: este siempre lo seguiría a él.

—La temática de este año era «La vida en el Raj» —declaró Stuart con una sonrisa antes de hacer lo mismo con Ash—. Usted habría estado en su salsa.

Evie vio que la hija del catedrático Christenson le daba a Stuart en el costado una palmada no del todo amistosa con la mano derecha.

—Pero si seguro que no se ofende, ¿eh, Ramaswamy? —Stuart no aguardó respuesta y volvió a centrarse en Evie, que aún no había abierto la boca.

Esta volvió a percatarse de aquello, esa constante codicia en la mirada del joven, cuya ambición era el eje en torno al cual rotaban todas sus actividades sociales: las llamadas a deshoras al despacho, los bailes, el champán y el confeti. Stuart lograba que para los demás fuera agradable estar a la sombra de su ensayada simpatía, mientras que su fría y despiadada ambición permanecía oculta. Pero Evie la detectaba porque la sombra de su cordialidad nunca le llegaba a ella. Peor aún: a Stuart no le importaba que ella la advirtiera porque sabía perfectamente (pues acababa de robarle un puesto de trabajo) que Evie no podía perjudicarlo. Le bastaba con seguir siendo simpático con quienes estaban por encima de él para poder continuar siendo mezquino con alguien a quien consideraba tan por debajo como ella.

Dado que muchas veces no había distinguido el comportamiento peligroso en los otros, Evie fue consciente de que su capacidad de diferenciarlo ahora en Stuart no hacía que este resultara menos amenazante para ella, más bien al contrario. Era evidente que él se sentía capaz de perjudicarla de forma mucho más abierta porque había muchas otras personas que también la consideraban inferior.

—Bueno, deberíamos ir yendo al trabajo. —Evie trató de transmitir despreocupación y determinación a la vez.

—¿Al trabajo? —repitió Stuart, paseando la mirada por todo el entorno

—. ¿Y eso dónde está?

—En una tienda —respondió Evie de la forma más anodina posible.

Le sorprendió que Ash entrelazara un brazo con el suyo, mientras el brillo de la mirada de Stuart Wesley se afilaba.

—Ah, ¿conque trabajas en una tienda? ¿Por dónde?

Notó que Ash le apretaba más el brazo de forma agradable ante las palabras entrometidas de Stuart, lo que hizo que el corazón le latiera todavía más rápido.

—En Bloomsbury —respondió Ash por ella—. Y usted adónde se dirige con tanta prisa, ¿al circo?

Stuart entornó los ojos tan levemente que Evie anheló verse libre de él.

—No exactamente, aunque en Cambridge hay más de un fenómeno circense, ¿eh, Evie? No, ahora volvemos allí. —Stuart miró directamente a Evie por última vez—. No dejaré de comentarle a Kinross que me he topado contigo. Le interesará muchísimo saber dónde has acabado, y con quién. Supongo que es verdad que Londres es el centro del mundo, después de todo.

El alegre grupo prosiguió su camino, dejando al marcharse a Evie mareada y asqueada.

—Encantador —dijo Ash entre dientes.

—De eso nada.

Ash aún le daba el brazo, que ahora parecía menos un apoyo y más algo cálido y agradable; Evie exhaló mientras él le soltaba el brazo y se apartaba.

—Siento lo que ha pasado. No me ha gustado cómo la estaba tratando.

He pensado que así lograría que no preguntase mucho por la librería.

Parecía que lo había conseguido, cosa que alegró a Evie: le alegró que Wesley se hubiera llevado una impresión tan sosa y lúgubre de su vida en Londres que no se había molestado en saber más. Así había posibilidades de que no volviera a acordarse de ella, con lo que Evie esperaba que aquella también fuera la última vez en que tenía que pensar en él. Y le había gustado tanto sentir a Ash tan cerca…

En ese preciso instante, mientras volvían a pegar los brazos a los costados, un hombre chocó contra ellos con tanta fuerza que Evie tropezó con Ash. Mientras este la agarraba, Evie miró instintivamente hacia atrás a

ver de dónde había venido el empujón, esperando un breve «Lo siento mucho» y ver un sombrero levantado. Pero las palabras que le silbó el desconocido al pasar fueron tan agresivas que Evie no pudo dar crédito a sus oídos. Como si esas palabras infames no se hubieran producido; como si hubieran llegado de otro mundo.

Acercándose más a Evie con actitud protectora, Ash apartó la cara del otro hombre como si hubiera recibido un golpe, pero no replicó nada. Evie no podía creerlo. Aquello era impropio de Ash. A él no lo intimidaba nadie.

—¿Ha oído…? —Evie guardó silencio. Le pareció que lo estaba malinterpretando todo: la presencia aparentemente inocua de Stuart Wesley, los empujones de la muchedumbre en torno a ellos y el coste de que Ash ignorase todo aquello, el roce de su brazo, incluso lo que ella sentía por él.

Siguieron avanzando hacia la librería en un silencio que fue de todo menos cómodo. A Ash parecía frustrarlo todo cuanto lo rodeaba, incluso ella. Evie recordó algo que había dicho una vez el médico del pueblo en Chawton: en la vida, todo es un aviso o una causa. Ella había vuelto a zafarse de Stuart Wesley, el hombre horrible de la calle había quedado muy atrás, y Ash caminaba a su lado como tantas otras veces. Pero la restauración de lo habitual, del *statu quo*, se le antojó de una facilidad engañosa. Algo había cambiado, algo en su forma de entender aquello a lo que Ash y ella se enfrentaban y, según temía, de algo muy profundo en Ash.

«Un aviso o una causa». El pasado, el presente y el futuro estaban vinculados, aunque ella no pudiera distinguir cómo. Evie sabía que ese no era su fuerte. No era una persona creativa, y, desde luego, carecía de inclinaciones filosóficas. Lo que esperaba era difundir las palabras e ideas de mujeres desaparecidas hacía mucho tiempo, mujeres que ya no podían hablar pero que, en su determinación por no callarse, todavía podían influir, incluso ahora. Evie creía que su estudio del pasado merecía la pena, pero deseaba que lo descubierto también resonase en el futuro. Estaban en 1950

y al mundo le habían vuelto a dar una segunda oportunidad tras una guerra devastadora. La gente solo podía aprender del pasado, pero ya

parecía que querían olvidar y entrar en el futuro. Sin embargo, de él no se podía aprender nada, solo ofrecía promesas. Evie tuvo que preguntarse hasta qué punto serían vacuas esas promesas; no solo para ella, que casi tenía al

alcance de la mano el libro perdido de Jane Webb, sino para las mujeres que la guerra había liberado, para los hombres que iniciaban nuevas vidas en nuevos países, para todos los supervivientes heridos y dañados que habían quedado.

Capítulo 29

REGLA NÚMERO 38

LA ÚNICA PERSONA CON ACCESO AL LIBRO DE ACTAS DE LA LIBRERÍA ES EL

GERENTE PRINCIPAL.

Faltaban dos horas para el inicio de la charla de Beckett, y Grace aguardaba a solas en el espléndido restaurante del lado oriental de Russell Square. Lord Baskin las había convocado a Vivien y a ella para tomar unos cócteles y una cena ligera en el hotel Russell antes del gran evento de la noche. Aquello resultaba tan poco habitual que hasta Vivien se había quedado un poco perpleja cuando la invitación había llegado, por mensajero, a la librería.

—¿Nos están despidiendo? —había preguntado Grace mientras examinaban juntas el membrete grabado del conde.

—No es su estilo —negó Vivien—. Y el hombre lo tiene, eso se lo reconozco. Además, no olvides toda esa información sobre la empresa que me contó después del acto de Du Maurier. No es algo que le explicarías a una empleada a la que estás a punto de echar. —Hizo una pausa—. ¿A qué hora ha dicho?

—Sobre las seis.

—Muy bien, llego justa. Antes tengo que hacer un recado, os veo allí.

Ya eran más de las seis y Vivien seguía sin aparecer. Solo se vio a lord Baskin pasando junto al bar adyacente en dirección a Grace, cruzando con donaire los muchos sofás y butacas que había en el camino. El hotel Russell

era el preferido de la familia Baskin desde hacía tres generaciones, y

era evidente que el actual conde conocía el laberinto de sus salones públicos como la palma de la mano.

—Lo lamento muchísimo, discúlpeme —dijo con una sonrisa irresistible mientras se sentaba en el otro extremo del reservado en curva, de modo que Grace y él quedaron cara a cara.

Contenta de que el conde hubiera dejado espacio entre ellos, la mujer se removió incómoda bajo la mirada del hombre.

—Podemos poner a Vivien en medio cuando llegue —comentó ella sin venir a cuento—. Como una niña que se ha portado mal.

—Oh, lo lamento de nuevo. ¿No lo sabe?

Baskin la miraba con tanta seriedad que al principio Grace no sospechó nada.

—Saber ¿el qué?

—La señorita Lowry no puede venir. Me he encontrado con una nota en recepción. Ya es tarde para cambiarlo. —Vaciló—. Espero que no pase nada.

Sí que pasaba. Después de todo, ella era una mujer casada y solo había logrado salir de noche mediante otro engaño por su parte.

Las relaciones con su marido habían llegado a un límite pésimo después de la escena de este en la librería. Grace sabía que alguien tan egocéntrico como Gordon jamás entendería hasta qué punto ese episodio delante de sus colegas de trabajo le había dado fuerzas. A pesar de todo cuanto había sacrificado por su esposo en los años anteriores, la librería era su único bastión frente a él, y lo único a lo que no quería que se acercase. Ese debía de ser el motivo por el que se había dado la vuelta aquella mañana en Lamb's Conduit, con el caliente y amargo sabor del café aún en los labios, para responder al anuncio que, con sus elegantes palabras, ocultaba las muchas manías del señor Dutton.

Las relaciones con Gordon habían llegado a un extremo tan deplorable que, ese día, Grace había contado la primera mentira de su matrimonio.

Había informado a Gordon de que iba a pasar la noche en casa de su madre para acompañarla a una cita médica del día siguiente. Grace sabía que su progenitora le cubriría las espaldas si Gordon llamaba. Al

haber

presenciado con el tiempo más que unos pocos ejemplos de los cambios de humor de su yerno, parecía que la anciana se hacía cargo de la situación perfectamente. Grace siempre había confiado mucho en la discreción de su madre, ya que ella no se mostraba dispuesta a hablar del tema.

Ahora, aquello que Grace jamás había pensado, el motivo principal por el que las parejas casadas se mienten con tanta frecuencia, se había materializado ante sus ojos y en contra de su voluntad, promovido por Vivien, por lord Baskin, o por ambos.

—¿Se acaba de enterar usted? —preguntó, con una ceja enarcada—.

¿De lo de Vivien?

—¿De qué…?

Grace vio que él también caía ahora en la cuenta.

—Oh, madre mía, qué razón tiene usted. —Se levantó como si fuera a marcharse—. Lamento muchísimo haberla puesto en este brete. Jamás haría nada por sugerir… por, eh… comprometer…

Ella le hizo un gesto para que se sentara. Visiblemente alterado, la disposición del conde a marcharse tan rápido parecía demostrar que no estaba al tanto de los tejemanejes de la colega de Grace.

—No pasa nada. Ya estamos aquí. Supongo que una copa no nos sentará mal.

Él enseguida le hizo una seña al camarero e le indicó a Grace que pidiese.

—Un Dubonnet con hielo —dijo ella, notando que había adoptado un tono de lo más afectado.

—Un *dry martini*, como siempre. —Lord Baskin se volvió hacia Grace

—. El señor Westcott lleva mucho tiempo acompañando aquí a mi familia,

¿no es así?

No había dicho «sirviendo». Ni «trabajando para mi familia», sino

«acompañando». Grace notó que esa forma de hablar revestía gran importancia para el receptor, que la aceptó con una educada pero elegante sonrisa.

—Desde luego, lord Baskin. Desde que su señoría llevaba el traje de pequeño lord Fauntleroy e iba con rizos.

Lord Baskin soltó una sincera carcajada, y el camarero les hizo una leve

reverencia a ambos antes de marcharse.

—Qué bonito —comentó ella.

—¿El qué?

—La forma en que le ha hablado usted.

—Y ¿cómo iba a hacerlo si no?

Grace sonrió. Lord Baskin no parecía darse cuenta de lo distinto que era de otros hombres de su rango, o de aquellos que visitaban la librería. O de Gordon. Al pensar en este último, dejó de sonreír y enderezó la espalda.

El conde recorría la decoradísima sala con la mirada.

—Por lo visto, Fitzroy Doll diseñó el restaurante del Titanic para que fuera una réplica exacta de este.

—No me extraña.

—Disculpe, ¿seguro que se encuentra bien?

Esa forma de estar siempre pendiente de ella y de otros recordó a Grace algo que Ellen Doubleday les había confesado después del acto de Du Maurier: que un buen invitado siempre se comporta como un anfitrión. A Grace le dio la impresión de que lord Baskin agradecía tanto su buena suerte en la vida que no la daba por sentada, pues sabía que la disfrutaba por el esfuerzo de otros. Esa no era la idea que ella tenía de la aristocracia británica; desde luego, no era así como se comportaba la clientela más acaudalada de la librería. Con lord Baskin, se sentía valorada como una igual y animada a expresarse como tal. Al rememorar, posteriormente reconocería que aquel fue el momento en que empezó a bajar la guardia.

—¿De qué quería hablarnos a Vivien y a mí? —preguntó, decidiendo

que lo mejor era ceñirse al negocio del establecimiento.

—Del señor McDonough.

Aquello no era en absoluto lo que ella esperaba.

—¿De Alec? ¿Y eso?

Ahora fue lord Baskin quien tuvo que removerse incómodo en la silla.

—Me abordó… y, en realidad, no debería ni mencionar esta cuestión.

—Lord Baskin miró la sala rápidamente y después bajó un poco la voz —.

Pero me ha transmitido que quiere comprar la librería.

Grace se quedó mirando a lord Baskin. Ella sabía que Alec tenía dinero.

El apartamento en Knightsbridge, el vestuario de Savile Row, el reloj de

Patek: nada de aquello era precisamente asequible con un salario de librero.

Su riqueza también se traslucía en el modo en que ocultaba su ambición con un engañoso aire de despreocupación: como si no tuviera nada que perder.

Esa era la actitud por la que Alec era envidiado en la librería. Le permitía buscar con audacia contactos sociales de un modo que ni Vivien ni ella podrían plantearse jamás. Ese era uno de los motivos por los que el interés colectivo de Ellen Doubleday, *lady* Browning o Sonia Blair por Vivien suponía una bendición tan grande para la joven. De otro modo, no había acceso a una vida mejor para una soltera sin apoyo familiar, a no ser que lo lograse mediante la buena voluntad (y las expectativas) de un hombre.

—Pero no puede hacer eso. A ver, para empezar usted tendría que consentirlo.

Lord Baskin asintió con vigor:

—Tiene razón, desde luego. Pero es que la librería…, bueno, últimamente se ha convertido… no exactamente en una carga, pero… En primer lugar, el valor de la propiedad no deja de aumentar, pero

los libros y otros bienes solo valen una parte de lo que cuestan. Sin contar las deudas pendientes, nada más serían necesarios unos pocos miles de libras para comprar mi mitad: como mucho, cinco mil. —Titubeó—. Y no estoy seguro de cuánto tiempo más puedo mantener mi implicación.

—No le sigo.

—Es que… me está resultando difícil estar en la librería.

Baskin no miraba a Grace, no directamente, y así fue como ella supo al fin que hablaba de ella. Aquello era, con mucho, lo máximo que podía decirle, estando casada, sin dejar de ser el caballero que ella sabía que era.

—Ah, ya.

—Trabajar allí fue de una gran ayuda —continuó el conde tras respirar

—, cuando me dejó Anna, y durante los últimos e interminables años de la guerra.

Grace se quedó en silencio mientras asimilaba aquellas palabras. Pensó en lo que implicaba que te dejaran. Solo se había planteado la idea siendo ella quien dejaba al otro, últimamente más que nunca a medida que Gordon se iba mostrando menos razonable.

—Ahora siempre haces lo que te apetece… —le recriminaba con

frecuencia, unos reproches que empezaba a extender al modo en que trataba a sus dos hijos en edad de crecimiento.

—¿Se puede saber qué quiere decir eso? —Se veía obligada a preguntar Grace, sin saber de veras qué había hecho mal.

—Trabajas hasta tarde, bebes y montas escenas…

—Eso ha sido una noche en… ¿cuánto, cinco años? Cinco años y la única vez en que les he dicho sí a mis compañeros de trabajo y me he quedado…

La discusión se prolongaba hasta el infinito, pero siempre volvía a aquella fiesta en horario de cierre. Durante años, Gordon había exigido saber qué hacía exactamente en todo momento. Por fortuna para su matrimonio, trabajar de atribulada secretaria para un hombre

como el señor Dutton no dejaba mucho a la imaginación, hasta ahora. Grace había entendido al fin lo pequeño que era su mundo por culpa de su marido, hasta qué punto este lo doblegaba y limitaba al suyo. Ese era el trato que, de un modo u otro, ella había cerrado silenciosa y sumisamente con él, y cuyo improbable fin la sumía en la desesperación.

Pero ser abandonado como le había pasado a lord Baskin, que lo hiciera una bella mujer a la que él había obviamente amado con pasión, de forma tan repentina y sin previo aviso… ¿Qué efecto debía tener tal traición, sobre todo en alguien tan generoso, considerado y orgulloso como Jeremy Baskin?

—¿Alguna vez tiene la sensación —preguntó él quedamente, sin dejar de escudriñar el rostro de Grace— de que todavía no se ha acabado la guerra? Una guerra que terminó hace casi cinco años… Como si no pudiéramos seguir adelante. ¿Por qué será?

—La sensación de culpa. —A Grace la sorprendió su propio tono afirmativo—. Debe ser eso. Culpa por no haber hecho más en su momento, por mucho que nos esforzáramos, porque ¿de qué servía? Por todas las vidas que se han perdido o arruinado a pesar de todo. E imagino que más culpa por haber sobrevivido, pero ¿para hacer qué? La misma rutina de siempre, igual que antes. Lo siento, no debería divagar de este modo, precisamente con usted.

A él pareció sorprenderle el nada habitual matiz pesimista de Grace.

—Quizá eso es lo que deben hacer los supervivientes: aferrarse a lo que había.

—No, no debería ser así. —La mujer negó con la cabeza—. Fíjese en Ash, que vino tras la guerra para tratar de crear algo nuevo. Incluso Evie Stone, ya puestos. No se han conformado con lo que les ha tocado en la vida.

—Si pudiera, ¿usted qué haría de otra manera? —Lord Baskin aguardó la respuesta con interés. Siempre la escuchaba con paciencia e ilusión, lo que hacía que Grace se sintiera valorada de un modo que apenas sentía en el trabajo, y menos aún en casa.

—Ojalá lo supiera. —Suspiró—. No tengo la sensación de poder hacer nada. No me lo puedo permitir. No me ocurre como a Alec. Él puede divertirse en el trabajo y fuera de él: ocupar el puesto del jefe, hacerle ofertas al dueño.

—Me temo que tiene usted razón.

—Aunque no la tenga, eso es lo que siento.

—Pero, si pudiera, ¿qué haría? —Baskin debió de captar el sutil aviso en la mirada de Grace, porque entonces lo que añadió fue—: Para empezar, es muy buena en contabilidad, no se le pasan ni un decimal ni una cifra ausentes.

—Aunque para llevar una contabilidad en condiciones tendría que estudiar. Para eso no tengo tiempo, no con una familia en casa. —Esbozó un gesto de indiferencia—. Vivo en un mundo mucho más reducido que usted y Alec. No tengo donde ir. Ningún sitio al que escapar, si las cosas se tuercen.

—Ninguna librería en la que buscar cobijo —dijo él con una sonrisa triste.

Ella tuvo que sonreír ante esa mención a sí mismo durante la guerra, y añadió:

—Para eso es el dueño. Aunque, si soy sincera —y aquello era lo máximo que ella, como mujer casada, podía decirle—, pedí el trabajo por motivos parecidos. Y me alegro de tenerlo. Por el momento.

—Bueno —recordó de pronto Baskin—, estábamos hablando de Alec.

—¿Cree que su oferta es seria?

—Me parece que sí. Pero debería comentar que el señor Dutton y el señor Allen también están muy interesados.

—Lo sé.

—Ah, sí, por Vivien. —El conde sonrió—. Se cuentan ustedes todo en los largos trayectos de vuelta en autobús.

«Se cuentan ustedes todo». Grace recordaba que él había dicho exactamente las mismas palabras la última vez que habían estado juntos, pocas horas antes del evento de Du Maurier. Entonces, como ahora, Grace intuía el anhelo que se escondía tras ellas y notó que volvía a ponerse nerviosa bajo la mirada de aquel hombre.

—Todo no —replicó—. Pero en lo que se refiere a lo que sucede en la librería, desde luego que sí. Esta noche ella también estaba convocada, así que lo voy a preguntar por las dos: ¿tiene Alec prisa? ¿Podría

adelantarse al señor Dutton y el señor Allen?

—Siempre podría darles yo la oportunidad de presentar una oferta. Lo único que quiero es que la librería acabe en las mejores manos posibles, aunque me preocupa que Herbert siga trabajando con sus problemas de salud, y el poco tiempo que Frank pasa en ella. Alec, por su parte, sí que parece tener mucha prisa, no sé muy bien por qué. ¿Últimamente ha pasado algo que lo haya alterado?

—Nada fuera de lo habitual —negó Grace con discreción.

Se miraron, entendiéndose en silencio.

—Creía que en ese sentido la cosa iba mejor.

Grace no añadió nada. Todavía no sabía exactamente qué había ocurrido entre Alec y Vivien, del mismo modo que ella no le contaba a su amiga todo lo relativo a su matrimonio. A pesar de las muchísimas cosas que ambas se confesaban, algunas eran demasiado dolorosas de reconocer.

—He de decir que no estoy seguro de que sea digno de ella —afirmó Baskin.

—Probablemente. Aunque no sé si deberíamos estar hablando de esto.

—Mi exmujer Anna y yo seguíamos una dinámica muy parecida. Todo era muy dramático.

—Insisto, creo que no deberíamos comentar estos asuntos, ¿no le parece?

Aquel fue el último intento de Grace para que no se desviasen y, cuando el conde le hizo una seña a Westcott para que le llevara la cuenta, vio que había funcionado. Pero también le sorprendió advertir que una parte de ella no quería que así fuese. Recordaba que, aquella tarde juntos en Hamleys, le habían entrado ganas de coger a los niños y echar a correr; en esta ocasión, lo que quería era quedarse donde estaba.

—Desde luego, tiene usted razón. Como siempre. —Baskin apuró el martini y consultó el reloj—. Son casi las siete y en la librería deben de estar preparándose para la llegada del señor Beckett.

—Bueno, estoy segura de que Vivien ya ha empezado sin mí. —Grace esbozó una breve sonrisa pero sincera.

Él se la devolvió, ostensiblemente aliviado al ver que su relación con ella seguía siendo buena.

—No me cabe la menor duda.

La acompañó al vestíbulo de la entrada y la observó partir. Ella quiso decirle muchas cosas, pero no podía. Quería darle las gracias por ser su amigo. Por cuidar siempre de Vivien y de ella en la librería, a pesar de la enorme diferencia de rango. Y por verla como una persona con profundidad, a pesar de la vida ínfima que había llevado, limitada a los confines entre dos paradas de autobús. Pero no podía expresar nada de aquello, ni por asomo. Lo único que pudo hacer Grace, mientras el portero le sostenía la puerta, fue sentir cómo la mirada de lord Baskin la seguía por la calle y no bajar la cabeza mientras su pequeñísimo mundo se iba haciendo cada vez más pequeño, por culpa de aquello que no debía desear.

Capítulo 30

REGLA NÚMERO 42

TODOS LOS ACTOS EN LA LIBRERÍA DEBEN INICIARSE A LAS OCHO EN PUNTO.

Samuel Beckett y Peggy Guggenheim sorprendieron a todos al aparecer juntos en Libros Bloomsbury, de lo más animados y con diez minutos de retraso. No los acompañaba Suzanne Déchevaux-Dumesnil, agente y compañera de Beckett de muchos años, que había tenido que volver a París por cuestiones de negocios. Los dos examantes llegaban directamente de tomar unos cócteles en el American Bar del Savoy, con *lady* Browning y el agente literario de esta, Spencer Curtis Brown, que aspiraba a representar a Beckett en el mercado británico.

Al llegar, Beckett inmediatamente subió con su largo y enjuto cuerpo las escaleras mientras le farfullaba unas disculpas de lo más corteses a Alec, que iba el primero. El resto de los empleados de Libros Bloomsbury formaban una fila en la segunda planta, a excepción del señor Dutton, que se había ido a casa a las cinco y media en punto por órdenes del médico.

Ahora, el hombre seguía las reglas sobre su salud con la misma diligencia con que siempre había gestionado el establecimiento. Esto producía en el personal un gran alivio, pues ninguno de ellos sentía las menores ganas de presenciar una repetición de aquel horroroso síncope.

La sección de Historia se había vuelto a vaciar para el público que aguardaba con paciencia. Beckett se acercó al podio mientras Alec lo presentaba de forma bastante pomposa y todos guardaban silencio al ver a

aquella imponente figura.

Alec se quedó detrás de Beckett, a la derecha, y Vivien a la izquierda. A diferencia de Grace, que se había puesto un conservador traje rojo, Vivien iba toda de negro para reflejar su estado de ánimo; su ajustada combinación de jersey de cuello cisne y falda entallada de lana enseguida llamó la atención de Beckett.

El resto del público se quedó embelesado y expectante; muchas de las presentes todavía no se habían quitado los sombreros ni los abrigos de piel.

Lady Browning se encontraba en la primera fila como una de las invitadas distinguidas de Vivien, junto a Ellen Doubleday y Sonia Blair. Peggy Guggenheim, con su oscuro cabello corto que era un frenesí de rizos, permanecía con total informalidad al otro lado del pasillo, manoseando alegremente sus perlas con la mano derecha, como si esperase a que empezara un espectáculo.

Con un vaso de *whisky* escocés en la izquierda, Beckett anunció que iba a leer el primer párrafo de *Molloy*, un libro que estaba a punto de publicarse en Francia. Mientras lo hacía, fue traduciendo espontáneamente su texto al inglés, lo que produjo unas pausas entrecortadas en lo que empezaba a ser una lectura larga. Alec comenzó a inquietarse, sobre todo cuando Curtis Brown susurró tras él que corría el rumor de que el segundo párrafo tenía ocho páginas.

Peggy Guggenheim acabó por soltar un perceptible y exagerado bostezo. Beckett le lanzó una mirada penetrante y divertida, cerró el manuscrito encuadernado y abrió el turno de preguntas en la atestada sala.

Varias enguantadas manos femeninas empezaron a agitarse sobre las cabezas, y Vivien tuvo que reprimir una sonrisa. Con o sin podio, Beckett era el hombre más carismático de la estancia.

Todo iba como una seda hasta que un periodista de *The Times*, situado a un lado del público, inquirió:

—Pero ¿no cree usted que la escritura debe transportar al lector a un lugar al menos comprensible, si no reconocible?

Beckett puso semblante de indiferencia; sus ojos azul acero y su cortísimo cabello plateado formaban un atractivo contraste con su oscuro jersey de punto y de cuello alto y su chaqueta.

—¿Qué es lo comprensible? —respondió bruscamente—. Quiero decir:

¿alguno de ustedes comprende verdaderamente lo que está pasando aquí?

Para entender, primero debemos tener la experiencia. Yo escribo para tener la experiencia y para entenderme mejor: eso es lo único que me preocupa.

—Lo único que le preocupa mientras escribe, quizá. Sin embargo, sin artefactos narrativos básicos como la trama, le pide usted al lector un nivel de confianza que la obra en sí aún no se ha ganado. ¿No merece el lector distinguir algo del mundo que conoce?

Beckett negó con la cabeza con un gesto de desdén.

—El reconocimiento no sirve de nada. ¿Qué sentido tiene mostrar lo que ya conocemos? Le aseguro que aquello que reconozco aquí esta noche no tiene ningún efecto sobre mí.

Vivien captó una mirada burlona de Beckett a Peggy Guggenheim, su antigua amante, que estaba en la primera fila.

—Aquello a lo que reaccionamos —ahora, el escritor hizo un ademán a la izquierda—, cuando decidimos actuar, es lo invisible. Lo completamente nuevo, lo provocador.

Beckett escudriñó a Vivien de un modo inconfundible. Esta entabló con él un brevísimo contacto visual y después se fijó de nuevo en el público, donde Peggy Guggenheim miraba a Beckett poniendo los ojos en blanco con gran familiaridad.

—Intento llegar a la esencia del ser. —Parecía que Beckett, que había dejado de mirar a Vivien, empezaba al fin a divertirse—. A lo único que nos impulsa.

—Entonces, ¿cree usted que solo hay una cosa? —preguntó el reportero.

—En el caso de los hombres, sí —contestó Beckett con una carcajada.

Ante esto, los otros hombres del público también se echaron a reír, así

como varias mujeres fascinadas. Dirigiendo la vista al otro lado del escenario improvisado, Vivien vio que Alec parecía un poco menos cautivado por el poeta y dramaturgo irlandés de como lo había estado al inicio de la velada.

—Pero se podría argumentar que, al buscar esa esencia, como la llama usted, el arte pierde todo significado —insistió valientemente el periodista

—. Demasiado minimalista, demasiado despojado de cualquier rasgo, y se corre el riesgo de que los lectores queden a la intemperie. Al fin y al cabo, usted los necesita tanto como ellos a usted.

Vivien llevaba todo el evento observando a Beckett, que tenía una mirada maravillosamente satírica y traviesa, lo que también formaba parte de su atractivo, además de su imponente aspecto y su ilimitado talento.

—No necesito lectores.

Un murmullo se extendió entre los hombres del público, un ahogado ruido que indicaba que la situación se iba a desmadrar.

—Eso es rotundamente falso. —La frente del reportero comenzaba a perlarse de sudor—. En todo caso, nos necesita más que nosotros a usted.

Vivien advirtió divertida que Alec apretaba con fuerza la mandíbula.

—¿Para hacer qué? ¿Escribir? Puedo escribir en cualquier sitio. Me publiquen o no.

—Entonces, ¿se pude saber qué hacemos aquí esta noche?

—Dígamelo usted.

El reportero cerró su cuadernito de golpe. «Señor Beckett, quizá su negativa a reconocer las necesidades de sus lectores explica por qué gran parte de su obra sigue sin publicarse». Aquellas palabras pretendían zanjar la discusión, un tono que los hombres presentes también reconocieron. Lo reconoció, asimismo, Vivien: había intentado adoptarlo muchas veces con Alec a lo largo de los años. «Quizá, si tuviera en cuenta las necesidades de los lectores y no solo las suyas, llegaría a más gente. Y vendería más libros.

Después de todo, no se puede tener una cosa sin la otra».

Beckett ya había tenido bastante. Apuró el *whisky* del vaso que se tambaleaba en el atril y, sin más, dejó de hablar. Vivien lo estudió con curiosidad: la animaba ese completo desinterés en resultar complaciente.

Pensó que quizá ella también escribía para alejarse, desvincularse del mismo modo: de un modo que a los hombres, al menos a los hombres como Beckett, se les permitía en la vida real.

La escritura siempre había sido el único lugar seguro en el que Vivien podía pensar y decir lo que quería. Recordó otro consejo de una de las notas manuscritas de *lady* Browning: que escribir para un público no solo requería olvidarse de uno mismo, sino también quitarse de en medio, para

que hubiera entretenimiento y un eco emocional para los demás. *Lady* Browning debía saber de qué hablaba: su reciente libro *El general del rey*, por lo visto, había vendido más de un millón de ejemplares en solo tres semanas, y, en Estados Unidos, su último lanzamiento, *Los parásitos*, acababa de ocupar el primer puesto de los más vendidos en la lista de narrativa de *The New York Times*.

Mientras contemplaba cómo Beckett renunciaba a su propio evento, Vivien tuvo que reconocer que la seguridad de aquel hombre le resultaba intensamente atractiva, y no solo porque fuese la confianza del genio. Al ser la persona más próxima a él a la izquierda del atril, también notó el agradable burbujeo de atracción entre el cuerpo de Beckett y el suyo. Todo aquello junto le estaba levantando el ánimo mucho más de como había estado últimamente.

La consternación, por otro lado, obviamente abatía el estado de ánimo de Alec. El autor invitado, para todo lo que importaba, estaba desaparecido.

La única energía que despedía el dramaturgo iba dirigida a la examante de Alec. Más tarde, tres personas pedirían que se les devolviesen los diez peniques de la entrada. No apareció ninguna fotografía de grupo en la prensa londinense, aunque sí se publicó un jugoso texto en las páginas de sociedad.

Las ventas, al día siguiente, bajaron levemente.

A lo largo de la charla, Evie Stone había estado apoyada a solas en la estantería de la pared septentrional. Desde aquel punto de observación, podía ver a Beckett y a los empleados en el estrado, así como a las mujeres de la primera fila. Enseguida reconoció a Daphne

du Maurier y a la señora de George Orwell, por la famosísima comida literaria. A esas alturas, Evie también conocía el trato entre Vivien y Ellen Doubleday, reciente viuda de un célebre magnate estadounidense de la edición, surgido tras el incidente en que habían intervenido dos hermanas turistas y el reloj de Cartier de Vivien.

Sin embargo, el miembro del público que más fascinaba a Evie era Peggy Guggenheim, heredera y galerista estadounidense que por aquel

entonces residía en Venecia. Vivien le había contado que aquella mujer había heredado una fortuna después de que su padre muriera en el Titanic en brazos de su amante. En el tiempo transcurrido, Guggenheim había reunido una de las colecciones de arte más impresionantes del mundo. A Evie le llamaba la atención la idea de que una mujer se gastase grandes cantidades de dinero en obras de arte antes de que estas fueran debidamente evaluadas, o de que se apreciaran con el tiempo. En la vida de Evie, tanto en lo académico como en lo comercial, el valor siempre lo habían establecido los hombres.

Para Evie, lo que las invitadas distinguidas de aquella noche tenían en común, sobre todo, era el dinero. Había aprendido, al salvar la casa de Jane Austen, lo crucial que era la seguridad económica para tener oportunidades.

Sin un considerable préstamo de la actriz Mimi Harrison, la sociedad jamás habría podido pagar la biblioteca familiar de los Knight, que tan valiosa había resultado ser. Mimi había ganado el dinero con las muchas películas que había rodado, una de las pocas actividades lucrativas para una mujer lo bastante afortunada para haber nacido con belleza cinematográfica.

Guggenheim había heredado el dinero que le había permitido competir en un mundo de hombres, Ellen Doubleday lo había obtenido al casarse, y Du Maurier había forjado una de las carreras literarias más lucrativas del mundo: otra de las pocas profesiones en las que las mujeres tenían la suerte de contar con una habitación propia.

Evie sabía que Vivien y Grace eran desgraciadas en sus trabajos, pero dudaban de que pudieran mejorar su situación sin ayuda económica.

Aquello era lo que la propia Evie había empezado a temer en aquel momento de abatimiento en el reverenciado despacho de Christenson, y sobre lo que Mimi le había aconsejado recientemente en aquella

merienda: que el esfuerzo y la diligencia no siempre bastaban. Las mujeres de Libros Bloomsbury ganaban lo suficiente para sobrevivir, nada más. No les sobraba ni un chelín para adquirir un objeto cuyo valor pudiera crecer con el tiempo, o brindarles un ahorro para apuros futuros. En consecuencia, Grace no podía dejar a su marido y Vivien solo podía quejarse amargamente sin conseguir nada. A Evie le preocupaba acabar atrapada del mismo modo, cada vez con menos opciones.

Mientras paseaba la mirada por esas mujeres del público, advirtió que Grace parecía especialmente tensa esa noche. Evie se preguntó si tendría miedo de que el señor Perkins volviese a aparecer. Ella nunca había visto a una pareja casada comportarse así. Sus ejemplos más cercanos eran sus padres y algunas parejas de la alta sociedad, que habían encontrado el amor en un período relativamente tardío de sus vidas y que eran muy conscientes de su buena fortuna. De las personas de la librería, era a Grace a quien más admiraba, con su mente valiente y aquel estoicismo interno que le recordaba a su antigua patrona, Frances Knight.

Para Evie estaba claro que el undécimo conde de Baskin también admiraba a Grace. En más de una ocasión, al mirar por la ventana de la tercera planta, Evie había visto a lord Baskin y a Grace sentados en un banco delante del establecimiento, tomando café y riéndose juntos despreocupadamente. Al igual que Evie y Ash, Grace y lord Baskin también procedían de entornos muy distintos, por mucho que ambos hubiesen nacido y crecido en suelo británico. Pero le daba la impresión de que eran de carácter parecido, ambos se mostraban solícitos con los demás e igualmente reservados respecto a ellos mismos.

Unas cualidades que no compartían ni de lejos Alec o Vivien, a quien Evie también había estado observando. Grace solía llamar a los enfrentados colegas los «desgraciados mellizos», y esa noche la tensión entre ambos había alcanzado una de sus mayores cotas, mientras recibían abiertamente las atenciones de Guggenheim y Beckett, respectivamente. Irónicamente, la palpable atracción que Guggenheim sentía por Alec ayudaba a Evie a no ponerse nerviosa por el indudable interés que la heredera también mostraba por Ash. Coquetear sin ambages con un hombre delante de otros le resultaba tan extraño a Evie que no podía ni imaginarse lo de mostrar interés, tan franca y simultáneamente, por dos de ellos.

Y luego estaba Ash. Este le había comentado muchas veces a Evie lo distintos que eran ellos dos. Pero a ella le parecía obvio que también

se parecían mucho, al menos, en los aspectos que se le antojaban más importantes. La joven se identificaba sobre todo con las decepciones profesionales de Ash después de haber visto cómo sus años de esfuerzo solitario no servían de nada al lado de la ventaja de Stuart Wesley y del

desinterés de Christenson por alguien tan anodino y soso como ella.

Sin contar a Mimi, Ash era la única persona a la que Evie le había contado aquellas recientes traiciones académicas, pero con él quería compartir algo más. Estar junto a Ash le producía satisfacción pero también la estimulaba de un modo extraño. En ese raro estado emocional, estaba descubriendo cosas nuevas de sí misma: en particular, lo agradable que era no tener que hacerlo todo siempre sola. Cuando paseaba por Londres o cenaba sin Ash, echaba de menos las interesantes observaciones que él hacía junto a ella. Lo que más le gustaba era que le hablase de la India, de su amor por un país que ella nunca había visto y que, paradójicamente, Ash había acabado creyendo que debía abandonar.

Evie no podía imaginarse la India en absoluto: todo era una mezcolanza de boletines cinematográficos de la guerra, viejos mapas y atlas que había descubierto en la tienda. Se percató de que, al preocuparse tanto por lo que tenía delante, se había perdido parte del romanticismo y la belleza del mundo. Hasta el momento, no había albergado el menor deseo de viajar. En Inglaterra había suficientes libros para tenerla entretenida toda una vida.

Pero Ash tenía en la cabeza su propia secuencia cinematográfica, con unas imágenes completamente distintas, una colección sensorial que le era única.

Por primera vez en su vida, Evie quiso comprender, tanto como su propia mente, las interioridades de la de otro.

Le encantaba cómo funcionaba la cabeza de Ash, tan precisa y tan amplia. El hombre conocía todos los árboles y plantas junto a los que pasaban. Podía ponerle nombre a todo, y no de la manera peyorativa de Vivien. Ash le presentaba un mundo en expansión, a pesar de las atestadas calles y los altísimos edificios londinenses que muchas veces tapaban el cielo. En el mundo había más de un millón de especies conocidas de insectos, y Ash quería estudiar todas y cada una de ellas. En esa singular concentración era en lo que quizá Evie y él se parecían más.

La joven pensó en la India, en cómo sería la vida allí. A lo mejor algún día incluso podría visitarla. Esa idea nunca le había venido a la cabeza, pero no sería la primera persona en querer ver un nuevo rincón del mundo por haber conocido a alguien. Evie se acordó de Jane Wells Webb y sus novelas olvidadas, de la boda con el botánico John Loudon, inválido y mucho

mayor, de su posterior carrera de escritora de jardinería en parte para complementar los intereses del marido. En esa época, en un matrimonio no cabían dos objetivos completamente distintos, pero los tiempos sin duda habían cambiado. En efecto, tenía que haber un modo de aunar carrera y matrimonio, si dos personas se amaban y respetaban lo suficiente.

Evie se sorprendió al sentir aquel repentino deseo y, azorada, recorrió la sala con la mirada. Al notar que se volvía a sonrojar, recordó el momento en que había conocido a Ash, en la puerta del despacho del señor Dutton, mientras este se encontraba tendido e inmóvil en el suelo. En esa ocasión también se había puesto colorada. Inicialmente había supuesto que aquello se había debido a la confusión del momento. Pero posteriores encuentros con Ash solo habían incrementado la extraña punzada que sentía siempre que estaba con él.

Evie se preguntó si alguien había notado lo que sentía por aquel hombre. No estaba acostumbrada a emociones fuertes que no podía ocultar.

El intenso resentimiento hacia el grupo de Cambridge que había arruinado su carrera era lo más cerca que había estado de sentirlas. Hasta el momento, había seguido el impulso interno de las tareas autoimpuestas, las fechas de entrega, los objetivos. Ahora aparecía algo que le suscitaba emociones desde fuera, al margen de su control, lo que provocaba una reacción que jamás había experimentado.

Mientras observaba las desiguales parejas de adultos que tenía delante, Evie pensó en cómo todos se mostraban dispuestos a telegrafiar sus deseos mediante señales mudas. Ella ni siquiera podía expresar en su fuero interno lo que quería, menos aún enzarzarse en unos coqueteos tan sutiles, y tan poco sutiles, como aquellos. La vida social de Londres le había dado la vuelta de modo vertiginoso a la tranquila existencia enclaustrada que llevaba ella en la ciudad. En esta urbe, la gente era mucho más transparente respecto a lo que quería. La ambición no se desdeñaba, el trabajo en sí no tenía por qué ser la única recompensa, y el dinero y la fama estaban permitidos. Samuel

Beckett no se agachaba con humildad ante su público; tampoco lo hacía, de hecho, *lady* Browning.

«¿No venimos por eso? ¿Para encontrar lo que no se puede hallar en otra parte?».

Eso le había preguntado Ash a Evie, la primera vez que habían hablado.

Desde luego, querer más no tenía nada de malo, a pesar de que los hombres de Cambridge y de Libros Bloomsbury la hubiesen intentado convencer de lo contrario. Prometían vagas recompensas si no se movía de su sitio y hacía lo que se esperaba, hasta que ellos no cumplían, momento en que ya era demasiado tarde. Evie percibió ahora que Londres siempre recompensaría a quienes asumían riesgos y rompían las reglas. Por eso, los momentos como el de esa noche poseían tal energía desbordante: la sensación de que todo podía pasar entre dos personas cualesquiera, solo con que lo quisieran un poco.

Capítulo 31

REGLA NÚMERO 4

LA LEALTAD DE LOS EMPLEADOS HACIA EL ESTABLECIMIENTO Y SU DIRECCIÓN

DEBE SER COMPLETA Y CONSTANTE.

El público se había ido.

Nadie había abordado al invitado de honor al final de la velada para mantener una breve charla privada: este intimidaba demasiado a todos los presentes. Beckett se apoyó ahora con despreocupación en el atril mientras Guggenheim deleitaba al personal de Libros Bloomsbury y a sus anteriores compañeros de cóctel con anécdotas de sus días de librera. A Vivien la fascinó la dinámica entre los dos antiguos amantes: cuando uno se retiraba, el otro se volvía más dominante. Du Maurier le había confiado antes a Vivien lo que sabía de aquel romance del pasado entre Beckett y Guggenheim en París: «Cuatro días estuvieron en esa habitación del Ritz y solo abrieron la puerta una vez, ¡por una bandeja de emparedados!».

Desde el momento en que Beckett y Guggenheim habían entrado en el establecimiento, la atmósfera de polvo y libros rancios se había convertido en algo cálido e invasivo. Mientras que los examantes se trataban con una energía casi retadora, como de hermanos, su

atención a los demás era sumamente distinta.

Vivien notó que Peggy quedaba cautivada por la rubia apostura de niño del coro, y por los modales solícitos de Alec, que se había esforzado en resultarles encantador a los invitados especiales de la noche. A Vivien la

asombró la absoluta libertad de Guggenheim, superior incluso a la de *lady* Browning que era, al fin y al cabo, una mujer casada. La heredera ya se había divorciado dos veces y se rumoreaba que, a lo largo de los años, había tenido docenas, incluso cientos de amantes. Cosa rara en ella, Vivien estaba impresionada. Jamás había conocido a una mujer a quien pareciera importarle menos la opinión ajena.

Guggenheim les estaba hablando de su época de becaria no remunerada, treinta años antes, en una librería de Manhattan llamada The Sunwise Turn:

—Que el cielo de Nelson compró, claro, cuando entró en bancarrota.

Guggenheim lanzó una mirada a Ellen Doubleday al mencionar a su difunto esposo. A Vivien empezaba a darle la impresión de que, en Manhattan, todos (o, al menos, todos los ricos) se conocían de algo.

—Era una tienda muy parecida a esta —prosiguió la heredera—, pero las dueñas y las empleadas eran todas mujeres.

Vivien se fijó brevemente en Grace y luego de nuevo en Peggy.

—¿De veras?

—Pues sí. También publicábamos.

Evie abrió los ojos ostensiblemente y, llevada por el entusiasmo, dio un paso adelante:

—Y ¿tenían imprenta propia?

—¡Desde luego! —Peggy miró a los allí reunidos y añadió entre risas

—: Disponíamos de un montón de máquinas que sustituían a los hombres.

Varias de las mujeres soltaron una carcajada al recordar el jaleo que en esa misma sala había causado *El muñeco*.

—Obteníamos poesía, ensayo, de todos los rincones del mundo,

publicamos a un encantador caballero indio llamado Coomaraswamy —

Peggy Guggenheim lanzó ahora una sugerente mirada a Ash—, hasta teníamos una galería, un espacio escénico. Ahí fue donde realmente despegó mi fascinación por el arte moderno, porque esas cosas no salen de los árboles. —Soltó una risita deliciosamente traviesa—. Las mujeres de Sunwise, como yo, siempre hacían demasiado.

—El doctor Ananda Coomaraswamy —intervino Ash—. En realidad, era originario de Ceilán. Su padre era un brahmán tamil, como el mío.

—Y su madre, una blanca de Kent, si no recuerdo mal. —Ahora,

Guggenheim escudriñó a Ash sin disimulo, mientras el resto de los empleados se volvían hacia él, sorprendidos de que hubiera elegido un momento tan público para empezar a contar detalles de su vida.

—Se licenció en Geología y Botánica por el University College —

continuó Ash, volviendo a sorprender a los otros empleados—. Fundó la Sociedad Geológica de Ceilán. En el sótano tengo algunos de sus primeros trabajos.

—Fascinante —comentó Guggenheim.

Beckett negó con la cabeza tras ella, al fin con semblante divertido.

—Marguerite, las plantas y las piedras no podrían fascinarte menos.

—Es el único al que permito emplear mi nombre propio —reveló la heredera, recorriendo la sala con la mirada—. Pero no le sale gratis,

¿verdad, Sam?

Beckett volvió a negar con la cabeza y le hizo una seña a Alec para que le repusiera el *whisky*. Vivien disfrutaba del espectáculo de cómo el director de Narrativa reinstaurado hacía todo lo posible por salvar la velada, mientras que Beckett mostraba un profundo desinterés por él. No le parecía que fueran a invitar a Alec a tomar después una última copa con el dramaturgo, como ya había hecho tantas veces el director con otros escritores en años anteriores.

Se preguntó Vivien si, en vez de Alec, no sería ella quien acabaría recibiendo una invitación.

Desde la ventana de la segunda planta, Alec divisó a Vivien y a

Beckett en la acera de abajo, con las cabezas gachas en una conversación íntima. La congregación de viudas y rivales sociales con la que Alec había esperado divertirse seguía deambulando por el segundo piso, bebiendo alegremente y divirtiéndose, sobre todo, a costa de él.

—Me temo que ha creado usted un desastre —le dijo una voz femenina por detrás.

Al darse la vuelta, Alec vio a Peggy Guggenheim, retorciendo su collar de perlas de doble vuelta con gesto retador.

—La señorita Lowry hace lo que quiere.

—No creo que ese haya sido el problema.

—Es que, en el trabajo, somos muy competitivos el uno con el otro.

—¿Seguro que compiten por eso?

Las palabras de la heredera dejaron estupefacto a Alec, que volvió a fijarse en la calle y preguntó:

—¿A qué se refiere?

Guggenheim dejó de manosear las perlas lo suficiente para darle un sorbo al champán.

—Tengo entendido que es una joven de muy diversos talentos.

—Eso desde luego.

—Y usted… ¿también tiene muchos?

A Alec empezaba a dolerle la cabeza. No le interesaba acostarse con Peggy Guggenheim. De nuevo, había estado utilizando las atenciones de una visitante rica para darle celos a Vivien Lowry. Lo único que había conseguido era echarla en brazos de uno de los narradores irlandeses y héroes de la Resistencia más enigmáticos: una doble amenaza a la masculinidad de Alec, eso desde luego.

—¿Qué hace un hombre como usted en una tienda? Seguro que también ambiciona ser escritor.

Alec se apartó de la ventana y miró a Guggenheim de hito en hito, preocupado de que esta le leyera la mente.

—Es lo que suele pasar, ¿no? —añadió la heredera con intención—. A no ser que la persona sea vieja y decrépita, y que la vida le haya rehuido. Lo cual no parece ser su caso.

Extendió el brazo y posó levemente la mano en el brazo de Alec. Este reaccionó alejándose sutilmente para dejar su copa vacía en el alféizar de la ventana.

Peggy debió de percibir esa falta de interés, porque toda su actitud cambió enseguida.

—Bueno, creo que podemos declarar que la velada ha sido un éxito, en todos los sentidos.

—Beckett los ha dejado intrigados, eso desde luego.

Ella se inclinó y, como Alec, miró hacia la acera, donde Vivien y el dramaturgo conversaban animadamente, muy cerca el uno del otro.

—Lo sigue haciendo. —Guggeheim guiñó un ojo al joven y volvió a la sala llena de mujeres, que los habían estado observando muy entretenidas.

Ahora Alec se quedó tranquilo para observar lo que pasaba abajo: Vivien se apoyó en la vieja farola de gas mientras Beckett alargaba su brazo izquierdo de escritor y lo posaba justo encima de la cabeza de ella. Beckett le sacaba más de cinco centímetros a Vivien, con lo que medía más o menos como Alec, lo que le permitía mirar a su posible conquista con suma intimidad.

Los celos de Alec aumentaban a cada segundo. En fechas recientes, sus sentimientos hacia Vivien habían sido de lo más contradictorios. El incidente del reloj y el mes de ella como directora habían igualado de forma extraña las cosas entre ellos, lo suficiente para haber sucumbido otra vez a la intensa pasión física que ocultaban tras esa mutua y burbujeante insolencia.

Tras el acto con Du Maurier, habían oído unos pasos que se alejaban a toda prisa mientras hacían el amor en el despacho posterior, y sabían que otro empleado estaba al tanto de su temporal flaqueza. Alec aún no sabía quién, aunque tenía sus sospechas. Entonces, por culpa de sus propios jueguecitos infantiles, Vivien había descubierto sin querer que le habían publicado un texto gracias a ella. Enseguida, Vivien lo había vuelto a tratar como a un enemigo, y a él se le había partido de nuevo el corazón.

—¿Por qué no baja a hablar con ella? —le preguntó ahora otra voz femenina.

Alec suspiró ante la idea de que otra viuda o divorciada entrometidas se pusiera a analizar su vida amorosa, pero, al darse la vuelta, le sorprendió ver que solo era Evie Stone.

«Solo es Evie Stone» eran las palabras con que los hombres de la librería solían referirse a la más reciente empleada, que llegaba puntual todas las mañanas y se dirigía directamente a la sección de Libros Raros de la tercera planta. Después de eso, solo se la veía de tanto en tanto a lo largo de la jornada, normalmente cuando preparaba el té con Vivien o Grace.

—¿Perdón? —preguntó Alec, sorprendido de que Evie tratara de iniciar una conversación con él, cosa que jamás había hecho. Siempre le daba la sensación de que la muchacha no acababa de confiar en él.

—No deja usted de mirar por la ventana.

—Solo quiero comprobar que Vivien llega a casa sana y salva, que el señor Beckett se comporta como un caballero.

Evie lo miró entornando los ojos, y él notó que no la había engañado lo más mínimo.

—¿Le gusta a usted? —preguntó la chica.

Así que había sido ella quien los había pillado en el despacho esa noche.

—Mire, señorita Stone, esto no funciona como en los libros, como con esas escritoras y esas novelas románticas, etcétera. A veces, las personas no se caen bien. No tiene que haber un significado más profundo.

—¿Qué es lo que no le gusta de Vivien?

—Creo que más bien soy yo quien no le gusta a ella.

—¿Por qué?

Alec contempló a Evie, esos penetrantes ojos negrísimos, esa expresión de inocencia en el jovencísimo rostro. Parecía tener muchos menos que los veinte años que declaraba, con esas mejillas sonrosadas de la infancia, las uñas mordidas y las botas de estudiante con la punta

desgastada.

—Porque a veces he metido la pata, como todo el mundo. Y también he presentado repetidas disculpas. Pero para la señorita Lowry nada es suficiente. Y eso es lo que a mí no me gusta de ella.

—Eso parece orgullo, como diría mi madre.

—¿En qué sentido?

—Usted cree que su disculpa, su palabra, es suficiente. No sus actos.

Eso es orgullo.

—Bueno, no me voy a poner de rodillas ante ella, eso desde luego.

—No creo que eso sea lo que quiere Vivien.

—Ese es el problema. —Alec suspiró de nuevo; empezaba a relajarse gracias al champán y a pesar de la mirada inquisitiva de Evie—. No tengo ni idea de qué quiere. Y no sé qué hacer con ella.

Evie se encogió de hombros, como para decir que eso no dependía de él.

—Es una persona, señor McDonough, ni más ni menos. Como usted mismo ha dicho, no un personaje de un libro.

Ahora Alec no tuvo más remedio que quedarse mirando a Evie, asimilando aquellas bruscas y espontáneas palabras mientras ella se

marchaba. La última persona de la que habría esperado un consejo era Evie Stone. Al percatarse de aquello, cogió el abrigo del perchero y abandonó la velada antes de que volvieran a interrumpirlo las mujeres de la sala.

Lady Browning, Ellen Doubleday, Peggy Guggenheim, Sonia Blair, Grace y Evie eran ya las únicas personas que quedaban en la segunda planta de Libros Bloomsbury.

—Menudas bobadas se han dicho, eso de que no importan los lectores y todo lo demás —comentaba *lady* Browning al grupo, señalando con la cabeza el atrio vacío tras ellas.

—Cyril Connolly, mi antiguo jefe, habría estado de acuerdo —intervino Sonia—. Tiene una frase célebre: «Es mejor escribir para uno mismo y no tener público, que escribir para el público y perderse a

uno mismo».

—Tiene que haber un camino intermedio —declaró una nueva voz. Las mujeres se volvieron a la vez y distinguieron a Vivien en la puerta, sonriendo—. ¿Reunión de damas?

Peggy Guggenheim juntó las manos y dijo con alegría:

—Oh, cómo me habría gustado verle la cara cuando lo ha rechazado usted. Le pasa muy pocas veces. Una de las ventajas de la fama.

Ante esto, *lady* Browning asintió vigorosamente, por propia experiencia:

—De eso no cabe duda.

—Aunque a los escritores varones hay que echarles de comer aparte —

añadió Ellen Doubleday.

—A los escritores en general, diría yo —apuntó Guggenheim—. A todos, bobos e inseguros.

—Y tanto —convino Ellen—. La cantidad de cenas desastrosas que Nelson me ha hecho soportar. Con la excepción de tu presencia, Daphne, desde luego.

—En cambio, los artistas —continuó Guggenheim— son lo contrario de la inseguridad. Van demasiado de superhombres. Pero son potentes en la cama, eso desde luego.

Grace y Vivien se fijaron en Evie, pues sabían que esas palabras la sonrojarían, pero la muchacha parecía demasiado aturdida y embelesada por Guggenheim para reaccionar.

—Si han terminado ya… —dijo Vivien con una carcajada; a continuación, esperó a que las otras damas dejaran de hablar—. No quería encamarme…, perdón, Evie, seducirme…, aunque supongo que eso nunca deja de ser una posibilidad con alguien como él.

—Pero ¿qué otra cosa podía querer entonces, a ver? —se preguntó Peggy Guggenheim de viva voz antes de añadir, más educadamente—: Si me permite que se lo pregunte…

—Quería… ser mi mentor. Oh, ya les veo las caras. Parece ser que esta noche *lady* Browning le ha enseñado textos míos mientras tomaban

una copa. Sabía que tendría que haberle pedido que me devolviera el cuaderno.

Lady Browning hizo un gesto de inocencia mientras se servía más champán de la bandeja de plata de la mesa, y dijo:

—Yo no creo que hubiera llegado a publicar jamás de no ser por *sir* Arthur Quiller-Couch y sus consejos. Como se suele decir: a caballo regalado, no le mires el diente. Bueno, mejor no le mires nada.

—Ah, pues no es eso lo que el joven señor McDonugh creía que estaba pasando. O —ahora, los ojos oscuros de Peggy Guggenheim se iluminaron con picardía— ¿acaso eso era parte del plan?

—En todo caso —dijo Vivien, en tono más serio—, no he vuelto por eso. The Sunwise Turn —añadió con toda sencillez, dirigiéndose a Guggenheim—. Cuéntenos más.

—¿Qué quieren saber? No nos pagaban, barríamos el suelo y vendíamos miles de libros. Y preparábamos mucho té. Sospecho que como hacen ustedes aquí. Aunque a mí y a mis horribles matemáticas solo nos dejaban acercarnos a la caja sobre el mediodía, cuando no había casi gente. —

Guggenheim sonrió al recordarlo—. Pero aprendimos mucho, y a una edad joven, que es cuando hay tiempo para ello. No habría fundado mi galería de Cork Street sin esa experiencia.

Mientras la heredera hablaba, Grace sintió su edad y comentó:

—Yo llevo años haciendo lo mismo continuamente.

—¿Qué es…? —quiso saber la heredera.

—Básicamente, mecanografiar las palabras del gerente principal.

—Qué emocionante —intervino *lady* Browning.

—Yo empecé así en *Horizon* —comentó Sonia Blair—. Pero tuve

suerte: a Cyril Connolly le encantaban las mujeres, de la mejor de las maneras. Al final, Clarissa Spencer-Churchill y yo prácticamente dirigíamos la revista. Claro que —la viuda de George Orwell soltó una carcajada irónica, casi melancólica— acabó cerrando, así que no sé yo…

Todas las mujeres rieron a la vez.

—Pero ¿cuánto costaría hacerlo de veras? ¿Dirigir una librería propia?

—Vivien miró con gran atención a Guggenheim.

—Lo que conviene es partir de algo que ya existe. Lo más caro es la estructura inicial. El espacio, las estanterías, crear el fondo. Después, hay pérdidas al menos un par de años. —Guggenheim miró a Vivien con simpatía y luego consultó el reloj—. Me temo que me debo ir. Mañana cojo temprano el tren a Venecia.

—¿Me puede dar su tarjeta? —le pidió Evie a la heredera; tanto Vivien como Grace se sorprendieron.

—Pues claro. Avíseme si viene a Venecia. Puede ver mi colección en el Gran Canal.

—Oh, yo creo que antes irá a la India —intervino Vivien guiñándole un ojo a Evie, que se quedó mirándola como si jamás se le hubiera pasado esa idea por la cabeza.

Peggy Guggenheim se puso los guantes lentamente mientras contemplaba cómo el rostro de Evie subía de color; después lució una sugerente sonrisa:

—Ah, ya veo.

—Yo nací en la India. En Calcuta —anunció Sonia mientras cogía el abrigo del perchero cercano—. Eric también, en lo que entonces se llamaba Bengala. Los dos nos trasladamos a Inglaterra muy jóvenes. Me da la sensación de que fue hace mil años, a un millón de kilómetros de aquí.

Debe de ser muy difícil para el señor Ramaswamy estar tan lejos de su familia.

—¿Cómo es? —inquirió Evie, mientras Vivien y Grace se sonreían en silencio.

—En mi mente infantil era un sitio enorme, muy amplio, tan abigarrado como un caleidoscopio. Pero parecía que lo envolvía todo una ausencia de color, un blanco vacío y gastado. Eric habría dicho que era el aire de la

opresión. Volvió años después, a trabajar en Birmania, y acabó despreciando el régimen colonial y cómo controla a las personas. Ahora entiendo de qué hablaba, aunque jamás pretendería

comprenderlo como él o, lo que es más importante, como ellos. Bueno, me temo que yo también me tengo que marchar.

Las cuatro invitadas de Libros Bloomsbury bajaron las escaleras, pararon juntas tres taxis aunque solo iban en dos direcciones distintas, entonces cayeron en su error y se redistribuyeron entre risas.

Tras saludar desde el interior de la tienda mientras los vehículos salían a toda velocidad, Vivien cerró las puertas del vestíbulo y subió a la planta de arriba, con Grace y Evie, para recoger.

—Esas preguntas sobre la librería Sunwise —le comentó Grace a Vivien mientras bajaban dos bandejas de copas de champán a la cocina, para fregarlas y guardarlas, mientras Evie limpiaba la segunda planta—, ¿a qué venían?

—Yo me he hartado de este sitio, ¿tú no? Nada va a cambiar. El señor Allen siempre estará desaparecido en combate, el capitán Scott soltándonos bufidos, y Ash ahí solo con su pequeño microscopio, sus láminas y sus bichos, aunque no es de extrañar. Y el señor Dutton: un hombre muy cariñoso, pero incapaz de cambiar ni una coma en nada. Además, no debería haber vuelto al trabajo. Yo lo veo muy amarillo.

Vivien abrió el grifo del agua caliente y le dio un golpe al caño con la parte inferior de la mano.

—Y aquí estamos nosotras —prosiguió Vivien—, limpiando la suciedad de los demás, preparándoles el té tal como les gusta, y siempre vendiendo más que ellos. Alec ni siquiera ha tenido la decencia de echar una mano después de su fracasado evento.

—Siempre nos podemos marchar.

—Ah, ¿podemos? ¿Tú puedes?

Grace decidió ignorar la doble intención de las palabras de Vivien y preguntó:

—Entonces, ¿qué propones? ¿Que abramos nuestra propia librería? Ya has oído a la señorita Guggenheim. Yo no me puedo permitir estar sin ingresos unos meses, aunque sean pocos, y menos aún sufrir pérdidas.

—Esa noche en que vino Gordon, cuando lord Baskin y yo tuvimos después esa conversación que te comenté…

—Sí… —dijo Grace distraída mientras acababa de secar la última

copa.

—Me pareció…, no sé…, me pareció que me estaba planteando un reto, que nos lo estaba planteando, en cierto sentido.

Cada una cogió una bandeja de copas limpias y se dirigieron al mal provisto armario de los licores del despacho del señor Dutton.

—¿Nos desafiaba a qué? ¿A que nos marchemos? —Grace se acuclilló delante del armario para guardar las copas.

—No, era algo más sutil. —Vivien negó con la cabeza—. Ya sabes todo ese rollo de que al señor Allen y al señor Dutton les falta poco para tener la mayoría de las acciones entre los dos. Un poco más del cincuenta por ciento, a cincuenta libras cada una.

Grace cerró las puertas del armario, se incorporó y se apoyó cansada en el escritorio del señor Dutton. Cubrían toda la superficie unos ordenadísimos montones de correspondencia, que aún aguardaban respuesta tras el caótico período de Alec como gerente.

—Baskin me dijo que podían comprarle su parte por menos de trescientas libras. —Vivien alzó una ceja de modo sugerente mientras miraba a Grace.

Mientras se miraba las manos entrelazadas en el regazo, Grace empezó a darle vueltas al anillo de casada, sencillo y sin ornamentos, que llevaba en el anular izquierdo.

—¿Qué pasa? —inquirió Vivien.

—La verdad es que no debería comentar nada, pero esta noche lord Baskin me ha contado una cosa en el Russell. El verdadero motivo por el que nos invitó a las dos a tomar un cóctel. Nada que ver con tus tejemanejes. —Grace titubeó—. No te sulfures, pero, por lo visto, Alec ya ha abordado a lord Baskin para comprarle la librería.

—¿Cómo? Quiero decir, ¿por qué? ¿Para qué demonios iba a querer atarse de ese modo?

Grace alzó una ceja y le dijo:

—El tema no tendrá nada que ver contigo, ¿verdad?

—¿Conmigo?

—Últimamente parece que las cosas entre vosotros están de lo más

tensas.

—Pero son horribles desde hace años… Y, además, ¿qué pasa con el señor Dutton? ¿Y con Frank? ¿Por qué iba a querer Alec estropearles así los planes, cuando han sido como padres para él? —Vivien guardó silencio, como si recordara algo—. Oh, por Dios, menudo puritano.

—Qué desastre —exclamó Grace con un profundo suspiro.

—Bueno, no puede comprarla si llegamos nosotras antes.

—Vivien, querida, ¿se puede saber de dónde vamos a sacar tanto dinero? Y ¿por qué iba a vendérnosla Baskin precisamente a nosotras, si lo lográsemos?

—No me parece que Baskin esté muy apegado a esto —respondió Vivien con indiferencia—. Como mucho, se pasa por aquí por una errada idea de que nobleza obliga. Pero seguro que hay mucho más que eso.

Ignorando la insinuación del tono de Vivien, Grace se toqueteó las mangas de la larga blusa, que se había remangado mientras fregaba.

—¿Vamos a hablar del tema? —preguntó Vivien con delicadeza, rozando el brazo izquierdo de Grace.

—Hablar ¿de qué?

—Lo he visto, Grace. En tu muñeca. Mientras fregabas.

—No tiene importancia —contestó Grace con desdén.

—¿Es la primera vez que te pega?

—No me ha pegado —respondió Grace, incrédula.

Vivien aguardó.

—Solo me agarró demasiado fuerte y me dejó un moratón. No me mires así.

—¿Y es la primera vez que lo hace?

—Puedo con ello. —Grace vaciló—. Lo está pasando mal.

—Siempre lo está pasando mal, Grace.

Esta se dio la vuelta y suspiró al mirar todos los papeles del escritorio del señor Dutton.

—Hay muchísimo trabajo que hacer.

—Sí. Podemos quemarlo todo, o podemos empezar a avanzar poco a poco. Pero algo tenemos que hacer.

—Yo sé lo que quieres hacer, Viv —dijo Grace con una sonrisa triste —.

Respecto a la librería. Y también respecto a Gordon. Incluso con Alec, ya que estamos. Sé que te encantaría prenderle fuego a todo. Pero yo no soy así.

Vivien se acercó y le posó suavemente la mano en el otro brazo.

—Entonces, empieza a avanzar poco a poco. Ordénalo todo. Idea un plan. Él aún tiene madre y un sitio al que ir. Tú también, de hecho. La cosa solo va a empeorar, hazme caso.

—Y después ¿qué? No puedo criar a los niños solo con mi salario de aquí o de cualquier otro sitio, no con lo que nos pagan a las mujeres. Tal como estamos, la asignación de Gordon apenas nos ayuda.

—Si tuviéramos nuestra propia librería, las reglas las pondríamos nosotras. Y los sueldos.

—Viv, puedo sobrevivir tal como están las cosas. Lo que no me puedo permitir es terminarlas para que luego estén peor.

—Las personas desesperadas, y Gordon lo parece, siempre te obligarán a poner un fin, aunque nunca será el que esperas. Con un negocio propio, al menos tendríamos una oportunidad de lograrlo. Grace — Vivien le dio un pellizco cariñoso—, sabes lo que tienes que hacer.

—Me gustaba más cuando planeábamos comprar las acciones. —

Suspiró Grace.

Se oyó una tosecilla. Las dos se dieron la vuelta y vieron a Evie en la puerta de la oficina, con un semblante de lo más extraño.

—Creo que puedo ayudar —se limitó a decir.

Capítulo 32

REGLA NÚMERO 37

DEBERÁ INFORMARSE INMEDIATAMENTE DE CUALQUIER ERROR EN EL

ALMACÉN O EN LOS PRECIOS.

Vivien y Grace siguieron a Evie a la segunda planta. Vivien ocupó la desgastada butaca del capitán Scott, meneando la cabeza con un gesto divertido ante la seria actitud de Evie. La muchacha atravesó la sala en dirección a las ventanas de la calle, sacó un único y fino volumen encuadernado en piel de una estantería elevada y, con la misma solemnidad, regresó. Sin mediar palabra, lo abrió con cuidado para que Vivien y Grace vieran la portadilla:

¡LA MOMIA!

UNA HISTORIA

DEL SIGLO XXII

«¿Por qué me has inquietado haciéndome venir?».

1 Samuel 28,15

EN TRES TOMOS

LONDRES

HENRY COLBURN, NEW BURLINGTON STREET

1827

Dando un vacilante paso al frente, Evie le entregó el libro a Vivien, y Grace se apoyó en el respaldo de la silla de Scott, con muchas ganas de ver aquello. Vivien pasó con mimo varias páginas y después miró a Evie, que casi estallaba de satisfacción ante ellas.

—Ah, conque esto es narrativa y no de historia. Típico de Allen. No me extraña que te haya costado encontrarlo. —Vivien siguió pasando páginas

—. Parece una imitación de *Frankenstein*. ¿Es bueno?

—Dicen que podría ser una de las primeras novelas de ciencia ficción jamás escritas. Quedó completamente olvidada y solo se reimprimió una vez, en una edición barata, en 1872. Hasta hace pocos años, no

aparecía en ningún catálogo. —Ahora Evie se mostró un poco menos satisfecha—.

Bueno, menos en uno. Por lo visto, el libro predice bastante el futuro, habla de ferrocarriles, telegramas, electricidad, ¡incluso una especie de televisión!

Y sale un reino dinástico femenino.

A Vivien se le iluminó el rostro.

—Pero no se ve ningún nombre —advirtió Grace—. ¿Se sabe quién lo escribió?

—Una chica de diecisiete años.

—¡No lo dirás en serio! —exclamó Vivien.

Evie asintió con alegría. Vivía por momentos como ese.

—Se llamaba Jane Webb. Se convirtió en Jane Loudon, la…

—¡La experta en botánica! Sí, ¡qué maravilla! —Se entusiasmó Vivien.

—¿Sabías esto? —preguntó una estupefacta Grace, inclinándose sobre el hombro de Vivien para ver mejor.

Vivien cerró el libro y se lo devolvió a Evie, que fue a devolverlo a su sitio exacto en las estanterías.

—La verdad es que no, solo que Evie tramaba algo, que iba espiando por otras secciones…

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó Grace a Evie—. ¿Por tus investigaciones en Cambridge?

—No, fue antes —respondió Evie mientras volvía del otro extremo de

la sala—. Cuando hice el catálogo de la biblioteca de Chawton, la de la Great House. Este libro formaba parte de la colección, pero parecía otra más de las historias góticas de segunda que había, y así lo tasamos. Cuando el contenido de la biblioteca se subastó en Sotheby's, el señor Allen compró este y otros cuatro textos del siglo XIX por unas pocas docenas de libras.

Llevé un registro de las ventas.

—Muy propio de ti —intervino Vivien.

—Un momento, ¿por eso viniste? ¿Lo has estado buscando desde que llegaste? —inquirió Grace.

Evie asintió, de nuevo muy satisfecha de sí misma.

—¿Cuál fue la puja de Allen? —preguntó Vivien con una carcajada.

—Veinte libras. El precio de salida. Nadie más se interesó.

—¿Tienes idea de cuánto vale de verdad? —quiso saber Grace.

—Ahora mismo, basándome en ventas parecidas, yo diría que varios cientos de libras, quizá quinientas. —Evie vio que Vivien y Grace se desanimaban un poco—. Teniendo en cuenta el lugar singular que ocupa en la historia literaria, la cantidad debería ser mucho mayor, pero su revalorización acaba de empezar, sobre todo en Estados Unidos.

—Y no olvidemos el sexo de la autora en estas cuestiones. —Suspiró Vivien—. Bueno, Evie, no es una cantidad de dinero que te cambie la vida, desde luego. El precio que ha anotado el señor Allen en él, treinta libras…, son semanas de salario para ti. Imagino que siempre podrías robarlo.

—Oh, no, señorita. Espero que no me crea capaz de algo semejante. —

El semblante de Evie reflejó consternación.

—No, claro que no —contestó Vivien con una carcajada encantadora —, aunque no dejas de sorprenderme.

—La clave está en lograr que el mercado reconozca lo que vale —

intervino Grace con aire reflexivo.

—Sin que lo ciegue el sexo de la autora —insistió Vivien.

—¡Sí! —exclamó Evie con ilusión—. ¿Se acuerdan de lo que la señorita Guggenheim nos ha contado esta noche sobre Berthe Morisot? ¿Que en el siglo XIX sus cuadros valían más incluso que los de Monet o Pissarro?

—Hombres… —Suspiró de nuevo Vivien.

—Este libro debería valer al menos mil libras. La primera reseña

estadounidense de la única edición abreviada apenas salió la primavera pasada; creo que solo es cuestión de tiempo que aquí pase lo mismo. Se escribió un siglo antes de que se hubiera definido siquiera el término

«ciencia ficción», así de adelantado es el libro.

—Evie, estoy sumamente impresionada —dijo Grace con admiración —.

Pero ¿cómo se te metió en la cabeza ponerte a buscarlo?

—Por mis investigaciones en Cambridge. Hay una mención de la obra en una carta de Thackeray que me encontré en el Trinity College.

—Y ¿dices que una revista estadounidense ha publicado una crítica de una edición abreviada?

—El año pasado —asintió Evie.

Grace se volvió hacia Vivien:

—¿Cuánto dijo lord Baskin que costaría comprarle su parte?

¿Trescientas libras?

—Con un poco más de doscientas cincuenta tendríamos el control mayoritario. —Vivien le explicó rápidamente a Evie su reciente conversación con el conde, y que el reparto de acciones de aquel momento podía inclinarse en breve en favor de Dutton y Allen—. Evie, si reunimos nosotras el dinero, ¿crees que el señor Allen nos lo vendería por lo que le costó?

—Has dicho que el precio de salida fue de veinte libras, ¿no? —

intervino Grace.

Mirando alternativamente a las dos mujeres, Evie asintió en silencio, aún tratando de asimilar toda la nueva información que estaba obteniendo sobre la economía de la librería.

—Muy bien —añadió Vivien con gesto reflexivo—, tratemos de conseguir veinte libras entre todas, y que luego Evie compre el libro en nuestro nombre. De ella jamás sospecharán.

—El señor Dutton no lo permitirá —aseguró Grace con un suspiro—.

La regla veinticinco prohíbe implícitamente compras por parte de los empleados.

Vivien, concentrada, se mordió el labio.

—Malditas reglas. Vale. Dadme tiempo para pensar. Como el libro está aquí mal clasificado y Scott apenas ve, no pasará nada mientras tanto.

Entonces, cuando sea nuestro, Evie nos lo puede guardar hasta que decidamos qué pasos dar. ¿Trato hecho?

Evie miró a las dos mujeres, cuyos rostros reflejaban la ilusión ante la idea de hacerse con la librería. Aunque a Vivien en concreto no le causaba ningún reparo comprarle el libro de tapadillo al patrón, aquello incomodaba a Evie. El señor Dutton la había contratado, en parte, por su conocimiento de los libros raros, y le pagaban para que lo aplicara; además, no olvidaba la regla veinticuatro: «Los empleados no deben utilizar los conocimientos logrados en el trabajo para obtener un beneficio personal». Evie entendía las frustraciones de Vivien y Grace en el trabajo, y le suscitaban compasión sus sentimientos de estar infravaloradas y ninguneadas. Pero seguía sin estar segura de que los directores mereciesen perder el establecimiento por ello, a pesar de que ella había experimentado en gran medida las mismas frustraciones en Cambridge y en otros ámbitos de la vida.

Por ahora, Evie guardó para sí esa muda y persistente inquietud. Cuando se propuso encontrar *¡La momia!* , no podía haber previsto la existencia de las férreas reglas del señor Dutton. Su carácter ordenado y literal tendía naturalmente a la obediencia; las personas como Stuart Wesley se habían aprovechado muchas veces de eso. A Evie le inspiraba lealtad el hombre que la había contratado, y cuya evidente mala salud la había preocupado desde entonces. La pregunta que ahora se planteaba era cómo podía cumplir con su patrón sin dejar de ayudar a Vivien y a Grace con lo que más deseaban: la defenestración de Dutton.

Capítulo 33

REGLA NÚMERO 26

NO SE PERMITEN LAS VISITAS PERSONALES EN EL ESTABLECIMIENTO.

—Hola, buenos días.

Vivien alzó la vista del mostrador de caja sobre el que estaba encorvada, apoyada en los codos. Ahora, apenas salía del recinto cuadrado de su puesto. Lo hacía para retar abiertamente a Alec, que quería que siguiera paseándose por la planta, como había hecho con tanto éxito durante su breve período de gerente interino, lo que había provocado un aumento de las ventas.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó Vivien en un tono quedo y ensayado.

El caballero parecía rondar la cuarentena, lucía una sonrisa jovial y tenía unos ojos muy inteligentes. Iba sumamente bien vestido y era algo bajo, con lo que Vivien (que, con tacones, casi llegaba al metro ochenta) tuvo que mirarlo desde arriba.

—Estoy buscando a la señorita Evie Stone —anunció el hombre con una espléndida sonrisa.

—En Libros Raros —dijo Vivien, sorprendida—. Por la Vía Dolorosa.

Es por aquí.

Él soltó una carcajada potente y llena de confianza mientras se encaminaban a la escalera principal.

—Le ha puesto un sobrenombre a las escaleras, qué encantador.

Al llegar al rellano de la tercera planta, Vivien divisó a Evie sentada, como siempre, en su pequeño taburete al lado del escritorio del señor Allen, con un grueso catálogo en el regazo.

—Señorita Stone, este caballero ha venido a verla —anunció Vivien con formalidad y señalando con un respetuoso ademán de cabeza al desconocido, que estaba a su lado.

—¡Yardley! —exclamó Evie con una ilusión desmedida.

Corrió a estrecharle la mano al hombre mientras este se agachaba para besarle la mejilla derecha, con lo que sus cabezas chocaron; entonces se echaron a reír con naturalidad y al unísono. El hombre puso gesto contrito y le dio un largo abrazo.

—Disculpe la informalidad. Ha pasado demasiado tiempo —se disculpó Yardley mientras se apartaba.

—Vivien, le presento al señor Yardley Sinclair, de Sotheby's.

Un gesto de reconocimiento se extendió por el rostro de la mujer.

—¿De la sociedad Jane Austen? ¿La que salvó la casa?

—Más o menos —contestó el caballero con una risa—. ¿Han estado cuidando bien a Evie? No encontrarán a una trabajadora mejor.

—Desde luego. —Vivien le dirigió un guiño cómplice a la muchacha —.

¿Les preparo un poco de té? Así se ponen al día más cómodos.

Yardley observó cómo Vivien desaparecía escaleras abajo:

—Vía Dolorosa…

—Vivien odia esto —aclaró Evie con una carcajada—. Tiene nombre para todo.

—La senda de la tristeza… —musitó él mientras recorría la planta con la mirada—. Dios mío, esto está hecho un desastre. Sé que Frank lleva una temporada… preocupado.

—No pasa nada. Me gusta pasar el día aquí sola.

—No me extraña. —Yardley acarició con sus largos y delicados dedos los lomos de unos libros cercanos, con un ademán familiar—. Tu madre tiene ganas de que le hagas una visita.

—Es que…, bueno, primero tengo que cogerle el tranquillo a la ciudad.

Él se volvió hacia ella para estudiarle el rostro.

—Evie, ¿te has puesto lápiz de labios? ¡Qué orgullosa estaría Mimi!

—Solo un poco. Yardley, ¿por qué ha venido?

El hombre se acercó al escritorio del señor Allen, pasó las páginas de uno de los muchos catálogos de almacenes y la miró de nuevo.

—Pensaba que ya era hora de que vinieras a vernos. Todos nos sorprendimos cuando Adeline nos contó que te habías ido de Cambridge.

¿Tuviste algún problema allí?

Ella negó con la cabeza pero no le ocultó su consternación. Jamás podía.

—Ya, eso me temía. Cuéntaselo a tu viejo amigo, anda. —Le hizo una seña para que se sentase, y Evie regresó obedientemente a su taburete antes de contestarle.

—Perdí un puesto de investigación frente a otro estudiante.

—¿Un tal Stuart Wesley, por un casual?

Evie abrió la boca de la sorpresa.

—¿Se puede saber cómo se ha enterado?

Yardley se situó tras el escritorio del señor Allen y sacó la silla.

—Espero que a Frank no le importe. ¿Puedo? —Se sentó, y Evie advirtió que la siempre inquisitiva mirada de Yardley recorría los muchos papeles desperdigados por la mesa—. Parece que un tal señor Wesley, del Jesus College de Cambridge, ha estado revisando últimamente los registros de la subasta de la Chawton Great House.

—Perdón… ¿cómo dice?

—Me lo contó uno de mis asistentes —confirmó Yardley—, que me pidió permiso para darle a este Wesley los datos sobre una venta concreta.

Un solo libro, en tres volúmenes. Con un subtítulo rarísimo.

A Evie se le cayó el alma a los pies. Lo supo antes de que se lo dijera.

— *¡La momia!* —exclamó la joven con un suspiro.

Siempre había esperado que su proceso de investigación, de un modo u otro, estuviera a salvo de la entrometida mirada de Stuart Wesley, teniendo en cuenta que era esencialmente perezoso. Era obvio que había vuelto a pasar por alto algo de él: el punto hasta el que su ambición superaba sus notables carencias. Debía de haber encontrado la carta de Thackeray que se mencionaba en las primeras pesquisas de Evie para el profesor Kinross, y de haber advertido entonces una pauta en sus otros hallazgos. Cualquiera

con la motivación suficiente para examinar su historial de consultas en el Museo Británico, así como en diversas instituciones de Cambridge, podía haber deducido el extraordinario interés que *¡La momia!* despertaba en Evie, y haber tirado del hilo a partir de ahí. La muchacha recordó aliviada que Stuart, llevado por el furor de su éxito social en el baile de carnaval del Chelsea Arts, no le había pedido más detalles sobre su modesta vida de trabajadora en una tienda.

—¡Sí, en efecto! —exclamó Yardley—. Y tú ¿cómo es posible que lo

sepas? ¿Ha estado aquí?

—No, todavía no. Pero, conociéndolo, solo es cuestión de tiempo. ¿Le contará usted quién compró el libro?

Yardley eligió con cuidado las palabras al notar su evidente agitación:

—Nuestras subastas están abiertas al público, pero con comerciantes tan apreciados como el señor Allen, tenemos un pacto de caballeros para no revelar jamás la identidad de un comprador si este no ha dado antes su permiso.

Evie empezaba a verlo todo claro.

—Y por eso ha venido.

—En cierto sentido. Me podía haber limitado a escribir o telefonear a Frank. Pero quería verte de veras, Evie. Cerciorarme de que estás bien.

Evie se acordó de Yardley y Adam Berwick, en su casita alquilada de las afueras de Chawton, y de las otras personas a las que había dejado en el pueblecito en que había crecido. Solo ver a Yardley le daba nostalgia. En su hogar, al menos, nadie trataba de arruinarle la vida.

—Entonces, ¿se lo preguntará de todos modos al señor Allen?

—Me temo que debo hacerlo. Son las normas de la empresa.

—Y ¿si dice que sí?

Yardley se quedó sin contestar mientras Vivien aparecía en la puerta con la bandeja del té; vio sorprendida que Yardley se aproximaba y se la cogía.

—La señorita Stone y yo no somos ceremoniosos, ni siquiera aquí. —

Con una elegante sonrisa, dejó la bandeja en el único espacio libre en la mesa del señor Allen.

Vivien lanzó a Evie una mirada de aprobación desde detrás de Yardley y, a continuación, volvió abajo mientras la extraña pareja se sentaba a

ambos lados de la mesa.

—Lógicamente, haré todo lo posible por gestionar la situación con el señor Wesley. —Yardley sirvió el té con semblante reflexivo—. Aunque me llama la atención a qué viene ese urgente interés por un

libro tan desconocido.

Evie sabía que había llegado el momento de contarle todo a Yardley, a pesar de las obligaciones profesionales de este con Sotheby's. Era la única ocasión para conseguir su ayuda y despistar a Stuart Wesley. Le explicó todo lo referente a *¡La momia!* , cómo se había topado con la referencia en la misiva de Thackeray, la entrada que se le había escapado en *La novela inglesa, 1740-1850* de Block, la reciente reseña americana y la posible importancia de que una huérfana de diecisiete años hubiera escrito una de las primeras novelas de ciencia ficción de la historia.

Al principio, Yardley se tapó la cara con las manos y soltó un gemido de lo más dramático por no haber detectado tampoco nada. Entonces alzó la vista y le dirigió un ademán de negación a la joven, con su habitual picardía.

—Por Dios, Evie, lo has vuelto a hacer. La biblioteca de la Great House y ahora ¡esto! Dos hallazgos ejemplares en los márgenes de lo académico.

Nadie podrá volver a pasar por alto tus capacidades, ya me ocuparé yo de eso. —Su semblante se volvió serio, casi adusto—. Pero, la próxima vez que alguien intente frenar un ascenso tuyo, debes decírmelo.

—Creo que, en ese aspecto, he aprendido la lección —asintió Evie con solemnidad.

—Teniendo esto en cuenta, querida mía, ¿hay algo más que quieras decirme mientras estoy aquí?

Ella vaciló antes de responder:

—Creo que he conocido a una persona.

Yardley dejó la jarra de la leche y la miró fijamente.

—Ay, Evie, pero qué maravilla. ¿Es un buen hombre?

—Es el mejor hombre que he conocido. Sin contar al señor Berwick, claro. —No captó el gesto de orgullo de Yardley al oír el nombre de Adam

—. Inteligente. Un poco reservado.

Yardley soltó una carcajada tan estruendosa que Evie se vio obligada a

sonreír también.

—No esperaba otra cosa. Debéis de formar toda una pareja.

Evie dio un sorbo al té en silencio y sostuvo la taza y el platillo calientes mientras debatía qué más contarle.

—¿Cómo os conocisteis?

—Pues trabaja aquí, en la librería. Es el director de la sección de Ciencia y Naturalismo.

—¿El señor Ramaswamy? ¿El señor Ramaswamy del sótano? —Un gesto indescifrable cruzó el rostro de Yardley.

—¿No le parece bien?

—Oh, no, querida, no es eso. Me alegro mucho por ti. Pero es que… sé cómo son esas situaciones.

—Ah, ¿sí?

Yardley la observaba con cuidado y eligió del mismo modo sus palabras:

—En cierto sentido. A la gente no le gusta que hagamos lo que no se espera de nosotros, lo que no es habitual. Lo desconocido. Eso les asusta, creo, ver la libertad y la espontaneidad de las que suelen carecer en sus vidas. ¿Los otros empleados lo saben?

—Me parece que sí. Es posible que se hayan dado cuenta antes que yo.

—Ah, ¡eso sí que no me sorprende! —exclamó Yardley con una sonrisa

—. Y al señor Ramaswamy… ¿le gustas?

Yardley miraba ahora a Evie con tanto cariño que esta sintió que se ablandaba por dentro. Eso le hizo darse cuenta de lo tensa que estaba habitualmente, tanto que en raras ocasiones bajaba la guardia ante alguien.

Yardley, con su facilidad para la alegría y su falta de interés en perjudicar a los otros, era una de las pocas personas del mundo con las que se relajaba de verdad.

—No estoy segura… ¿Eso cómo se sabe?

Yardley bebió un poco de té y lo dejó delante de él.

—A veces, Evie, por mucho que cueste, hay que ser el primero en hablar. Sobre todo cuando la cosa puede salir mal, especialmente entonces.

—Alargó el brazo y le acarició la cabeza—. Bueno, sé que esto debe de parecerte muy atrevido.

—Pero ¿y si solo me quiere como amiga?

—Ahí está la mejor parte, querida: si tú lo sientes, la otra persona casi siempre también. —Se echó hacia delante y añadió socarrón—: Aunque no me creas del todo. Mi trabajo de subastador, al fin y al cabo, consiste en elevar expectativas.

A pesar de las inquietantes noticias sobre Stuart Wesley, Evie estaba contentísima de volver a estar en compañía de Yardley, rodeada de libros.

Aquello le recordó la época que habían pasado catalogando juntos la biblioteca de la Chawton Great House, y la tremenda dicha que siempre compartirían por la venta de récord que Sotheby's había acabado logrando.

Tres años después, Evie se había quedado sola en su estudio de Castle Street, sintiendo la punzada del rechazo de Christenson, y había dejado sin abrir la carta de su madre, en el umbral de la puerta. En aquel momento se había jurado no volver; hasta el momento lo había cumplido a la perfección.

Pero aquel momento con Yardley le recordaba que no todo hay que dejarlo atrás, que no hay que centrarse tanto en el futuro hasta el punto de tener que volver a crear aquello que siempre te ha hecho especial.

Yardley había reaparecido en su vida por otro motivo. Enseguida tendría que avisar a Vivien y a Grace de que se cernía sobre ellas otro posible comprador. Las tres mujeres tendrían que acelerar los intentos de conseguir el precio de venta a tiempo para detener a Stuart Wesley, o a cualquiera de sus compinches.

Evie lamentó no poder compartir aquellos planes secretos con Ash, pero se negaba a cargarlo con una información que podría perjudicarlo en el trabajo. Decidió contarle únicamente que Wesley seguía aprovechando la investigación que ella había llevado a cabo en

Cambridge. En cuanto a sus sentimientos cada vez más amorosos por Ash, Evie jamás podría ser la primera en hablar, a pesar de los ánimos de Yardley. Le daría muchísima vergüenza causar la menor incomodidad a su nuevo amigo. Solo podía esperar que, con el tiempo, lo que Ash sentía por ella se hiciese evidente.

Evie no tenía la menor idea de que, en estas dos cuestiones, el tiempo estaba a punto de agotarse.

Capítulo 34

REGLA NÚMERO 31

LOS EMPLEADOS SE DEBEN TRATAR CON CORTESÍA EN TODO MOMENTO.

A Ash, pensando en Evie, había empezado a preocuparle Stuart Wesley.

No le había sorprendido que Evie le contara que Wesley iba por ahí siguiendo en secreto las investigaciones de la muchacha, como si fuera un reguero de migas de pan. En el encuentro de la mañana posterior del baile del Chelsea Arts, la actitud jovial del joven hacia Evie ya entonces le había parecido a Ash no del todo auténtica. Ash todavía no tenía muy claro qué tramaba Evie en la tercera planta de Libros Bloomsbury; él, a su vez, también le ocultaba algo. Esto complicaba las emociones de protección y de cariño que cada vez le inspiraba más Evie Stone.

Además del desayuno compartido de los miércoles, ahora Ash y Evie pasaban casi todos los domingos paseando juntos por la orilla del Támesis.

Esa era la versión de ambos del mismo paseo fluvial del que él le había hablado en su primera comida, cerca del Museo de Historia Natural. Ash pasaba la semana investigando una sección concreta del río para que la explorasen los dos, desde la última franja sin marea de Shepperton, por el oeste, hasta las zonas a pocos kilómetros del mar. Como sabía que a Evie le gustaba tenerlo todo planeado por adelantado, hallaba el transporte local más eficiente, ya fuera el autobús, el metro o el ferrocarril, para iniciar y concluir el viaje. Ash había descubierto que lo mejor era evitar ciertas zonas en las que podía subir la marea, y dejar al viajero atrapado a determinadas

horas del día, un riesgo que parecía inquietar especialmente a Evie. En una de sus pausas diarias para el *chai*, él le mostraba el mapa de su

próximo recorrido. A esas alturas, ya habían cubierto varias franjas de río.

En el último domingo de febrero, el plan consistía en llegar a la orilla sur de Teddington y caminar al este en dirección a los Kew Gardens. A las 14:00 ya estaban junto a un Támesis de marea baja, a un kilómetro y medio del puente de Kew, contemplando cómo el río que atravesaba toda la ciudad dejaba a su paso un botín de reliquias olvidadas. Los milenios de vida en Londres acababan en esas orillas de guijarros: trozos de cerámica rota de la época romana, pequeñas pipas de barro delos tiempos de Shakespeare, fragmentos de porcelana en forma de diamante del siglo anterior.

Ash acababa de iniciar a Evie en la actividad de buscar tesoros enterrados entre las piedras y el barro. Al ser experto en hallar los restos más exquisitos, ahora se agachó, cogió un trozo de porcelana azul y blanca, y se lo entregó a la joven.

—Los supervivientes —comentó Evie con una sonrisa.

Le dio la vuelta al fragmento y a continuación lo envolvió con mimo en un pañuelo, para guardárselo en el bolsillo del abrigo. Había empezado una colección en el piso de Charlotte, y conservaba todos los fragmentos que le daba Ash en una gran lata de galletas de mantequilla.

—Más bien los restos —replicó él—. Las partes desgajadas.

Evie alzó la vista al oírle el tono resignado.

—¿Va todo bien?

Él aún no tenía las agallas para contárselo, así que la cogió suavemente del hombro y subieron juntos el terraplén.

En la puerta de los Kew Gardens que daba al río, Ash y Evie metieron un penique en el torniquete para acceder al parque. La primavera siempre llegaba pronto en el sur de Inglaterra, y en ningún lugar de Londres con mayor exuberancia que allí. Esa era la época del año en que un dulzor impregnaba el aire. Prados de narcisos, eléboros y galantos se extendían en cascada hasta los robles y los abedules que bordeaban la senda de la pareja.

Tras salir del follaje boscoso, se encaminaron al herbario, con su vista del río y sus millones de especímenes de plantas.

Ash quería examinar la colección Petiver, que se había recogido en la

India a finales del siglo XVII, mientras que Evie quería visitar la biblioteca y los archivos que también albergaba el edificio Victoriano. Buscaba los dibujos de botánica de una horticultora llamada Jane Loudon, cuyo apellido le sonaba a Ash. El hombre se acordó del primer domingo en que se había encontrado a Evie en el Museo de Historia Natural, estudiando los archivos de John Loudon. Pero Ash no le preguntó más sobre este tema. Con ella, había aprendido a no insistir demasiado en ninguna cuestión, pues muchas veces eso la llevaba a callarse y retraerse.

Al entrar en el herbario, cada uno se fue por su lado y quedaron en verse al cabo de una hora para tomar el té. Justo a las cuatro, Ash regresó al vestíbulo principal, donde vio que Evie mantenía una animada conversación con una mujer mucho mayor, cuyo níveo cabello conjuntaba con la bata de laboratorio que llevaba. Ash recordó que ya la había visto en algunas visitas en solitario a Kew, aunque nunca había tratado de hablar con ella.

Elsie Maud Wakefield era la viceconservadora del herbario. Se había graduado en Oxford en 1908 y llevaba trabajando en Kew de forma intermitente desde entonces, siempre con muchísimos quehaceres y poco personal. Había gozado de varios merecidos ascensos debido a la ausencia de hombres en la guerra, entre otros el de directora de Micología en 1915.

Los grandes conocimientos de Wakefield sobre las setas la habían salvado del destino que corrían las horticultoras, que, tras la Primera Guerra Mundial, habían dejado de trabajar en Kew en 1922, hasta que volvieron a ser necesarias con el estallido de la Segunda.

Los ojos oscuros de Elsie, no suavizados por las dudas ni por un exceso de consideraciones externas, a Ash le recordaron mucho los de Evie, mientras observaba cómo las mujeres se entregaban a la conversación. Se imaginaba a Evie así algún día, sola en un domingo en una institución distinguida, mientras familias y enamorados paseaban por las instalaciones exteriores. No quería necesariamente que Evie llevase una vida tan aislada: con la tremenda capacidad para la lealtad y el entusiasmo que poseía la joven, Ash pensaba que algún día sería una colaboradora excelente para otra persona. Lo que no quería era arruinarle todo eso, ni complicarle las cosas un ápice más de lo necesario.

—Ash, ¡venga usted!

Evie le hizo un gesto mientras la señorita Wakefield se volvía hacia él con una audaz mirada escrutadora.

—La señorita Wakefield lleva aquí cuarenta años —le explicó Evie—.

Hemos estado hablando de *A Curious Herbal*: en la biblioteca de la Great House de Chawton teníamos una primera edición. La compró el Museo Británico.

De pronto, Elsie Wakefield dio un sonoro bufido de desdén al oír el nombre de la otra institución.

—¡La señorita Wakefield me ha contado que Elizabeth Blackwell fue la primera mujer que usó su sistema de organización de Linneo! Escribió el libro para sacar a su marido de la cárcel de deudores, ni más ni menos.

A Ash le sorprendió esa súbita efusividad de Evie, tan distinta de como se había mostrado en las primeras semanas en la librería. Londres la debía de estar afectando de verdad; parecía que había asimilado que lo azaroso de la vida urbana obligaba a la gente a crear vínculos de un modo que en los pueblos sucedían naturalmente. Que hubiera que esforzarse para lograrlos les daba más valor y, paradójicamente, los hacía menos frecuentes en grandes lugares académicos u otras instituciones estructuradas. Por sus días en la Universidad de Madrás, Ash sabía lo fácil que era la pereza social en esos sitios.

También se preguntó si él podría haber hecho más por forjar relaciones en Londres, a pesar de los obvios obstáculos a los que se enfrentaba.

—La señorita Stone me ha estado hablando de usted —declaró la señorita Wakefield en una voz potente y segura que resonó por todo el vestíbulo vacío—. Que es entomólogo. —Todo en Elsie Wakefield era una afirmación, como si etiquetara el mundo de las personas con las mismas categorías linneicas que a sus especímenes—. ¿Ha encontrado la colección Petiver?

Ash se limitó a asentir, sorprendido por lo mucho que la mujer lo intimidaba. Aquello casi nunca le sucedía con nadie: por eso su nueva vida en Londres había sido tan difícil de soportar. Siempre había sido el mejor en todo lo que acometía, pero las oportunidades deseables le habían estado completamente prohibidas. Había sentido que casi todo el mundo en torno a él lo reducía al color de su piel. Pocos parecían ver más allá, y él no

concebía que eso fuera a cambiar. Era tan pragmático como optimista Evie, y envidiaba la capacidad de esta para obviar la realidad que tenía delante.

La joven le había contado parte de lo que le había sucedido en Cambridge, y le maravilló lo rápido que había cambiado de rumbo y se había entregado al papel de librera en Libros Bloomsbury.

—Eso está bien —decía la señorita Wakefield—. La Petiver es nuestra colección más antigua. Casi tan vieja como yo.

Evie se rio con ganas, y Wakefield le sonrió brevemente antes de volver a fijarse en Ash.

—A ver, joven, lleve usted a la señorita Stone a tomar ese té que le ha prometido.

Ash asintió de nuevo, ahora esbozando también una sonrisa.

—Claro que el pabellón de té original ya no está —explicó la señorita Wakefield—. Las sufragistas lo quemaron entero en 1913. Quedó reducido a cenizas. Los hombres de por aquí dijeron que era un modo raro de conseguir el voto. Pero ¡siguen hablando de ello!

Mientras los tres se despedían, Evie le pidió la tarjeta a la señorita Wakefield, que la mujer madura le entregó sumamente gustosa. Ash se fijó en que Evie pasaba los deditos manchados de tinta por las letras grabadas con las que se destacaba el impresionante título de Elsie Wakefield en Kew.

La dejaron sola en la puerta del herbario, rodeada de las columnas pintadas de blanco del pórtico, saludándolos vigorosamente con la mano mientras franqueaban las puertas de hierro forjado.

Solo se tardaban cinco minutos a pie hasta el pabellón de los refrigerios, pero Ash ya conocía lo bastante bien a Evie para saber que no se podía ignorar mucho tiempo más su apetito.

Se sentaron en unas sillas plegables de café francés, situadas al final de una larga mesa de granja que estaba justo debajo de las ramas desnudas de un altísimo roble.

Cuando llegaron, Ash advirtió que el grupo de al lado apartaba algo las sillas. Lo alivió y lo irritó un poco que Evie no lo advirtiera, de lo absorbida que estaba en el menú. Ash le hizo una seña al camarero para que les llevara té, mientras seguía observando a Evie con el

rabillo del ojo.

Parecía tan joven, ahí sentada con su abriguito de lana y su boina a

juego, tratando de no pensar en el hambre que sentía. Tenía tanto por delante, tantos sueños… El hombre pensó en aquella idea de la imprenta, su misteriosa investigación de Loudon, su pasión por escritoras olvidadas. Lo que él sentía por ella (lo que ella podía sentir por él) podía estropear todo aquello. Ash volvió a pensar en la señorita Wakefield, en el herbario que esta dirigía tan dichosa. Al pensar también en las muchas otras mujeres que en fechas recientes habían llegado a la librería y a sus vidas (las casadas, las viudas, las divorciadas, todas ellas de situación desahogada), Ash se percató de que Elsie Wakefield podía ser lo más cercano a una persona adulta que Evie Stone hallaría jamás. Sabía que había llegado el momento de hablar.

—Evie.

—Sí… —La muchacha siguió examinando la larga lista de bizcochos.

—La señorita Wakefield…

—¿A que es maravillosa? No se toma ni un domingo libre.

—Qué dedicación.

—No creo que sea por eso —comentó Evie con una carcajada—. Me parece que sabe que no le queda más remedio. Que debe trabajar más que los hombres, quiero decir.

—Pero a usted le gusta estar siempre trabajando. —Enarcó una ceja con complicidad—. La primera vez que nos vimos, estaba investigando en domingo, al fin y al cabo.

—Como usted.

—Es verdad, supongo. —El hombre tuvo que sonreír—. Pero aquí estoy muy solo, en Inglaterra. Usted podría volver a Chawton en los días libres.

—Lo haré, a su debido tiempo.

—Entonces, ¿no piensa regresar pronto?

—Londres me encanta —dijo Evie tras negar con la cabeza—. Parece que son cien pueblos metidos en uno. Podrías pasar aquí toda la vida y

no conocerlo todo.

—He decidido… —Ash se detuvo para carraspear mientras la camarera colocaba la tetera entre ambos—. Evie…

—¿Sí? Ah, sí, un chorrito de limón, por favor.

—Para mí una rodaja grande, si puede ser —le pidió Ash a la camarera, que lo sorprendió con una sonrisa comprensiva—. Como iba diciendo, he

decidido volver a casa.

—Oh…, sí, claro, en cuanto tomemos el té…

—Quiero decir a la India.

Evie, aturdida, levantó la vista del menú.

—No lo entiendo. ¿De viaje?

—No, para siempre.

—Pero si acaba de llegar.

—Hace un año.

—Tampoco es tanto.

—A mí sí me lo parece. Vine para ser científico. No para vender libros.

—Yo tampoco estudié en Cambridge para vender libros. —Evie cerró el menú con fuerza.

—No es lo mismo.

Evie lo escudriñó en silencio, claramente dolida.

—Mire. —Suspiró frustrado, convencido de que jamás lograría que Evie lo entendiera—. No me arrepiento de nada. Pero es evidente que aquí no me quieren. Cada vez se me hace más obvio, y eso que aún soy una novedad. ¿Qué pasará si soy algo más que eso?

—Una novedad —repitió ella, moviendo la cabeza con confusión.

—Quiero decir que ahora mismo no soy una amenaza para nadie. Soy invisible. Pero eso no basta. Nunca bastará. Es mejor que me marche

antes que ser quien no soy, sin dejar de suponer una amenaza a pesar de todo.

Suspiró de nuevo, con una sensación de impotencia ante el silencio y el resentimiento de ella.

—Lamento que no pueda ver las cosas como yo. Pero mi marcha es verdaderamente lo mejor, para los dos.

Con el misterio y la vehemencia de esas palabras suspendidos en el aire entre ellos, Ash cogió la tetera y sirvió a Evie. Esta se negó a beber y a mirarlo. Él no la había presionado en ningún sentido y, aun así, ella se retraía. El hombre intentaba tomar la mejor decisión para los dos antes de que la situación se descontrolase. Mientras estaban allí con gesto sombrío, ya sin disfrutar del que acabaría siendo su último domingo juntos como empleados de Libros Bloomsbury, Ash notó en su interior la horrible sensación de que ya era demasiado tarde para impedirlo.

Capítulo 35

REGLA NÚMERO 22

LOS EMPLEADOS DEBEN ESTAR SIEMPRE EN SUS PUESTOS, A NO SER QUE SE LES

DÉ PERMISO PARA LO CONTRARIO.

Septimus Feasby, conservador principal de libros impresos del Museo Británico, visitaba Libros Bloomsbury cuatro veces cada trimestre desde sus cercanas oficinas. Con una mirada centrada y afiladísima, pasaba la mañana revisando las últimas compras de Frank Allen en diversas liquidaciones, que invariablemente seguían en sus cajas de envío o en montones inquietantemente altos, en el suelo. El doctor Feasby era conocidísimo en su profesión por no haber dejado pasar jamás una adquisición clave, bien en una subasta, bien porque la había buscado.

A Septimus Reginald Feasby lo habían bautizado unos padres que, al elegir los nombres, claramente aspiraban a que su hijo tuviese una carrera relacionada con el pasado. Para tal fin, se licenció con matrícula en el Jesus College de Cambridge, junto con el futuro vicedecano Christenson, cuya falta de atención en los logros académicos de Evie Stone había provocado que esta acabase de librera.

Al igual que Christenson, el doctor Feasby había conseguido no participar en la Gran Guerra por la pura suerte de que, al final de la contienda, le faltaban seis meses para tener la edad de ser llamado a filas.

Sin embargo, ambos se habían graduado a tiempo para cursar el nuevo doctorado de Filosofía de Cambridge. La tesis doctoral de Feasby, sobre el

teatro inglés en su conjunto, la había supervisado *sir* Arthur Quiller-Couch, profesor de Eduardo Vil de Literatura Inglesa, miembro del Jesus College y estimado mentor de Du Maurier; también le había inquietado el «incesante»

consumo de libros por parte de su mentorado. Ambicioso en grado sumo, el doctor Feasby había labrado su carrera en el Museo Británico como conservador y responsable del Departamento de Libros Impresos, y había seguido relacionado con Cambridge al pertenecer, de forma externa, a varios consejos, incluido el del Senado. Tanto él como Christenson sufrieron una decepción cuando este último órgano rector decidió en una votación que las mujeres podían obtener una licenciatura plena en Cambridge, lo que poco después había provocado la llegada de la joven Evelyn Stone, también llena de ambición, de mirada centrada y afiladísima.

El conservador programaba sus visitas a Libros Bloomsbury justo a las 9:30 de la mañana, y llegaba en el preciso instante en que el establecimiento debía abrir. Allí de pie, dando golpecitos impacientes al reloj, muchas veces sorprendía a Vivien con su rostro sumamente aguileño en el ventanal, mientras esta se acercaba para abrir la puerta de la calle. En una memorable ocasión, el doctor Feasby se había quedado encerrado entre las puertas del vestíbulo debido a una extraña concatenación de circunstancias, que había acabado con una regañina a varios empleados y una duradera obsequiosidad por parte de estos hacia el doctor Feasby que no era ni sincera ni merecida.

Por tanto, fue algo sorprendente que se presentara hacia el mediodía del último día de febrero, un mes antes de su siguiente visita trimestral.

—Doctor Feasby —lo saludó Vivien—, ¿qué tal va todo?

Con su habitual y brusco talante, Feasby pasó junto a ella en dirección a la escalera.

—¿Sube usted solo? —le preguntó Vivien, sabiendo que no obtendría

respuesta. Siempre había despreciado al doctor Feasby pero casi lamentaba no tener una excusa para acompañarlo, aunque solo fuera para ver cómo reaccionaba al descubrir a la más reciente empleada de la librería.

Evie ocupaba su taburete delante del armario que contenía las antigüedades más valiosas del establecimiento. Seguía abatida por la visita

del domingo a Kew Gardens con Ash, que a la mañana siguiente había avisado al señor Dutton de su intención de dimitir. En una reunión de empleados inusualmente breve, Dutton había anunciado que Ash dejaría su puesto el 14 de abril, cuando empezaba el año nuevo en su estado originario de Madrás. Tras enterarse de su decisión, Evie no había cruzado más que unas palabras con Ash. Para ella, estar enamorada era algo demasiado reciente como para gestionar también una desconcertante pena de amor.

Estar sola era la única manera de sobrellevarlo, especialmente cuando intervenía su orgullo.

Evie también seguía alterada por aquello de lo que Yardley Sinclair le había avisado en la tienda. Miraba continuamente a la puerta al menor ruido, esperando a medias ver a Stuart Wesley en persona, una parte ineludible del mundo que a ella le había quedado vedado. Evie había intentado abandonar ese mundo y no mirar atrás; qué descorazonador era darse cuenta de que ni siquiera podía controlar en absoluto si quería mirar atrás o no.

Al oír que unos pasos primero se aproximaban y después se detenían detrás de ella, Evie miró a un lado y distinguió a un hombre en el rellano superior que le resultaba familiar. Estaba inclinado sobre el espacio abierto, con el mismo aspecto del nudoso moral que Ash le había enseñado en una ocasión. Al recordarlo, sintió otra punzada en su interior.

—¿Dónde está el señor Allen? —inquirió el hombre con voz fuerte.

—En la liquidación de una casa en Gales —repuso tranquilamente Evie.

El hombre no la intimidaba: le parecía que lo hubieran sacado de una historieta como para inquietarla.

—Ajá. —El desconocido se fijó en la sala y después en ella—. ¿Y usted es…?

—Evelyn Stone.

—Quiero decir que cuál es su cometido.

—El señor Dutton me contrató en el Año Nuevo, para ayudar con el catálogo de los libros raros.

—¿Y dónde estaba usted antes?

—En el Girton College de Cambridge.

El tipo rezongó de un modo que ella jamás había oído hasta entonces y

añadió:

—Ya sé dónde está. Yo estudié en Jesus. Soy Septimus Feasby, doctor en Filosofía.

Evie también sabía quién era. Había oído muchas veces al profesor Kinross alardear de su amistad con el famoso conservador.

También había visto su nombre en la carta del Museo Británico que había permitido a Kinross examinar ciertos materiales de archivo, en tal estado de descomposición que su acceso estaba severamente limitado, excepto en casos de grave importancia nacional. Por fortuna para Kinross y su equipo, el doctor Septimus Feasby había decidido que un trabajo de años para crear la edición anotada de *La feria de las vanidades* entraba en esa categoría.

—El doctor Feasby. Claro. —Evie se levantó—. ¿Qué le trae por aquí?

Él la ignoró y recorrió la sala con la mirada.

—Allen ha perdido completamente el control de este sitio. ¿Se puede saber cómo voy a encontrar nada en este desastre?

—Quizá yo lo pueda ayudar.

El doctor Feasby se acercó a la mesa y empezó a hojear uno de los grandes catálogos de Sotheby's que el señor Allen había dejado en su última visita a la oficina.

—Lo dudo mucho —contestó Feasby al fin, casi de pasada.

Evie siguió junto al taburete, observando cómo el hombre husmeaba con una mirada cada vez más suspicaz. Este examinaba ahora el libro

de ventas de aquel año.

—De veras creo que…

Él se dio la vuelta y le pidió que se callara:

—Vuelva a lo que estaba haciendo.

Feasby se dirigió a las estanterías dedicadas al último período georgiano y empezó a rebuscar.

—¿Esto es todo lo que tienen de finales de la década de 1820? —

preguntó con la espalda encorvada.

—La verdad es que no lo sé. Anda todo manga por hombro.

—¿Cómo de bien conoce usted estos libros?

—Bastante bien, creo.

—¿Y todo suele «andar manga por hombro», como dice usted?

Evie asintió.

—¿Cuándo regresa Allen?

—El lunes.

Feasby finalmente se dio la vuelta y la miró, casi a regañadientes, como si, de no ser por aquel tema, Evie no tuviese la suficiente importancia para hablar con ella.

—Entonces sí que me va a ayudar. Estoy intentando localizar un ejemplar de un libro de 1827, cuyo título es *¡La momia!*

Evie se puso a pensar a toda velocidad. Le sorprendió que el hombre revelase de tal modo sus intenciones, pero era evidente que no la consideraba una amenaza. Evie se preguntó qué le podrían haber dicho Wesley o Kinross al doctor, sobre el posible valor del libro y sobre lo que ella sabía al respecto. Era frecuente que Cambridge y el Museo Británico compitieran en la compra de importantes objetos literarios para sus colecciones. Los académicos de Cambridge no debían de haberse mostrado muy habladores, viendo lo poco que Feasby trataba de ocultarle su búsqueda hasta que tuviera el libro agarrado con sus manos marchitas. A no ser que la considerase tan inferior que no merecía la pena preocuparse por ella. Todo se volvía

muy confuso. De un modo u otro, Evie debía aprovechar la manifiesta falta de interés de Feasby.

—Me temo que no recuerdo haberlo visto aquí —respondió lentamente, sabiendo que esto era más una omisión que una mentira en sí.

—Pero ¿conoce usted su existencia? —preguntó él con obstinación.

Ella asintió despreocupadamente, tratando de aparentar que aquello no le suscitaba el menor interés.

—Si lo que busca es ciencia ficción de la primera época…

Él alzó la mano para acallarla.

—Me interesa lo que me interesa. No le corresponde a usted adivinarlo.

Solo debe ayudarme a encontrarlo.

Ahora, se adueñó de Evie un gran pánico interior.

—Estoy al tanto de que el señor Allen compró el libro en una subasta.

Se lo confirmaron a un… colaborador mío. Se lo dijeron en Sotheby's. El libro está aquí, y usted debe encontrármelo.

Evie tragó saliva y contestó:

—Me temo que no puedo. No he visto nada parecido en esta planta.

—Pues consulte usted los libros de ventas. Los de septiembre de 1946.

Por lo que se ve, solo venden unos pocos libros por semana, así que no creo que tarde mucho.

Evie se dirigió obedientemente al escritorio y abrió los libros anuales en los que se registraban las ventas semanales de la sección en los cuatro años anteriores, mientras el doctor Feasby seguía rebuscando entre los estantes.

La joven pasó un dedo tembloroso por todas las páginas pero lo hizo con rapidez, gracias a los años de investigaciones en Cambridge, a que poco antes los había consultado, y a que sabía que lo que buscaba no estaba allí.

Al cabo de veinte minutos alzó la vista y le negó con la cabeza al hombre, ahora ante ella, con un fijo gesto de impaciencia que tensaba sus rasgos como si hubieran tirado de ellos.

—Pues lléveme a las otras plantas. A juzgar por el caos de esta sección, en este establecimiento un libro podría estar en cualquier parte.

—No puedo. No me permiten abandonar mi puesto.

—Desde luego que puede.

—La verdad es que no, normas de la casa. Regla número veintidós.

El doctor, ante esta negativa, la miró sin apartar la vista de ella.

—Me va a llevar usted a las otras plantas, y me va a ayudar usted a encontrar lo que busco.

—Lo cierto es que no puedo irme de esta planta —dijo Evie, negando con la cabeza—, excepto en los descansos programados. No obstante, si quiere usted pedir ayuda a los otros directores de sección…

Ahora, Feasley la escudriñaba. Ella no supo interpretar cómo. Lamentó no poder calibrar exactamente lo peligroso que podía ser para ella. Se acordó de Wesley, Kinross y Christenson, de todos los indicios que no había detectado en ellos, mientras se esforzaba con ahínco, sin que nadie se fijase en su persona, en las muchas bibliotecas de Cambridge. Evie sabía que debía prestar mayor atención a lo que otros pensaban de ella, pero era incapaz de percibirlo. Aquel era un mundo de reglas no escritas y, a diferencia de Grace y de Vivien, a Evie nunca le había molestado cómo lo pautaba todo el señor Dutton.

Así que le dijo que no al señor Feasby una vez más, con la esperanza de que así este desistiese e intentase encontrar lo que quería de otra manera.

Deseando que la situación no fuera tan fatídica y desesperada como empezaba a parecer. Con la perspectiva de que, observando las reglas y no mintiéndole de forma explícita (a pesar del empeño que mostraba Feasby, no le había pedido con precisión a Evie, alguien del todo insignificante para él, que le dijera la verdad), podría escapar de su veneno.

No era la primera vez que Evelyn Stone infravaloraba en grado sumo la gravedad de la situación.

Capítulo 36

REGLA NÚMERO 3

TODA CONDUCTA IMPROPIA DE UN EMPLEADO HACIA UN CLIENTE, O EN

GENERAL, DESEMBOCARÁ EN UN DESPIDO INMEDIATO.

Septimus Feasby se dirigió directamente al despacho posterior, donde Herbert Dutton tomaba tranquilamente una infusión de cúrcuma que le había sugerido Ash Ramaswamy. A pesar de que hacía ya casi un mes que había vuelto al trabajo, al señor Dutton seguía aquejándolo una serie de preocupantes síntomas como continuas molestias estomacales, algún que otro dolor de cabeza y palpitaciones en el corazón, y había estado encantado de hacer caso a la sapiencia medicinal del señor Ramaswamy sobre hierbas que, por lo visto, curaban esos males.

El doctor Feasby se situó con frialdad delante del señor Dutton y exigió que se despidiera inmediatamente a la chica del tercer piso por insolente, o se iría a comprar a otro sitio. No dio más detalles, pues creía que con esa declaración bastaba: una creencia que acabaría lamentando infinitamente. A continuación, se marchó de la librería muy pagado de sí mismo, diciéndose que volvería después de comer, y que esperaba que la muchacha ya no estuviese para entonces.

En sus treinta y dos años en Libros Bloomsbury, Herbert Dutton no había presenciado el despido de ningún empleado. Según sus reglas, solo él tenía ese poder. Por primera vez en su papel de gerente principal, el señor Dutton lamentó esta autoridad, pero temía que, en ese instante, no le

quedaba más remedio que ponerla en práctica. El Departamento de Libros Impresos del Museo Británico era el mayor cliente institucional de Libros Bloomsbury.

A regañadientes, el señor Dutton llamó a Evie. En primer lugar, le preguntó su versión de la historia, por respeto a ella al ser una de sus empleadas. Luego, repitió que, en observación de las reglas dos y seis, ella siempre debía priorizar las necesidades de los clientes y mantener la reputación de la librería como proveedor de buenos libros al máximo nivel.

Finalmente, le informó de que su cometido en Libros Bloomsbury debía, de inmediato, tocar a su fin.

Evie se quedó anonadada mientras entraba Grace como un torbellino, seguida al poco por Vivien, que también se había enterado de la situación.

Alec iba a marcharse pronto a tomar una copa temprana con Norman Mailer, a quien esperaba convencer para una futura charla vespertina. Allan Wingate acababa de publicar la edición británica de *Los desnudos y los muertos*, la novela bélica de Mailer, con gran éxito de crítica y, tras la debacle de Beckett, Alec tenía ganas de promover a un escritor joven y prometedor, sin que se produjeran polémicas. El capitán Scott ya estaba comiendo en el *pub* The Lamb, al final de la calle. Ashwin Ramaswamy, como de costumbre, comía en su mesa del sótano, sin haberse percatado de la algarabía de la planta principal.

El señor Dutton se quedó mansamente sentado, mirando a las tres mujeres. Se obligó a respirar profundamente y de forma reflexiva, como le había recomendado el médico, mientras deseaba poder escapar de allí.

—¡Esto es increíble! —exclamó Vivien.

—Señorita Lowry, por favor —le rogó el señor Dutton, desesperado por mantener el orden—. Sé que estamos todos muy alterados, pero le corresponde, en tanto que compañera y empleada, no inmiscuirse en cómo trato a su colega. Al no disponer usted de capacidad alguna de dirección o supervisión…

—Oh, por favor —dijo Vivien con contundencia, dando un golpe en el borde de la mesa mientras Grace le lanzaba una sutil mirada de aviso —.

Todo el mundo sabe que Septimus Feasby es un viejo quisquilloso sin una gota de paciencia o humanidad. Ya iba siendo hora de que alguien se negase

a cumplir una de sus ridículas exigencias.

—Señorita Lowry, se lo ruego, si persiste usted en esta insolencia, no me quedará más remedio que despedirla también.

Al oír esas palabras, Alec apareció en la puerta.

—¿Se puede saber qué pasa?

Herbert Dutton alzó ambas manos, como si se rindiera con impotencia.

Vivien le explicó la situación a Alec sin despegar la furiosa mirada del señor Dutton.

—Herbert, la chica solo lleva unas semanas —intervino Alec en un tono casi de súplica, mientras entraba en el despacho—. ¿No deberíamos darle otra oportunidad?

Vivien y Grace miraron a Alec de lo más confundidas.

—Lo siento, ya he tomado la decisión —negó el señor Dutton.

—Pero la muchacha no…

—He dicho que está tomada.

Aquella era, de lejos, la actitud más tajante que los empleados habían visto jamás en el señor Dutton, lo que hizo que Alec se marchara con grandes aspavientos, también por primera vez. En ese momento Grace, que siempre captaba los cambios de ambiente (al haber perfeccionado tanto esta técnica en su casa) advirtió toda la magnitud de aquello a lo que las tres mujeres se enfrentaban. Empezó a pensar con rapidez en la reciente charla sobre la adquisición de la librería, mientras el señor Dutton se apoyaba firmemente en la silla, por una vez inmune a las súplicas ajenas, y sin ser en absoluto consciente de lo que verdaderamente estaba en juego.

Grace lanzó una última y maternal mirada a Evie antes de decidir que la mejor reacción sería hacerse con la única cosa que podía prevenir que algo semejante volviese a pasar.

—Señor Dutton, creo que estará de acuerdo en que Evie ha sido, al margen de esto, una empleada ejemplar en las últimas siete semanas. —

Grace habló con la mayor mesura posible—. Y sigue en período de prueba, pues le quedan tres meses del servicio requerido para un despido, según la regla cuarenta y nueve, ¿no es así?

El señor Dutton asintió, aliviado al ver que, por una vez, era otra persona quien citaba las reglas.

—Entonces, ¿no le va a pagar el salario que le queda? —inquirió Grace.

El señor Dutton contestó que no con la cabeza. Grace advirtió que Evie la miraba con un creciente gesto de pánico, horror y admiración.

—Entonces a nosotras, en nuestro papel de empleadas, nos gustaría hacer una humilde propuesta. Darle a Evie un regalo, solo un regalito. Un recuerdo, si quiere, de su paso por la librería.

El señor Dutton exhaló un audible suspiro de alivio que no pasó desapercibido para nadie.

—Desde luego, somos muy conscientes de que las reglas impiden cualquier compra por parte de un empleado —prosiguió con una estudiada calma Grace.

Dutton asintió con vehemencia, claramente aliviado de haber dejado de pelearse con ellas por el despido.

—Y todas sabemos lo difícil que ha debido de ser eso para una apasionada de los libros tan grande como la señorita Stone, aquí presente.

El hombre siguió asintiendo sin dejar de respirar profundamente.

—Entonces, ¿podríamos proponer que a Evie se le permitiera llevarse un único libro del establecimiento, no de la sección de Libros Raros, lógicamente, dado su valor…, solo uno que ella escoja, como pequeño recordatorio de su estancia entre nosotros, así como muestra de gratitud?

Evie la miró asombrada, mientras Vivien empezaba a apartarse del escritorio con aire conciliador.

—Muy bien —farfulló Dutton al fin—. Llévese lo que quiera, Evie, de otra sección. Sé que ha sido usted muy trabajadora y diligente. El señor Allen, en particular, agradece muchísimo lo que ha hecho, teniendo en cuenta lo ausente que ha estado estos meses. Solo le pido que recoja sus cosas lo más rápido posible y que se marche antes de que regrese el doctor Feasby. Eso ayudaría mucho en esta situación tan tensa. ¿Lo entiende?

Evie se mordió el labio inferior y se miró los pies, abrumada por la intensa emoción del momento y por las palabras que casi se le escapaban.

—Venga, venga, pequeña —no pudo evitar decir Dutton al ver su angustia—. Todo saldrá bien. Estaré encantado de darle una carta de recomendación para que consiga otro empleo. Reconozco que el doctor Feasby puede mostrarse muy difícil e irascible. Estoy seguro de que, con el

tiempo, acometerá usted nuevas empresas con su obvio talento y su perseverancia.

Evie trató de dedicarle la sonrisa de perdón que él claramente esperaba, y, mientras lo miró con el rostro iluminado, se le volvió a ablandar el corazón.

—Dígame, querida, ¿sabe usted qué libro le gustaría llevarse como regalo de despedida?

Evie lanzó una mirada a Grace y a Vivien, se acordó de Stuart Wesley recorriendo las calles de Cambridge llenas de tapones de champán y confeti, y declaró con toda sencillez:

—¡ *La momia*!

Cuando el doctor Feasby regresó tras la comida, se encaminó directamente al despacho del señor Dutton y exigió saber si la chica se había marchado, y para pedir la asistencia que se le debía.

Dutton se sentía mal por Evie, pero el establecimiento necesitaba más al doctor Feasby y sus adquisiciones como conservador. El Museo Británico llevaba casi cien años comprando en Libros Bloomsbury. Así que ahora, tras su escritorio, el gerente sentía cierto alivio, sin sentirse aún físicamente bien del todo, pero al menos con la confianza de haber apagado aquel pequeño incendio.

—Claro que sí, doctor Feasby. ¿Algún libro raro?

Los rasgos torcidos de Septimus Feasby empezaron a recolocarse, cuando este sintió que se restauraban el respeto y el orden que exigía a quienes lo servían.

—Sí. Frank tiene su sección completamente descontrolada y esa chiquilla tan fresca se ha negado en redondo a ayudarme.

—Lamento muchísimo las molestias —dijo Dutton para aplacarlo—.

¿Cómo podemos ayudarlo?

—Sé a ciencia cierta que Frank compró determinado libro en una subasta de hace años, pero en el piso superior no está.

—¿No se habrá vendido? —sugirió Dutton con cautela.

—No sea bobo. Eso ya lo he comprobado. Tiene que estar en otra

planta.

El señor Dutton se levantó, pues no quería irritar más al conservador.

—Desde luego. Le llevo yo mismo a la sección de Historia y empezamos por ahí. Si es necesario, removeremos toda la librería. Pero le aseguro que encontraremos su libro.

El señor Dutton salió del despacho antes que el doctor Feasby para acompañarlo al segundo piso. Siempre que Dutton deambulaba por el establecimiento, percibía con gran intensidad la importancia de su posición de gerente principal. Su problemático corazón se hinchó de orgullo al ver que todo a su alrededor funcionaba a la perfección, como el eficacísimo Cartier de la fina muñeca de la señorita Lowry. Las cincuenta y una reglas se seguían firmemente y todo estaba en su sitio.

Todavía no habían perdido ni un libro, a pesar de lo descuidado que era Frank.

Con suprema seguridad, Herbert Dutton subió en dirección al descansillo de la segunda planta y, al mirar hacia abajo, vio que la cabeza rubia y angelical de Alec observaba desde lo alto de una escalera; también divisó el gesto malhumorado de Vivien y su esbelta figura tras el mostrador.

En algún punto del exterior, la pequeña Evie Stone recorría las calles de Londres, sin duda ahora desconsolada, con el regalito de despedida, el libro, dentro de la baqueteada bolsa de cuero que siempre llevaba. Dutton había reconocido sus cualidades especiales desde el principio, en cuanto recobró la consciencia, pues lo habían salvado esas mismas cualidades de agilidad mental, diligencia y perseverancia. Notó una insidiosa culpabilidad al recordar cómo le había salvado la vida. Así era como se veía obligado a agradecérselo, para que Libros Bloomsbury sobreviviera. Se dijo que solo era una cuestión de negocios mientras oteaba su reino. En los negocios, todo había que perdonarlo y olvidarlo porque se hacía en pos del mismo fin deseado. Para que los negocios sobrevivieran, los individuos debían amoldarse a ellos, no al revés. Se recordó que aquello no era nada personal.

El doctor Feasby aguardaba impaciente en el primer escalón debajo del descansillo de la segunda planta, donde ahora estaba Dutton, inspeccionando su pequeño pero inamovible mundo. La verdad era que nunca le había tenido aprecio a Septimus Feasby. Pero complacer al cliente

siempre era lo primero, se dijo, tal como minutos antes le había dicho a Evie.

Luciendo una sonrisa de lo más cortés y ensayada, se volvió hacia el conservador para preguntarle:

—¿Y cuál es el título de este libro que está buscando?

Tan rápido como había aparecido, Evie Stone se esfumó.

No dejó ninguna dirección, dado que no le debían más dinero. El señor Dutton había olvidado registrar sus datos personales en el archivo al contratarla. Ese excepcional error por su parte traslucía sus problemas físicos de aquella época, que ahora la tensión avivaba a marchas forzadas.

El doctor Feasby mantenía con firmeza su anterior amenaza de empezar a comprar en otro sitio.

Al volver de Gales, Frank se enteró de que un libro raro y de incalculable valor que él custodiaba se había perdido dentro de la tienda.

Y, al regresar del *pub*, el capitán Scott descubrió que su departamento había albergado una innovadora e histórica obra de ficción.

Poco podía sospechar cualquiera de ellos que precisamente ese libro, escrito por una muchacha de diecisiete años, no tardaría en revolucionar los mundos de la literatura gótica y de la ciencia ficción.

Capítulo 37

REGLA NÚMERO 8

LOS EMPLEADOS DEBEN DEMOSTRAR CORTESÍA, BUENA DISPOSICIÓN Y

ENTUSIASMO EN TODO MOMENTO.

Normalmente, la tarde de los viernes era el momento más sosegado de la semana en Libros Bloomsbury, cosa que reflejaba el ánimo de los clientes que iban entrando. Se trataba, sobre todo, de grupitos de alumnos ya libres de clases, hombres de negocios que remoloneaban antes de volver a casa, y damas de sociedad que salían de la peluquería y de hacerse las uñas como preámbulo a los eventos de la noche, para los que aún quedaban horas.

Pero el ambiente de aquella tarde en la librería era lúgubre, dada la involuntaria marcha de Evie aquella semana. Grace y Vivien salieron juntas a las cinco y media en punto como siempre, pero sin cruzar palabra con los hombres. Sostenían los bolsos negros por delante, rígidos, como armaduras, como si dieran a entender que no querían que a ellas también les tomasen el pelo. Por primera vez en mucho tiempo, Grace no se había acercado a la puerta de Dutton para preguntar alegremente: «Señor, ¿necesita algo antes de que me vaya?». Siempre respetuoso con el horario de sus empleados, el gerente en todo momento se limitaba a negar con la cabeza, con una educada y breve sonrisa, sabiendo que para él aún se avecinaban horas de trabajo. La negativa de Grace a preguntarle nada esa tarde suponía un desafío, aunque él no se percató de ello.

Ash se marchó poco después que las dos mujeres, seguido por el capitán

Scott, que se dirigió directamente a cenar al *pub*. Alec estaba solo tras el mostrador de caja cuando apareció lord Baskin en el vestíbulo de entrada, recién salido de un taxi en la calle.

—Se ha perdido usted toda la emoción —lo saludó Alec en tono socarrón.

—Eso me han dicho.

Lord Baskin señaló con la cabeza los despachos del fondo, donde, a través de las ventanas, se distinguía al señor Dutton y al señor Allen manteniendo una intensa conversación.

Alec cerró el libro de encargos de compra que Vivien, en su peligroso y nuevo estado de ánimo, había empezado a descuidar.

—Ya estaba terminando.

—¿Algún plan para esta noche?

—La verdad es que no. ¿Y usted?

—Yo voy a pasar el fin de semana en Syon House. ¿Le apetece una pinta en el Lamb antes de ir a casa?

Alec vaciló. Aún estaba enfadado con el señor Dutton y no le apetecía enterarse de un posible apoyo por parte de lord Baskin del despido de Evie Stone. Sin embargo, a pesar de su rabia, Alec recordó que el conde siempre había demostrado ser un dueño de lo más cortés y

fundamentalmente razonable. Alec metió el libro bajo el mostrador y franqueó la puerta batiente para unirse a él.

El *pub* The Lamb se encontraba al final de Lamb's Conduit Street, por el norte. Erigido en 1729, su fachada era una mezcla de austera estructura georgiana, recargado estilo Victoriano y una vuelta eduardiana a las líneas más depuradas de los orígenes dieciochescos. En el interior, la barra central aún conservaba los paneles separadores y movibles de cristal, del siglo XIX, originalmente pensados para que el tabernero no viera al cliente cuando este pedía, así como para que los parroquianos de distintas clases sociales no se vieran entre ellos. En su fuero interno, a Alec le hizo gracia la idea de que, cien años antes, al hijo de un médico, como él, difícilmente lo habrían visto tomándose una pinta con un conde.

La actual propietaria era la señora Bessie Rosenberg, viuda reciente.

Había cogido las riendas del *pub* tras la muerte de su esposo, Arthur, en

1944, pero se rumoreaba con tristeza que ahora ella misma padecía achaques de salud. Al entrar por la puerta de la calle, ambos hombres distinguieron al capitán Scott, ya sentado en el interior y hablando con la señora Rosenberg. Baskin apoyó con suavidad la mano en la espalda de Alec y lo guio a una mesita redonda de la esquina opuesta.

—Así podemos tener cierta privacidad. —Baskin le señaló a Alec que ocupara el asiento más cómodo del reservado.

—Aquí va a ser difícil; Scott prácticamente vive en este sitio. —Alec escudriñó el resto de la sala—. Antes me ha hablado de Syon House.

—El duque se está planteando la posibilidad de abrir la casa al público

—asintió Baskin—, algo que llevo debatiendo años con mi madre. Se avecinan cambios. Bueno, ¿qué le pido?

A Alec le sorprendió aquel ofrecimiento. A lo largo de los años, lord Baskin y él habían charlado en diversos restaurantes de hotel y coctelerías donde los servían con elegancia. No obstante, el conde no parecía estar fuera de lugar en The Lamb mientras se dirigía a la barra para pedir. De hecho, observó Alec, Baskin jamás parecía fuera de lugar en ningún sitio, cosa que le envidiaba.

El conde volvió a la mesa con dos cervezas rubias y le puso una delante al joven.

—Imagino que también le hará falta.

—¿Va a hablar más tarde con Herbert y Frank?

—Sí, pero antes quería conocer su opinión.

—Es que fue el propio Dutton quien creó esas reglas. —Suspiró Alec, frustrado—. Evie solo llevaba dos meses trabajando, ni siquiera, y lo estaba cumpliendo todo a la perfección. Eso se le tendría que reconocer de un modo u otro. Por lo menos, la parte del salario que le faltaba por cobrar, como poco.

—Tengo entendido que le dieron un libro. —Lord Baskin enarcó las cejas en un gesto divertido.

—Nunca había visto a nadie tan enfadado como Feasby en ese momento. Dutton aún no se ha recuperado del rapapolvo que le ha caído.

—Creo que Herbert no se ha recuperado en absoluto —dijo Baskin con semblante reflexivo.

—Se refiere a su salud.

—No necesariamente. Pienso que va mejor de salud, aunque, desde luego, no evoluciona muy deprisa. No, me refiero a la humillación, para un hombre como Herbert, de perder todo control físico en el lugar de trabajo.

Delante de todos sus empleados, ni más ni menos. —Baskin hizo una pausa hasta que Alec lo miró—. Delante de… ¡las mujeres!

El énfasis que Baskin puso en estas últimas palabras llamó la atención de Alec.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—No olvidemos que Dutton regresó antes de lo recomendado por el médico. A lo mejor se siente vulnerable en muchos ámbitos. —Baskin hizo otra pausa—. Dígame, ¿qué opina usted ahora de la posibilidad de hacerse con la librería?

Alec esperaba aquello. Y su respuesta (por una vez, espontánea y verdaderamente genuina) lo sorprendió:

—Ya no lo tengo tan claro, en vista de lo sucedido últimamente. La moral entre los empleados está bajísima.

—Siempre puede usted hacer algunos ajustes.

—¿Como el que acaba de acometer Dutton?

—No, eso no. Pero es posible que conviniera cambiar la organización del trabajo. Los hombres nos parecemos todos mucho, estamos muy anclados en el pasado. Las mujeres resultan mucho más interesantes.

Dígame —Baskin se echó hacia delante con gran interés—, ¿qué esperaba lograr usted al ser el dueño?

—Imagino que creo que ha llegado el momento de un cambio —

contestó Alec, encogiéndose de hombros.

—¿Para la librería, o para usted?

Esa era la pregunta que Alec llevaba varias semanas planteándose.

Mientras la sopesaba, lord Baskin se acomodó en el asiento, con un semblante sorprendentemente tranquilo y reflexivo a pesar de la descontrolada situación del establecimiento, y dijo:

—Yo tiendo a pensar que mi labor consiste en sacar lo mejor de los demás. Me temo que la mayoría de los propietarios suelen hacerlo en términos de control. Pero no todo son las directrices, por mucho que se

empeñe el señor Dutton. Vendemos libros, al fin y al cabo, no plutonio.

—Me siento estancado. La guerra acabó hace años. Debería progresar.

—¿Y ser el dueño es la solución?

—Bueno, es el único paso lógico desde mi posición. Y tengo la capacidad económica, según la que usted me ha dicho que es necesaria.

—Desde luego.

Los dos hombres se fijaron en la señora Rosenberg al oír que esta soltaba una estruendosa carcajada por algo que acababa de decir el capitán de Marina Scott. Una camarera que se acercaba a su mesa guiñó un ojo con complicidad a Alec y le dijo:

—Ese hombre es todo un seductor. Se pasa la vida aquí dentro.

Alec y lord Baskin cruzaron una mirada y después se volvieron, sorprendidos, hacia la camarera, que añadió:

—Y ahora los dos finalmente empiezan a disfrutar, justo cuando la señora comienza a ponerse pachucha, pobrecilla. ¿Están ustedes bien?

Alec se quedó tan anonadado que apenas recordó qué contestó a la franqueza de la empleada.

—Pues al fin sabemos qué se traía Scott entre manos todos estos años.

—Baskin se echó a reír mientras la camarera se marchaba—. Menudo pillastre.

—No quiero parecer un esnob, pero la señora Rosenberg es tan…

—¿Distinta? Puede. A lo mejor por eso funciona la cosa. Nunca conviene parecerse demasiado.

Alec captó el matiz de insinuación en el tono de Baskin, y se preguntó de quién hablaría. En su mes de gerente interino, Alec había detectado el sutil pero inconfundible interés de Baskin por Grace Perkins, siempre que el conde se pasaba por allí, cosa que en fechas recientes había hecho con mucha mayor asiduidad.

—Un buen matrimonio es como un buen equipo. De ser posible, una persona debería complementar a la otra. —Baskin dio un trago a la cerveza

—. El exceso de competitividad no es bueno.

—Ahora está hablando de Vivien.

—Estoy hablando de Vivien.

Alec no sabía cuánto había llegado a adivinar el conde a lo largo de los

años.

—Había pensado ascenderla a directora de Narrativa si asumo el control.

—Qué generoso por su parte.

—¿No cree que vaya a funcionar?

—Al contrario. Pero no creo que eso arregle lo que les abruma a ambos.

Alec suspiró. Así que lord Baskin había acertado, después de todo.

—Seguramente no. Ni nada lo arreglará.

—Jamás podrá frenarla. Yo sé un poco de eso.

A Alec le sorprendió esa velada referencia de Baskin a su exesposa Anna, que se había trasladado hacía mucho a Estados Unidos con su segundo marido, un americano. El conde casi nunca hablaba de su vida amorosa con los hombres del trabajo; por primera vez, Alec se preguntó si el motivo sería Grace.

—Sospecho que muchos han intentado frenar a la señorita Lowry durante toda su vida —caviló Baskin—. Ella no lo va a tolerar.

—Frenarla, ¿en qué sentido?

—Se puede llegar lejos con una belleza como la suya, pero solo en una dirección, y con un único fin a la vista. Lo distingo todas las temporadas.

Pero luego llamaron a filas a lord St. Vincent, junto con toda una generación de hombres casaderos y, de pronto, estamos en la década de 1950. Es posible que Vivien ya se haya acostumbrado a estar sola.

—Cuesta sentir lástima por ella. Siempre está de lo más enfadada.

—De forma evidente, sí. Pero ¿no lo está también usted? ¿No lo estamos todos, en cierto sentido? —El conde suspiró—. La decisión de Herbert respecto a Evie salía de algún sitio. Quizá la rabia. Quizá el miedo.

Fuera lo que fuera, la decisión ha sido un error evidente. Y ahora tengo que arreglarlo de un modo u otro.

—Pobre Evie Stone —musitó Alec, con una sensibilidad poco frecuente. La cerveza y la compasión del conde lo estaban relajando. De pronto no se sintió tan comprometido con el camino que debía seguir, ni tan atrapado por él. Le pareció, curiosamente, que lord Baskin le brindaba una salida—. Ella sí que me da pena.

—Desde luego, le hemos fallado. Pero la reacción del doctor Feasby

también me da que pensar.

—¿Por qué?

Baskin apuró la cerveza y esbozó una sonrisa traviesa.

—Porque no sé si al final la señorita Stone nos acabará dando tanta lástima.

Capítulo 38

REGLA NÚMERO 5

QUEDAN PROHIBIDOS LOS COMPORTAMIENTOS REBELDES O DÍSCOLOS POR

PARTE DE LOS EMPLEADOS, SOLOS O EN GRUPO.

A última hora de la tarde del domingo, lord Baskin se desvió un poco antes de volver a su casa de Yorkshire, procedente de Syon House. Tenía concertada una cita con sus tres empleadas en el American Bar del hotel Savoy.

—Queremos comprar la librería —anunció Vivien cuando el conde se sentó frente a ellas y pidió un *whisky* solo.

Inmediatamente, Baskin dirigió la mirada a Grace y después a Vivien.

—¿Queremos? —preguntó, claramente aturdido—. ¿O sea, con su…

marido? ¿Sus familias?

—No, nosotras tres —negó Vivien.

—No lo entiendo.

—Grace, ¿por qué no se lo explicas? —pidió Vivien con una carcajada

—. Creo que si se lo cuentas tú lo entenderá mejor.

Sentada entre Evie y Vivien, Grace estaba agotada por las recientes turbulencias en casa y en el trabajo. Se había instalado en casa de su madre la semana anterior y se había llevado a los niños, entre grandes protestas de Gordon. Este había estado llamando a cada hora en punto, hasta que su madre (ya plenamente al tanto de lo que su hija había estado soportando tantos años) desconectó la línea. A los chicos les había afectado la

apresurada y horrible marcha del hogar, y continuamente amenazaban

con fugarse. Lo único que podía hacer Grace era esperar que, a lo largo de los años, hubiese creado y erigido algo que los mantuviese con ella. No podía haber hecho mucho más. Gran parte del asunto no estaba en sus manos.

La amenaza de la factura del abogado también le pesaba mucho.

Gordon afirmaba estar dispuesto a quedarse con la custodia de sus díscolos hijos. De nuevo, a Grace solo le quedaba esperar que, con el tiempo, la tranquilidad de la casa calmase el torbellino interior de su marido y le brindase cierta dosis de la paz y el sosiego que tanto había intentado extraer de los demás. Una extracción que había ido minando dolorosamente el alma de Grace hasta que a ella no le quedó nada más que su propio torbellino interior.

Grace se dirigió a lord Baskin, que la aguardaba pacientemente con su actitud elegante pero levemente desastrada y sus cálidos ojos castaños.

Siempre que estaba con él, Grace tenía la extraña y maravillosa sensación de ser apreciada y comprendida en silencio, sin que se le pidiera absolutamente nada a cambio. Recordó el trayecto en autobús, las llaves caídas bajo el banco y cómo se le había derramado el café, todos los pequeños momentos que habían marcado su primer encuentro. Momentos que habían servido (junto con la llamada de Alec en la puerta, el anuncio del ventanal y la asequible velocidad de mecanografiado) para enmascarar lo que verdaderamente había ocurrido aquel día: el día en que Grace se había enamorado.

Había tardado cuatro largos y esforzados años en llegar a ese punto, y el futuro prometía más trabajo. Pero, al cruzar la mirada con Baskin, Grace cogió fuerzas de esa sensación de comprensión que, ahora lo sabía, era otra forma de amor. Ser comprendida, apreciada y no juzgada: sin duda, esos eran los pilares del verdadero amor. El amor que nos impulsa en la vida, con independencia de lo que esta nos ponga por delante, de lo que perdamos. Ese amor, al menos, siempre está ahí, aunque no podamos hacer nada al respecto.

Lord Baskin dirigió una sonrisa de ánimo a Grace, como si él también supiera todo aquello, así como lo que estaba a punto de decir.

—Queremos comprarle su mitad de la librería, su cincuenta y un por

ciento, y dirigirla nosotras. Que la propiedad y la gestión sean una tarea de mujeres.

—Y ¿tienen el dinero? —preguntó sorprendido.

Grace asintió, y ahora Vivien tomó la palabra:

—Pronto habrá un anuncio. Entonces sabrá exactamente cómo pensamos lograrlo.

Él contempló con curiosidad a las tres mujeres, todas ellas tan serias y erguidas en el American Bar del Savoy. Aunque la elección había sido sorprendente, ese hotel a orillas del Támesis quedaba lo bastante lejos de Bloomsbury y la librería para conferir cierto grado de anonimato a una compra ambiciosa como aquella.

—Ahora la elección de este local me parece de lo más adecuada, teniendo en cuenta su historia —comentó el conde con una sonrisa—. Aquí los líderes de la guerra se reunían con Churchill, o cenaban en el Grill Room… De Gaulle y Masaryk trazaban sus planes…

—Le aseguro —intervino al fin Evie— que no hay nada malo en todo el asunto.

—No, no, querida, ya lo sé. En ese sentido no estoy preocupado. Solo…

sorprendido, teniendo en cuenta la cantidad de dinero involucrada. —Se fijó en Grace—. Debo confesarles algo. Alec se retira. Creo que no le ha hecho la menor gracia la decisión de Dutton de despedir a Evie.

—Entonces, ¿solo debemos preocuparnos por Dutton y Allen? —

inquirió Grace.

Lord Baskin asintió y añadió:

—¿Ellos sospechan algo?

—No, creemos que no. Aún no. Aunque puede que lo deduzcan pronto.

—O a lo mejor no —añadió Vivien con desdén.

—De todas formas, tendrían que comprarles su mitad —les recordó Baskin—. No se van a marchar sin más.

—Esperamos que los beneficios aumenten lo suficiente para hacerlo —

repuso Grace—. O conseguir financiación adicional si es necesario, quizá con nuevas sodas más adelante.

—Además, nos pagan muchísimo menos que a los hombres y estamos acostumbradas —continuó Vivien—. Si se van todos ellos, quedaría

liberado suficiente dinero para empezar a comprar el resto de acciones a lo largo de un año, así como para que recibamos un salario más justo.

—¿Que se vayan todos los hombres? —preguntó el conde, sorprendido.

Las tres asintieron a la vez.

—De todas formas, el señor Ramaswamy se marcha a la India el mes que viene. —Grace lanzó una rápida mirada a Evie—. El capitán Scott ya no está precisamente en su apogeo y tendría que haberse jubilado hace años con su pensión de la Marina.

—Obviamente, el señor Dutton aún se está recuperando y, con el corazón debilitado, seguramente no debería ni trabajar —señaló Vivien con una sorprendente compasión—. Y está claro que el señor Allen preferiría estar en otro sitio, el que fuese.

—Y ¿el señor McDonough?

—Alec también, la verdad —contestó Vivien—. Estoy segura de que lo que de verdad quiere en la vida es mangonear a los demás. Mire, si se quieren quedar, estamos más que dispuestas. Claro que habrá muchos cambios que igual no les gustan. Nuevas reglas y directrices, cosas así.

—¡Y un nuevo nombre! —exclamó Evie—. The Sunwise Turn.

—Ah, el giro al oeste del Sol —dijo Baskin—. ¿No se utiliza en gaélico esa expresión para referirse al éxito futuro?

—Exactamente —respondió Evie, ya cómoda con la presencia del conde.

Lord Baskin tuvo que soltar una carcajada.

—Cuando le conté a Vivien lo de la estructura accionarial, pensaba que podía estar metiéndome en un avispero, pero nada tan punzante como esto.

Debo decir que estoy impresionado. Pero ¿la cosa está hecha?

Las tres volvieron a asentir al unísono.

—Pero sigo siendo su casero. No se van a librar de mí con tanta facilidad. —Con esas palabras, volvió a mirar a Grace, y hasta la joven Evie captó esta mirada.

—Solo nos hacen falta doscientas cincuenta libras, ¿verdad? Y, después,

¿otras cincuenta? —inquirió la muchacha, y Baskin asintió—. Entonces, deberíamos saberlo para el 15 de marzo. Los idus de marzo.

—Cuando los romanos pagaban sus deudas —declaró Vivien en tono

victorioso.

Baskin soltó otra carcajada.

Ahora, las tres mujeres se habían quedado solas en el reservado curvado del American Bar. Rodeadas de cuadernos, sobres y papeles sueltos, escribían furiosamente.

—¿Qué tal va lo tuyo? —preguntó Grace a Vivien, a su lado.

Mientras colocaban juntas las cartas que habían estado redactando, para compararlas, Grace vio que Evie se restregaba los ojos por el cansancio.

—¿Cómo lo llevas, Evie? —le preguntó con preocupación maternal.

Normalmente, la muchacha lucía esas rosadas mejillas de la juventud que tanto le gustaba a Grace en sus hijos, pero aquel día la chica parecía agotada y pálida.

—Tengo que seguir —dijo Evie, meneando la cabeza—. Apenas queda tiempo hasta el 15. Lo tengo todo calculado al minuto.

—No me extraña. —Suspiró Grace—. Bueno, al menos lord Baskin está de nuestra parte.

—A mí tampoco me extraña —repitió Vivien—. Pero no se lo has contado, y deberías haberlo hecho.

—Contarle ¿el qué? —inquirió alarmada Evie.

Grace dirigió un gesto de reproche a Vivien.

—No quería agobiarte con esto, Evie, pero he dejado a mi marido. He cogido a los niños y, por ahora, me he instalado en casa de mi madre.

Pero no te preocupes, por favor, esto no afecta en nada a la librería.

—Pero ¿para qué ibas a contárselo a lord Baskin? —Evie parecía confundida—. Por mucho que te admire.

Grace se quedó perpleja al oír a Evie.

—¿Por qué dices eso?

—Grace, por favor —intervino Vivien con un bufido—, si hasta Evie lo ha notado…

—Sobre todo desde las ventanas del tercer piso —añadió la joven, y las dos mayores se echaron a reír—. ¿Eso quiere decir que tus sentimientos se corresponden con los de lord Baskin?

—Señoras, por favor, déjenme ir a mi ritmo. Como hace ahora Evie. —

Grace suspiró de nuevo—. Hay tanto en juego… y tantas personas que deben callar. ¿Y si nos estalla todo en la cara?

Evie miró entusiasmada a ambas y preguntó, con todo el optimismo de la juventud:

—Pero ¿y si sale todo bien?

Capítulo 39

REGLA NÚMERO 51

LOS EMPLEADOS DEBEN AVISAR CON DOS SEMANAS DE ANTELACIÓN DE SU

INTENCIÓN DE DIMITIR.

El lunes 6 de marzo, Herbert Dutton llegó a Libros Bloomsbury a las nueve en punto para iniciar el día. Tras abrir la puerta de la calle, al alargar la mano enguantada vio que la puerta interior del vestíbulo seguía cerrada.

Esto le sorprendió, porque normalmente ya habría llegado algún empleado para preparar las cosas para la jornada en ciernes.

Echó un vistazo al interior del establecimiento vacío. El bajo sol de la mañana entraba a raudales por las ventanas del fondo y, en los rayos de color naranja y amarillo, Dutton distinguió el polvo que siempre se había esforzado tanto por gestionar mediante un turno de limpieza de

las mujeres.

Otra señal más de que su prolongada ausencia había bajado el nivel, normalmente alto, que imperaba en Libros Bloomsbury.

El señor Dutton abrió con su llave y cruzó la vacía planta de Narrativa.

Vivien aún no estaba dentro del mostrador de caja, donde parecía atrapada, y Alec tampoco en lo alto de su escalera cercana. Al llegar a los despachos del fondo, Dutton advirtió que la mesa de Grace también estaba vacía. No había ni un folio en la brillante superficie de madera, que lanzaba destellos bajo la luz de principios de primavera. Aquello también era raro porque, por muy eficiente que fuera Grace, casi nunca llevaba al día toda la correspondencia pendiente de Dutton.

Al acceder a su despacho, el hombre se detuvo en seco en el borde deshilachado de la alfombra en la que se había desplomado dos meses antes. Volvió a verse ahí tendido, con la pobre Evie Stone atendiéndolo al lado. Lamentó no poder dejar de pensar en el síncope y en el duradero efecto en su salud, pero la agresiva medicación para el corazón se lo impedía. Ahora Evie se había marchado y, tras ella, lo mismo había hecho el doctor Feasby, con todo el museo detrás. Herbert Dutton había cometido un error de cálculo en todos los ámbitos, y la falta de apoyo a la empleada más reciente y vulnerable había creado en él unas persistentes dudas sobre su liderazgo y juicio. Al fin y al cabo, era él quien había creado las cincuenta y una reglas que Evie Stone, sencillamente, se había negado a desobedecer.

Dutton colgó el bombín y la gabardina forrada de lana, y se sentó ante el atestado escritorio. Le pareció que iba a tardar mucho en ponerse al día con los montones de «sofás» y correspondencia que el señor McDonough había acumulado durante la baja médica de Dutton. Sin embargo, no se veía capaz de regañar a Alec por su negligencia. Para empezar, le causaba un gran azoramiento cómo había descubierto Alec el secreto que guardaban Frank y él. Puede que no le debieran decir la verdad a nadie, pero seguramente no haberle contado nada a Alec había mermado la fuerza de su amistad y la consideración del joven. Herbert y Frank no habían confiado en Alec, lo que le tenía que haber dolido, aunque los dos hombres hubiesen acertado al pensar que su relación molestaría a Alec. Desde la sorpresiva visita de este al hogar de ambos, el joven se había mostrado cada vez más distante y distraído en el trabajo. A su vez, el señor Dutton hacía todo lo posible por evitar a Alec, el señor Allen había retomado sus largos viajes a fincas, y, por lo visto, la amistad del grupo estaba más que finiquitada.

Al oír la campanilla, el señor Dutton agradeció que comenzase una jornada normal. Se apoyaba mucho en una rutina precisa para calmar sus frágiles nervios. Las cincuenta y una reglas no solo se habían instaurado para guiar a los empleados, sino como el elemento en el que Herbert Dutton podía confiar, en una vida y un mundo en los que las recompensas habituales quedaban fuera de su alcance. A Frank y a él les estaban prohibidos los placeres de una vida compartida más allá de los secretos de

su hogar. Pero, en la librería y en teoría, Dutton estaba al mando y gestionaba cualquier catástrofe que pudiera surgir.

Ante el ruido de unos tacones en los viejos suelos de roble, Dutton alzó la vista y descubrió a Grace y a Vivien en la puerta, todavía con el abrigo y el sombrero, ambas con un bolso negro colgado del codo del brazo izquierdo.

—Ah, hola. Han llegado juntas, por lo que veo. —Al fijarse mejor, descubrió que las dos sostenían un sobre—. ¿Esto qué es?

Ellas avanzaron y dejaron las cartas en la mesa.

—Dimitimos —declaró Grace con suma sencillez, únicamente con un atisbo de emoción en la voz.

—En protesta por el injusto despido de Evie Stone —añadió Vivien, cuya voz solo denotaba un frío e implacable resentimiento.

Dutton abrió metódicamente ambos sobres y colocó las dos breves cartas en el papel secante, una al lado de la otra. Al leer notó que unas gotitas de sudor volvían a perlar su frente.

—No lo entiendo. ¿Qué van a hacer? ¿Adónde van a ir?

—Esas preguntas no van a servir para que nos quedemos —replicó Vivien en tono cortante—. Es una cuestión de principios. Algo que la dirección debería recordar.

—Las dos estamos muy agradecidas por la oportunidad de haber formado parte de la librería —añadió Grace—, pero así no es como tratamos aquí a los trabajadores. O como deberíamos.

—¿Sin previo aviso? ¿Piensan irse ahora mismo, hoy, violando la regla cincuenta y uno y ese claro requisito?

—Las reglas o se aplican a todos o no se aplican a nadie —protestó

Vivien con voz airada.

—Esto no funciona así —respondió Dutton, cuya voz comenzaba a manifestar incomprensión y rabia.

—Pues despídanos también —añadió Vivien.

Las dos mujeres se dieron la vuelta, recorrieron el pasillo de paredes de libros y salieron a la calle, igual que habían hecho cada jornada desde el final de la guerra.

Cuando las mujeres se marcharon definitivamente de la librería, los hombres empezaron a pasar apuros. Alec McDonough iba a gestionar toda la planta principal él solo, y el señor Dutton ya conocía lo bastante los hábitos laborales de Alec para que lo invadiera el pánico, al pensar en el caos de pedidos y entregas que se iba a producir. A regañadientes, Frank accedió a pasar el mayor tiempo posible en el establecimiento, por culpa de lo cual se perdería varias liquidaciones previstas para esa primavera. Como también faltaba poco para que se marchase el señor Ramaswamy, Herbert Dutton sentía que su engrasada maquinaria de venta de libros de los treinta años anteriores empezaba a detenerse, de forma misteriosa e irreversible.

Aún peor: ya no sentía que empuñaba los mandos.

Herbert y Frank estaban cenando juntos y se quejaban de los diversos desastres que se habían producido tras la marcha de las mujeres aquella mañana, y que seguramente no harían sino aumentar. Se habían trasladado al salón principal después del pudín, como hacían siempre que Frank estaba en casa. Herbert se puso a leer metódicamente sus dos ediciones distintas del periódico de la tarde, mientras Frank hojeaba unos folletos de viaje y el *National Geographic*.

Mientras Herbert iba pasando una a una las páginas de *The Times*, Frank volvió a quejarse de lo distante y distraído que Alec había estado todo el día.

—Quizá se apoyaba en la señorita Lowry más de lo que sospechábamos

—respondió Herbert.

—Ya te había dicho que, a tu vuelta, la tenías que haber nombrado ayudante del director.

Herbert negó con la cabeza mientras pasaba las páginas.

—El poder se le habría subido a la cabeza, eso seguro, lo que habría repelido a los clientes masculinos, y le habría complicado la vida a Alec.

—El chico de oro —musitó Frank con una sonrisa triste—. Aunque quizá ya no tan de oro, ¿eh? —Jamás tendría que haber presenciado nuestra vida privada. Eso sí fue culpa nuestra.

Frank dejó el ejemplar de la revista y miró suspirando a su compañero

desde hacía casi veinte años.

—No, nada de esto es culpa nuestra. Nos han colocado en una posición de lo más insostenible. Nos ocultamos como si nos fuera la vida, esta vida en ello.

—Bueno, es que es así. —En el ámbito doméstico, Herbert siempre era el más sosegado.

—Pero imagina cómo podrían ser las cosas, si no lo fuera. Entonces, Alec tendría que enfrentarse a ello, hacerlo de verdad. Y conocer mejor, con suerte, no solo lo que es todo esto —Frank señaló la sala con su brazo largo y elegante—, sino también conocerse a sí mismo. Es evidente que está enamorado de Vivien y que no tiene la menor idea de qué hacer al respecto.

—¿Tú lo sabrías?

Los dos se miraron y se echaron a reír ante lo irónico y absurdo del tema, su primer momento auténtico de distensión juntos en varios días.

—Echo de menos los viajes. —Frank volvió a coger el *National Geographic*—. Me alegro de que la señorita Perkins nos propusiera que vendiéramos esta revista. La echaré de menos, desde luego. Y ahora también se va el señor Ramaswamy. En su caso, nos podríamos haber esforzado más.

Herbert contempló al hombre que amaba. Aquel hombre elegante, seguro de sí mismo aunque se distrajese con facilidad, tan distinto a él.

Llevaban muchos años siendo amigos, amantes y compañeros de casa y, durante todo ese tiempo, Herbert se había dicho que con aquello bastaba.

En las semanas que había pasado en la cama, preocupadísimo por la creciente fragilidad de su corazón, le había sorprendido (y conmovido profundamente) el nivel de devoción de Frank. Que otra persona te cuidase y te necesitase era, ahora lo entendía Herbert, el mayor privilegio de ser amado. Sin embargo, como pareja, no se les había permitido experimentar plenamente ese amor, de un modo que Herbert se había convencido de que resultaba soportable. Necesario. Entendible.

Se había convencido de todo aquello para sobrevivir, y había despedido a la señorita Stone por el mismo motivo. Había antepuesto la seguridad y la comodidad a todo lo demás, se había creado una torre aislada que, al final, no podía sino derrumbarse.

Seguramente eso era lo que el universo (bajo la forma ya desaparecida de Vivien y Grace) trataba de comunicarle, mientras ellos se desesperaban por lograr que la librería siguiera funcionando sin sobresaltos. A pesar de los torpes intentos de Herbert, el doctor Feasby se había marchado a comprar a otro sitio, furioso al comprobar que el libro que tan empeñado estaba en adquirir no se encontraba entre sus estanterías. La desesperación de Herbert al despedir a Evie, solo por conservar a un cliente muy difícil pero muy duradero, reflejaba hasta qué punto el establecimiento no podía prescindir ni de un solo penique. Los beneficios de Libros Bloomsbury eran siempre sumamente ajustados. Frank y él podían seguir aceptando acciones de lord Baskin a cambio de unas semanas de salario hasta el año siguiente, cuando el negocio sería suyo: así de precaria era la situación.

Herbert ni siquiera estaba ya seguro de querer mantener su participación económica en la librería, menos aún aumentarla. Tras sus recientes problemas de salud y la fiel asistencia de Frank a su lado, empezaba a preguntarse si no tendría más sentido planear su jubilación y dejar que Frank se dedicara a otros menesteres que le interesasen. Siempre le había gustado viajar más que los libros, nunca le había hecho falta pasar el día en la librería, cosa que le encantaba a Herbert. Ser los dueños de la librería solo limitaría más a Frank.

Quizá el sueño de ser propietarios, desde el principio, había sido otra cosa. Tal vez aquello había sido (al igual que las cincuenta y una reglas) un deseo de control, de conformar una auténtica pareja, cuando, como hombres homosexuales, lo último que habían sentido era que les pertenecían tanto su destino como su vida en común.

Herbert Dutton pasó las últimas páginas del periódico, en las que se

anunciaban a diario diversas subastas, ventas y otros eventos. Estuvo a punto de no fijarse en el aviso de Sotheby's, pero entonces distinguió el nombre de Yardley Sinclair, aquel contacto de tantos años, que tanto había apoyado la librería.

El periódico cayó al suelo.

—¿Oye? ¿Herbert, cariño, qué te pasa? —le preguntó Frank consternado al ver la palidez de Herbert—. ¿Otro ataque?

Herbert Dutton negó con la cabeza y emitió el más extraño de los

sonidos mientras el color le regresaba enseguida al rostro, que se le puso rojo por toda una serie de emociones.

—No. —Soltó un gruñido que casi era una risa.

—Pero si es Evie Stone.

El gran anuncio de *The Times* informaba que una primera edición de

¡La momia! Una historia del siglo XXII, hasta el momento perdida, se había hallado en una librería londinense. La nueva dueña particular había encomendado a Sotheby's la subasta de aquel hallazgo de interés histórico para el 15 de marzo, en las oficinas de los números 34 y 35 de New Bond Street. De la subasta se haría cargo Yardley Sinclair, director de relaciones con los museos, lo que indicaba la singular importancia del episodio.

Con un impresionante precio de salida de quinientas libras, el mercado de adquisiciones de Londres y de todo el mundo se dio por enterado, y fueron enviados reporteros de *The Times* y del *Daily Mail* para cubrir el insólito acontecimiento.

El día antes de que apareciera el anuncio de la subasta, a Yardley le sorprendió recibir una nota en la que Evie Stone le pedía que se reuniera con ella a tomar el té en el Thames *Foyer* del Savoy, donde se hospedaba en secreto Mimi Harrison.

Por mucho que le sorprendiera el lugar de encuentro, más perplejo se quedó Yardley cuando Evie sacó con cuidado de su bolsa de cuero la delicada primera edición de *¡La momia!* La joven le explicó con calma pero con decisión que ese rarísimo libro se lo había regalado, en público, su patrón cuando la había despedido, en contra de su voluntad e injustificadamente, la semana anterior, que por tanto ella era la dueña indiscutible, y que quería organizar una subasta para

venderlo con la mayor celeridad posible.

Yardley pidió más tiempo, para llevar a cabo una evaluación en condiciones y para crear expectación. Por valiosísimo y singular que fuese el hallazgo de ese libro, el canon de la ciencia ficción aún era incipiente. A los tres volúmenes también les perjudicaba el interés relativamente menor que despertaba su creadora, una mujer hasta entonces solo conocida por

manuales de jardinería para amas de casa. A Yardley le preocupaba que los académicos y conservadores de sexo masculino, en concreto, siguieran despreciando el verdadero valor del libro, con lo que la desempleada Evie solo acabaría con unos pocos cientos de libras a cambio de sus desvelos.

Pero la joven insistió en que la subasta debía celebrarse lo más pronto posible, con un precio de reserva de quinientas libras. Yardley propuso empezar con un mínimo de doscientas. Al ser consciente de que Evie había perdido otro empleo y estaba completamente sola en Londres, quería asegurarse de que, en efecto, alguien pagaría la cantidad mínima necesaria para realizar la venta. En su experta opinión, doscientas libras era una cantidad razonable, posible y representaba casi medio año de salario para la joven. Evie, sin embargo, no cedió y se acabó imponiendo.

Pocos días después del anuncio en *The Times*, Yardley se quedó sorprendido cuando un airado Frank Allen le contó que todas las empleadas que quedaban en Libros Bloomsbury habían dimitido repentina y simultáneamente, el mismo día en que se había publicado el aviso. Yardley siempre se preguntaría cuál de los dos fatídicos episodios se había producido antes. En todo caso, sospechaba que la difusión de la venta había producido tal caos y furia por la gestión de la dirección de la librería que las mujeres habían elegido muy bien el momento de marcharse.

Como ya había cedido ante Evie en varias cuestiones fundamentales, Yardley estuvo más que dispuesto a hacerlo en otra: la elección del 15 de marzo para la subasta. La fecha se la había comunicado Evie aunque había sido idea de Vivien Lowry, antigua colega de Evie en Libros Bloomsbury.

Yardley era plenamente consciente de la importancia histórica, al ser ese día los idus de marzo.

La fecha límite para que los romanos pagaran sus deudas, y el día en

que el dominio del *dictator perpetuo* Julio César conoció su aciago final.

Capítulo 40

REGLA NÚMERO 34

LOS EMPLEADOS NO DEBEN CONFUNDIR EL TRABAJO CON EL PLACER.

Una noche, Alec McDonough trabajaba tarde y a solas en la librería. En más de un sentido, su corazón ya no estaba en el trabajo. Poco antes había tomado una pinta rápida en el Lamb con Samuel Beckett. Alec había invitado al dramaturgo a beber algo con la esperanza de que le diera consejos de escritura, igual que había hecho con muchos invitados destacados de la librería a lo largo de los años. Beckett había cerrado las páginas del último relato de Alec con una carcajada.

—¿Por qué no se acuesta usted con ella, buen hombre, y se deja de tonterías?

A Alec lo avergonzó notar que se sonrojaba como un colegial.

—Mire —Beckett se removió en el asiento y puso las dos manos en la mesita de roble—, la escritura es un deporte sangriento. Hay que desearla más que nada. ¿A usted le pasa?

Alec no quería quedar como un vacilante aficionado, pero, ante la penetrante mirada de Beckett y las muchas arrugas de su frente, así fue como de pronto se sintió el joven. Sabía que alguien tan poco dado a andarse por las ramas como Beckett no iba a malgastar el tiempo ni la mente con nada que no fuera la dura y fría verdad.

—De la escritura me encanta todo menos la escritura en sí.

—Bueno, al menos es usted sincero. Eso lo respeto. —Beckett suspiró y

se colocó las gafitas redondas.

—Entonces, ¿qué hago? Aparte de trabajar colocando libros en estanterías.

—Me temo que solo le queda una salida. —El buen humor arrugó los ojos azules del dramaturgo—. Hágase editor.

Una semana después, Alec estaba con mala cara ante le mesa del señor Dutton, tratando de ponerse al día con todos los encargos para el

almacén que cada vez descuidaba más. Los estantes de la sección de Narrativa de la planta principal ya empezaban a verse claramente vacíos, lo que no era una señal nada atractiva para los clientes que entraban. Vivien tenía que haber sido más eficiente de lo que él temía, se dijo resignado mientras se esforzaba en seguir los pasos de la exempleada.

Llevaba ya un tiempo intentando seguirle los pasos, no solo en el trabajo. Pero no conseguía entenderla. Vivien se negaba a amoldarse a las ideas ajenas de cómo se comporta una mujer, las de Alec especialmente. Al ser un soltero muy codiciado, a Alec siempre le había costado creer que Vivien prefería renunciar a cualquier romance con él antes que perdonar sus palabras insensibles del pasado. De un modo extraño, asumía un papel de viuda muy parecido al de Ellen Doubleday o Sonia Blair. Qué poca cosa parecían sus futuros enamorados al lado de aquel a quien había perdido, simbolizado en la fecha del dorso del reloj, el único vínculo sentimental que Vivien había mostrado jamás. Esa inscripción seguía perturbando mucho a Alec, tanto como aquella primera mañana en la cama: que el mero recuerdo de otro hombre pudiera ser más que suficiente para Vivien o, al menos, para que importase más que él.

Evie Stone había acertado de pleno al achacar su comportamiento al orgullo masculino. No era de extrañar que a Alec le hubiera causado tanta satisfacción conquistar el lugar de trabajo que Vivien y él compartían, mientras que la ambición de ella le parecía de lo más inapropiada: otra ironía que hasta entonces no había captado. Impulsado por su ego, había trabajado mucho (y, sin ser consciente, había sacrificado mucho) para que todo tuviera el aspecto que él creía que debía tener.

Al final aquello había desembocado en una vacua victoria pírrica.

Como, para ganar, hacía todo lo que no debía (y porque Vivien era tan

competitiva como él), se había labrado él solo un espectacular fracaso. Lo único que había querido conquistar en el fondo, a Vivien, lo había perdido para siempre.

Curiosamente, los otros hombres del establecimiento habían resultado igual de ineptos a la hora de separar amor y trabajo. Alec ahora sabía que para ellos las actividades empresariales habían sido la tapadera de anhelos más emocionales, mientras que las mujeres siempre se habían centrado sobre todo en el negocio. Para Herbert y Frank, el comercio no era más que un aspecto de su relación; el capitán Scott había

estado cortejando a la dueña del *pub* de la calle; hasta parecía que lord Baskin tenía otros motivos para visitar tanto la librería.

Además, la tienda había resultado ser impermeable al cambio y le había brindado esa asfixiante rutina de la que Alec tanto había querido escapar cuando eligió Libros Bloomsbury, y no un trabajo de oficina. Desde luego, para la librería era una ventaja estética tener exactamente el mismo aspecto que cien años antes, cuando el noveno conde de Baskin la había ganado en una apuesta. Había cierto consuelo en los desgastados suelos de madera con sus clavos georgianos, y en los viejos estantes de roble con juntas hechas a mano. Los clientes también eran de una lealtad maravillosa, aunque muchas mañanas Alec le abría la puerta a una fila de ancianos, con el paraguas y el periódico bajo el brazo, ellos también eran criaturas del pasado. Se le antojaban los últimos de su especie, tan acabados como lo estaba él tras sus fracasos como escritor, amante, amigo. Pues, en este último punto, también les había fallado a los señores Dutton y Allen.

Cuando Alec había entrado en la librería, en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, necesitaba un nuevo comienzo. Los hombres del trabajo no habían tardado en convertirse en una suerte de hermanos; Herbert, casi en un padre. Este había guiado a Alec y lo había azuzado para que sacase lo mejor de sí mismo de un modo completamente generoso y elegante. Alec sabía que él era el niño de oro mucho antes de que Frank le pusiera ese apodo; mucho antes de que Vivien lo denominase el Tirano.

¿Qué era lo que le molestaba aún de Herbert y Frank? Ya tendría que haber superado que no le hubieran contado semejante secreto. Si el problema era la homosexualidad en sí, ¿por qué no podía separar persona y

acto? Recordó la desastrosa charla de Beckett, en la que Daphne du Maurier había coqueteado abiertamente con él y con Vivien, lo incómodo que se había sentido. Vivien, por otro lado, lo había asumido sin problemas y se lo había tomado como otro halago. Desde luego (ahora Alec notó las enfermizas palpitaciones de los celos), tampoco le había importado a Vivien recibir las miradas de admiración de Beckett durante toda la noche.

Alec debía aceptar que era un mojigato. No tenía la menor idea de por qué. No podía asociar aquello a ningún elemento concreto de su vida. Por lo que recordaba, siempre se había sentido así. Algo en la naturaleza transgresora del sexo y la atracción le causaba rechazo, una

repulsión que solo superaba durante el sexo en sí. Eso era lo que había sentido que compartía con Vivien desde el principio, desde la noche de su primer error: ambos sabían en silencio que existía ahí fuera todo otro mundo, al alcance de la mano, un mundo que casi nadie se atrevía jamás a explorar.

Tras el inicio, habían vuelto a cometer el mismo error, después del éxito de Vivien con la comida literaria. Pero, en esta ocasión, el error había indudablemente constituido el final.

En cierto sentido, aquello había supuesto el estertor de su imaginación ahogada. Era en el sexo con Vivien donde la había liberado. Ahora se quedaría atrapada, en la cama junto a ella, y en el despacho bajo la luz de la luna, un momento tan transgresor como plena, bellamente real. Atrapada, según temía ahora, junto al recuerdo de la propia Vivien, de su cabello castaño que había llevado largo, de su rostro sin maquillar tendida junto a él. Años antes, tras una charla vespertina que había ido mucho mejor, un famoso escritor, también famoso borracho, le había confesado a Alec que había sido célibe durante todo el período de redacción de un libro. El escritor estaba seguro de que existía una relación entre la conservación de la energía sexual y la liberación de su imaginación en la página.

Alec cerró de golpe el libro de encargos y fue a devolverlo al mostrador de caja. Estaba cansado: cansado de pensar en todo aquello, de darle vueltas, para nada. Cansado de no poder abandonar aquella cama con Vivien, a pesar del portazo de ella a los pocos minutos, hasta que al fin había desaparecido del todo. Y ahora ya no estaba. Alec ya no discutiría con ella, ya no se retarían. No competiría con ella por el negocio.

«¿Seguro que compiten por eso?», le había preguntado Peggy Guggenheim mientras él miraba por la ventana de la segunda planta y veía cómo Samuel Beckett trataba de llevarse a Vivien a las profundidades de la noche.

Quizá Vivien y él habían estado compitiendo por otra cosa completamente distinta. Su magullado ego quería que fuese por amor. Le dolía que Vivien hubiese estado tan dispuesta a olvidarlo. Él había estado en lo alto de la escalera, en una torre de orgullo; ella detrás del mostrador, tan atrapada como él, pero sin desearlo en absoluto.

Alec guardó el libro bajo el mostrador. Ahí abajo había otros volúmenes y catálogos y, mientras los empujaba con la mano, notó el frío borde metálico de una espiral. Metió más la mano y sacó el último

cuaderno en el que Vivien había estado escribiendo durante el día, hasta que se había marchado indignada con Grace.

Bajo la luz de la luna, el tono verde de la portada casi resplandecía.

Todo lo demás en la librería solía ser de un matiz u otro del apagado marrón de las maletas. Típico de Vivien elegir los cuadernos de colores más vivos e intensos de la sección de papelería y regalos, que durante tantos años Grace le había pedido al señor Dutton. Alec no les echaba en cara a ninguna de ellas que se hubieran cansado de las peleas y se hubieran marchado. Las cosas no iban a ser fáciles para ellas fuera del recinto seguro de la librería.

La economía seguía en apuros. El salario medio semanal era de menos de diez libras. ¿Qué empleo iban a encontrar sin la solidez de la recomendación de un hombre tan distinguido como Herbert Dutton?

Alec abrió el cuaderno verde y se puso a leer. Nada de aquello le sonaba, ni tenía sentido en su mente lineal y poco imaginativa. Las ideas aparecían a veces inconexas, grandes fragmentos no seguían un orden cronológico, se abusaba de los verbos de acción y de la metáfora. Pero también había poesía, en las costuras y en los espacios de entre las escogidísimas palabras. Sobre todo, había páginas y páginas de diálogo, muy rico y real, pese a que no se parecía en nada al habla de verdad. Pero sí captaba la esencia de las personas.

A Alec le impactó y le impresionó la poca relación que guardaba todo aquello con el mundo que conocía de Vivien Lowry. Sus escritos secretos

procedían de otro sitio, un subterráneo universo creativo ante el que ella no se arredraba, que no ignoraba ni juzgaba. Seguía siendo la persona más libre que Alec había conocido jamás, en dos mundos distintos, cuando él apenas había explorado uno.

En cierta ocasión había escrito todo un relato sobre sus sentimientos no resueltos hacia Vivien. Al leer el cuaderno, se dio cuenta de que había estado destinado a perderla desde el principio, pero no por los motivos que creía. No era una cuestión de temperamentos dispares ni de rencores acumulados. Simplemente, no merecía a una mujer como ella. Ahora veía que eso era lo que había temido su orgullo, aquello que había combatido, desde el principio.

No había nada más que hacer. La luz de la luna caía en cascada por el viejo mostrador de roble lleno de marcas de tantas plumas y bolígrafos de los cien años anteriores. Alec metió la mano en la vieja lata que

usaban en el mostrador para guardar lápices y plumas, y sacó uno rojo con goma de borrar. Se puso a hacer lo único que Vivien le había dejado, lo único que le quedaba por hacer.

Se puso a editar.

Capítulo 41

REGLA NÚMERO 33

LOS EMPLEADOS NO DEBEN TOCAR LAS POSESIONES PERSONALES DE SUS

COLEGAS.

Vivien giró la llave de Libros Bloomsbury por última vez.

Se le había olvidado entregarla antes de marcharse con Grace, esa misma semana. También se le había olvidado llevarse el cuaderno en el que escribía en aquel momento. Ahora regresaba a altas horas de la noche para hacerlo al abrigo de la oscuridad, pues ya no tenía humor para lidiar con los directores.

Pero antes se había visto con Samuel Beckett en el bar del Dorchester.

Al acordar el encuentro, Ellen Doubleday había asegurado que aquel sitio era una «línea de demarcación», lo que había recordado a Vivien la tendencia de ambas a ponerles un sobrenombre a las cosas.

Mientras tomaban un cóctel, Beckett le había devuelto a Vivien el anterior cuaderno de espiral, el que le había entregado Daphne du Maurier, ahora marcado con círculos en tinta roja, garabatos y anotaciones en su caligrafía apenas legible. Vivien pensó que quizá algún día ese cuaderno sería la más valiosa de sus posesiones, sobre todo si lo que ella escribía en su interior seguía sin ser valorado, ignorado.

Sentado a su lado, con el cuaderno entre ambos, Beckett le había explicado todos los peligros a los que un joven dramaturgo se enfrentaba.

Vivien escuchó con respeto, anonadada de que un artista tan distinguido le

dedicase un rato de su tiempo. Pero Samuel Beckett se había acostado con Peggy Guggenheim, que conocía a Ellen Doubleday, a quien

adoraba *lady* Browning, cuyo agente literario era Spencer Curtis Brown, que había conocido a George Orwell, que se había casado con Sonia Brownell, que ahora conocía a Vivien. Era esa clase de tejido conectivo lo que había producido la primera (y seguramente última) comida literaria en Libros Bloomsbury. El éxito del evento de Vivien había desembocado en su amistad con Sonia Blair y en la réplica de Alec con la charla de Beckett, cuyo fracaso los había llevado a esa velada.

Rechazada por el séptimo conde y la condesa de St. Vincent, por sus orígenes tan de clase media y su falta de conexiones sociales, Vivien se preguntó qué pensarían ahora de ella los familiares de su difunto prometido.

Lo mejor de estos nuevos contactos era que no los había buscado con ánimo estratégico: la habían encontrado ellos. Un reloj Tank de Cartier, el encuentro en un pasillo de hotel, un descabellado relato breve inspirado en esa vida de clase media: aquellos elementos dispares habían caído en medio de un grupo de mujeres con dinero, que también se recuperaban de la pérdida de un marido o de otras decepciones. En su forma de llevar el dolor, sin embargo, todas albergaban esa esperanza que el privilegio puede brindar: la capacidad de imaginar, y buscar, un nuevo horizonte. Si el dinero las limitaba en algún sentido, también les proporcionaba una vía de escape que ni Vivien, ni Grace, ni (hasta el momento) la joven Evie Stone podían prever en sus vidas.

Vivien pasó por encima del cable del umbral del vestíbulo, para que el badajo de la campanilla no chocase contra el metal, como hacía a lo largo del día. Cerró la puerta tras ella y avanzó lentamente junto a mesas de libros, con la luz de la luna como guía. Se fijó en las hileras de estantes y sintió una tristeza sorprendente. Pasara lo que pasara, la época de Libros Bloomsbury había tocado a su fin.

Quedaba una lucecita en el despacho de Grace. Vivien recorrió el pasillo para apagarla, un insólito y último acto de obediencia.

—Oh. —Se detuvo al ver a Alec ante la mesita vacía, como si fuera un colegial, remangado, con el chaleco desabrochado y el pelo rubio cayéndole sobre los ojos.

—Has vuelto. —Instintivamente, Alec tapó lo que estaba haciendo.

—Solo para devolver la llave. —A través de la penumbra, Vivien distinguió el brillo familiar del metal que se enroscaba en los bordes

del papel—. Y para llevarme el cuaderno. Alec…

Él se apartó avergonzado de la mesa:

—Vivien, no tenía ni idea.

Ella avanzó con rabia para arrebatarle el cuaderno, pero él puso con suavidad la mano encima de la de ella.

—Vivien, ¿podemos hablar? ¿Por una vez? —Esbozó una sonrisa triste

—. Si no te enfadas.

Vivien se echó hacia atrás. Era verdad que siempre estaba enfadada.

Daphne du Maurier compartía su rabia frente al mundo, pero Ellen Doubleday se negaba a entregarse a ella, y, aquel día en Queen Square, le había aconsejado que tampoco lo hiciera. Vivien pensó que quizá Du Maurier y ella usaban la rabia para escribir, y el precio que pagaban por ello.

—Muy bien. Habla. No seré yo quien te lo impida.

—No tenía ni idea de que escribías, de que lo hacías así. ¿Por qué no me lo habías contado?

—No me parecía que nuestra relación fuese lo bastante íntima.

Él movió la cabeza con una frustración evidente.

—Pero conozco a gente. Te podría haber ayudado.

—O utilizarlo en tu siguiente historia.

—Vivien, ya sabes que en realidad eso no trataba de ti.

—Yo soy la última persona a la que tienes que convencer sobre ese asunto. Y la única que te cree. —Se mordió el labio para no alzar la voz—.

Me tendrías que haber avisado, y lo sabes.

—Tendría que haber hecho muchas cosas de otra manera. Me pudo el orgullo. En mi escritura y aquí, en la librería. Y contigo. —Le tendió el cuaderno—. Es muy bueno. Me da envidia.

Ella no era inmune a aquel halago. El gusto literario de Alec era

seguramente limitado, pero impecable.

—Y siento haberlo mirado sin tu permiso. No he podido evitarlo.

Bueno, como me ha pasado siempre. —Vaciló—. No creí que fueras a

volver.

Ella distinguió el nuevo matiz de dolor y arrepentimiento en la voz de Alec y notó que la jaula que le apretaba el corazón empezaba a abrirse.

Enseguida se serenó para impedirlo; ese no era el momento para ablandarse.

Pero sí que tenía que empezar a controlar su rabia, teniendo en cuenta los retos que se avecinaban. Se preguntó hasta qué punto podría ser civilizada con Alec. Para ella, él siempre había representado la osadía y la despreocupación de la riqueza; el imperante esnobismo de Inglaterra, desde la ridiculización de un acento al sutil estatus de un reloj. Ella poseía belleza, pero con ella no se llegaba a todas partes. No era de extrañar que alguien como Ash, tan calmado y directo, hubiera decidido alejarse de aquello.

—¿Adónde vais a ir Grace y tú?

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, debería contarte que yo también me voy.

Vivien alzó una ceja, sorprendida de veras.

—Y te debería contar otra cosa. —Alec le hizo un gesto para que se sentara—. Es cierto que traté de comprar la parte de lord Baskin en la librería con una porción de mi herencia. Que Dutton despidiese a Evie no me facilitó las cosas, desde luego. —Titubeó—. No te veo sorprendida.

—De ti no me extraña nada. —Se sentó delante de él con desgana.

—De todas formas, acabó siendo una decisión bastante improvisada.

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Lo único que he querido es ser escritor, pero me cuesta, de un modo que me pasa con pocas cosas. No es una técnica que puedas aprender sin más. Tiene que haber una chispa de imaginación, una consciencia

del sentimiento. Aquí arriba no hay nada de eso. —Sonrió socarrón y se señaló la cabeza.

—Eso ya te lo podía haber dicho yo. —La antigua actitud bromista de Vivien empezaba a sustituir parte del resentimiento perpetuo que sentía por él.

—A ti no te cuesta, ¿no? Te sale solo.

—No soy más que un bello vehículo.

—No, para nada. Solo… muy real.

Ella lo miró con curiosidad.

—Siempre pensaba que tu rabia es un muro para no sentir nada. Pero me equivoco, ¿verdad? La tienes porque sientes, precisamente. —Señaló el cuaderno con la cabeza—. Supongo que en algún sitio tienes que ponerla.

—Si eso es cierto, no soy consciente de ello.

—Eso no te quita nada de talento.

—Yo no he dicho eso —replicó ella con vehemencia.

Ambos se miraron y se echaron a reír.

—Bueno, he tomado una decisión. —Alec juntó suavemente las yemas de los dedos—. Dentro de dos semanas empiezo en Faber, aquí en Russell Square. Como ayudante de edición.

Miró a Vivien atentamente; ella advirtió cuánto le importaban su opinión, su aprobación. Que ambos habían mezclado esa necesidad de aprobación con el resentimiento de necesitarla. ¿Era aquello lo que la guerra les había acabado causando, que necesitar algo o a alguien fuese tan arriesgado que era mejor endurecerse y morir por dentro?

Vivien notó que volvía a ablandarse. Era muy perturbador que aquel momento no pareciese en absoluto una despedida. Hasta el pasado parecía otra cosa. Ya no era un error ni un inicio, sino quizá el preludio de algo mucho más inesperado.

—¿Editor? —La noticia agradó sorprendentemente a Vivien—. Pero, Alec… eso es perfecto, desde luego.

—¿Tú crees? Me alegro. Por lo visto, Beckett opina lo mismo.

—¿Beckett?

—Sí. Me dijo que no podría escribir ni aunque me fuese la vida en ello.

Vivien tuvo que morderse el labio para no echarse a reír.

—No pasa nada. —A Alec sí se le escapó una carcajada—. Resulta que conocía a uno de los directores de Faber y me lo presentó. O a lo mejor intentaba quitarme de en medio como rival frente a ti.

—Por eso no te preocupes, Alec —dijo Vivien, torciendo el gesto—. A ti solo te rechazo por tu personalidad.

Volvieron a reír juntos, cómodamente juntos, finalmente como los colegas que nunca habían sido. Por primera vez en años, Vivien sintió que podía confiar en él, y notó que quería contarle lo de Evie y el libro. Pero el secreto no era suyo, y no podía.

—Bueno, Alec, he de decir que estoy orgullosa de ti. Por una vez no has conseguido algo gracias a tu dinero.

—Gracias, Viv.

—No, lo digo en serio. Hace falta tener agallas para coger el petate e iniciar algo nuevo.

—Me irá bien —dijo él, moviendo la cabeza—. Pero me preocupas tú.

Y también Grace, y la pobre Evie.

—Oh, ya encontraré algo. Por mí no te inquietes.

—Bueno, lo hago. Siempre lo haré.

Por el momento, no había más que decir. Quizá Libros Bloomsbury estaba a punto de desaparecer, pero siempre quedaba la promesa de que algo nuevo surgiría en su lugar. Fuese lo que fuese, solo podía producirse tras una ruptura completa con el pasado. Vivien se preguntó si sucedería lo mismo con Alec y ella, con distancia y tiempo suficientes entre ellos.

—Y ahora ¿qué vas a hacer? —inquirió él.

Ella se levantó, sosteniendo el cuaderno verde de espiral en una mano.

—Conquistar el mundo —respondió ella con animación mientras

dejaba la llave en la mesa con la otra, antes de abandonar Libros Bloomsbury para siempre.

Ashwin Ramaswamy accedió a ver a Evie Stone una última vez.

Al ser despedida, la joven había desaparecido por completo de la librería y de su vida. El lunes siguiente, Vivien y Grace también se habían ido del establecimiento, con una coincidencia que parecía demasiado exagerada. Fue entonces cuando Ash comenzó a sospechar que tramaban algo. Sus sospechas se incrementaron cuando abrió *The Times* de la tarde y se encontró con el anuncio de Sotheby's de la próxima subasta de *¡La momia!* Precisamente el mismo libro que Evie había solicitado, y recibido, y metido en su bolsita de cuero; el mismo por el que el doctor Septimus Feasby había perdido los estribos menos de una hora después, de forma tan estruendosa que varios clientes habían huido inmediatamente, junto con todo negocio futuro con el Museo Británico.

Ash odiaba cómo habían quedado las cosas entre Evie y él y, por eso,

había sentido un gran alivio (y algo de nerviosismo) cuando le había llegado al hostal, pocos días antes de la subasta, una nota de la muchacha.

Con su habitual estilo directo pero educado, Evie le pedía que se vieran cerca del Museo de Historia Natural, en el mismo salón de té donde habían comido juntos por primera vez. Desde entonces habían comido y paseado juntos muchas veces, sobre todo bajo las miradas invasivas y hostiles de personas que trataban de entender algo que se negaban a comprender. Igual que la camarera escocesa que ahora estaba junto a su mesa, esperando otra vez con impaciencia y desdén. Ash quiso decirle algo, pero sabía que era inútil. Además, se marchaba dentro de poco, y no quería que la grosería de aquella mujer formase parte del último rato juntos que tendrían Evie y él.

—Las miradas no las voy a echar de menos —le explicó a Evie, después de que la camarera se marchase dándose un golpetazo en la mano con el cuaderno.

Evie estaba callada al otro lado de la mesa, aún visiblemente afectada por la decisión de Ash de regresar.

—A mí a veces también me miran raro. Pero sé que no es lo mismo —

dijo la joven.

—No lo es. Tienes razón. Esa diferencia lo es todo. A ti creen que te conocen. A mí no: por qué vine, lo que quiero de ellos, porque algo debo de querer…, y eso les lleva a odiarme, ese no saber. Estoy harto.

—¿Y te vas por eso?

—No, pero me lo pone más fácil.

Evie se removió incómoda en el asiento, como si quisiera añadir algo.

—¿Qué pasa? —preguntó él con suavidad.

—Es que… no me pareces de esos que quieren las cosas fáciles.

—Las quiero justas. —Ash carraspeó—. Igual que tú.

Ella asintió y añadió:

—Y ¿si tuvieras una bola de cristal?

—¿Cómo dices?

—Una bola de cristal. Una amiga de mi pueblo, Frances, bueno, en realidad era mi jefa, es bastante mayor que yo, me decía que en la vida está bien fingir que tienes una bola de cristal, para tratar de imaginar que todo lo que te aguarda en el futuro saldrá bien. Y que todo lo malo que te preocupa

continuamente no sucederá. Ahora mismo, no sabes a ciencia cierta que las cosas no van a mejorar.

—Hablas de la esperanza.

—Más bien de ir día a día, pasito a pasito. Hasta que sabes bien lo que tienes delante. Ash…

—Dime, Evie.

—No quiero que te vayas. —Bajó la vista. No podía mirarlo—. Te quiero.

Ash no esperaba aquello, le resultaba inconcebible que hubiera sido ella la primera en pronunciar esas palabras, tan joven, tan decidida y tan orgullosa. Claro que él tampoco quería dejarla. Pero, al igual que lord Baskin, jamás pondría a la mujer que amaba en la posición de tener que hablar de algo que no le resultaba posible. Sus necesidades no podían ponerse por delante de la caballerosidad innata que le

inspiraban las de ella.

Sobre todo, jamás podría pedir a la mujer que amaba que renunciase a tanto por él. Sus planes de marcharse se debían, en gran medida, a eso. Esa decisión difícil les acabaría facilitando la vida a los dos. Así no mantendrían contacto y se verían obligados a centrarse en lo «correcto», como solían decir los británicos. No costaba nada amar a Evie, la persona más pura, más directa y más valiente que había conocido. Pero la vida con él sería innecesariamente dura. No había olvidado los empujones ni los insultos de aquel extranjero en la calle, después de que se marchara Stuart Wesley y de que Ash soltara el brazo de Evie, la única ocasión en que se habían llegado a tocar. ¿Cómo podía someterla a ese maltrato continuo cuando su vida ya era lo bastante difícil, más ahora todavía?

—Evie…

—No. Por favor —pidió ella, negando con la cabeza.

—Evie, no puedo pedirte esto. Eso tienes que saberlo. Te lo mereces todo. —La emoción le embargó la voz—. Yo eso no puedo dártelo.

—Una parte la puedo conseguir yo sola.

Finalmente, la joven alzó la vista para mirarlo, y Ash vio un nuevo brillo de determinación en sus ojos.

—No sabes lo difícil que será —insistió él—. Nadie te puede preparar para eso, yo no… Sienta lo que sienta, es que… no puedo.

—No me quieres.

—Esa no es la cuestión. Ni siquiera el amor puede combatir el horror que sucederá, cómo reaccionará la gente contigo, con… nosotros.

—Los demás nunca me han importado. Más bien al contrario.

—No solo hablamos de ti, ni de mí. —Ash titubeó—. También de los posibles hijos.

La simple mención de esta idea llenó de lágrimas los ojos de la joven.

Ash empezó a buscar el pañuelo para dárselo, mientras semejante muestra de emoción por parte de Evie le desgarraba el corazón.

—Te estás comportando como el señor Dutton.

—¿Perdón? —preguntó él, sobresaltado.

Ella asintió mientras las lágrimas le empezaban a correr por la cara:

—Tú tienes tus reglas y todos deben seguirlas. —Se secó los ojos con el pañuelo que él le tendía—. Pero ¿qué pasa con lo que quiero yo? ¿Con aquello por lo que estoy dispuesta a luchar?

Solo entonces empezó a percatarse Ash de que, al tomar esa decisión por los dos, le estaba negando la capacidad de decir algo al respecto. Pensó en Grace y Vivien, a quienes siempre había admirado en silencio, y que ellas, también, se veían privadas del amor y de la felicidad que merecían por culpa de otros hombres. Muchas veces les sucedía algo a las mujeres (en realidad, a muchas personas), a lo largo de su vida, que las llevaba por un camino que no habían creado ellas del todo, un camino que nunca alcanzaba la verdadera plenitud.

Mientras Evie se levantaba y se alejaba a toda prisa de la mesa, Ash se dio cuenta de que él también la llevaba por un camino que no había creado ella del todo. Precisamente aquello que él tanto deploraba en su vida. Lo cual era, en la práctica, una forma de servidumbre, ese no ser capaz de vivir como uno quería. Para mantener las cosas como estaban, a los poderosos les hacía falta que las personas como él, como Evie, Grace y Vivien, no salieran del puesto que tenían asignado. Ash sabía que, regresando a la India, daba la impresión de estar tirando la toalla. Pero eso, al menos, le parecía una decisión. No aquellas feas miradas de la camarera, o los insultos entre susurros de los demás, detalles que lo ponían continuamente en su sitio. Y no era un sitio en el que quisiera estar. Pero, por encima de

todo, no era un sitio en el que quisiera colocar a Evie jamás.

Había estado preocupado por ella, desde aquel horrible momento en la librería en el que, al subir corriendo las escaleras, había tenido el tiempo justo de verla salir del despacho del señor Dutton, con el rostro anegado en lágrimas y enrojecido, y después subir derecha al segundo piso. Nadie la había seguido (se preguntaba si las otras mujeres lo habrían hecho adrede), y, poco después, Evie había vuelto a bajar por la Vía Dolorosa de Vivien, sosteniendo con fuerza el bolso de cuero contra un costado, aferrándose al único tesoro valioso que solo ella había hallado en el mundo.

Él siempre recodaría ese momento, esa victoria que le había arrebatado al fracaso aquella singular y decidida muchacha.

Sucediera lo que sucediera después, él siempre llevaría consigo ese

recuerdo, mucho más valioso que cualquier libro.

Capítulo 42

REGLA NÚMERO 7

LA REPUTACIÓN DEL ESTABLECIMIENTO JAMÁS DEBE PONERSE EN DUDA EN

NINGÚN FORO, PÚBLICO O NO.

La subasta iba a empezar.

Yardley Sinclair escudriñó la sala principal de la planta baja de Sotheby's, completamente llena de posibles compradores, intrigados curiosos y diversos miembros de la prensa. La estancia estaba tan atestada que habían llevado más sillas de otras salas del mismo piso. Yardley se hallaba insólitamente nervioso, tanto por Evie Stone como por sí mismo, y buscó a su alrededor algún rostro que le resultara conocido. Durante un instante le pareció identificar una cara familiar, en forma de corazón, en la última fila, pero el cabello era de un desconocido rubio oxigenado, y la hilera de cabezas de delante le tapaba los otros rasgos.

Componían el resto del público, fundamentalmente, representantes masculinos de museos, bibliotecas y otras prestigiosas instituciones.

Yardley advirtió la presencia de algunas mujeres más de lo habitual, todas ellas de «cierta edad», como solía decir él. Seguramente acaudaladas estadounidenses en la parada londinense de su gira invernal por Europa.

Mientras subía al estrado para abrir la puja en su papel de director de relaciones con los museos, Yardley examinó por última vez la considerable asistencia. Con el rabillo del ojo, divisó a Evie Stone, con la vista clavada en él al otro lado de la sala. Siguiendo la dirección de la penetrante mirada

de la joven, Yardley distinguió a aquel muchacho llamado Stuart Wesley, que se había presentado en Sotheby's unas semanas antes para preguntar por *¡La momia!* Estaba sentado al final de la primera fila, a tres asientos del doctor Septimus Feasby del Museo Británico. Yardley esperaba que el joven supiera qué estaba haciendo ahí. A él no le habría gustado convertirse en objetivo de una de las asesinas miradas de determinación de Evie Stone.

El profesor Fredrik Christenson, ahora vicedecano del Jesus College de Cambridge, y su colega, el ahora catedrático Robert Kinross, estaban apretujados entre Feasby y Wesley, en unas sillas de bambú con elaborados cojines de punto. Los cuatro hombres ocupaban toda una fila de la izquierda alejada del estrado, en el lado de la sala que quedaba enfrente de la pared de espejos, con sus puertas dobles. Christenson se estaba mirando el nuevo reloj Tudor Oyster de Rolex que se había regalado después de que lo ascendieran a vicedecano. Alzó la vista con visible irritación cuando las puertas se abrieron una última vez, a escasos segundos de la hora exacta en que comenzaba la subasta. Una mujer esbelta toda vestida de negro se coló enseguida, se dirigió al fondo y se sentó en la esquina más alejada, seguida de una mujer madura con aspecto de rica, que se quedó de pie junto a las puertas con su abrigo de piel, y del nervioso reportero del *Daily Mail* que poco antes se había enfrentado a Daphne du Maurier, en un escenario mucho menos glamuroso.

—Hoy tenemos con nosotros —anunció Yardley en su típico tono solemne— un espectacularísimo y raro hallazgo: *¡La momia! Una historia del siglo XXII.* Una primera edición de la editorial londinense de Henry Colburn, publicada de forma anónima en 1827 por una joven que posteriormente se convertiría en Jane Loudon, la muy celebrada experta en jardinería. Tres volúmenes, encuadernados en piel con tapas jaspeadas y letras doradas, y en un insólito magnífico estado. Una de las únicas dos ediciones que lanzó Colburn, una de las tres únicas impresiones jamás hechas, y, en este momento, la única copia conocida y existente de la primera edición. Recientemente y con el mayor de los entusiasmos, destacados críticos y catalogadores del arte de la novela han considerado que este libro constituye uno de los primeros ejemplos de ciencia ficción, uno de los géneros emergentes más fascinantes de la literatura. *¡La momia!*

resulta profético tanto en tema como en contenido, y Sotheby's tiene el tremendo honor de traerles hoy este hallazgo histórico. En este momento, se inicia la puja con doscientas libras.

El doctor Feasby alzó el brazo. Tenía plenas facultades para pujar según le pareciese conveniente en nombre del Museo Británico, al ser su conservador principal más antiguo y de reputación más aclamada.

—Doscientas libras del caballero de la primera fila. ¿Oigo doscientas cincuenta? Doscientas cincuenta libras.

A continuación, pujó el vicedecano Christenson. Además del prestigio que le brindaba su nuevo puesto, el profesor seguía siendo el experto

más importante en literatura inglesa del siglo XIX en la Universidad de Cambridge. También tenía permiso para pujar al alza, a partir del precio de reserva, hasta llegar a las mil libras, una cantidad muy poco probable pero tampoco excesivamente inquietante. Aunque Christenson competía con Feasby y el Museo Británico, la cercanía de sus relaciones implicaba que las dos instituciones siempre se prestaban material de importancia académica.

—¿Cómo, oigo trescientas? ¿Trescientas libras? —Yardley trató de contener cualquier muestra de excitación prematura en la voz, pero también le hacía una ilusión tremenda que Evie Stone pudiera, en efecto, lograr al final su precio de reserva.

—Cuatrocientas.

Todas las cabezas se giraron en dirección a la voz femenina que surgió de en medio de la sala. Le ocultaba el rostro un enorme sombrero con ala, bajo el cual se adivinaban unas voluminosas gafas de sol.

El doctor Feasby empezó a removerse en la silla.

—Cuatrocientas cincuenta —declaró sin esperara la indicación de Yardley, con evidentes ganas de llegar al precio de reserva y terminar con aquello.

—¡Cuatrocientas cincuenta! —exclamó el subastador—. ¿Oigo quinientas, el precio de reserva? A partir de ese momento, cualquier puja ganadora será vinculante para el vendedor.

—Mil libras —anunció otra voz femenina, con un marcado acento transatlántico.

Inmediatamente, todas las cabezas se volvieron con gran emoción para fijarse en la mujer sentada en el centro mismo de la sala. Esa mujer le sonaba vagamente a Yardley: tenía el cabello corto y rizado y llevaba un largo collar de perlas que manoseaba. Sin embargo, no daba la impresión de que lo hiciera por nervios, pues contemplaba muy contenta a los espectadores.

Yardley, ilusionado, tragó saliva alterado.

—Mil libras. ¿Oigo mil cien?

El doctor Feasby se negó a mirar a sus rivales. Se limitó a levantar el dedo índice, con solemnidad y confianza, en dirección a Yardley.

Ahora, la cantidad máxima que Christenson tenía asignada había quedado superada. Este se inclinó para consultar a Kinross y a Wesley a su derecha; a continuación, dio un golpecito a Feasby, a su izquierda, mientras le deseaba buena suerte con caballerosidad. En toda sus décadas como conservador principal de libros impresos del Museo Británico, a Septimus Reginald Feasby jamás le habían arrebatado nada.

—Mil quinientas.

La sala contuvo el aliento ante la repentina voz de mujer americana que resonó cerca de la entrada.

Yardley se fijó en Evie, cuya anterior mirada penetrante se había convertido en un gesto luminoso que el hombre recordaba perfectamente.

Estaba encantado de la buena suerte de la joven, pero profesionalmente estupefacto respecto a lo que estaba sucediendo. Las primeras ediciones de obras literarias casi nunca obtenían más de unos cientos de libras a no ser que formasen parte del canon: las ediciones tempranas de Shakespeare, un original ilustrado a mano de William Blake, libros avanzados e influyentes como *Don Quijote*. Sin contar a Jane Austen, Yardley no recordaba que ninguna escritora se hubiera acercado a las mil libras en la historia de Sotheby's.

Ahora se produjo una furibunda puja entre el doctor Septimus Feasby y toda una serie de mujeres repartidas por toda la sala, hasta se que alcanzaron las dos mil libras.

—¡Dos mil quinientas! —exclamó otra voz de mujer estadounidense, en esta ocasión la de la rubia de la última fila.

Yardley trató de identificarla de nuevo: la voz le resultaba cautivadora y familiar.

—¡Dos mil quinientas libras! —anunció encantado el subastador, que entonces se quedó esperando con impaciencia a ver qué pasaba.

Yardley había calculado que el valor del libro estaba en mil libras, como muchísimo, a partir de ventas anteriores de obras literarias de mujeres.

Quizá *¡La momia!* tuviese valor como precursora de la ciencia ficción moderna, pero ¿en qué lugar dejaba eso a los pocos clásicos reconocidos escritos por mujeres (*Middlemorch, Orgullo y prejuicio,*

Jane Eyre, incluso *Frankenstein*), si las pujas por una novela gótica hasta el momento desconocida llegaban a los varios miles de libras?

En la primera fila, el doctor Feasby permanecía implacable e impenetrable como una roca. Yardley vio cómo las aguileñas y marcadas facciones se desdibujaban cuando este bajó la cabeza, por desprecio a sus competidores y por la concentración.

—Tres mil —anunció tranquilamente.

La declaración del eminente conservador fue recibida con vítores.

Yardley usó el mazo para pedir silencio.

—¡Tres mil libras! —exclamó con indisimulado júbilo—. A la una, a las dos… ¡Adjudicado, por tres mil libras, al Museo Británico!

Los caballeros de la izquierda de la primera fila mantuvieron una intensa conversación, juntando las cabezas. Como de costumbre, no prestaban atención a lo que ocurría a sus espaldas. No vieron a las cuatro mujeres que, con la joven Evelyn Stone, se alzaron a la vez y se reunieron con la mujer estadounidense de la puerta, para después marcharse juntas, ni tampoco oyeron el chasquido de las muchas cámaras de prensa que los apuntaban.

Evie Stone estaba sola en la acera delante de Sotheby's, donde se repartían tantos grandes tesoros del pasado y del presente, mientras las mujeres pasaban por delante de ella.

La mujer del pelo teñido de rubio. La del sombrero grande y las gafas.

La de las perlas. La del abrigo de piel. La que iba de negro.

Evie las saludó alegremente mientras cada una de ellas se montaba en un taxi que las aguardaba, para dirigirse a cuatro direcciones muy distintas: Cornualles, Boston, Venecia, Nueva York. Evie había celebrado muchas reuniones secretas a lo largo de las dos semanas anteriores en el Thames *Foyer* del Savoy, y lord Baskin había acertado inquietantemente al mencionar a Churchill, De Gaulle y Masaryk, que también se habían congregado allí en la guerra para trazar sus planes. Evie, desde luego, había sentido que era la líder de una campaña estratégica mientras tomaba el té con cada una de esas mujeres, al abrigo de palmeras y bandejas de plata de varios pisos, y había descubierto un nuevo talento en ella: una inspirada coordinación.

Los taxis se marcharon a toda velocidad antes de que saliera la

barahúnda de reporteros y fotógrafos, que se apiñaron en la acera delante de la imponente entrada de la casa de subastas más importante del mundo.

Hubo muchos empujones, gritos y cuellos estirados cuando los postores masculinos del libro perdido *¡La momia!* también salieron con rapidez y se retiraron de forma ignominiosa. Mientras las cámaras disparaban con furia para retratarlos y el mar de bombines negros empezaba a dispersarse, Evie vio delante de ella, al otro lado del gentío y como si hubiera estado esperando desde el principio, al único hombre cuya presencia aquel día no se había atrevido a esperar, mientras este le tendía la mano.

—¿No te vas? —preguntó asombrada.

—No. —Ash le cogió la mano y se inclinó para besarla a la vista de toda la multitud en dispersión—. No cuando al fin he encontrado algo que no puedo encontrar en ningún otro sitio.

Y, en ese instante, Evie supo que, después de todo, había conquistado el mundo.

En lo relativo a aquellos que acababan de perder, y al motivo de su derrota, posteriormente aparecerían unos nombres en los pies de las fotos hechas a toda prisa mientras el mazo de Yardley daba su último y estruendoso golpe.

La señora Ellen Doubleday, reciente viuda de Nelson Doubleday, sénior.

La señorita Mary Ann «Mimi» Harrison, actriz.

Lady Browning; Daphne du Maurier, escritora.

La señorita Marguerite «Peggy» Guggenheim, heredera y coleccionista.

La señora Sonia Brownell Blair, reciente viuda del escritor George Orwell (seudónimo de Eric Blair).

Capítulo 43

REGLA NÚMERO 1

EL ESTABLECIMIENTO DEL NÚMERO 40 DE LAMB'S CONDUIT STREET, BLOOMSBURY, SERÁ CONOCIDO A PERPETUIDAD COMO LIBROS Y MAPAS

BLOOMSBURY.

La liquidación de gran parte del fondo de Libros Bloomsbury se celebró dos semanas después.

Los treinta mil volúmenes quedaron reducidos a la mitad, libro a libro, a lo largo de muchos días. En este período, Evie estuvo montando guardia en la planta de los libros raros para que solo los que Yardley y ella habían evaluado en condiciones salieran de la tienda, en las entusiastas manos de algún cliente. Así, la colección de libros raros siguió relativamente intacta, pues era la más valiosa de todas las secciones.

La mayoría de las ventas de la liquidación se produjeron en la sección de Historia, pues el capitán Scott no había tenido las existencias al día de acuerdo con el gusto de los lectores. La segunda sección más vaciada fue la de Ciencia y Naturalismo, tras una visita de la señorita Elsie Wakefield, viceconservadora del herbario de los Reales Jardines Botánicos de Kew.

Como a lo largo de los años había vivido más de un enfrentamiento con el conservador de libros impresos del Museo Británico, a la señorita Wakefield le había gustado enterarse del fracaso comercial del doctor Feasby en el asunto del libro perdido *¡La momia!* Gracias a su posterior y animada correspondencia con Evelyn Stone, a la señorita Wakefield se le

había brindado la oportunidad de revisar los libros científicos y de botánica del establecimiento, antes de que se pusieran a la venta al público. Muy impresionada por el valor y la actualidad de la colección, la señorita Wakefield compró un gran lote para después ofrecerle al desempleado Ashwin Ramaswamy el puesto de nuevo bibliotecario principal de Kew.

Gracias a la liquidez obtenida con la venta del fondo, ahora Evie, Vivien y Grace poseían acciones de Libros Bloomsbury por un valor aproximado de siete mil libras, un sustancial aumento respecto a las tres mil que le acababan de pagar a lord Baskin, con los beneficios de la venta de *¡La momia!* Baskin seguía siendo el dueño del edificio del número 40 de Lamb's Conduit, así como de sus activos fijos (incluidos muebles, estanterías, la cocina y demás equipamiento). Esto limitaba la inversión de las mujeres al valor de las acciones, lo que reducía mucho su exposición financiera y sus riesgos, y también permitía que Baskin retuviese un interés personal y económico en el negocio que se desarrollaba en su suelo.

El señor Dutton y el señor Allen también poseían ahora acciones por un valor significativamente superior al que se habían planteado al considerar jubilarse anticipadamente del sector de los libros. Los dos accedieron a liquidar su parcial titularidad del establecimiento tras una visita que lord Baskin hizo a su casa. El conde les explicó que acababa de vender todas sus acciones a las tres exempleadas, lo que les daba mayoría y derecho de veto.

Gracias a su repentina entrada de dinero, Herbert y Frank pensaban abrir una agencia de viajes en Dulwich, ahora que los británicos salían mucho más de vacaciones a medida que la economía iba cobrando fuerza. Herbert se centraría en la logística de los vuelos, los viajes transoceánicos y otras cuestiones, mientras que Frank organizaría visitas personalizadas y establecería relaciones de trabajo con diversos hoteles y otros proveedores, para ofrecer a sus clientes un precio competitivo y singulares experiencias de viaje.

El capitán de Marina Scott se jubiló en cuanto supo que la futura librería del número 40 de Lamb's Conduit solo iba a tener dueñas. Bessie Rosenberg, la dueña de The Lamb y él se casaron a principios de abril, después de lo cual Scott se aposentó en el reservado de una esquina en el histórico *pub*, y se dedicó a deleitar a quien lo escuchara con sus

narraciones marítimas. Para sorpresa de todos los tenderos locales, Scott también se dedicó a cuidar con devoción a su mujer, a atenderla durante un prolongado declive y a ayudarla en el negocio del *pub*.

Se descubrió que la edición anotada de *La feria de las vanidades* del catedrático Kinross, del Jesus College, incluía varios errores garrafales y casos de plagio, todos atribuibles a Stuart Wesley, antiguo asistente de investigación en el proyecto. Sonia Christenson canceló su compromiso con Wesley tras el subsiguiente escándalo, que también supuso su salida del equipo de Christenson. El doctor Septimus Feasby siguió desempeñando su cargo de conservador en el Museo Británico, aunque con un humor aún peor que antes.

Finalmente, para que cambiasen de manos todas las acciones de Dutton y Allen, las tres recientes accionistas de Libros Bloomsbury (Evelyn Stone, Vivien Lowry y Grace Perkins) habían tenido que comprar la parte de los dos hombres. Esa adquisición fue posible gracias a una serie de préstamos de las cinco mujeres que tan hábilmente habían colaborado en la histórica venta de *¡La momia!* ; unos préstamos que enseguida se devolvieron mediante una participación del cuarenta y cinco por ciento en la empresa, dividida a

partes iguales entre las cinco prestamistas. Con tanto dinero de inversoras, la nueva dirección femenina pensaba reponer existencias, así como llevar a cabo varias iniciativas que coincidían con su visión del establecimiento.

Esas iniciativas incluyeron la petición, el 14 de abril de 1950, del cambio de nombre de Libros Bloomsbury ante el Registro Empresarial del Reino Unido. Ahora, la vieja librería de Lamb's Conduit pasaría a llamarse Sunwise Turn, en honor de una de las primeras librerías de Estados Unidos cuyas dueñas y trabajadoras eran todas mujeres. Nuevos carteles, etiquetas, papelería y sobres se estaban diseñando en un intenso tono naranja, un color de lo más eficaz «comercialmente», según Grace, para que reflejase el nuevo nombre.

La inauguración estaba planeada para el mismo día de mediados de abril.

Grace y lord Baskin ocupaban el banco de delante de Sunwise Turn, cada uno con una taza de café, de color crema, del puesto de Jonny en una mano; la que les quedaba libre la tenían entrelazada con discreción. Ambos contemplaban el tercer piso del establecimiento, donde Evie los saludaba alegremente mientras divisaba la calle con entusiasmo. Estaba esperando la llegada de una enorme imprenta manual, fabricada a finales del XIX, y recientemente adquirida con el correspondiente descuento. Como la sección de Ciencia había sido reducida por Elsie Wakefield y se había resituado en la planta de libros raros, la imprenta se iba a instalar en el sótano. En él, Evie pensaba emplear a una joven sindicalista para que compusiera e imprimiera olvidadas obras de escritoras del pasado.

Cuando al fin llegó el camión, el rostro de duende de Evie desapareció cuando esta bajó rauda la Vía Dolorosa para supervisar la entrega.

—Cuéntamelo otra vez —pidió lord Baskin, entre risas, mientras se oía cómo los piececitos de Evie descendían y salían por la puerta, donde se acumulaban cajas de libros para la llegada tan esperada.

Los repartidores surgieron de la parte posterior del vehículo, esforzándose bajo el peso de la máquina de hierro fundido. Evie los guio hacia las escaleras del sótano, al lado de la puerta de la cocina, donde Vivien miraba divertida cómo iban transportando el tremendo armatoste.

—Evie sabía que necesitaba dos semanas enteras para transcribir, a mano, las más de seiscientas páginas de *¡La momia!* , antes de entregar

el libro a Sotheby's para la subasta —le explicó Grace.

—Entonces, lo de los idus de marzo no solo era una fecha simbólica.

Grace negó con la cabeza.

—¿Y no creíste que podías confiarme todo esto?

Ella le apretó la mano con cariño y respondió:

—Tenía que tener en cuenta a mis dos sodas. Tú, precisamente, sabes lo que es eso.

—Desde luego. Aun así, la cantidad de trabajo que habrá supuesto…

—Entre treinta y cuarenta páginas, diez horas al día. Se encerró en el Savoy, más contenta que unas pascuas. Le enseñé algo de la taquigrafía

Pitman, y se puso a ello con su brillantez académica.

—Entonces, su copia manuscrita hace que la última adquisición de Septimus Feasby acabe siendo menos exclusiva. Qué ideal. ¿Tiene más títulos listos para la reimpresión?

—Sí, una larga lista que reunió en los años en que estuvo catalogando la biblioteca de la Great House, en Chawton, y mientras investigó en Cambridge. Y, si alguna vez se atreve, *El muñeco*, de Daphne. Pero ahora, claro, lo que más interesa es *¡La momia!* , después del éxito de la subasta.

Ya hay mil suscripciones para la primera reimpresión. Con eso tendríamos que poder pagar al casero que, por lo que veo en mi nuevo puesto de contable, siempre viene a cobrar.

Lord Baskin interpretó aquello, con acierto, como la señal para darle un rápido beso mientras las otras directoras estaban atareadas con la llegada de la imprenta.

De nuevo en la cocina, Vivien preparó dos grandes teteras. Al igual que Evie, ella también tenía listas de libros con los que continuar con la tarea que había iniciado en su breve pero memorable período de directora suplente de Narrativa. La liquidación había dejado a Vivien mucho espacio para nuevas existencias, y llenaban sus jornadas los encargos de compra, las facturas, las visitas comerciales de representantes de las editoriales inglesas y las llamadas trasatlánticas

con otras muchas del extranjero. No le quedaba mucho tiempo para escribir, pero tras haber entregado un texto a Faber and Faber gracias a la ayuda del editor júnior recién llegado, Alec McDonough, Vivien agradecía estar ocupada y distraída.

Vivien puso en una bandeja una tetera con té negro y otra con un *chai* en reposo, junto a una jarra de leche caliente y un cuenco de azúcar. Subió con tiento la escalera principal que llevaba a la galería del segundo piso.

Desde el descansillo le llegó la risa de varias mujeres congregadas en el interior. Peggy Guggenheim era el centro de la reunión, y estaba colgando distintos cuadros que había llevado en taxi, dentro de dos voluminosas maletas de Louis Vuitton.

—Echo de menos mi época de galerista en Londres —declaraba la heredera mientras Vivien dejaba la bandeja en la mesa con pedestal del lado oriental de la sala, desde donde el viejo y destartalado escritorio del capitán

Scott había dominado el espacio.

Entre otras recientes incorporaciones a la segunda planta, había dos cómodas butacas de orejas a ambos lados de la mesa redonda, una chimenea recién restaurada para crear un acogedor ambiente de biblioteca, y un aparador repleto de tazas, platillos y copas para eventos formales y espontáneos, como el de aquel momento. Vivien sacó suficientes tazas para todas, y las damas dejaron lo que estaban haciendo para servirse.

—El té, y la imprenta, han llegado —anunció Vivien.

Sonia Brownell Blair se levantó de un respingo de un montón de cojines situados en medio del suelo vacío. Casi todos los estantes de la antigua sección de Scott se habían llevado a la tercera planta, donde estaban los libros que quedaban de historia y ciencia, junto con la colección aún significativa de libros raros, todo ello bajo la supervisión de Evelyn Stone.

—Eso tengo que verlo —dijo Sonia Blair, cogiendo una taza de *chai* antes de bajar las escaleras. Acababa de organizar la venta a Sunwise Turn de varios de los relatos rechazados de autoras que había reunido a lo largo de los años en las desaparecidas revistas literarias *The Criterion y Horizon*.

Vivien sonrió satisfecha al ver la ilusionada salida de Sonia, mientras

Peggy Guggenheim y *lady* Browning seguían preparando la planta para futuros eventos. Peggy disfrutaba al revivir su época de becaria no remunerada en la librería original de Manhattan en honor de la cual se le había cambiado el nombre a Libros Bloomsbury. Poco después de la subasta, Ellen Doubleday había regresado a Estados Unidos en el primer viaje de primavera del trasatlántico Queen Mary. En su ausencia, *lady* Browning y Peggy Guggenheim se habían hecho muy amigas, al descubrir en la otra el mismo gusto por las travesuras y la baja tolerancia a los necios.

Pensaban visitar a Ellen en Long Island durante el verano, junto con Mimi Harrison, que también había vuelto a Estados Unidos después de sustituir una semana a Vivien Leigh en el Aldwych.

Cuando las dos mujeres se pusieron de nuevo a colgar diversos cuadros prestados de la enorme colección personal de Guggenheim, Vivien se dirigió a las ventanas de la calle para contemplar la actividad de abajo.

Distinguió a Grace y lord Baskin sentados en el banco, charlando cordialmente; Evie despedía a los transportistas mientras Ash aparecía al

otro extremo de la calle con un ramo de flores de los jardines de Kew.

Cuánto había cambiado todo desde el segundo día de enero, cuando el señor Dutton se había desplomado y la librería se había llenado de enfermeros de ambulancia y empleados frenéticos. Las tres directoras de Sunwise Turn habían sentido alivio y gratitud cuando los señores Dutton y Allen habían aceptado educadamente las invitaciones manuscritas en papelería nueva para asistir a la inauguración; y a Vivien le había procurado un secreto deleite que Alec McDonough también aceptara. Su colaboración como escritora y editor avanzaba sorprendentemente bien en Faber and Faber.

Mientras Vivien estaba delante de la ventana abierta, la brisa le llevó un olor mezclado de tabaco, café, y de las flores de cerezo que eran típicas de ese rinconcito de Bloomsbury. Las tiendas de la calle cada vez sacaban más mercancía al calor del sol, y la acera estaba llena de transeúntes que no podían evitar mirar el escaparate de la librería que no tardaría en volver a abrir.

Mediados de abril era una época del año tan cargada de promesas primaverales que ni siquiera Vivien podía dejar de notarlo.

Epílogo

LAS REGLAS DE SUNWISE TURN, S. A.

Casa fundada el 14 de abril de 1950

PROPIETARIAS:

GRACE PERKINS

VIVIEN LOWRY

EVELYN STONE

Todo el mundo, empleadas y clientes, serán tratados en todo momento con dignidad y el mayor de los respetos. Sin excepciones.

La directora de cada sección desarrollará, junto con las empleadas, un plan profesional de modo que vayan aumentando las responsabilidades y los retos, en función de los deseos y el talento de estas.

Se anima a todas las empleadas a que propongan nuevos títulos para el almacén, con independencia de su especialidad.

Las empleadas recibirán un descuento del quince por ciento en todas las compras en la librería.

Al idear y llevar a cabo los eventos, se prestará atención a la comunidad que nos rodea, de modo que la selección de escritores y otros ponentes

refleje sus necesidades e intereses.

Todos los miembros de Sunwise Turn son responsables de prepararse su propio té.

Agradecimientos

Escribí este libro encerrada en casa durante una pandemia global. No podría haberlo hecho sin la ayuda y el apoyo que me brindaron mi familia y los siguientes amigos queridos: Tim Liznick, Sarah Eves, Andrea Nairn, Vicky DeVries, Chris Stoate, Patti Harbman, Jordan Morelli y Candice Scholaert. También contrajimos una deuda con la extraordinaria y compasiva asistencia médica que nos proporcionaron en ese complicado período el doctor Nathan Hambly, el doctor John Yates, la doctora Ayesha Chaudhry, el doctor Eugene Downar, la doctora Marissa Joseph, Maysa Deify Cherry Jin de Rexhall Pharmacy, y Michel Rizkallah y Mina Fanous de Morelli's Pharmacy.

Ni este libro ni mi novela de debut, *La Sociedad Jane Austen*, existirían sin los sabios, perceptivos e infatigables consejos de mi agente, Mitchell *Waters*, que ha cambiado (y salvado) mi vida más de lo que jamás será consciente.

Estoy sumamente agradecida a todos los integrantes de St. Martin's Press por el contagioso entusiasmo que demuestran por mis dos libros, y por su incansable, creativa y meditada promoción en una época de insólitas dificultades para la industria editorial. He contraído una especial deuda con mis editores, Keith Kahla y Alice Pfeifer, que saben exactamente lo que le conviene a una historia y cómo sacarla de mí; a la publicista Dori Weintraub, que sabe exactamente cómo difundirla; y a Marissa Sangiacomo, que lo promociona todo de forma tan experta.

Gracias a mi equipo en Brandt & Hochman, sobre todo a Marianne Merola, que ha gestionado las disrupciones en el mercado global de las

traducciones con una capacidad de reacción y un sosiego tremendos.

Si tienes la suerte de haber creado un libro que interesa en los sectores del cine y la televisión, tienes una suerte especial si colabora contigo Lucy Stille, de Lucy Stille Literary.

Como antigua abogada, sé lo afortunada que soy cuando Ian Cooper, de Cooper Media Law, y Ronald Davidzon, de Davidzon Law, comparten conmigo, tan generosamente, su tiempo y su excelente criterio legal.

Los siguientes y maravillosos escritores tuvieron la deferencia de leer borradores de esta novela en diversas etapas, y agradezco enormemente su apoyo, su sabiduría y sus ánimos: Laurel Ann Natress, Molly Greeley, Rose Servitova, Barbara Heller, Martha *Waters*, la doctora Nguyen Phan Que Mai, Elie Croft y Brooke Lea Foster. Una de las mejores partes de escribir ficción histórica es la excusa que me da para ponerme en contacto con autores, conservadores, archiveros e historiadores de todo el mundo para que me transmitan sus grandes conocimientos, cosa que han hecho con tanta gentileza la doctora Paula Byrne, Jane Healey, Nick Holland, Katie Childs, la doctora Gillian Dow, Kathryn Rooke, el doctor Seb Falk, Victoria Ogunsnaya, Louise Ansdell y Anita Felicelli.

En la vertiente personal, tres extraordinarias escritoras canadienses me han ayudado enormemente a que mi obra sea publicada y, además, casualmente viven a un paseo en bici de mi domicilio: Samantha

Bailey, Jennifer Hillier y Hannah Mary McKinnon.

A la hora de escribir, la inspiración surge de fuentes sorprendentes. Fue al volver a ver la maravillosa película *84 Charing Cross Road* (basada en el libro homónimo y también maravilloso de Helene Hanff) cuando se inició mi relato. Una fascinante publicación de Emily Midorikawa en el blog *Something Rhymed*, en el que se celebran las amistades literarias entre mujeres, encendió la chispa del centro de mi historia. Toparme con un fantástico artículo de Ted Bishop sobre el Sunwise Turn que existió de verdad, y una reciente nueva edición de la autobiografía de 1923 de su cofundadora, Madge Jenison, me llevaron con la mayor serendipia al final.

Mi libro también tiene una gran deuda creativa y de imaginación con dos librerías londinenses gestionadas por mujeres: The Second Shelf en el Soho, que se especializa en libros raros y redescubiertos de escritoras, y

Persephone Books (antes en Lamb's Conduit Street, en Bloomsbury, y ahora con sede en Bath), editorial independiente de obras olvidadas de escritoras de mediados del siglo XX. También me han inspirado la librería Heywood Hill de Mayfair, y *The Bookshop at 10 Curzon Street: Letters between Nancy Mitford and Heywood Hill, 1952-73*, editado por John Saumarez Smith. En esta crónica epistolar, me encantó que Heywood Hill llamase a la empinada escalera de la librería la « *vía dolorosa*» y, en la ficción (y con todo el descaro) he adoptado también esa idea en mi novela.

Como antigua dueña de una librería independiente, les insto a que se informen sobre estos tres maravillosos establecimientos.

En todos los sentidos que de verdad importan, escribo todas y cada una de mis palabras para un público compuesto por dos personas: Robert, mi marido, y nuestra hija, Phoebe. Si mis palabras acaban teniendo un eco más amplio, miel sobre hojuelas. Mi corazón les pertenece por entero.

Por último, estoy sumamente agradecida a mi madre y a mi padre, Pat y Roger Jenner, por haberme convertido en escritora. Nadie ha tenido jamás un mayor apoyo de sus padres en cualquier etapa de la vida y, en la fase actual, puedo añadir también las sobresalientes capacidades de mi padre como corrector de textos. El entusiasmo que sienten por mis dos libros ha sido lo mejor de verlos publicados, y es una suerte inmensa poder compartir esta travesía con ambos.

NATALIE JENNER nació en Inglaterra y emigró a Canadá cuando era una niña. Se licenció por la Universidad de Toronto, en la que en 1990 ganó la medalla de oro en Literatura Inglesa del St. Michael's College. Además de trabajar como abogada durante un breve período, Natalie ha sido reclutadora de personal, formadora y consultora para diversas firmas de abogados de primera línea en Canadá durante décadas. Más recientemente, ha fundado una librería independiente, Archetype Books, en Oakville, Ontario, donde vive con su familia y dos perros adoptados. Durante toda la vida le ha apasionado lo que tenía que ver con Jane Austen.

Notas

[1] Casa de campo de la familia de Jane Austen. *(N. del t.)*. < <

Document Outline

- Las chicas de Bloomsbury
  - Personajes
  - Mapa
  - Prólogo
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7
  - Capítulo 8
  - Capítulo 9
  - Capítulo 10
  - Capítulo 11
  - Capítulo 12
  - Capítulo 13
  - Capítulo 14
  - Capítulo 15
  - Capítulo 16
  - Capítulo 17
  - Capítulo 18
  - Capítulo 19
  - Capítulo 20
  - Capítulo 21
  - Capítulo 22
  - Capítulo 23
  - Capítulo 24
  - Capítulo 25
  - Capítulo 26
  - Capítulo 27
  - Capítulo 28
  - Capítulo 29
  - Capítulo 30
  - Capítulo 31
  - Capítulo 32
  - Capítulo 33
  - Capítulo 34
  - Capítulo 35
  - Capítulo 36

- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Epílogo
- Agradecimientos

- Autora
- Notas